

217
CIÓ

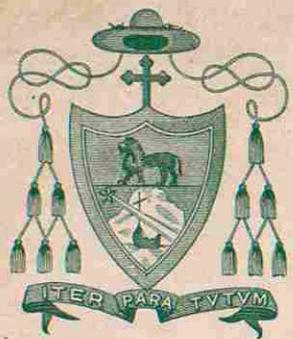
97

BV4217

T5

C.1

008507



1080020905

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

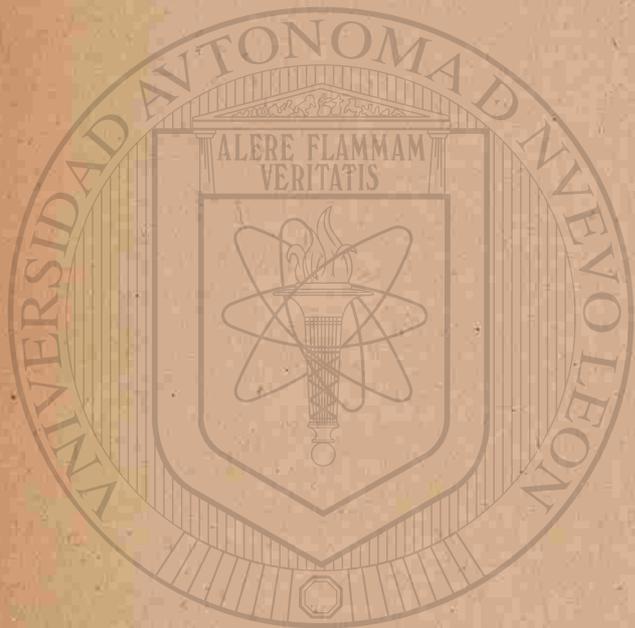
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Magdaleno Filorid

HE



COMPENDIO

DE

ELOCUENCIA SAGRADA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

Magdaleno Filorio.

COMPENDIO

DE

ELOCUENCIA SAGRADA

EN

CUARENTA LECCIONES.

Compuesto por el

P. MELCHOR DE TIVISA,

MISIONERO CAPUCHINO.

Con licencia eclesiástica.



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

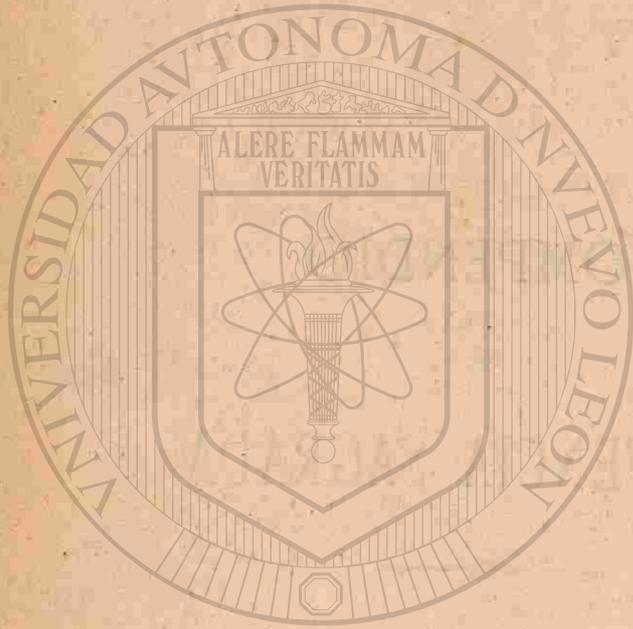
BARCELONA:

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pido, 5.

1890.



45148
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
VALVERDE Y TELLEZ



BV 4217
T5



Es propiedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PRÓLOGO.

La predicación evangélica ha sido el medio que Dios ha dispuesto para la regeneración moral del hombre decaído en tantas miserias y pecados. Y el órgano de esta divina palabra son los predicadores de la Iglesia católica. Todo cuanto contribuya á anunciar debidamente esta divina palabra ha de ser objeto de continuo estudio para el Ministro de Dios. Y ved la razón de las cátedras de elocuencia sagrada.

Nuestra Orden Capuchina tiene por misión principal la predicación evangélica, como lo acreditan desde su origen las continuas Misiones en todas las partes del orbe, la multitud de oradores excelentes que siempre ha contado en su seno, y que, en el Palacio Apostólico, el que recuerda las verdades eternas al Papa y los Cardenales reunidos es un predicador capuchino.

Esto debe excitarnos á que nunca se extinga ni decaiga de nuestro pecho el fervor apostólico, y siempre aumente el deseo en nuestra Orden de convertir almas, y esto nos ha estimulado á redactar este *Compendio de*

008307

Elocuencia Sagrada, para que refresqueis siempre, jóvenes predicadores, vuestros estudios sobre este importante ramo eclesiástico, y tengais siempre presentes las mejores reglas que sobre el particular han dado tanto los autores antiguos como modernos.

En un principio no era nuestra intención alargarnos tanto, sino en brevísimo compendio redactar las reglas principales de la elocuencia sagrada para tenerlas presentes en la *composición y pronunciación* de los discursos; mas fueron tantas las bellezas didácticas y reglas oportunas que se han ofrecido sobre esta materia, que hubiera quedado como un vacío á nuestra obra no darles el desarrollo necesario, y mucho más siendo destinadas á cosa tan importante como es la predicación evangélica; de donde ha resultado como al humilde arroyuelo, que va engrosando á medida que adelanta en su curso.

Esta idea, debemos advertir, que ha presidido este trabajo; y así nadie extrañará que las lecciones que tratan de las materias que son necesarias al predicador, las de la preparación que éste ha de tener para el púlpito, y otras análogas, se hayan excedido tal vez más de lo justo; pues tal es la índole de esta obra, que nos ha parecido no deber suprimir asuntos y reglas tan importantes, sobre todo para los misioneros, quienes siguiéndolas anunciarán dignamente la divina palabra.

Por lo demás, son tan importantes estas materias, y hemos procurado ponerlas bajo el punto de vista tan práctico y de tanta utilidad, que no tememos asegurar que los jóvenes predicadores que las estudien con reflexión, podrán llegar á ser buenos y excelentes predicadores y misioneros, tanto en la composición de los sagrados discursos, como en el lenguaje oral y en la

acción oratoria; corrigiéndose, enmendándose, y por fin viéndose libres de muchísimas faltas y excesos que por desgracia afean frecuentemente la cátedra sagrada.

Todo cuanto, pues, es digno de saberse sobre el particular, según la enseñanza y el uso moderno en la predicación sagrada, va contenido y compendiado en *cuarenta lecciones*: tratar debidamente todos los asuntos de la elocuencia sagrada en menos lecciones que las citadas no era posible; y además hemos querido satisfacer algún tanto el deseo que teníamos de dar algunas reglas de predicación, principalmente para nuestras Misiones. Con que bajo un mismo trabajo la ocasión ha sido oportuna.

Jóvenes predicadores: repasad este *Compendio de Elocuencia Sagrada*; saboread sus bellezas, y afanaos en poner en práctica sus reglas, y pronto recogeréis sus frutos, no sólo para los demás, sino también para vosotros mismos; porque escrito está en los Libros Santos: *Et qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stella in perpetuas æternitates.* (Dan. XII, 3).

Bendiga el Señor este pequeño trabajo, para que produzca opimos frutos. Alcance esta *Merced* la Virgen MARÍA, en cuyo día lo hemos concluido, y á cuyo maternal amor fervientes le consagramos en esta su festividad de la VÍRGEN DE MERCEDES, 24 de Setiembre de 1888.

El Autor.

Ibarra, República del Ecuador.



COMPENDIO DE ELOCUCION SAGRADA.

LECCIÓN I.

Necesidad y utilidad de la elocuencia.

1. ¡Qué magnífico dón el de la palabra, que Dios ha concedido al hombre!... No puede darse perfecta idea de su excelencia y absoluta necesidad para el hombre, sér racional, que tiene precisión de expresar sus ideas y sentimientos más ocultos; nadie puede darse bien razón del gran poder de la palabra en manos del hombre. En medio de la oscuridad y tinieblas de la mente, una luz no esperada alumbró los senos más recónditos de nuestra alma; es la idea reveladora, más veloz que el relámpago, que en un instante nos hace ver inmensos espacios, multitud y variedad de cosas que forman un mundo de bellezas ante nuestros ojos atónitos, ante nuestra imaginación, que produce en un momento las más vivas imágenes que se reproducen incesantemente; entonces quisiéramos hacer brillantes descripciones,

manifestar las profundidades á donde nos conduce el pensamiento, expresar las muchas consecuencias que, como por intuición, vemos en un simple principio, quisiéramos calbargar en esa como electricidad, que en un momento da la vuelta al mundo y más allá del mundo... pero no es posible. Queremos hablar ;cuán tarda es nuestra lengua! ;No tenemos palabras para expresar las bellezas que nuestra alma percibe!... Lo percibimos, y no podemos expresarlo debidamente. La torpe lengua no corresponde al vuelo y sublimidad de la inteligencia; la expresión es lánguida, y no puede corresponder á la delicadeza y suavísima inflexión del sentimiento que hace palpar el corazón humano. Los más grandes oradores han tropezado con esta inmensa dificultad; los grandes maestros del lenguaje han reconocido perfectamente la dificultad de una expresión conforme á las ideas que iluminan nuestro espíritu, y á los sentimientos y emociones que se apoderan de nuestro corazón. Faltan palabras que expresen debidamente nuestros conceptos, han dicho los Santos Padres; y notaron á la vez la debilidad de la razón y del lenguaje comparados á la sublimidad de sus ideas, que versaban sobre objetos tan elevados. Existen ideas superiores á nuestro entendimiento, y éste es superior á la palabra, observó San Basilio; y vemos que durante el transcurso de los siglos se han inventado multitud de formas para expresar más á lo vivo una idea, un sentimiento, como que no encontramos muchas veces bastante relación de fuerza y energía entre la palabra y la viveza del sentimiento de que nos hallamos embargados; y si esto nos sucede aún con las ideas que nos son bien conocidas, ¿cuánto más con las que superan á la razón?

2. ;Cuánto siente tal impotencia el hombre de sentimiento, de cultura intelectual y de corazón ardiente y delicado, y que necesita transmitir sus ideas y sentimientos á las muchedumbres por razón de su ministerio sagrado! El Padre San Agustín era un hombre dotado de estas cualidades; oídle: «Casi siempre me desagrada mi propio lenguaje; pláceme muchas veces el lenguaje interior de mi alma, y me aflijo cuando no correspondo á él con mi lengua: *Contristor linguam meam cordi meo non potuisse*

sufficere.» «Deseo vivamente que mis oyentes entiendan cuanto yo entiendo; mas no lo logro; la luz de la verdad ilustra mi espíritu, pasando con la rapidez del relámpago, y la palabra viene tarda, perezosa y pálida, cuando la idea se ha ocultado ya en los misteriosos senos de mi alma: *Intellectus quasi rapida corruscatione perfundit animum; illa autem loquutio tarda et longa est, longeque dissimilis: et dum ista volvitur jam se illa in secreta sua condidit.*»

3. Con razón, pues, dice el P. Martínez y Sanz, que «aquél que mejor y más naturalmente pueda expresar estas diversas ideas y sentimientos que brotan en el seno misterioso de su alma, y comunicarlas á los demás, posee el dón inapreciable y sublime de la verdadera elocuencia.»

4. La *elocuencia* habita más ó menos en todos los hombres, si bien por muchas y diversas circunstancias en unos es inculta, en otros viciada, y en otros está sepultada y en estado latente, bajo el orín del descuido y de la ignorancia, ¡lástima!; pero vienen las reglas del arte, que se llama *retórica*, y rectifican y vuelven su brillo á este dón natural en el hombre, y le hacen observar las bellezas que él no había notado, ó que en su natural descuido no había cultivado.

5. Por esto decimos que la *elocuencia*, rigurosamente hablando, no es lo mismo que *retórica*, la cual únicamente nos va conduciendo como por la mano á aquélla, y la aparta de lamentables extravíos. Por esto jamás llamaremos *elocuente* al que, oprimido bajo las reglas del arte, no da vuelo á su ingenio y á la espontaneidad de sus afectos, sino que fija únicamente su mirada en tropos, figuras, reglas, flores y adornos, está como metido en un estrecho molde, en donde no se puede rebullir ni menearse; será un buen retórico, pero jamás hombre elocuente. La *elocuencia* es propiamente la viva expresión del alma en sus ideas y sentimientos, manifestados en la voz y en el gesto, que tienen vida en su propia inflexión y en los movimientos adecuados del cuerpo: la *retórica* la acompaña únicamente como buena maestra para que no desvíe; con sus sabias reglas corrige los extravíos de una imaginación ardiente, los atrevi-

mientos y desmanes de un pensamiento sutil, la afeminación de una sensibilidad la más exquisita, los arrebatos de un corazón fogoso y demasíadamente apasionado, los acentos desagradables de una voz ingrata, la hiel y amargura de un celo imprudente y *non secundum scientiam*, los movimientos desconcertados y descompuestos de un natural sin cultivo y tal vez grosero. Los tropos, figuras y demás adornos en la verdadera y vigorosa elocuencia, no se buscan, sino que ellos mismos se presentan espontáneamente y se vienen á la mano, y entonces, sí, la retórica viene á las mil maravillas para saber desgajar, manejar y saborear este verde y frondoso ramo que se nos presenta del hermoso árbol de la elocuencia, cargado de flores, hojas y bellísimos frutos.

6. Por esto siempre se ha condenado por los amantes de la verdadera elocuencia, que el orador, y sobre todo en el púlpito sagrado, vaya solamente en zaga de flores, adornos y palabras rebuscadas, sin cuidar del fondo; porque esta insustancialidad, por más que se pretende revestirla de bellísimas formas, es un grande artificio de retórica, demasiado manifiesto y sin fondo alguno; y si hay algo de verdad queda ofuscada, cubierta, bajo un montón de flores y adornos, que en ninguna manera satisfacen el espíritu de los oyentes. La verdadera elocuencia es vigorosa, nada tiene de afeminada, y como no se viste sino con los adornos que espontáneamente se le ofrecen á la mano, sin esconder su nervio y vigor, manifiesta toda su majestad, grandeza y poder, y con brazo poderoso sale al encuentro de sus enemigos, fácilmente avasalla sus corazones, eficazmente los rinde, y alcanza sobre ellos las más señaladas victorias.

7. ¡Cuán equivocados van los que dicen que los Apóstoles no tenían verdadera elocuencia, ni los demás hombres apostólicos! Añadamos que la tenían divina. ¿Cómo hubieran rendido tantos corazones? El poder de su palabra era grande: hablaban, instruían, se insinuaban en los corazones; manifestaban el fuego de su alma; exhortaban, increpaban, argüían, conjuraban, apostrofaban, fulminaban rayos; conmovían, aterraban, trastornaban, convertían; su palabra era un rayo que alumbraba los senos del alma; recorría más

veloz que la electricidad todas las fibras del corazón, tocaba todos los afectos, rendía todas las más violentas pasiones, derretía los más duros corazones, nada resistía, todo lo arrastraba... todo un mundo idólatra cayó rendido á sus pies: esta es la verdadera *elocuencia*. No habrá, si quereis, reglas de retórica clásica; ¿qué importa? Era verdadera elocuencia; estaba su palabra animada del Espíritu Santo, quien impedía los defectos que pudieran dañarla. Nosotros estudiamos la *retórica* para impedirlos, á fin de que humanamente hagamos aquello que está de nuestra parte. Esto prueba mejor nuestro aserto, que las flores y adornos que presta la retórica, no son propiamente la elocuencia, sino un conjunto de reglas que nos enseñan cómo hemos de usar debidamente de la elocuencia; y que nosotros hemos de estudiar la *retórica* precisamente para saber usar bien de la elocuencia, como la usaron los Apóstoles, los Santos Padres y demás varones apostólicos; y entonces predicaremos á Jesucristo crucificado y no á nosotros mismos.

8. Si considerásemos bien todo esto, ¡cuántos temores saldrían de nuestro corazón acerca el modo de emplear los adornos en los discursos sagrados! ¡Cuánta luz tendríamos en muchas dificultades acerca del modo de saber conformar nuestra predicación con la de los Apóstoles! pues, como acabamos de ver, la verdadera elocuencia no es otra cosa que la fiel expresión de nuestras ideas y sentimientos, evitando los defectos de esta expresión por medio del estudio de la *retórica*.

9. ¿Quién no ve, pues, la *necesidad y utilidad* de la *retórica*, que nos viene en ayuda de la elocuencia? á la cual, como experimentado pedagogo, le da reglas las más interesantes y necesarias para dos cosas principales: ya para el modo con que ha de salir al campo de batalla con todo su poder, gloria y hermosura, ya también para librarse de tantos defectos que incesantemente la afean en aquellos que no han tenido la dicha de estar bajo la férula de este útil y necesario pedagogo, para contener los lastimosos y á veces irreparables desórdenes y desmanes, que tanto desfiguran y ultrajan la verdadera elocuencia, esta noble facultad de congobernar y transmitir á los demás el fuego, el

sentimiento, la conmoción de que nos hallamos poseídos, que agitan nuestra alma y el fondo de nuestro sér, y en cierto modo nos transforma completamente.

10. Es una desgracia bien grande para un orador, y más para el sagrado, no haber estudiado la retórica, pues fácilmente pasará por alto bellezas incomparables, que están en su propio terreno sin cultivo, y que bien explotadas aprovecharían fácilmente á los demás, y aún serían en provecho propio; pues privados de este estudio tan necesario al predicador, indispensablemente han de cometer muchas faltas en la predicación evangélica, atendido que en nuestro carácter natural, por bueno que sea, siempre hay defectos y faltas que corregir, que desfiguran y afean en gran manera la predicación, cuyas faltas sólo se pueden corregir con el diligente estudio de la *retórica*. Aunque otro provecho no hubiese de este estudio sino corregir los defectos que tan frecuentemente suelen cometerse en la predicación, deberíamos estudiar solícitos la retórica. Defectos que si bien proceden de un terreno que naturalmente produce la elocuencia, mas ésta va envuelta en mucha maleza. Estas espinas, esta broza y tanta maleza hemos de separar y destruir con el estudio de la retórica.

Ved, pues, su *necesidad y utilidad*. Sus principales reglas daremos en este *Compendio de Elocuencia Sagrada*.

LECCIÓN II.

Sus medios: arte, imitación, ejercicio.

11. Algunos definen la *retórica*: el arte de hablar con propiedad, con elegancia y persuasión. Estas tres cualidades lo abrazan todo; pues hay *propiedad*, cuando las palabras se adaptan perfectamente á las ideas y pensamientos, sin admitir cualquier expresión vulgar, ó construcción que no manifieste perfectamente nuestras ideas, de manera que

á la palabra corresponda inmediatamente la cosa. Hay *elegancia*, cuando las gracias del estilo, la naturalidad, la fluidez y pureza del lenguaje se armonizan con las reglas recibidas del bien hablar, y los sentidos del pensamiento. Y hay *persuasión*, cuando el orador dirige sus conatos á la voluntad; como un rayo hiere, doblega el corazón, lo inclina á la práctica, al bien obrar, valiéndose de argumentos sólidos, de fácil comprensión y con método y gradación, sabiéndose imponer por su probidad para que ninguna prevención desfavorable desvirtúe su palabra. Por esto todos los preceptistas convienen en citar á Quintiliano, cuando define al perfecto orador: *Vir bonus dicendi peritus*. Para el logro de lo cual se vale de tres medios: *Arte, imitación, ejercicio*.

12. El hombre se distingue de los animales por la palabra y la razón, enseña el reputado retórico Agustín Valerio, y la retórica se ha inventado con objeto de que por su medio se señale el hombre entre sus semejantes poseyendo tan útil distintivo. Quien comprenda el poder y necesidad de la palabra, y que es llave misteriosa de comunicación entre los corazones y bastante para persuadir aún al más rebelde, ¿cómo podrá mirar con indiferencia un arte que imprime al discurso un carácter propio, mucho más siendo predicador de la divina palabra? No podemos dudar que la elocuencia fué antes que la retórica, porque la primera como á materia recibió su forma, perfección y hermosura por la segunda, formando un todo compacto y homogéneo.

13. No es tan difícil resolver si es la naturaleza ó el arte lo que más contribuye á la elocuencia, pues vemos que la naturaleza siempre puede hacer *algo* sin el arte, mientras que éste no puede hacer *nada* sin la naturaleza; «pero si ambas se juntan, aunque en mediano grado, dice Quintiliano, siempre diré que la naturaleza contribuye más. No obstante, si el orador es consumado, antes lo debe á la instrucción y al arte que á la naturaleza; semejante á la tierra, que, si es estéril, de nada le aprovechará su labor, pero si es fecunda por naturaleza, podemos esperar algún fruto aunque le falte el cultivo; y cuando sobre ser fecunda se le junta el cultivo, éste servirá de mucho más que su fecun-

didad natural.» El orador romano también decía: «Cuando el arte se agrega á la naturaleza, hace prodigios.» Y no hay duda que aquella grande elocuencia del orador griego la debía él á sus poderosos esfuerzos en el arte; pero no es menos cierto que aquella naturaleza era rica de sí misma en vigorosos sentimientos, y delicadas y profundas concepciones de su inteligencia.

14. No olvidemos, pues, que el *arte* es sólo un auxiliar, aunque poderoso, de la elocuencia, y no cosa distinta de la naturaleza, como al parecer piensan algunos jóvenes. Fácilmente los jóvenes son propensos á considerar el arte como cosa harto distinta de la naturaleza, y aun á preferirlo á ésta, originándose de aquí la falta de naturalidad, y grande afectación en los discursos, cuando el arte viene simplemente á ayudar y corregir los defectos de la naturaleza sin trastornarla, y esto es de suma importancia, puesto que en las dotes de imitación la naturaleza tiene sobre el arte una indisputable preferencia. La elocuencia ya existía y animaba la voz de elocuentes oradores, mucho antes que su arte se redactara; ella ya prestaba sus armoniosos y robustos acentos, cuyo estudio debía formular más tarde las preciosas reglas del *arte* del bien decir, de hablar *elocuentemente*. Jamás, pues, la elocuencia pudo haber nacido del arte; fué todo lo contrario: «El arte fué, dice San Agustín, el que nació de la elocuencia.» En nada intentamos rebajar el arte, ni menos con él mostrarnos esquivos: damos la preferencia y prerrogativas principales á la naturaleza, y nada más; queremos que se evite un error tan trascendental, y atendamos á cultivar nuestro propio natural ayudado del arte: y entonces, sí, éste nos es sumamente recomendable por los Santos Padres y Maestros de Elocuencia sagrada, nos obliga nuestro sagrado ministerio al estudio de un *arte* tan precioso, útil y necesario. Entendido así el arte como á utilísimo auxiliar de la elocuencia, mas no como á su principal, no vemos razón para que algunos teman que las reglas del arte, llamando demasiado la atención del predicador, puedan embarazarle en aquella libertad de espíritu tan necesaria para la verdadera elocuencia; esto no puede ser: las reglas del arte no hacen otra cosa que facilitar el tra-

bajo al orador, hasta formar un hábito, saliendo de aquel impedimento en que se encuentran sus pies; llegará el joven á desembarazarse de los obstáculos, á medida que vaya poseyendo y perfeccionándose en el arte. «Llegará tiempo, dice San Agustín, en que las reglas faciliten sus adelantos, y sea elocuente sin pensarlo, ni aún reflexionar sobre los preceptos del arte.» Así como cuando hablamos ó escribimos, por la misma facilidad y costumbre que tenemos, ya no necesitamos buscar letras ni sílabas. O, según la feliz comparación del P. Granada, como aquel que aprende á tocar la vihuela, que al principio mira con cuidado en donde ha de poner los dedos, mas después que ya ha adquirido el hábito de tocar, recorre con facilidad los dedos por las cuerdas sin advertirlo.

15. No deja de ser un especioso pretexto de la ignorancia, malicia ó sencillez el pensar que los que predicán el Santo Evangelio deben desechar la elocuencia, pues puede provenir de la pereza ó aversión al estudio, ó bien de no reflexionar en qué consiste la naturaleza de la elocuencia y sencillez del Evangelio. Porque es claro que si por elocuencia entienden una estéril locuacidad, ó el arte de engañar, tendrían razón en detestarla, pues á lo primero llama San Jerónimo *charlataneria*, y á lo segundo denomina San Agustín *sofisteria*, y entonces sí que los charlatanes y sofistas profanan el Santo Evangelio. Y así, pues, aquel texto de San Pablo en que nos manifiesta su sencillez al anunciar la divina palabra: «No vine con sublimidad de palabra ni sabiduría á anunciaros el testimonio de Cristo. Aunque toco en el lenguaje, mas no en el saber,» no quiere decir que no manifestase con arrebatadora elocuencia la palabra de Dios en el estilo que convenía á la clase de oyentes que le escuchaban, pues el presidente Félix, oyendo las terribles verdades del juicio, le dice aterrado: «Por poco, me persuades;» sino que evitaba superfluidades, flores mundanas y profundidades de doctrina que no hubieran comprendido, y también por humillarse ante muchos pretendidos sabios, que con la mayor curiosidad de todo disputaban con enigmas y palabras rebuscadas: *Prurientes auribus*. Aunque bien podemos dar también otra razón de San Jerónimo;

dice el Santo: «Siempre he venerado la santa sencillez; pero el que quiera imitar en la predicación el lenguaje sencillo de los Apóstoles, que comience por imitar su vida y por hacer milagros como los hacían aquellos varones, en quienes la santidad cubría la sencillez, y los cuales deshacían los sofismas resucitando muertos.» Y Dios hacía estos milagros para que la conversión del mundo no se atribuyese á la sabiduría humana, tapando con esto la boca á todos los incrédulos presentes y futuros, según San Crisóstomo.

16. Vemos cómo los Santos Padres ejercitaron este provechosísimo arte para bien de las almas, y cualquiera que se fije singularmente en las obras de San Gregorio Nacianceno, San Basilio y San Juan Damasceno, entre los griegos, y San Cipriano, San Agustín, San Jerónimo, entre los latinos, verá que estos y muchos otros Santos Padres y Doctores de la Iglesia no se desdijeron de emplear el arte retórico hasta formar aquella elocuencia poderosa que avasalla los corazones. Estudiemos, profundicemos estas obras, y nos extasiaremos ante tan expertos maestros en el arte de la elocuencia cristiana.

17. Ya con esto acabamos de indicar el otro medio de perfeccionarnos en la elocuencia: *la imitación*. Los pensamientos, las imágenes, el estilo, el plan del discurso, las palabras de otro, todo se convierte en sustancia propia. Es una verdadera dicha formarse en buenos modelos, pues se ponen en práctica los mejores preceptos de oratoria: siente el corazón, el alma se eleva, se inflama la imaginación, y brotan en el fondo de nuestro sér los sentimientos más delicados. Allí se observa cómo los grandes oradores trataron las materias, el giro que les dieron, las figuras, las frases que emplearon, y el novel orador, por medio de una prudente imitación, enriquece sus talentos con el caudal de tantas bellezas oratorias que distinguidos oradores le legaron. Y así este caudal ha ido aumentando, y el *arte* perfeccionándose de día en día, con esta *imitación* y continuo uso ó *ejercicio*. Pues el *ejercicio* de esta noble facultad es el tercer medio para perfeccionarse. El continuo ejercicio de la predicación forma los grandes oradores, porque á medida que ejercitan lo que en teoría aprendieron, ven en

la práctica los defectos que tienen. Ser perfecto orador en todas sus partes es muy difícil, y por esto hay oradores que saben muy bien las reglas, y al ponerlas en práctica cometen muchas faltas: orador habrá que tiene pureza de lenguaje, y le falta movimiento oratorio; otro será notable en el lenguaje de acción, y será defectuoso en la claridad de ideas, en la elección de las palabras, y así, encontrar orador que sea perfecto en todos los números de la oratoria, es bastante difícil, y por esto con el continuo *ejercicio* pueden corregirse las faltas y alcanzarse más ó menos la perfección de la elocuencia. Y así, persuádanse los jóvenes que el *ejercicio* de la elocuencia, mientras ellos pongan todo su conato en alcanzarla, tarde ó temprano les hará poseedores de ella. Los tres medios, pues, indicados, á saber: *Arte, imitación y ejercicio*, constituyen poderosamente el perfeccionamiento de la elocuencia.

18. Nos place por ahora decir con un escritor, citado por Sánchez: «Si después de un estudio reflexivo de los mejores modelos, y un ejercicio continuo de componer y de comparar vuestros débiles ensayos con la perfección de los originales, llegais á ser señor de vuestras palabras y de vuestros pensamientos; si de los muchos pensamientos que concibe vuestro corazón sabeis tomar unos y dejar otros; si sabeis acomodar el discurso á las personas, al lugar, al asunto, con sencillez sin bajeza, gracioso sin artificio, sublime sin hinchazón, si sois eficaz, alentado, grande; si no sois impertinente, desmayado, pueril, grosero, *sois orador.*»

LECCIÓN III.

Sus fines: instruir, deleitar, conmover.

19. Tres son los fines de la retórica: *enseñar, deleitar y conmover*. Todo el artificio de la retórica á esto se reduce; cualquier de estos tres fines que falte queda manca la predicación, porque si falta la *instrucción* en el discurso,

el auditorio no sale de su ignorancia, ni puede saber sus obligaciones; si no se procura *deleitar*, el auditorio oye con tedio, con disgusto, pronto se cansa; y si falta la *convicción*, los pecadores quedan endurecidos en sus mismos pecados, y los pueblos encenagados en sus vicios. Los predicadores que han sabido llenar estas tres condiciones han arrastrado en pos de sí las muchedumbres llenas de entusiasmo, con su palabra elocuente. Mas sería temeridad pretender estos efectos sin el estudio de las reglas, á no suponer dotes extraordinarios, ó la inspiración de lo alto. No puede, pues, mirarse con indiferencia cosa de cuya ignorancia pueden resultar tantos males, y de cuyo estudio tantos bienes para la salvación de las almas. Y si tanto afán se pone para los intereses del mundo, ¿por qué no lo pondremos para este divino arte de salvar las almas, como lo han llamado los Santos Padres? Descendamos, pues, á estos tres puntos.

20. 1.º *Instruir*. El hombre se guía por la razón, y ésta es el centro de todas las operaciones en el sér intelectual; y en cuanto hombre el raciocinio es su primera operación. Por esto dijo San Agustín: *Docere necessitatis est*, porque de este primer resorte de la inteligencia se van efectuando las operaciones de las demás facultades. De aquí es que antes de todo la predicación ha de ser instructiva si ha de ser eficaz, útil y provechosa, y corresponder á los altos destinos de su divina misión. La instrucción es la base de los grandes movimientos oratorios, y que da apoyo y solidez á los grandes rasgos, á las magníficas expresiones y á las brillantes figuras: si ella falta, el discurso viene á ser insustancial, falto de fondo; las más escogidas frases una palabrería; las grandes figuras una extravagancia, un despropósito, y los grandes movimientos oratorios una comedia. La sólida instrucción, las grandes verdades, llenan el sér del orador, que fluyen por sí mismas como rebotando de aquella plenitud las palabras más adecuadas, y las figuras sin ninguna violencia. Horacio formuló toda esta doctrina en esta sentencia: *Scribendi recte sapere est principium et fons*. (Art. poet.).

21. Dice Cicerón: *Una res pre nobis est ferenda ut*

nihil aliud nisi docere videamur. Es decir, que de tal manera ha de ser nuestro discurso, que parezca que sólo intentamos instruir, esto es, que la instrucción forme el fondo del discurso, pues de ahí irá brotando todo lo demás que intentamos, pues la inteligencia habla al corazón. Y ved la comparación tan adecuada que pone el mismo orador: «Instruid á fondo á los oyentes, dice, acerca del punto de que se trata: desenvolver y hacer resaltar las verdades que han de encaminarlos á la virtud, es lo que en realidad forma el cuerpo del discurso: las otras partes de la elocuencia, que consisten en *agradar* y *mover*, no deben intervenir en él sino como la sangre en las venas, diseminadas y como circulando en cierto modo en el cuerpo de la instrucción: *Sicuti sanguis in corporibus, sic ille in orationibus fuisse esse debebunt*.» Esta comparación de Cicerón es tan adecuada, que los preceptistas no han dejado de recordarla.

22. Decir cosas sin substancia no alimenta el espíritu; lo deja vacío: mas hablar de cosas útiles siempre es resultado de la sabiduría, y produce consecuencias saludables que tarde ó temprano producen sus frutos, lo que no resultaría si faltara la debida ciencia y raciocinio, que son el nutrido alimento de la humana razón. «Nada desdora más, dice el erudito escritor Capmany, el lustre y la autoridad de la elocuencia, como estos discursos tan vacíos de ideas como de sentido y razón... Para poseer la gracia de la elocución y la alteza de las ideas es menester juntar, como Platón, el arte de decir y el de pensar.» No es posible que tenga base sólida la elocuencia sin la instrucción. Si con tiempo no se han preparado los arranques oratorios, cogen de improviso, y faltos de apoyo no producen ningún resultado. No serán más que vanas declamaciones, brillo fantástico de un momento, violencias y juegos de una imaginación exaltada, cosas todas que hasta podrán hacer sospechar poca cordura en el orador. Estos excesos, según Cicerón, vienen á ser como arrebatos de un hombre ebrio entre oyentes en ayunas: *Violentus inter sobrios*. Estos relumbrones son vanos y fuera de propósito, no se han producido en fuerza de las cosas mismas que lo pidan, y por tanto no dan buen resultado, y colocan al orador sobre un falso terreno. Esos

arranques oratorios, sin preparación que los origine, sin camino que les haya conducido, y sin fundamento ni instrucción que les apoye, ¿quién no ve que están fuera de su lugar? Ni más ni menos, han dicho algunos, que un precioso vestido colocado en un maniquí, ó bien una bella decoración á la que le falta un escenario para ser colocada. No se ha producido la idea reveladora que iluminando la mente del orador ha de iluminar la del auditorio; ¿á qué viene, pues, aquel gran aparato y ostentación? Falta aquel *verbo*, aquella palabra engendradora en la inteligencia que diga: *Fiat lux*, la cual ilumina la inteligencia de los oyentes, y entonces se produce aquella luz de la verdad y doctrina que derrama la belleza y hermosura como á cosa que le es tan natural, entonces el orador puede hacer fulgurar esta verdad con todos sus destellos y vivísimos colores, entonces los arranques oratorios y arrebatos del más puro y noble entusiasmo vienen de un modo el más natural y espontáneo, producidos por la misma fuerza de la verdad que, en su clarísima y lógica manifestación, los ha preparado sucesivamente por grados. Entonces, sí, esos arranques oratorios obran maravillas. «Por esto vemos, dice el Sr. Bravo y Tudela, en los grandes oradores, así antiguos como modernos, esos rasgos brillantes y sólidos, traídos por las pruebas y engendrados, digámoslo así, por las razones y por los hechos. Sólo después de argumentos muy nutridos es cuando los grandes oradores conmueven y arrastran al oyente con la fuerza de sus arranques, que de otro modo no tienen razón de ser, y sorprenden sin producir afecto alguno, cuando más el del asombro y la admiración. ¡Asombro pasajero, admiración infecunda, y que muy pronto da pábulo á la más severa censura por parte de los mismos que la han sentido con mayor intensidad!»

23. Las palabras se las lleva el viento, y sólo hacen ruido desde el momento que no instruyen ni tienen fin determinado, ni pueden en manera alguna mejorar las costumbres de los pueblos. Porque las necesidades de éstos, sobre todo hoy día en que tantos errores corrompen su inteligencia y tantos vicios su corazón, exigen sólida y maciza instrucción de los dogmas, verdades y deberes cristianos, con

exposición vigorosa, clara y sencilla de ellos. La razón es una antorcha luminosa en el hombre, y quiere saber y comprender el motivo de las cosas, y entonces, estando perfectamente instruido, ni le deslumbran los falsos brillos de los argumentos de la impiedad ni la lectura de los malos libros; ni, ignorante de los sacrosantos misterios de nuestra Religión, permanece en el estado horrible de la incredulidad, ó en la miseria de un corazón tibio ó de una fe muerta. Porque no puede negarse que hoy día hay mucha ignorancia en materia de Religión, y aún en personas que jamás hubiera podido suponerse, desbordándose ese torrente de males contra la verdadera piedad, patrocinado por esa criminal apatía é indiferencia en instruirse y querer practicar los deberes de la Religión. Es muy atinada y práctica la observación del Sr. Bravo sobre el particular en su *Tratado de Elocuencia Cristiana*: «Si observais en una feligresía que los cristianos concurren diariamente al templo, y sin embargo no están instruídos acerca de la Religión y de sus deberes, decid sin vacilar que el párroco no ha explicado bastante la doctrina, ó ha supuesto un fondo de instrucción de que sus feligreses carecen. De aquí procede que muchos no tienen religión, ó si la tienen, mal comprendida; de aquí que muchos sean indiferentes ó supersticiosos; de aquí el progreso de ciertas teorías; de aquí la confusión de lo temporal y eterno; de aquí... pero no nos cansemos. El sacerdote para ser útil es preciso que instruya, é instruya sólidamente al pueblo cristiano; lo contrario es hablar, hablar, sin decir nada.» ¡Qué desgracia ésta para la Iglesia de Dios! Ya el P. Blot, en su *Prefacio de la Agonía de Jesús*, dice: «En la predicación, lo mismo que en los libros, déjase sentir la necesidad de la doctrina, y uno fatigase pronto de no oír más que buenas y amables palabras, como de no leer más que insulsas y huecas amplificaciones. De ahí viene el gran favor que alcanzan siempre los opúsculos de San Ligorio, donde repetidas citas... ponen en evidencia la doctrina de que tienen necesidad las almas, y que hacen más atractiva la unción de que las rodea el autor.»

24. Ningún sacerdote debe aterrarse ante la obligación de predicar por la necesidad de poner fondo de instrucción

á sus discursos, pues la Religión cristiana es en sí tan hermosa, tan esplendente, que basta presentarla en su natural sencillez, en sus sobrenaturales dones con que la formó su Divino Fundador, que fácilmente cautiva las inteligencias más elevadas y se apodera de los nobles corazones. Hacedla conocer, y se amará, y se practicará, y formará el embeleso del hombre. Bossuet ha logrado más conversiones con su *Exposición de la Doctrina Católica*, que con todos sus libros de controversia; y los Santos Padres han convertido frecuentemente á los infieles, sometido á los herejes y confirmado á los católicos en la verdadera fe, sólo por medio de sencillas explicaciones de las verdades católicas, según observa el Concilio de Trento; y San Carlos Borromeo con sus sencillas explicaciones nutridas de saludable doctrina hacia prodigios de conversiones. Por esto decía San Agustín: *Populi prius docendi quam movendi*. A lo grande, lo bello, lo sublime, lo magnífico, se lanza nuestro espíritu empujado por lo sobrenatural, por la razón de nuestro sér; y la inteligencia, por más que esté extraviada, no resiste tan fácilmente al encontrar á su paso las bellezas de la Religión, que le manifiestan sus desdichas y sus grandezas, y le revelan sus destinos inmortales. Y si esta sencilla exposición es tan arrebatadora, ¿qué será cuando un cimiento de sólidas pruebas sostiene la majestad y grandeza de este espléndido edificio? ¿Quién resistirá el curso impetuoso de este majestuoso río que todo lo arrolla á su paso? Instruid, enseñad, prediquemos con solidez, sacerdotes del Altísimo; es nuestro ministerio; manifestemos á la Religión con todas sus bellezas; aproximaremos su triunfo. En la lección IV trataremos de las fuentes de invención, y véase la XI sobre la confirmación, el género de pruebas, su orden y manera de exponerlas.

25. 2.º *Deleitar*. Si el instruir versa sobre el fondo del discurso, el deleitar consiste en la *manera de decir*. Cómo se entiende esta manera de decir es un punto muy discutido; si por arte de agradar no se entienden más que juegos de un falso bello espíritu, éste la oratoria sagrada lo rechaza completamente. Hamón lo ha definido: *El secreto de hacerse escuchar con placer, con interés, con confianza.*

Placer lo produce la *manera de decir*; interés, el *fondo* de la materia, y confianza, la *virtud* del predicador. El medio, pues, de conseguir un brillante resultado, es si concurren estas tres condiciones para *deleitar* al auditorio.

26. Agradar por *su virtud* es saberse conquistar por sus buenas costumbres y carácter amable el aprecio y estimación de los demás, que es una notable disposición para que oigan atentos y confiados, y hace que cuanto diga el predicador tiene aquella marca de santidad, aquel acento inimitable que es tan bien recibido. Agradar por *el fondo* es proponer aquellas cosas que son ya necesarias, ya útiles y provechosas para el auditorio, y viendo que tanto les interesa están como suspensos de los labios del sacerdote y oyen con sumo gusto. Agradar por la *manera de decir*: aquí está la gran dificultad. Consiste en presentar las ideas y sentimientos con la elocuencia ó gracia que conviene al auditorio á quien se dirigen, y éste es el punto más delicado de la cuestión, el más dificultoso. ¿Debe adherirse el predicador á las gracias de la elocuencia, ó despreciarlas como indignas de la sencillez del Evangelio y de la santidad de la cruz? «El pro y el contra en este asunto, dice el Sr. Bravo, se hallan sostenidos por varones igualmente recomendables por su ciencia y virtud. No hay duda que en esta materia hay dos escollos igualmente funestos que es necesario evitar: el demasiado empeño en rebuscar galas y flores para ataviar el discurso, y el menosprecio de todo adorno, usando de expresión grosera, desagradable y fría.»

27. En cuanto á lo primero, es realmente cosa inconcebible que un ministro de Dios en un ministerio tan sagrado, que tanto afecta á la salvación ó eterna condenación de las almas, se distraiga más en sacar aplausos que lágrimas de los pecadores que le están oyendo, ocupándose más en deleitar que en instruir, en agradar al oído que en conmoover el corazón. ¡Cuánto tronaron contra estos sacerdotes los Profetas en el nombre del Señor! *Væ... que faciunt cervicalia sub capite universæ ætatis ad capiendas animas.* (Ezech. xiii). «Este es un gran extravío del sentido común, exclama un escritor moderno, como lo sería que un médico colocado á la cabecera de un enfermo de sumo peligro se

entretuviere en verter elegantes frases é iniciar ideas ingeniosas para mostrar su talento, en vez de prescribir con prontitud el remedio necesario para salvar al paciente.» Por esto es que todos los varones apostólicos siempre se han indignado contra este gusto estragado de la predicación, y en la violencia de sus lamentaciones parece que han caído al lado opuesto; mas si lo consideramos bien, veremos que fácilmente se concilian sus opiniones y las de todos los maestros de la verdadera elocuencia, si las reducimos á su justo término, que consiste en tratar con el debido respeto y entusiasmo aquella divina palabra que ha de regenerar la tierra.

28. No es sembrando de flores el camino de los pecadores como se les inspira el santo temor de Dios, y se conmueven sus corazones hasta hacer brotar las lágrimas de un sincero arrepentimiento. Y realmente grandes han sido y son los abusos que se observan en los púlpitos, y con razón los predicadores temerosos de Dios se han sobresaltado en todos tiempos por los males que resultarían en la Iglesia. «Cuando el fuego amenaza consumir una casa, dice Santo Tomás de Villanueva, ¿le ocurre á nadie un período estudiado para pedir auxilio?» «¿Se busca por ventura agua de rosas para apagarlo,» añade San Ligorio? «Estáse abrasando el mundo, dice un docto de los antiguos tiempos en la Vida del P. Granada, y para apagarlo búscanse aguas de flores, destiladas con artificio, y déjense las que corren por comunes; parece de hambre el mundo, y andamos en invenciones de italianas menestras, portuguesas ignarias, y sainetes castellanos; está el siglo lleno de basura y estiércol, y venimos con pulidas escobillas de barba á limpiarlo: enseñamos teologías á quien yerra en el A, B, C.» Y un excelente escritor, después de haber tratado del arte de la predicación, sus primores y dificultades, llorando las calamidades de su tiempo (quiera Dios no alcancen á éstos), de la poca correspondencia que hay entre el tierno y débil modo de predicar con tanta cultura y elegancia, con la rotura de costumbres, perdición de los vicios, y el estrago de las almas, concluye así: *Nescio enim, an cum Diogene in tantá concionatorum copia, accensa lucerna concionatorem que-*

rere possimus, qui pie, qui modeste, qui graviter, qui libere, qui erudite, qui eloquenter, qui accommodate, qui prudenter verbum Dei tractet. (Dr. Diego de Payna Andrade).

29. Y el Ilmo. obispo D. Francisco Terrones, en su *Instrucción de Predicadores*, dice: «En nuestros tiempos habemos conocido al P. Maestro Juan de Avila, y al Padre Lobo y á otros santos varones, que no revolvían muchos libros para cada sermón, ni decían muchos conceptos, ni esos que decían los enriquecían mucho de Escritura, ejemplos ni otras galas; y con una razón que decían y un grito que daban, abrasaban las entrañas de los oyentes. Dios por su misericordia resucite en su Iglesia el espíritu de estos santos varones, como lo piden las necesidades de los fieles; ni permita que sea cierta la proposición del venerable Padre Gaspar Sánchez, jesuíta, ilustre intérprete de la Sagrada Escritura, varón de gran santidad, que decía: que la predicación aseada y culta, sin vigor y sin espíritu, en que el predicador se predica más á sí que á Cristo, era la mayor persecución que la Iglesia de Dios padecía en estos tiempos.»

30. Hemos querido citar estas autoridades, ya para evitar abusos en materia tan delicada, ya para hacer notar de qué motivos procedían aquellas duras recriminaciones contra los adornos retóricos, ya para que vea el predicador el justo medio que se le presenta para anunciar con fruto y dignidad la divina palabra, no apartándose del camino trillado por los Santos Padres y fervorosos varones; pues no hay duda que así como el excesivo cuidado de agradar que manifiestan algunos, es, además de lo que llevamos dicho, indigno del sublime ministerio evangélico; así también es cosa muy laudable y provechosa que el orador sagrado no deseché los atractivos de una elocuencia sólida y verdadera. «Existe, dice el Sr. Bravo, en el corazón humano un secreto é involuntario aprecio hacia el hombre elocuente, que cautiva la atención, despierta el interés, y tiene á todo el auditorio suspenso de los labios del orador que sabe aprovechar oportunamente los recursos del arte, las disposiciones de su ingenio. Pongamos esta noble facultad al servicio de Jesucristo, en Jesucristo, por Jesucristo, con amor, con ternura,

y agradaremos, cautivaremos los auditorios. ¿No sería vergonzoso que mientras los profanos aspiran á poseer un lenguaje puro, brillante, enérgico para manejar con habilidad la ficción y la mentira, la palabra de Dios fuese tratada con descuido, presentada en un estilo bajo, rastrero y trivial, y recitada fría y torpemente? La experiencia y el estudio del corazón humano demuestran que los más necesitan ser ganados por formas atentas, y atraídos por el cebo del placer: *Illum qui est delectatione affectus, facile quo volueris duces, dice San Agustín; nemo flectitur si moleste audit.*»

31. Y sigamos el consejo tan sencillo y práctico que en otro lugar nos da este gran Padre de la Iglesia comparando los adornos del arte á la salsa, para que el manjar espiritual nos sea apetecible y no nos hastíe. «Mas por cuanto hay alguna semejanza, dice, entre los que comen y los que aprenden, para evitar el fastidio de los más, es preciso sazonar y condimentar aún aquellos alimentos sin los cuales no se puede vivir.» Y entonces la verdad bella, seductora, convincente, tiene entrada aún en los corazones más rebeldes: *Ita ut veritas placeat.* Los Santos Padres de todos los siglos siempre la divina palabra la usaron noblemente, y con esto no sólo instruyeron y deleitaron, sino que tuvieron el arte de *conmover* los corazones, que es el tercer fin de la retórica.

32. 3.º **Conmover.** ¡Conmover! palabra ésta á donde se dirige toda la fuerza de la elocuencia, todos sus preceptos, todas sus aspiraciones. ¡Conmover! es convencer, persuadir, traspasar el corazón, ablandarlo, arrastrarlo, hacerse dueño de él. Noble facultad la de la elocuencia que sabe conmover el corazón, que, puesto bajo su poderosa influencia, se levanta, se abate, se estremece, se encoleriza, se enardece, se enfurece, perdona, gime, llora, sufre, goza, canta, se alegra, se extasía, se sublima... ¡oh poder misterioso de la elocuencia! Con esto aparece evidente que una de las cualidades esenciales de la predicación es saber tocar este oculto resorte del corazón, es saber aplicar el plectro de la divina palabra á sus fibras tan sensibles y delicadas; no parar hasta arrastrar la voluntad á desechar lo malo, abrazar lo bueno, detestar el vicio, practicar la virtud, y deter-

minarla á hacer firmes resoluciones y propósitos. ¡Qué imponente y arrebatador espectáculo contemplar muchedumbres que en inmensos oleajes se mueven, se agitan cual las hojas de los árboles, dominadas bajo la elocuente é inflamada palabra del inspirado de Dios, que arranca suspiros, lágrimas y gritos de misericordia aún de los pecadores más endurecidos! Páginas conmovedoras de la historia de la predicación apostólica que sin cesar se repiten. El P. Séñeri en una ciudad de las más célebres de Italia movió el pueblo á exclamar: *Padre, no más; estamos persuadidos, estamos convencidos.* Y quien se golpeaba el pecho, quien suspiraba, quien lloraba. Y en otra ciudad, á algunos pecadores obstinados se les oyó decir estas precisas palabras: *Vamos á oír cualquier otro predicador, pero no al P. Séñeri, sino nos convertiremos.* ¡Qué vehemencia tan grande en conmover! (Cesena, *Capuch.*, *Ret.* c. v). Demóstenes fué un grande orador, poseyó en alto grado la facultad de mover. Fernelón le pone en boca estas palabras, referentes al orador romano: «Tú distraías con los rayos de tu talento; yo hería, abatía, destruía como un rayo: Tú hacías exclamar: «¡Qué bien habla!» y yo hacía decir: «Vamos, marchemos contra Filippo.» Aquí se expresa con toda energía el talento de conmover y enardecer los ánimos.

33. Cuando se ha llegado á conmover, á arrastrar la voluntad á donde se quería, la victoria ya está obtenida de parte del orador. Se ha alcanzado lo que se pretendía. Se ha cumplido el fin de agradar, pues bastante se agrada cuando se logra mover, y este punto más es obra del corazón que del entendimiento. Y á medida que la conmoción más y más se va apoderando del corazón, ya sólo conviene ayudarla hablando á ese mismo corazón, en donde el mal tiene más asiento que en el entendimiento; flechar ese corazón con las saetas divinas del amor, de la compunción; procurando conmovernos á nosotros mismos para conmover á los demás, según la máxima de Horacio: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.* «Apártense del púlpito, exclama un escritor, esos predicadores cuyas frías palabras indican que están plenamente resignados con la reprobación del auditorio.»

34. Cómo y de qué medios se ha de valer el predicador para esta conmovición, lea la Lección XL, que es la última; pues ahora pasamos á tratar de las fuentes de invención, que son para obtener estos tres fines de la retórica eclesiástica. Después, del modo que estos materiales deben ordenarse; luego, del estilo, tropos y figuras que deben adornar el discurso; y por fin, el modo de expresarlo en el lenguaje oral y de acción. Por lo que dividiremos este *Compendio de Elocuencia* en cuatro Libros:

- LIBRO I. INVENCION.
LIBRO II. DISPOSICION.
LIBRO III. ELOCUCION.
LIBRO IV. PRONUNCIACION.

LIBRO I.

INVENCION.

LECCIÓN IV.

Sus fuentes para instruir, deleitar, mover.

35. Como los fines de la retórica ya hemos dicho en la lección precedente que son *instruir, deleitar y conmover*, para que la predicación santa logre su objeto, necesariamente el sacerdote debe estar instruido, y poseer las fuentes de sabiduría que puedan suministrarle todos los debidos recursos para su elevado ministerio, y estar así preparado á cualquier evento: confirmar en la fe, saber defenderla, refutar los errores, é instruir al pueblo cristiano como lo quiere San Pablo: *Ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia: ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus.* (II Tim. II, 4). De lo contrario podrían seguirse muchísimos males de sus inexactitudes, falta de precisión, vaguedades é ignorancia.

36. San Gregorio á los predicadores, sobre todo jóvenes, que sin la ciencia suficiente, y sin haber hecho el acopio necesario antes de repartir, ya pretenden lanzarse al púlpito, figurándose que son aptos, sin saber aún el fondo de lo que han de decir, los compara con los tiernos pajarillos que, queriendo remontar demasiado alto antes de tener alas bastante fuertes para sostenerse en el espacio, caen á tierra y se matan. Y los lastimosos resultados en el púlpito lo manifiestan bien cuando los jóvenes, presurosos antes de tiem-

34. Cómo y de qué medios se ha de valer el predicador para esta conmovición, lea la Lección XL, que es la última; pues ahora pasamos á tratar de las fuentes de invención, que son para obtener estos tres fines de la retórica eclesiástica. Después, del modo que estos materiales deben ordenarse; luego, del estilo, tropos y figuras que deben adornar el discurso; y por fin, el modo de expresarlo en el lenguaje oral y de acción. Por lo que dividiremos este *Compendio de Elocuencia* en cuatro Libros:

- LIBRO I. INVENCION.
LIBRO II. DISPOSICION.
LIBRO III. ELOCUCION.
LIBRO IV. PRONUNCIACION.

LIBRO I.

INVENCION.

LECCIÓN IV.

Sus fuentes para instruir, deleitar, mover.

35. Como los fines de la retórica ya hemos dicho en la lección precedente que son *instruir, deleitar y conmover*, para que la predicación santa logre su objeto, necesariamente el sacerdote debe estar instruido, y poseer las fuentes de sabiduría que puedan suministrarle todos los debidos recursos para su elevado ministerio, y estar así preparado á cualquier evento: confirmar en la fe, saber defenderla, refutar los errores, é instruir al pueblo cristiano como lo quiere San Pablo: *Ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia: ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus.* (II Tim. II, 4). De lo contrario podrían seguirse muchísimos males de sus inexactitudes, falta de precisión, vaguedades é ignorancia.

36. San Gregorio á los predicadores, sobre todo jóvenes, que sin la ciencia suficiente, y sin haber hecho el acopio necesario antes de repartir, ya pretenden lanzarse al púlpito, figurándose que son aptos, sin saber aún el fondo de lo que han de decir, los compara con los tiernos pajarillos que, queriendo remontar demasiado alto antes de tener alas bastante fuertes para sostenerse en el espacio, caen á tierra y se matan. Y los lastimosos resultados en el púlpito lo manifiestan bien cuando los jóvenes, presurosos antes de tiem-

po, sin la ciencia suficiente, han querido anunciar la divina palabra: discursos sin fondo, insustanciales; falta de vigor en las pruebas; no se encuentra método; fastidiosas repeticiones; frases sin sentido; figuras arrastradas como por fuerza y fuera de su lugar; en una palabra, falta de orden, claridad, solidez y fondo: no sucede así al orador instruido que, lleno de sabiduría, la misma plenitud de verdades le hace hablar de un modo el más espontáneo, natural, instructivo, sólido y muy bien ordenado.

37. Por lo que en nuestros días es muy conveniente que todo cuanto contribuye á hacer estimable y provechosa la predicación sea objeto de continuo estudio para el sacerdote, pues todos sabemos que bajo el especioso pretexto de progreso moderno se niega la fe, quiere la razón tener la preeminencia, y hasta se ha afirmado que ambas son incompatibles entre sí, lo que ha obligado á muchos católicos á escribir tratados especiales de la armonía de la razón con la fe, y que si bien ésta es superior, jamás pueden contradecirse. El error circula libremente por todo el mundo, los vicios todo lo han invadido, y el sacerdote debe hablar, debe instruir, debe reprender, debe predicar; Dios le ha dado esta misión: *Clama, ne ceses, quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum.* (Is. LVIII). *Prædica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina.* (II Thim. iv, 2). «Un sacerdote que no tiene más que la piedad, no ha tenido nunca más de media vocación. *Est lucerna ardens et non lucens,*» dice Dinouard en un Prefacio de Retórica; y á este propósito añade Pratmans en su *Camino del púlpito*: «El Salvador no solamente recomendó á los Apóstoles que rogaran, confesaran, celebraran la Santa Misa; mas también les dijo: «Id, predicad, anunciad mi ley á todas las naciones. *Ite, docete.*» Un ministro no es sacerdote para sí mismo, mas para el público.» Mas para que los jóvenes se lancen á la predicación deben ir primero tanteando sus fuerzas, según las materias que han de tratar y los púlpitos que han de ocupar, estudiando, meditando, aprendiendo y llenándose del Espíritu Santo, para ir derramando después los raudales del agua viva en las sedientas muche-

dumbres, que así lo ha prometido Jesucristo: *Flumina de centre ejus fluent aquæ vivæ.* (Joan. VII, 38).

38. Vamos, pues, á dar una idea de los principales estudios necesarios al orador sagrado, *fuentes* principales de invención para poder intruir, deleitar y mover, y en donde encuentra toda clase de argumentos, pruebas y formas de expresión.

1.º **La Sagrada Escritura:** *Liber sacerdotalis*, como le llamaba San Ambrosio, tiene el primer lugar. El fondo de toda la predicación es la Sagrada Escritura, y sin su conocimiento no es posible que pueda desempeñarse debidamente esa sublime función de anunciar á los hombres la divina palabra, de cumplir el precepto de Nuestro Señor Jesucristo de anunciar la verdad por todo el mundo, ni de esperar los dones vinculados á la divina palabra, porque entonces sólo sería palabra de los hombres y no de Dios; pues la predicación no es más que la palabra de Dios explicada por sus ministros, y está destinada á alumbrar todas las inteligencias.

39. En todos tiempos ha sido este divino libro meditado, comentado, explicado y predicado. San Pablo fué su gran expositor, y una gloriosa pléyade de apologistas y comentadores siguieron sus pasos. Su lectura y meditación formaba las delicias de los Santos Padres, y el grande Agustín, entre otros, llenaba volúmenes comentándolo, como el Crisóstomo predicándolo, y el poderoso genio de esos ilustres varones lo ha llenado de mil atractivos, con los cuales se hace tan sabrosa y útil su lectura, sin cuya *lección constante, estudio continuo y meditación continua*, no es posible ser un verdadero predicador, que anuncia é intima á los pueblos la voluntad divina.

40. ¡Qué hermosas son estas líneas del Sr. Bravo! «La palabra de Dios, ha dicho, es la vida del alma para el predicador y para los fieles. Es alimento, manjar y bebida todo á la vez; es medicina y lenitivo, es mandato y consuelo de Dios; expresión casta y pura, según el Espíritu Santo, semejante al oro purificado en el crisol: regla de fe y de costumbres, dice San Agustín, cuya autoridad resplandece en todas las Iglesias; atractivo admirable y seguro de los ser-

mones; medio para mover, edificar y sentir; lenguaje del cielo; manantial inagotable de amor, de caridad, de doctrina y de elocuencia; guía segurísima para no perderse jamás en el cumplimiento del ministerio sacerdotal.» Esa palabra de Dios es de una fuerza admirable; ni todos los razonamientos ni discursos humanos son capaces de prestar al orador sagrado la fuerza, poder y autoridad que ella sólo le comunica. Ella sirve de base, robustece y confirma los discursos sagrados. El predicador al citar las Santas Escrituras debe hacerlo con todo respeto é íntimamente persuadido de su grande eficacia. «Tienen virtud como las reliquias,» alguien ha dicho; y toda la razón humana no llega, ni podrá llegar jamás á la admirable elevación de las Sagradas Escrituras, ni á la maravillosa fuerza de atracción que éstas tienen para rendir los corazones. Es el libro por excelencia de la predicación; y cuanto han dicho de sublime y grandioso, de patético y elocuente los Santos Padres, de esas fuentes divinas lo han sacado. No lo extrañemos: es la palabra de Dios; citémosla con fe, y hará prodigios.

41. Jamás de labio humano salió tanta dulzura; jamás mortal alguno pudo expresarse con tanta grandeza y sencillez; jamás torrentes de fluida y arrebatadora elocuencia brotaron como de los Libros Santos. Han reconocido esta patente verdad cuantos los han meditado y profundizado; del fondo de aquellas divinas páginas sale la luz reveladora y brillante que inflama el alma en el amor de su Divino Autor. «Tal vez alguno preguntará, dice San Agustín, si los escritores sagrados, además de enseñar la sabiduría fueron elocuentes: *Non solum nihil eis sapientius, verum etiam nihil eloquentius mihi videri potest*: No sólo no ha habido hombres más sabios que ellos, pero ni más elocuentes.» Y lo ha probado analizando varios pasajes de la Escritura. Y en el humilde Amós, el pastor de Tecua, encuentra pasajes de una elocuencia verdaderamente arrebatadora. «Y ¿qué extraño es que así sea, continúa el Santo Doctor, cuando fueron enviados aquellos escritores por el Autor mismo del ingenio y del talento? *Quos ille missit qui facit ingenia?*» «Enhorabuena que algunos libros sagrados, en especial el Nuevo Testamento, carezcan de elegancia, se exclama el

P. Martínez; los Santos lo reconocen, y explican el por qué ha debido suceder así; no obstante, place su misma sencillez, y, como dice San Jerónimo, en nuestros Libros Santos hasta la corteza brilla, mas lo que hay debajo es sobremanera dulce: *Nitet... in cortice, sed dulcius in medula est*. Lo grande y lo tierno, lo triste y lo vehemente, como lo patético, todo se encuentra en los Libros Santos; aunque, según San Agustín, se escribieron sin la intención de que fueran elocuentes; la grandeza misma de las cosas lleva consigo la elocuencia que, como servidora obligada, sin ser llamada va siguiendo inseparablemente: *Et tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam.*»

42. Y en efecto; ¡oh vosotros que estais de atalaya sobre los montes de Israel y servís de muro á la casa de Jacob, vosotros que empapais vuestra enardecida frente con el rocío del cielo y os inspirais en la voluntad del Altísimo; antes de descender al pueblo á intimarle sus preceptos, á hablarle de sus justicias, á ensalzar sus misericordias, abrid los Libros Santos; allí encontraréis todo esto; allí los rasgos patéticos; allí exhalaciones de amor, y cuanto sentimiento delicado puede derretir el corazón humano; allí el rayo vibrante que, estallando majestuoso de manos del Omnipotente, abre ancho surco en los espacios, y estremeciendo los desiertos y las vastas soledades, troncha y abate con estrépito los altos cedros del Líbano; allí el rigor de su justicia como abate á los soberbios, y el atractivo de su bondad como alienta á los pecadores y conforta á los justos. Aumenta el interés con su lectura. Allí los grandes y hermosos ejemplos que, amenizando la historia, excitan á la virtud. David resalta en la piedad; Moisés en la mansedumbre; Elías es todo fuego, y el paciente Job es el varón de dolores; jamás mortal alguno conmensuró como él la inmensidad del dolor; por su fe, incomparable Abrahán, y con su heroísmo inflaman, enardecen los Macabeos; Ester encanta con su dulzura, y la invicta Judit hace admirar el poder de Dios, y los libros de los Jueces refieren y cantan las victorias de Jehová. El Génesis señala su origen al mundo; y los imperios, las naciones y la historia más antigua, tienen allí marcados sus

principios; Ruth, Job, Tobías y Amós resaltan por su sencillez; Isaías, Ezequiel, los Profetas son las trompetas de Dios que recuerdan sus juicios; Jeremías está llorando, y sus notas melancólicas caen sobre el corazón con inefable tristeza... ¡Libros Santos! yo os estrecho contra mi corazón, os pongo sobre mi cabeza, como el Borromeo, en señal de veneración.

43. ¡Qué rasgos! ¡qué excelencias! ¡cuántas bellezas! ¡Qué sublimidad de ideas, magnificencia de imágenes, descripciones tan magníficas de la Majestad de Dios, narraciones tan naturales, paisajes tan sorprendentes, tan vivos coloridos, pinturas tan exactas, giro tan elocuente de las frases, profundidad de ideas, elevación de pensamientos, armonía del corazón, vida del alma! esto encanta, arrebató, es irresistible... ¡Dios mio, yo os doy gracias!... ¡Qué elocuencia tan sublime! toda clase de estilos, todo género de pruebas, comparaciones, sentimientos, imágenes, ejemplos, rasgos patéticos, cuanto puede realzar los sermones, todo allí se encuentra. Los Profetas reconvienen, los Santos oran, los Angeles cantan, los pecadores lloran, y toda la naturaleza revestida de la gloria de Dios canta sus grandezas desde el imperceptible átomo que se arrastra por la tierra hasta la estrella que brilla en las alturas. ¡Cuántas emociones! Amor, consuelo, esperanza, con la más noble sencillez de expresión; el Corazón abierto del Salvador de los hombres se encuentra en los Santos Evangelios; profundidad de ideas, todo el admirable plan de la Religión en las Epístolas de San Pablo. Todo el Nuevo Testamento respira aquel suave aroma de la caridad evangélica. Y en el Apocalipsis revela el Discípulo amado todos los acontecimientos de los últimos tiempos con toda la majestad de un Profeta. Todo esto es la Santa Escritura. Predicadores descuidados, oid; daremos cuenta á Dios de tantas bellezas despreciadas.

44. Los Salmos en particular contienen tanta belleza, poesía, riqueza de expresiones y delicadeza de sentimientos, que siempre han sido y serán para los hombres de inteligencia y corazón, un rico y puro manantial de inspiración la más sublime: el amor, dolor, tristeza santa, fuego sagrado, entusiasmo, suspiros del desterrado, ardientes lágrimas

al recuerdo de la amada Jerusalén. Eso es bellísimo, sublime; uno asiste arrobado á esa armonía sagrada del Salterio; allí se tocan suave y poderosamente todos los sentimientos del alma; con su inspirado plectro potente hiere todas las cuerdas del Kinnor hebreo el Santo Profeta. Los hay de una belleza y moción indecible, que hacen sentir al alma por grados toda clase de las más vivas emociones. En ellos bebieron grandes poetas la inspiración para sus composiciones. Y en ellos, como en los demás Santos Libros, debemos inspirarnos nosotros para la predicación. Bossuet antes de predicar enardecía su pecho leyendo un capítulo de Isaías. No pasaba semana sin que San Juan Crisóstomo dejara de leer las catorce Epístolas de San Pablo, y San Bernardo se hallaba tan lleno de toda la Sagrada Escritura, que todos sus sermones y escritos revelan este profundo conocimiento. Así lo ha de hacer el predicador; de este rico venero ha de tomar sus ideas: *Comede volumen istud, et vadens loquere filiis Israel*, dice el Señor á Ezequiel, cap. III, 1, sobre lo cual dice San Jerónimo: «Devorad, dice, este libro por medio de una asidua lectura; digeridlo por la meditación; hacello pasar como sustancia vuestra; de otro modo no vayais á predicar á mi pueblo: *Nisi autem comederemus volumen, docere non possumus.*»

45. Para manejar debidamente las Sagradas Escrituras se requiere: 1.º Estudiarlas con mucho respeto. 2.º Haber estudiado la Hermenéutica Sagrada, para que por medio de las reglas de verdadera y genuína interpretación que ofrece, pueda expositarse con más fruto. 3.º Al citarse en el púlpito debe hacerse con grande veneración y confianza, porque es tal su eficacia, que al repercutir su divina voz se derriban las murallas de Jericó, como en otro tiempo al eco de las trompetas sagradas.

46. ¿Qué predicador querrá, pues, privarse de aquella elocuencia varonil que engendra en el pecho apostólico el continuo estudio de los Libros Santos? ¿Dónde sino en ellos encontraremos á raudales aquella dulzura, aquella unción penetrante, aquellos rios de leche y miel tan necesarios para nuestro sagrado ministerio, para atraer las almas extraviadas á nuestro amantísimo Redentor? «¡Cuántos talentos

se pierden para la elocuencia del púlpito por carecer de este indispensable estudio!» se exclama Martínez. Otros muchos, dotados de bellas disposiciones, pronuncian discursos, que por su estilo elegante, por su lenguaje correcto, y aun por el mérito de los pensamientos, captarían justamente la atención de una Academia; sin embargo, pronunciados en la cátedra del Espíritu Santo son como una armonía que tan sólo recrea el oído, dejando fría el alma; sus palabras son bellas, pero no pasan de ser palabras del hombre; fáltales aquella vida esencial, aquella savia vivificante, aquel sabor celestial, aquella dulce emoción y aquella unción penetrante que sólo viene de Dios, que sólo se aprende en la Sagrada Escritura y que sólo se expresa en el lenguaje de los Libros Santos. ¡Bella estatua sin vida! ¿Quién le infundirá el soplo vivificador? Sólo la palabra de Dios. Hermosura fatua, privada del espíritu que todo lo anima y da ser á las cosas: el espíritu de Dios manifestado en su divina palabra. Vuestros discursos son bellos, pudiéramos decirles como San Jerónimo á Paulino; teneis buenos principios; ¡oh, lo que pudiérais ser dedicándoos al estudio de las Sagradas Escrituras! Si en vuestros discursos pudiéramos encarnar el estudio de esos libros, nada habría más bello y más docto, nada más dulce y sabroso: *Si haberes hoc fundamentum imo si quasi extrema manus operi tuo induceretur, nihil pulchrius, nihil doctius, nihil dulcius... tuis haberemus voluminibus.* «¡Oh! continuaba el Santo á Paulino, si á estos dones naturales de prudencia y elocuencia con que el Señor os ha enriquecido, se agregara el estudio y la inteligencia de la Sagrada Escritura, ¡qué pronto llegaríais á la cima de la elocuencia! *Huic prudentie et eloquentie si accederet vel studium vel intelligentia Scripturarum, viderem te brevi arcem tenere...*» Estudiemos, meditemos las Sagradas Escrituras, y entonces nos llenaremos de su celestial sabiduría, la manifestaremos á los hombres y cooperaremos á su eterna salvación.

47. 2.º Santos Padres. El estudio de ellos se sigue inmediatamente. Ellos son los intérpretes de las Sagradas Escrituras, y los grandes maestros por excelencia del púlpito. Para todo esto han recibido luces especiales de Dios. En la

Iglesia todo es antigüedad, brilla la tradición; y ellos, grandes lumbreras de la Iglesia, por su santidad y por su ciencia son los canales segurísimos de la tradición divina; pues algunas verdades reveladas no están, á lo menos de un modo explícito, en las Sagradas Escrituras, y por ellos se nos han transmitido. ¿Encontramos en los Libros Santos lugares difíciles de entender? *Accede ad sapientiores, vade ad Doctorem;* dice San Crisóstomo. ¿Deseamos enriquecernos con los tesoros que se ocultan en las Santas Escrituras? *Post Scripturas sanctas, Doctorum hominum tractatus lege,* aconseja San Jerónimo. ¿Queremos conocer la doctrina tradicional? *Patres servare,* dijo San Anastasio. Todo esto en cuanto á la exposición de los Libros Santos; ¿qué diremos en cuanto al púlpito? En aquellos primeros siglos de la Iglesia, en que esta Esposa del Cordero se iba desarrollando combatida de violentas contradicciones, persecuciones y siempre teñida en sangre, aquellas columnas de la Iglesia, aquellos Padres y Doctores predicaban, escribían, disputaban; de donde en sus obras se encuentran toda clase de materias, diversidad de estilos, prodigiosa concepción de ideas, desde las más sencillas á las más sublimes. Los Padres griegos y latinos forman un monumento grandioso á la tradición, á la elocuencia cristiana, sin que la injuria de tantos siglos haya podido carcomirlo. Protestantes sabios habido de nuestros tiempos, que al consultarlo, no pudieron resistir á la verdad iluminadora que brotaba de sus páginas antiguas, y presurosos corrieron al seno de la Iglesia de sus mayores abandonado. Los grandes predicadores consultan los Santos Padres, y muchos en su escuela se formaron. Bossuet cita casi de continuo á Tertuliano y San Agustín. Massillon, Bourdaloue y otros sacan de los Padres grandes riquezas. Y por estudios comparativos de los buenos oradores, se ha observado que muchos planes, ideas y felices expresiones que usaron estos grandes oradores, lo sacaron, ó se inspiraron en los Santos Padres. Mas esto es digno de alabanza; impregnarnos de su doctrina, acostumbrarnos á sus giros, á sus felices expresiones; beber con sus enseñanzas su misma santidad, su mismo celo, su mismo fervor apostólico por la defensa de la Iglesia; pues aunque distantes de

ellos por tantos siglos, estamos, sin embargo, llamados á predicar la misma doctrina que ellos predicaron. Inspirémonos, formémonos en las obras clásicas de los Santos Padres de la Iglesia, y entonces con su espíritu adquiriremos su elocuencia cristiana.

48. 3.º **Teología dogmática y moral.** Dice Pratomans, que «la ciencia de la teología es el fundamento esencial de toda buena predicación.» Así como la dogmática dirige el entendimiento para las cosas de fe, y nos aparta del error y la herejía, manifestándonos lo que hemos de creer, que son los dogmas; así la moral dirige el corazón para las virtudes, y nos aparta del vicio y del pecado, manifestándonos lo que hemos de practicar, que son las buenas obras. Si un predicador no tuviera la ciencia teológica, ¿cuántos disparates podría cometer! Entonces nada hay exacto; las ideas no son precisas ni claras; se abandona á extravíos de la imaginación; pone dudoso lo que es cierto, y cierto lo que es dudoso; confunde fácilmente el pecado venial con el mortal; asegura lo que es controvertible, y lo que es sólo opinión de Doctores lo sostiene como un dogma. Se atolondra su cabeza, y el auditorio nada saca en claro, se confunde, y es posible haya entendido mal sus deberes. El hombre sólidamente instruído es el único que puede hacer un discurso claro, exacto y abundante de doctrina que se fije en la mente de los oyentes y les haga comprender sus deberes. Si muchas veces sucede á buenos predicadores, que hay gentes, sobre todo del campo, que les entienden al revés de lo que dicen. ¿qué será en un predicador que no tenga á fondo la teología? Es menester saber á fondo las cosas para enseñarlas con claridad y exactitud. Los jóvenes si no tienen método en los estudios, fácilmente van desflorando las materias sin profundizar ninguna, recogiendo únicamente desorden y conocimientos muy superficiales. San Francisco de Sales, á fin de evitar semejante escollo, se aficionó á la *Suma* de Santo Tomás, á quien veneraba como el más grande de los Doctores y el más profundo de los teólogos; había dedicado cada día algunas horas á este predilecto estudio, y con su infatigable perseverancia la profundizó y se hizo sus principios tan familiares, que en todas circunstancias hacía

de ella una feliz aplicación. Conviene, en segundo lugar, en las instrucciones no hacer alarde de erudición ni ciencia, ni querer parecer docto, sino procurar que la enseñanza esté al alcance de todos, y con esto el ignorante comprende, el sabio se edifica, y todos quedan contentos. Los tres ramos mencionados de la ciencia eclesiástica, á saber: *Sagrada Escritura, Patrología y Teología*, son los tres principales auxiliares de la predicación evangélica.

49. 4.º **Historia eclesiástica.** Esta es muy necesaria al predicador en nuestros tiempos, pues muchísimos enemigos de la Religión, indiferentes en materia de fe, están en una ignorancia crasísima acerca de ella; no quieren ni pueden disputar en el campo teológico. Del mismo modo extraviados en lamentables aberraciones y en manifestos desvarios de razón, llevados á tal extremo por el odio contra la Iglesia, por temor de quedar su orgullo humillado y vencido por la contundente lógica del sacerdote, no quieren tampoco disputas en el terreno filosófico; y según observamos, en sus disputas no tienen otro miserable recurso que parapetarse en el campo de la historia. Pero ¿qué historia? Plagada de errores. Allí pueden falsificar á su gusto; allí se restregan las manos de satisfacción, sobre todo retrocediendo siglos, amontonando ineptias ya muy gastadas de puro viejas y de tanto repetir las, echándolo todo á la mala parte, método que á las mil leguas ya descubre la falsedad de la causa que defienden; valiéndose de la mentira vil para poder atacar la Iglesia, calumniar los Papas, envilecer el sacerdocio, su sabia legislación, su prudente administración, pues en el terreno teológico y filosófico no les cuaja tan bien la mentira, ni se les presta tanto para su ignorancia y mala fe. «Mentir, mentir, repiten con Voltaire, que alguna cosa queda;» mas yo afirmo que ni esto se les cuaja bien si el sacerdote está bien instruído en la Historia eclesiástica. Haber manifestado esto basta para comprender cuánto es hoy de absoluta necesidad tal estudio para el predicador, para que sepa reponer las cosas y hechos históricos en su lugar, deshacer las mentiras y calumnias, y defender la Iglesia.

50. Por lo demás, el estudio de la Historia de la Iglesia es muy atractivo, y los hechos que gozan de verdadera

autenticidad son pruebas que en gran manera corroboran el discurso al mismo tiempo que lo amenizan. La historia eclesiástica es la gran maestra de los hijos de la Iglesia, y sus arcanos abren los tesoros del pasado y del presente, mientras que arrojan destellos luminosos en el seno del porvenir; ella nos enseña mucho mejor la Religión, su espíritu, su influencia, sus progresos, sus victorias, y nos llena de confianza; con la experiencia de tantos siglos nos demuestra triunfante la verdad católica, los sofismas refutados, las herejías vencidas, los enemigos burlados, las tramas que ellos urdieron, y las armas con que fueron derrotados. Esto instruye mucho, y presta nuevas armas y bríos á los defensores de la verdad, y les hace más diestros para el combate que la Iglesia ha de sostener contra el infierno hasta la consumación de los siglos. Esta preciosa historia está esmaltada con las vidas de los Santos, de los Mártires y Confesores, Sumos Pontífices y emperadores, cristianos fervorosos de todos tiempos; allí se admiran los Concilios, esas grandes asambleas de la Iglesia y sus sabias decisiones. Allí, en una palabra, se recorren las grandes etapas de la Iglesia, y se cantan sus epopeyas gloriosas. Ella siempre es oída con gusto, y sirve admirablemente para confirmar las verdades de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, haciéndolas comprensibles á todas las inteligencias de un modo muy duradero; pues la doctrina que va unida á hechos sensibles, se graba más profundamente en el espíritu y en el corazón.

51. 5.º A todo esto hay que añadir: *La ciencia de la vida espiritual: la filosofía cristiana*: pero especialmente la *lógica*, que es muy necesaria para la buena argumentación, instalación de pruebas y refutación de sofismas, y después la *sana literatura*.

52. 6.º En cuanto á la *literatura profana*, y singularmente autores paganos, no haré sino repetir lo que dice un esclarecido autor, el Sr. Bravo: «Hay que usar de gran prudencia con ellos, y sólo por pura necesidad, pues los ricos tesoros de ciencia eclesiástica que acabamos de manifestar arriba, ocupan la vida más larga del sacerdote, aunque viviera centenares de años. Y es de notar la estrechí-

sima cuenta que dará á Dios el sacerdote que dice no tiene tiempo para leer la Sagrada Escritura, Santos Padres y perfeccionarse en los estudios propios de su santo ministerio, y sin embargo, tiene tiempo para leer periódicos inútiles, folletos sin substancia y otros pasatiempos mundanos, como los seculares, que cuando menos le hacen malgastar un tiempo el más precioso, que bien aprovechado le introduciría más y más en los tesoros de la ciencia divina, y le haría sobresaliente en los asuntos eclesiásticos. Estos son los más necesarios para el predicador, y á éstos ha de tener su principal afición, como á cosa tan propia de su ministerio sacerdotal. *Quid facit cum Psalterio Horatius? cum Evangeliiis Mario? cum Apostolo Cicero?* decia San Jerónimo después del terrible castigo que sufrió por su excesiva afición á los clásicos del paganismo.» Y hagamos notar de paso que hoy en gran parte la imprenta está saturada de paganismo y... algo peor.

53. Estas son las *fuentes de invención* á donde ha de acudir el predicador para hallar las pruebas ó argumentos. Son inagotables veneros, que si los sabe profundizar le suministrarán tesoros y recursos tales de sabiduría, que fluyendo ésta suavemente de sus labios en ricos manantiales, convertirá en deliciosos y floridos campos los yermos y agostadas campiñas.

54. Los antiguos hicieron mucho caso de los *lugares comunes ó tópicos*, y no hay duda que mostraron afición decidida cuando tan prolijamente hicieron largos tratados sobre ellos, para que les ayudasen á la memoria y fijaran su atención cuando componían, y encontrasen toda clase de pruebas, según su método favorito: hoy este gusto ha cambiado, y hasta disgustaría si se notara demasiado tal artificio. «Quédense los lugares comunes, dice el P. Sánchez, para aquellos predicadores adocenados, que por carecer de genio, de ciencia, ó por perezosos en demasía para el estudio, tienen que recurrir á esos medios de invención para tratar alguna materia.» Y el P. Martínez, sobre estos lugares comunes, dice también que «tal estudio producirá más molestia que utilidad.» Sin embargo, no hay duda que son verdaderas *fuentes de invención*, cuyo estudio si alguno lo

considera útil puede ver como el P. Granada, en el libro II y III de su *Retórica*, lo trató con tanto provecho para los predicadores. Y así sobre el particular podemos establecer esta

Regla general. Lo mejor es meditar profundamente el asunto que se ha de predicar, ver las relaciones que tiene, singularmente considerarlo bajo el punto de vista que lo vamos á tratar; fijarnos bien en sus principios, y determinar bien las consecuencias prácticas que intentamos, y así evitaremos generalidades, divagaciones fastidiosas y pérdida de tiempo. Los estudios citados serán *fuentes inagotables de invención*.

LECCIÓN V.

Necesidad de la elección de materias.

55. «La mayor parte de los hombres que componen hoy día la sociedad de Francia, cualesquiera que sean sus luces sobre otros puntos, no tienen más que conocimientos muy superficiales y llenos de preocupaciones sobre la Religión: ignoran hasta sus elementos, y no saben más que las objeciones y las blasfemias vomitadas contra de ella. Aquellos mismos que la aprendieron en otro tiempo, hallando en sus máximas y en sus prácticas la condenación de su vida desarreglada, procuran olvidarla, no creerla, y concluyen por lograrlo. Hay más: un gran número de fieles, aún entre aquellos que frecuentan los Sacramentos, ignoran las verdades cuyo conocimiento es necesario, sea de necesidad de precepto, sea aún de necesidad de medio.» Esto se atrevió á estampar un escritor francés y no hace muchos años; mas él no hizo sino copiar lo que Frayssinous, Fleury y otros franceses dijeron, y aún mucho antes el mismo Bossuet. Mas ¿qué nación ni república en más ó menos escala no se encuentra en el mismo estado? Aquellos

errores, aquella impiedad, aquellas objeciones, aquel satánico furor contra la divinidad de Jesucristo Señor Nuestro, por todo el mundo ha ya circulado, y por ende toda clase de vicios y pecados. ¿Y podremos ya, en vista de tantos males, dudar de las materias que hemos de elegir para la predicación? ¿Y es posible que haya oradores que como que no hubiese cosas de tanto interés que tratar, y viendo los linderos tan marcados, se atrevan á penetrar en terrenos pedregosos y resbaladizos, asuntos curiosos, atrevidos y novelescos, comprometiendo sus enseñanzas y dando lugar á una apasionada crítica?

56. No quiero privarme del placer de reproducir aquí esas hermosas líneas del Sr. Bravo en su *Elocuencia cristiana*: «Pocas veces estas advertencias, esparcidas en diversas obras de reconocido mérito y nombradía, dice este autor, han de ser más oportunas que en nuestros días, no porque haya ministros que, desconociendo su misión evangélica, lleven al púlpito puntos de doctrina sospechosa, sino porque las pasiones sobreexcitadas han llegado á viciar la atmósfera en que respiramos, porque hasta de lo más inocente se saca partido en nuestros días para combatir la Religión, y toda precaución es poca para no dejarse arrastrar por la corriente que á todos nos empuja, y de la cual queremos que se salve, más que otro alguno, el ministro del altar. ¿Qué sería de la sociedad, qué sería del mundo, si el sacerdocio católico, *abucinado ó seducido*, no pudiese salvarse del común naufragio? Corran los hombres en buena hora en pos de una felicidad que sueñan, de una libertad mentida que se forjan, de un progreso que no lo es; el sacerdote, con el Evangelio y la cruz en la mano, debe hablar el mismo lenguaje que ayer, predicar la misma doctrina, porque la verdad no es más que una, y él es el depositario único de la verdad: *Christus heri, et hodie: ipse et in sæcula*. (Hebr. XIII). Si no todos comprenden sus intereses, si no todos ven la luz, la luz se abrirá paso á pesar de los desesperados esfuerzos del infierno, y llegará día en que la doctrina evangélica penetre del mismo modo en todos los corazones, y se apodere por completo de todas las voluntades.»

57. No hay que dejarse engañar del amor propio y de una vana complacencia; deben elegirse los asuntos que puedan ser más provechosos á los oyentes, sin que ninguna mira temporal nos aparte de nuestra recta intención, ya desde un principio. «Ante todo debe cuidar el orador, dice Quintiliano, de que el deseo de la presente alabanza, como sucede á los más, no le retraiga de atender á la utilidad de la causa.» Y según San Juan Crisóstomo, el amor de la vana gloria enerva en gran manera nuestro espíritu, y nos esclaviza á los caprichos del auditorio en lugar de combatirlos: *Et nos frigide ac misere vestros affectus sequimur quos excindere oporteret.* Somos como los padres que dan á sus hijos enfermos golosinas nocivas, en vez de medicinas amargas, pero saludables; esto hacemos nosotros cuando os predicamos, no para instruíros, no para excitaros á contrición, no para mejorar vuestras costumbres, no para aprovecharos, sino para halagaros, para causaros admiración vana, para agradaros, para arrancaros aplausos y alabanzas: *Ut cum plausu et laudibus discedamus, non ut mores componamus,* así se expresa este Santo Doctor.

58. ¿Y es esto buscar la gloria de Dios? ¿Es esto buscar la salvación de las almas? ¿Qué fin tenían las predicaciones de San Pablo? *Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum.* (II Cor. iv). Y ¿cómo las ejercitaba? *Neque enim fuimus in sermone adulationis, neque in occasione avaritia, nec quærentes ab hominibus gloriam.* (I Thes. ii). Jamás predicó movido de la adulación, avaricia ó gloria mundana. El predicador que en vez de atraer las almas para Jesucristo, á fin de que le conozcan y le amen, sólo trabaja para hacerse amar él mismo de estas almas, á este tal le llama San Crisóstomo, traidor culpable y desgraciado: *Miser et infelix proditor!* profana la santidad de su ministerio con una sordida ganancia. *Soli Deo honor et gloria,* grita el Apóstol. «Predica, pues, á la plebe del Señor, y ruégales que abunden en buenas obras, y renuncien á sus maldades, se exclama San Ambrosio: *Admone igitur plebem Domini, atque obsecra ut abundet in operibus bonis, renuntiet flagitiis.* Ni cabe la menor duda que tales han de ser las materias de nuestros discursos. San

Ambrosio, San Agustín, San Crisóstomo, San Gregorio y los demás Santos Padres, ¿qué predicaron? ¿cuáles fueron sus continuas materias en el púlpito? Registremos sus obras, y quedaremos convencidos de esta verdad. ¿No es San Agustín que no cesa con fervor de clamar contra un abuso de su pueblo, y sin contentarse de las lágrimas de su auditorio, no pára hasta extirpar aquella mala costumbre? ¿No es el Crisóstomo aquel orador popular que, conmoviendo los auditorios, sin entenerse en vanas especulaciones, va recto al corazón, y antes de partir á su destierro, decretado por las iras de la emperatriz Eudoxia, cuyos excesos reprendía, dice á su pueblo, que con entusiasmo le rodea: «Yo desprecio las amenazas y las caricias del mundo. Yo no deseo vivir sino para vuestra utilidad?» Ved las reglas que sobre el particular nos legaron los Santos Padres: siempre con una noble independencia y santa libertad anunciaron las verdades de nuestra santa Religión, é inculcaron sin temor á los pueblos, lo mismo á los grandes que á los pequeños, sus santos preceptos, y les intimaron con aquella autoridad de que les revestía su augusto ministerio, todos los juicios de Dios: los premios y los castigos. Jamás ocultaron á los fieles, por más que les desagradasen, las austeras verdades del Cristianismo, tan opuestas á las máximas del mundo. Y notemos de paso aquel buen sentido que les guiaba en la elección de materias para hacer provechosa su predicación. Haber obrado de otra manera lo hubieran considerado como una traición á la gloria de Dios y á la salvación de las almas.

59. Cuando hay grandes concursos, compuestos de individuos de muchas clases de la sociedad, de índole muy diferente, cuyas necesidades son bien diversas, y entre las cuales los hay dominados de vicios opuestos, enfermedades especiales que necesitan particulares tratamientos, es claro que podría temerse que dañe á unos lo que á otros aproveche, si el predicador no anduviese con mucho tino usando de mucha discreción y prudencia. Entonces, para evitar escollos tan peligrosos, no hay como la caridad, dice San Gregorio, que paciente y benigna guiará en esta difícil empresa á los que estén de ella inflamados; como la madre que guía-

da del amor remedia con grande acierto las necesidades de todos sus hijos, párvulos ó adultos, sanos ó enfermos. Y el Santo con un bello símil explica cómo el predicador con una sola doctrina puede de diversas maneras instruir á sus oyentes, como con un instrumento músico que con el mismo plectro, aunque no del mismo modo, se pulsan todas las cuerdas y producen armonía: *Unde et doctor quisque ut in una cunctos virtute charitatis edificet, ex una doctrina, non una eademque exhortatione tangere corda audientium debet.*

60. Mas desaparece esta dificultad desde el momento que el predicador ha de dirigir su palabra exclusivamente á determinadas clases de una misma profesión, instituto ó análogas aspiraciones, á personas eclesiásticas, religiosas; á militares, ó abogados, ó jueces; á hombres sólo, ó únicamente mujeres; á Cofradías, ó Congregaciones terciarias, Círculos católicos, á Sociedades católicas de obras de beneficencia. Este género de instrucciones es muy provechoso, porque se puede insistir mejor en el fin propuesto, supuesto que aquella determinada clase de personas tiene una misma aspiración, y los mismos sentimientos que motivan aquella unión entre ellos. Los Santos Padres ejercitaron mucho este género de instrucciones: á las vírgenes, á los confesores, á los mártires, á las viudas, á los sacerdotes, á los magistrados, etc., como San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín, San Bernardo y otros.

61. Pero todo esto no basta todavía: es necesario fijar bien la atención en el método que los Padres de la Iglesia empleaban en sus discursos, porque el buen éxito de la predicación depende en gran manera del orden y conexión que guardan entre sí las verdades de nuestra Religión. «Quien hoy predique de la limosna, decía el Crisóstomo, mañana de la oración, otro día de la misericordia y otro día de la modestia, pero saltando sin discreción de uno á otro asunto, difícilmente logrará que sus instrucciones se arraiguen en el ánimo de los oyentes. El predicador, añade, debe imitar á los maestros de escuela, quienes no enseñan á los niños á formar sílabas, sino después de haberles hecho conocer bien las letras.» Podemos concretar todo esto en esta bellísima

regla de San Ambrosio: *Præceptorum seriem formare debemus*: Todos nuestros discursos deben formar una serie de instrucciones.

62. Y esta regla debe principalmente tenerse presente en las Misiones, porque así como cuando quiere tomarse una plaza fuerte se disponen los cañones en el número, orden y lugar conveniente, según su mayor ó menor calibre, así también el misionero debe ordenar sus sermones de manera que el uno apoye al otro, por la afinidad de materias, fuerza de argumentos, para rendir los corazones rebeldes. El primer sermón mueve, el segundo remueve, el tercero inclina, y así sucesivamente se va ganando terreno; un sermón apoya al otro, y lo que no alcanza el cuarto lo alcanza el quinto. Esto es cosa muy práctica en las Misiones, y sabida de todos los misioneros experimentados. Es muy necesario saber ordenar las materias que se han de predicar, estudiando los puntos de relación que tienen entre sí, para reforzar el ataque general, dirigidas todas á un mismo fin. Obrar lo contrario resultarían sermones aislados, fuera de ningún plan. Se ha de procurar que haya tal encadenamiento de asuntos, que el sermón posterior se desprenda natural ó espontáneamente del anterior, y por esto cuando por circunstancias especiales hay que predicar sermones que parecen extraños ó heterogéneos del plan general, entonces por medio de una feliz transición en el exordio, fácilmente el sermón anterior se enlaza con éste, y se hace ver su necesidad. Estas series de sermones fueron muy practicados de los Santos Padres, cuando por un fácil y brillante método expositivo iban ordenadamente instruyendo á los fieles en las verdades de los Libros Santos. «¡Oh cuán saludables y copiosos frutos produciría nuestra predicación si restaurásemos el método racional y sólido, que siguieron los oradores clásicos de la antigüedad cristiana! ¡Si explicásemos la Religión desenvolviendo á la vista del pueblo fiel su divino sistema, haciéndole percibir sus armonías y sus dulzuras!» Así se expresa el P. Martínez en su recomendable obra de Elocuencia, que toda ella respira aquel suave aroma de los Padres de la Iglesia, de aquella antigüedad veneranda. Aprovechando ciertos tiempos del año, como Cuaresmas,

Advientos, meses de Mayo, pueden muy bien formarse cursos de sermones sobre los dogmas, moral, doctrina cristiana, y bellezas de nuestra santa Religión; así como aprovechando las novenas pueden explicarse las bienaventuranzas, las siete peticiones del *Padre nuestro*, etc.

63. Sería inoportuno y hasta injurioso reprender desde el púlpito crímenes y vicios de los cuales está exento el auditorio; como condenar errores y herejías de los cuales tal vez ni siquiera tienen noticia, si estas invectivas contra el vicio y el error no las excusara un peligro inminente de perversión, de contagio que amenaza á la grey de Jesucristo, ó el deseo de estimular á los presentes á no imitar las malas costumbres de los ausentes, como vemos que con frecuencia practicaron San Crisóstomo y San Agustín. Por ejemplo se lamentaban de la conducta de los cristianos que no asistían á los sermones, lloraban por los que no veían presentes, y reprendían con fervor tales descuidos. A primera vista esto parecería inoportuno, pues ni los presentes lo habían menester, ni los ausentes podían oír. Pero ya lo he dicho, era para preservar á los buenos; y también «para que mis instrucciones, decíales San Crisóstomo, lleguen por vuestro medio al oído de los que no asisten.» En su célebre sermón de los espectáculos: *Ad circenses ludos*, cuando ve llorar sin consuelo al auditorio de Constantinopla ante su terrible conminación, adolorido el célebre orador, se vale de esta admirable precaución oratoria: «Este amargo llanto me prueba que ninguno de vosotros ha asistido al circo, y que no están entre vosotros los culpables.» La misma razón de obrar de esta manera tenía San Agustín: *Loquamur et cum absentibus: erit ad eos vox nostra memoria vestra*. Aprendamos de tan consumados y elocuentes maestros.

64. Aunque es grande la obligación de instruir, debe evitarse con todo cuidado todo aquello que fácilmente podría turbar á los fieles poco instruídos, y serles motivo de escándalo, como son los misterios de la predestinación, de la gracia, las doctrinas con ellas relacionadas, cuestiones dudosas, ó sutiles, objeciones no conocidas de los oyentes, inexactitudes en el dogma y la moral, exageraciones peligrosas, sobre todo acerca la dilación en convertirse. Hallándose un

día Massillon en casa de Crozat, éste le dijo: «Padre, vuestra moral me espanta; mas vuestro modo de vivir me asegura.» Y así estos puntos tan delicados requieren mucha prudencia para bien manejarlos; pues no es lo mismo, dice San Agustín, escribir un libro en que pueden tratarse cosas arduas y explicarlas, y el predicar, que no siempre tiene tal oportunidad. Y así el Santo establece estas tres reglas: 1.^a Los oradores deben abstenerse de predicar tales doctrinas cuando no hay necesidad; 2.^a Mas si la hubiere, por exigirlo así los intereses de la verdad, ó el de los fieles expuestos á caer en algún error, debe la verdad predicarse con toda claridad, para que las almas no reciban algún daño; 3.^a Pero en estos casos se procure examinar la doctrina de tal manera que sea como leche para los párvulos, y como alimento sólido para los adultos: *Et parvulis lac, et grandibus esca sit*. Esto que se acaba de manifestar sobre la acertada elección de materias, como se acaba de ver, es de suma trascendencia para el buen acierto en la predicación.

65. *Y aunque se hayan elegido verdades las más importantes del Cristianismo, no basta; es preciso predicarlas como palabras de Dios, y no como doctrina del hombre*. Antes de todo debemos establecer este principio de Santo Tomás: «Que entre las verdades reveladas hay algunas, que pueden ser conocidas por la razón, aunque no tan perfectamente y con tanta seguridad como se conocen por la fe.» Por tanto, nosotros podremos formar un discurso cuya doctrina sea cristiana, en cuanto sus verdades forman parte de la revelación, pero que al mismo tiempo no pase de ser un discurso humano como cualquier otro; ya porque las verdades en él contenidas se hayan sólo conocido por la razón, y ya también por la forma enteramente humana con que se presentan, cual cuestión meramente filosófica: no dudamos que tales composiciones leídas en una Academia podrán tener sus aplausos, tales discursos como tratados científicos tendrán su mérito, pero en los labios del predicador del Evangelio siempre serán inoportunos y dignos de severa reprensión; involuntariamente se ofrece á nuestro espíritu aquel sentido texto de Jeremías: *Me dereliquerunt fontem aquæ vivæ, et foderunt sibi cisternas, cisternas*

dissipatas, quæ continere non valent aquas. (Jer. II). Dejan de beber tales predicadores en las fuentes vivas de la divina revelación, y se fían y complacen en la exigua capacidad de su tan limitada inteligencia. ¡Cuánta luz arrojan estas verdades para comprender la causa por que muchos sermones modernos, á pesar de tanta erudición, hacen tan poco ó ningún fruto en las almas!...

66. Dejemos ahora hablar aquí al citado Dr. Martínez, el cual se expresa de esta manera: «Encargado el orador cristiano de predicar la doctrina de la Religión, debe anunciarla al pueblo fiel tal cual es ella en sí misma; mas si se contenta en recoger algunas verdades especulativas y prácticas en el campo de la razón humana... la mayor fortuna á que podrá aspirar es, á que le conozcan como intérprete de la razón, pero no podrá honrarse con el título de embajador de Jesucristo: *Pro Christo ergo legatione fungimur.* (II Cor.). Ved ahí el estado á que se han rebajado los predicadores protestantes; porque erigiendo en autoridad el espíritu privado, han naufragado en la fe, han negado el dogma, y se han quedado sólo con una doctrina y moral humanas, por lo cual es imposible que sean elocuentes. Y este es el motivo de la superioridad real de los predicadores católicos sobre ellos. Pero la desgracia está en que la doctrina protestante, desenvuelta hasta sus últimas consecuencias por la filosofía naturalmente racionalista, ha inundado los países católicos; y muchos verdaderos fieles participan de su funesta influencia, sin quererlo, sin conocerlo, sin sospecharlo siquiera; porque no dudamos asegurar que á esta influencia debe atribuirse en gran parte el fenómeno de que muchos cristianos, conservando íntegras sus creencias, no gustan que se les predique del juicio, del infierno, y de otras verdades, aterradoras, sí, pero muy saludables, que en tiempos más felices para el Cristianismo eran el tema constante de los predicadores. Gustan de oír la verdad especulativa y las reglas de los deberes, porque esto sólo habla al entendimiento, que nunca desecha la verdad conocida sin hacerse grande violencia; pero si se les anuncian las amenazas y los castigos con que el Señor ha sancionado su ley, se resisten, porque esto estrecha dema-

siado al hombre, toca vivamente al corazón, le impulsa á practicar la virtud y huir el vicio; y al hombre, repetimos, no le pesa oír la verdad; lo que le repugna es practicarla. En suma, mientras que el predicador habla sólo en nombre de la razón, la de sus oyentes está acorde con una doctrina que no es superior á sus alcances, y que no tiene ni más autoridad ni más sanción que la sanción y autoridad humanas; pero cuando se le habla en nombre de Dios, cuya autoridad no se puede eludir, murmuran como los discípulos: *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?»*

67. El predicador debe hacerse cargo de su ministerio sagrado y del lugar elevado que ocupa, y en manera alguna debe hacer caso de los caprichos de un auditorio que acude ansioso de oír novedades, ni de los sabios según el mundo, que no hablan sino de progresos y civilización, y consideran la Religión como á contraria suya. «El predicador, ha dicho el abate Mullois en su *Curso de Elocuencia Popular*, el predicador tiene tras de sí diez y ocho siglos de ciencia y de virtud que han creído lo que él dice..., más de diez millones de Mártires que han muerto para atestiguar la verdad de lo que él dice, y por sobre todo esto la gran voz de Dios que le grita: *Habla, habla, no tengas miedo, yo estoy contigo: Loquere, noli timere, ego tecum sum.*» Hemos de hablar y convertir con la palabra de Dios y no con la filosofía; con esta divina palabra hemos de arrancar, destruir y derribar los vicios, y con ella hemos de edificar y plantar virtudes: *Ecce dedi verba mea in ore tuo... ut exellas et destruas, et disperdas et dissipas, et ædifices et plantes.* (Jerem. I). Esa manera humana de predicar la condenaron los Santos Padres. «Esos oradores, dice San Agustín, no predicarán cosas malas: *Non quidem iniqua dicuntur*; pero harto mal es predicar al pueblo cristiano una doctrina pobre y sin importancia con gran aparato de palabras: *In populo gravi... exigua et fragilia bona spumeo verborum ambitu ornantur.*» Es de oro esta sentencia: «La elocuencia que agrada al siglo no alimenta la fe;» y «No es extraño, dice San Isidoro, porque los que van á oír tales discursos buscan el placer que resulta de una composición estudiada, no la verdad de la doctrina.» Sin espíritu de Dios,

sin ciencia de las Sagradas Escrituras, ¿qué serían tales predicadores? San Jerónimo lo ha dicho, por más dura que sea la expresión: «Serían unos declamadores y unos charlatanes: *Declamatorem esse et rabulam, garrulumque sine ratione.*» Y la censura del Nazianceno es aun más severa: «Con sus discursos meramente humanos, dice, convierten el templo en una academia, y quiera Dios que no pueda decirse en un teatro.» «La fe, dice San Ambrosio, no se afirma con discursos filosóficos ó propios del foro, sino con la virtud de Dios, que sólo se encuentra en la predicación del Evangelio.» «¡Por cierto que sería Dios bien pobre, añade el Nazianceno, si la fe fuera patrimonio exclusivo de los eruditos!»

68. Detestemos predicar sermones puramente humanos, que rebajan además el vigor de la elocuencia cristiana, y comprendan los oyentes que nosotros les hablamos verdaderamente de Dios, y les traemos sus órdenes y sus consolaciones, y todo esto debe ser con espíritu, con energía, con acento de convicción; este acento es una mezcla de fe, energía y caridad, que es la verdadera elocuencia de que debe estar animada la predicación evangélica. «Este acento de convicción, dice Mullois, es la magia de la palabra... Lo que hace que uno ya no discute, que ya no hace más atención al hombre que habla, que ya no cuida de nada sino lo que él dice... ó mejor á lo que dice Dios.» Despreciemos esa elocuencia puramente humana contraria á la evangélica, destituida de toda energía, convicción verdadera y sople divino, llamada muy acertadamente por Nicole: ELOCUCIA ANODINA. Si se lee el tan decantado sermón de la *Caridad*, por el abate Boismont, predicado en París en 1782, con ocasión del Establecimiento Real para eclesiásticos y militares enfermos, probablemente esa lectura, hace observar el Sr. Martínez, embelesará á los inexpertos alumnos; no importa, tanto mayor y duradero será su desengaño si á continuación leen otros discursos cristianos sobre la caridad en los Santos Padres. Esta composición del abate Boismont ha recibido de algunos grandes elogios; pero la verdad es que, como oración sagrada, merece severa censura. Se conoce bien que su autor había descuidado en su juventud el estu-

dio de las Sagradas Escrituras y Santos Padres: así lo dicen su biógrafo Auger, y su sucesor en la Academia M. Routhiere. «Nadie negará, continúa el P. Martínez, el gusto y buen juicio de Blair como didáctico; á la vista tenemos la colección de sus sermones (publicada en cinco volúmenes), y son discursos frios que no interesan al corazón: las materias de que trata bastarían por sí solas para ahogar la elocuencia del orador, y no hay más que recorrer los índices para convencerse de ello: Sobre la dulzura;— de los deberes de la juventud;— de los deberes y consuelos de la vejez;— de las ventajas del orden;— sobre el candor;— sobre la sensibilidad. Estos y otros parecidos asuntos en que se ocupó Blair ¿podrán ser nunca el objeto de la predicación evangélica? ¿servirán de pábulo á la elocuencia sagrada?»

69. Aquí se ofrece una gran cuestión práctica y de mucha trascendencia hoy día, que de ninguna manera podemos pasar por alto antes de conducir esta lección, como á muy interesante para los predicadores del Evangelio. ¿Debe el orador cristiano rehuir toda idea filosófica ó científica ó política? A primera vista la resolución del caso podría parecer difícil; pero una buena dosis de sentido común de parte del pueblo, y la caridad, ciencia y experiencia de parte del ministro de Dios, resuelven perfectamente la cuestión. Hagamos esta sencilla reflexión: todos los intereses materiales, en cualquier orden que sea, están subordinados á la ley de Dios, y el predicador, que es el intérprete de esta ley, el órgano de Dios, debe siempre manifestar los extravíos de la razón y del corazón humano, sea en el individuo, sea en la sociedad, porque tanto uno como otra, con todos sus códigos de leyes, han de estar subordinadas á la ley eterna de Dios y ser conformes á ella: las naciones cristianas han de estar además sujetas al Santo Evangelio de Jesucristo que profesaron, y en cuya defensa tanta sangre derramaron sus hijos. Por consiguiente, ¿será obligación del sacerdote defender esta Religión de la cual es su augusto ministro? ¿le será lícito descubrir todos los fraudes, mentiras, calumnias y arteras mañas de que se vale el infierno para destruirla? Y venga de donde viniera el enemigo, ¿no

le será lícito á la Iglesia de Dios gritar contra el lobo, dar el grito de alerta, á fin de que no se disperse su grey? ¿Estará obligada esta Madre querida á mirar impasible y con ojos enjutos la perdición, el degüello de sus hijos en las garras del lobo? Jamás. Para nosotros está resuelta la cuestión.

70. Sin embargo, tratándose de humana política, esto ya es otra cosa. Jamás nos ha parecido ni prudente, ni acertado, ni juicioso que el orador sagrado se meta en el púlpito á tratar de soluciones políticas y formas de gobierno determinadas, porque esto además de desacreditar nuestro sagrado ministerio, encona en gran manera los ánimos de aquellos que no son del mismo parecer, y se valen áun de este pretexto para no oír la divina palabra y continuar en sus vicios y pecados. Este punto es muy delicado, sobre todo hoy día que los enemigos de la Iglesia ya han gastado esta frase de puro repetirla: «Los sacerdotes se meten en política.» Si piensan que con esto van á cerrar la boca del sacerdote, para que como perro mudo calle y no intime á los hombres las eternas verdades y les enseñe sus deberes, van del todo equivocados; pero sí que esto debe hacernos muy prudentes para bien de las mismas almas, pues todas tienen derecho á nuestras instrucciones, y para todas ha de ser nuestra caridad, mucho mejor cuanto más necesitadas, á ejemplo del Buen Pastor. Celosos predicadores ha habido que, por no haber hecho atención á estas reglas, han malogrado el fruto de sus sermones. Y si áun á predicadores, á experimentados misioneros de largos años en su santo ministerio, que usaron lo sumo de la prudencia sobre el particular, la maligna crítica impía tergiversaba sus sermones para acusarlos, *ut caperent in sermone*, como á Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué será para el que imprudente en el púlpito meta sus pasos en este terreno de la humana política, de suyo tan peligroso y resbaladizo? «Un predicador, dice el Dr. Martínez, que tratase estas cuestiones desde las tenebrosas y estrechas honduras de las opiniones humanas, profanaría su ministerio, excitando la indignación de los fieles sensatos, que no presenciarían sin rubor el triste espectáculo de un orador sagrado convertido en un declama-

dor político. Sin embargo, el gobierno de los hombres y la ciencia de este gobierno tienen bases establecidas por Dios y leyes dictadas por El mismo: señalar á los reyes y á los pueblos esas bases inmutables y explicarles tan sapientísimas leyes, alguna vez es conveniente, y otras necesario: así fué que los Santos Padres se ocuparon á menudo en la exposición de la verdadera ciencia política; y esto lo hicieron no sólo en tratados científico-religiosos que no destinaban para el púlpito, sino también predicando á los fieles desde la cátedra del Espíritu Santo; unas veces exponiendo el Santo Evangelio, ó las Epístolas de San Pablo, y otras explicando los planes de la Divina Providencia, ó vindicándola de las acusaciones de los infieles y de los herejes, ya consolando á sus oyentes amenazados de sufrir los castigos impuestos por la justicia humana, ora para hacer entrar en el orden á pueblos agitados por conmociones públicas, y con otras mil ocasiones.» Cuando, pues, haya necesidad de tratar tales materias, los Santos Padres deben servirnos de modelo con su prudencia, su tacto exquisito, su celo por la salvación de las almas; pero jamás ni la humana política, ni cuestiones filosóficas, ó materias científicas ó puramente humanas, jamás, repito, han de ser el fin de nuestra predicación, porque esto sería olvidar y renegar de nuestro ministerio. Un oyente instruido podría decir: Tengo Academias, frecuente Liceos; sé mejor que tú esta cuestión de física, de política, de bellas artes, de historia, de literatura; yo sólo he venido á oír la palabra de Dios. Afirmamos antes de concluir, y no podemos desconocerlo, que todos estos ramos de la ciencia humana en casos determinados pueden embellecer, ilustrar más un sermón; pero todo esto está muy lejos de que jamás pueda constituir el fondo ó la forma de la predicación evangélica. Dirija el orador cristiano su mirada oportunamente al campo de la ciencia humana, pero sin abandonar jamás la elevada esfera de la revelación, sin descender jamás al campo turbulento de las pasiones humanas, como el sol que envía los rayos de su luz á todos los confines de la tierra, sin descender de sus alturas. Que nuestra palabra sea la verdadera palabra de Dios que no admite opiniones humanas, ni discusiones filosóficas para su eficacia,

sino que, como los Profetas, digamos á los pueblos: *Hæc dicit Dominus*: Esto dice el Señor.

En la Lección siguiente expondremos las materias que son propias de la predicación.

LECCIÓN VI.

De las materias propias de la predicación.

71. ¡Cuán hermosa es nuestra Santa Religión!!! ¡Cuán elevados y profundos son sus dogmas! ¡Cuán bella, cuán pura es su moral! ¡Cuán dignos de toda nuestra veneración son sus sacrosantos misterios! ¡Cuán consoladoras son sus celestiales esperanzas! ¡Cuán ligero y suave es su yugo! ¡Cuán dulces, cuán arrebatadoras son sus palabras! Religión santa: viviré bajo tu sombra; me inspiraré en tu amor; moriré bajo el anchuroso manto de tu misericordia; me mostrarás á mi Dios...

72. Hijos rebeldes, hombres ingratos, ¿de qué os quejais si os predicamos las verdades de nuestra Religión, sus dogmas, sus preceptos, sus Sacramentos? ¿Tenemos acaso nosotros la culpa? ¿Hemos formado tal ley? Oid: es San Juan Crisóstomo: «Nosotros, dice el Santo, no somos legisladores, ni es nuestra la doctrina que enseñamos: ministros de Dios, hemos recibido del cielo las cartas que debemos comunicar al pueblo; si leemos lo que no está escrito en ellas, ó le ocultamos lo que las mismas contienen, hacemos traición á nuestro ministerio, y arriesgamos la salvación de los fieles y la nuestra propia.» Nada, pues, podemos quitar, añadir ó mudar del sagrado depósito de la fe sagrada, ni de la purísima moral; toda su plenitud, toda su integridad se conserva en la Iglesia católica.

73. ¿Qué sacerdote celoso no ve ya el campo espacioso que se le presenta para recrear, animar y fortificar las al-

mas de los hijos de la Iglesia? Conjunto el más hermoso y perfecto de enseñanza para la felicidad de los pueblos, que bastará que el predicador lo sepa exponer debidamente, según la clase de auditorios y sus necesidades. Ved, pues, lo que ha de tratar el ministro de Dios en la cátedra sagrada:

I. VERDADES FUNDAMENTALES.

74. Los misterios, el Símbolo, las Virtudes Teologales, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, los Sacramentos, la Oración Dominical y los deberes de estado forman la base del edificio espiritual, y por consiguiente de aquel saludable alimento con que el sacerdote ha de apacentar á la mística grey. Del regular desempeño en explicar con claridad y precisión todo este admirable cuerpo de doctrina depende el mayor bien de la Iglesia de Jesucristo, que por esto ordena ella por el Santo Concilio de Trento: *Parochi... pascant plebem sibi commissam salutaribus verbis, docendo quæ scire omnibus necessarium est ad salutem*: y si consideramos que tantos cristianos están hoy ignorantes de los primeros rudimentos de la Religión, olvidar este deber de enseñar á quienes toca, no puede dejarles tranquila la conciencia.

75. Fleury en el Prefacio de su Catecismo decía también: «Se ven aún personas devotas que han leído muchos libros espirituales, y conocen gran número de prácticas de piedad, pero que aún no han aprendido lo esencial de la Religión.» ¿Qué será, pues, de aquellos que no son personas devotas? Aflige este dato revelador, pero no por esto deja de ser cierto. Aterrado por la misma observación, el P. Le Jeune, refiere de sí mismo que durante cuarenta años, en cualquier lugar que predicase el Adviento ó la Cuaresma, explicaba casi todos los domingos y fiestas, al fin del sermón, los misterios, los Sacramentos y las disposiciones para recibirlos. «Si teneis celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, añade este célebre misionero dirigiéndose á los predicadores, haréis lo mismo: de otra suerte los

pueblos caerán y permanecerán en una espantosa ignorancia de estos misterios, tan necesarios para la salvación.»

76. Digámoslo claro: «*La falta de solidez en la enseñanza católica* es el origen del fanatismo que lleva á la superstición, ó del indiferentismo que lleva á la negación de toda verdad.» Los que creen sin conciencia, como si no creyeran; los que no creen por ignorancia, pueden á veces disculparse, y esta acusación es la que debe procurarse que no se justifique por la apatía y descuido del sacerdocio: que no suceda esto es menester, y esto piden ardientemente á los ministros del santuario los verdaderos amantes de la Religión, dice el Sr. Bravo en su *Tratado de la Predicación cristiana*. Ni pueden los pastores de almas cuando predicán limitarse á algunas reflexiones morales sobre el Evangelio, porque seguir tal método donde tales verdades no están grabadas en todas las inteligencias y corazones, es construir edificio sin fundamento, dejando expuestas las almas á su perdición. Se ha de instruir á los fieles sobre las *verdades fundamentales*, las cuales abrazan:

77. 1.º **Las perfecciones divinas.** Admiran y sorprenden aquellas magníficas descripciones que los Libros Santos nos hacen de las perfecciones de Dios, y el orador sagrado no puede menos que explicarlas con frecuencia, y encontrará para su elocuencia impulsos sublimes, y para su auditorio el principio de todas sus obligaciones, el motivo de todas las virtudes y la fuente de toda su felicidad. «Dios no es conocido, exclama Pratomans; he aquí la causa de todos los males que desolan la tierra; he aquí porque los pecadores no le temen, y los buenos le aman tan débilmente;» lo que hizo decir á Jesucristo, que el conocimiento de Dios es la llave de la vida eterna: *Hæc est vita æterna ut cognoscant te solum Deum verum*. Para lo cual se tendrán presentes estas reglas:

78. REGLA 1.ª Con acento de convicción é inteligencia cuida el orador que los pueblos formen una idea perfecta de Dios, hablando siempre de este *Divino Señor* con profundo respeto y veneración.

Con esto los pueblos no podrán menos de tener una elevada idea y grande estima de la majestad de Dios, cuyo

nombre jamás oía pronunciar Newtón sin descubrirse con gran respeto. Y al oír explicar dignamente desde la cátedra sagrada su omnipotencia, su sabiduría, su bondad, su misericordia y demás infinitas perfecciones, le obedecerán, cumplirán fácilmente sus mandatos, no profanarán su santo nombre, y quedarán sobrecogidos de un sentimiento profundamente religioso que les obligará á exclamar con el Profeta (Ps. LXXXII): *Deus, qui similis erit tibi?... tu solus Altissimus in omni terra*: «¿Quién, Señor, podrá jamás pretender ser semejante á Vos?... Vos solo sois el Altísimo en toda la tierra!» Y el alma recogida en profundo silencio se humilla, cree, ama y adora... Los Querubines y Serafinos, todos los Angeles y Santos no cesan de cantar sus glorias ante su esplendente trono. Mostrad todo esto á los fieles.

79. REGLA 2.ª A la vez que el predicador da á los pueblos una idea elevada de Dios, debe fijarse en mostrárselo como infinitamente amable é infinitamente digno de ser temido. Pues el amor y el temor son los dos polos sobre los cuales gira el corazón del hombre; mas siempre debe procurarse que de estos dos sentimientos tan vivos predomine el de amor, pues lo que por amor se hace siempre es más fácil y duradero.

80. REGLA 3.ª Al tratar el orador de las perfecciones divinas, deberá descender de la parte especulativa al punto práctico en lo que ofrecen de imitación como perfecto modelo de la vida cristiana, pues nos lo dijo nuestro Divino Maestro: *Estote perfecti sicut et Pater vester celestis perfectus est*. (Matth. v). Y el predicador debe excitar á esta imitación, en cuanto somos hijos de Dios, criados á imagen y semejanza suya, exponiendo los arcanos de su poder, misericordia y bondad: *Sancti estote, quoniam ego sanctus sum*. (Lev. xi).

81. REGLA 4.ª Las perfecciones divinas se pueden tratar de dos maneras:

1.º *método*: Estableciendo la perfección en el 1.º punto, y entonces será puramente dogmático; y en el 2.º punto, explanándola, que entonces será moral, sacando los frutos de ella.

2.º *método*: Incluyendo los frutos, afectos y prácticas

en la enunciación misma de las perfecciones de Dios. Por ejemplo:

«La misericordia de Dios es un poderoso aliciente para arrojarnos en sus brazos:» Punto 1.º

«¿A qué nos obliga esta misericordia de Dios?» Punto 2.º

Este último método parece más útil que el primero, pues descubre mejor y á primer golpe de vista á los pueblos los frutos que deben sacar del discurso, indicando en cada proposición de la división lo que debe hacerse, ó lo que debe evitarse.

82. 2.º Beneficios. En el corazón del hombre ha puesto Dios unas fibras tan delicadas, que al tocarlas mano maestra no pueden dejar de vibrar poderosamente y conmovirse. Prediquemos con frecuencia los beneficios de este mismo Dios y Criador, y al mismo tiempo que la vista de nuestra ingratitud nos arrancará lágrimas de contrición, la gratitud nos mostrará los deberes para con Dios desde tanto tiempo olvidados. ¡Qué entonación, qué energía, qué acento de convicción en los Profetas cuando se dirigen á los ingratos! Uno al oírlos se siente subyugado, conmovido, está pidiendo á Dios perdón de tamaña ingratitud ante tan grandes beneficios. Para hablar de un modo conveniente de los beneficios de Dios, inspirémonos de un modo especial en los Profetas. ¡Qué bellísimos pasajes! Continuamente están echando en cara de los prevaricadores su ingratitud, recordándoles los beneficios de Dios: *Plantavit eam (vineam) electam... et expectavit ut faceret uvas et fecit labruscas. Nunc ergo habitatores Jerusalem, et viri Juda, judicate inter me et vineam meam.* (Is. v). El recuerdo de los beneficios de Dios es un resorte poderosísimo de la elocuencia más enérgica y en todo su esplendor, que singularmente desplega su gallardía y magnificencia en la deprecación ó final de los sermones: amargas quejas, tiernas reconvenciones capaces de partir los más duros pedernales, y convertir á un inmenso auditorio, cuando está tocado de la gracia de Dios, en un mar de lágrimas y suspiros.

83. Los beneficios de Dios se pueden también tratar de los dos modos dichos. A fin de realzar la grandeza del beneficio, puede considerarse bajo tres puntos de vista: 1.º El beneficio en sí mismo; 2.º La persona que lo hace; 3.º Y

la criatura que lo recibe. Pueden desarrollarse bajo estas circunstancias:

Quis; Quid; Ubi; Quibus auxiliis; Cur; Quomodo; Quando. Tratando con estos métodos todos los beneficios de Dios, como la Providencia, la Encarnación, la Redención, la Gracia, los Sacramentos, etc., el predicador sacará siempre instrucciones muy útiles y provechosas.

84. 3.º Misterios. Aquí se entienden no solamente las acciones de Nuestro Señor Jesucristo que se relacionan de un modo inmediato con nuestra salvación, sino también las maravillas obradas por Dios en su Santísima Madre. Olvidar los misterios equivaldría nada menos que á menospreciar las riquezas más estimables de la fe cristiana. Véase la Lección XVI, en donde se tratan de un modo conveniente.

85. 4.º Virtudes teologales. Entran éstas en la categoría de las verdades fundamentales de la Religión. La Fe, la Esperanza, la Caridad, elevan el alma á Dios, la llenan de inefable consuelo, sirven de regla para nuestra conducta, son el móvil de nuestras operaciones sobrenaturales, y la base de la vida espiritual. El orador sagrado debe excitar en las almas tales sentimientos, y como á enseñanza necesaria para la salvación instruirles bien en estas nobles virtudes teologales.

86. 5.º Mandamientos de Dios y de la Iglesia, como preceptos rigurosos, como órdenes intimadas desde antiquísimos tiempos á la humanidad, mandamientos basados en la ley natural, y ennoblecidos, sancionados por el Santo Evangelio del Hijo de Dios, nuestro amable Redentor. Nunca deben cansarse los sacerdotes, sobre todo párrocos y misioneros, de explicarlos con sencillez á toda clase de personas, pues que á todos obliga su cumplimiento, y sobre el particular hay muchísima ignorancia, causa de muchos pecados.

87. 6.º Sacramentos. Son las fuentes de vida, son los manantiales inagotables de la gracia santificante, á donde acuden con imponderable gozo las almas redimidas, según ya Isaías lo había predicho: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* (Is. XII).

Por consiguiente, esta materia tan necesaria á la predicación, debe el sacerdote exponerla debidamente, porque sin

tal conocimiento no es posible que los fieles la admiren ni se valgan de estos grandes recursos que estableció Jesucristo para nuestra santificación. Hay que manifestar, pues, la excelencia de los Sacramentos, su necesidad, sus ventajas, sus gracias generales, la gracia particular de cada uno, las disposiciones que se requieren, los defectos que los desnaturalizan, sus impedimentos, las obligaciones que imponen y el significado de las ceremonias que se emplean al administrarlos. Toda esta multitud de relaciones y puntos de vista bajo los cuales se tratan los Sacramentos, suministra un fondo inagotable de saludables reflexiones, vastos planes de instrucciones, y venero de riquísimas enseñanzas para los pueblos. ¡Cosa admirable que en los Sacramentos haya querido Dios en cierto modo rebajar su infinita grandeza para armonizarla con la pequeñez de la criatura! ¡Gracias, Dios mío!

88. La necesidad de los Sacramentos abraza tres puntos:

1.º NECESIDAD DE MEDIO: en que por institución divina es el solo medio de justificación para el que se encuentra en pecado, como el Bautismo y la Penitencia.

2.º NECESIDAD DE PRECEPTO: Que es tanto el amor de Dios, que no sólo nos ofrece sus tesoros, sino que nos obliga por ley á recibirlos. ¡Qué ingratitud si los rehusamos!

3.º NECESIDAD ACCIDENTAL: en que para muchos son un socorro necesario para vencer sus malas costumbres é inclinaciones, resistir valerosamente á las tentaciones y obrar su salvación. ¡Cuántos se mantendrían en la virtud si quisieran frecuentar los Sacramentos! Por esto el demonio trabaja tanto estableciendo diversiones peligrosas, bailes indecentes, clubs y círculos infernales para apartar á los cristianos del único remedio que tienen para sujetar sus indómitas pasiones; y con esto abandonados á su propia flaqueza se hagan incapaces de abandonar la senda de sus vicios, y apartados de estas fuentes de vida, con facilidad se pierdan eternamente.

89. Las ceremonias contienen útiles enseñanzas y hermosas instrucciones, que por medio de multitud de signos exteriores, símbolos de grande significación, nos conducen como por la mano á contemplar las ocultas operaciones mis-

teriosas en el alma del que recibe los Sacramentos; nos hacen asistir á las hermosas fiestas del cielo; y cuando se asiste á ellas con espíritu interior de fe, de recogimiento y de inteligencia, llenan el alma de un aroma todo celestial y divino, efecto de las santas ceremonias. El orador sagrado debe explicarlas al pueblo, descubrir su sentido, facilitar su inteligencia, hacer resaltar la sabiduría de nuestra Madre la Iglesia, el amor que tiene á sus hijos, que ha querido de esta manera solemnizar y honrar los actos más importantes de su vida, inspirada de su divino Autor. Esto contribuye en gran manera á realzar el culto católico, aumentar la devoción de los fieles, y sacar á muchísimos de la ignorancia en que se encuentran, viéndose por ello privados de un tesoro de bienes espirituales, que no es lícito negarles.

90. Cuando no tiene que hacer más que una simple práctica de un Sacramento, podrá dividirla de esta manera:

Excelencia del Sacramento, 1.º punto; comprendiendo además en dicha indicación su necesidad y sus ventajas.

Disposiciones que se requieren, 2.º punto; *Obligaciones que impone*, 3.º punto; y al tratar estos dos últimos puntos se exponen las ceremonias como explicaciones y pruebas de la doctrina, con toda la claridad posible, y aún repitiéndolo cuando conviene.

91. Las prácticas que se acostumbran en el acto de administrar los Sacramentos conviene que tengan estas tres cualidades: *cortas, fervorosas y sencillas*, porque sirven para preparar las almas á recibir dignamente los Sacramentos. No puede negarse que son de gran oportunidad; aquella alocución fervorosa tan inmediata al Sacramento que van á recibir, muchísimas veces ha hecho brotar suavemente las lágrimas de los ojos. Ministros del Señor, aprovechemos estas solemnes circunstancias para enfervorizar á los fieles á que comprendan y reciban agradecidos el don de Dios: *Si scivēs donum Dei* (Joan. iv), y esto con palabras llenas de vida, expresión y santo entusiasmo.

92. 7.º *Iglesia*. SU CONSTITUCIÓN DIVINA. Para amar á nuestra Madre la Iglesia es necesario conocerla, y para conocerla es necesario oír predicar los dones divinos con que Dios la ha enriquecido, y las bellas perfecciones con que su

Divino Esposo la ha hermoseedo: *Tota pulchra es, amica mea.*

Hoy se hace más necesaria esta predicación, porque el infierno ha desatado todas sus furias contra ella; y como fuera de la Iglesia no puede haber salvación, le conviene al enemigo del género humano que no sea conocida, á fin de que más y más almas se pierdan, según el principio sentado por San Cipriano: «No puede tener á Dios por Padre quien no tiene á la Iglesia por Madre.» Es absolutamente necesario explicar á los fieles sus NOTAS y PROPIEDADES para que reconocido su principio de autoridad, sean acatadas y obedecidas sus leyes como á emanadas del mismo Dios, de quien es digno representante por medio de su augusto Vicario en la tierra el Romano Pontífice. Para ello deberán explicarse sus cuatro *Notas* y cuatro *Propiedades*:

NOTAS: 1.^a, Una; 2.^a, Santa; 3.^a, Católica; 4.^a, Apostólica.

PROPIEDADES: 1.^a, Visibilidad; 2.^a, Indefectibilidad; 3.^a, Autoridad; 4.^a, Infalibilidad.

93. Bien explanado todo esto, sorprende el maravilloso conjunto, arrebatada la belleza y hermosura de la Iglesia, su poder, su vigor, su majestuoso paso á través de los siglos, en medio de tantas borrascas, persecuciones y sangre, ceñida su divina frente con los lauros de tantas victorias cuantas han sido las batallas libradas, cuantos sus enemigos vencidos. ¡Oh Iglesia santa! ¡Madre querida: *Adhereat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui: si non proposuero Jerusalem, in principio letitiae meae.* (Ps. LXXXVI).

II. POSTRIMERÍAS.

94. El Espíritu Santo ha dicho: *Memorare novissima tua et in aeternum non peccabis* (Ecl. vii, 40): Acuérdate de la Salvación, Muerte, Juicio, Infierno y el Cielo, que es lo que ordinariamente se entiende por postrimerías; acuérdate de todo esto, y no pecarás. Los Santos y Doctores de

la Iglesia enseñan que todo esto ha de constituir la materia frecuente de la predicación, como ellos mismos la practicaron. Y San Efrén lo hacía con tanta frecuencia y tan elocuente fervor, que era llamado por antonomasia el Predicador del Juicio; como siglos más tarde lo fué en nuestra España aquel clarín del Evangelio San Vicente Ferrer, cuyo tema constante de sus sermones, con que conmovía extraordinariamente á las multitudes, era éste: *Timete Dominum, et date illi honorem, quia venit hora judicii ejus, et adorare eum.* (Apoc. xiv, 7).

95. Grande es la impresión que causan estas verdades terribles al oír las enunciar con aquel fervor apostólico que conviene desde el púlpito: la predicación de las postrimerías, durante todos los siglos de la Iglesia, ha producido innumerables frutos de conversión en las almas. Cuando se exponen debidamente éstas, que llamaríamos clásicas verdades, siempre parecen nuevas, siempre tienen la misma fuerza, la misma energía, sin que jamás la pierdan. En las santas Misiones lo experimentamos siempre: al trueno de estas verdades se rompen los malos tratos, se dejan los concubinatos, se restituye lo mal adquirido, se detestan los pecados, múdanse las costumbres, y todos tratan de su salvación. La predicación de los novísimos habría de ser frecuente, pero hecha del modo que requieren asuntos tan imponentes. No encontramos dificultad en admitir lo que dice un moderno escritor, que «una de las principales causas de la corrupción de costumbres, es que no se predica bastante ó se predica mal sobre estas graves materias.» ¡Y sin embargo, son de tanta trascendencia! «En estos asuntos, dice San Ligorio, se habla á todas las inteligencias, se tratan sin violencia las necesidades más apremiantes de la vida y los momentos más solemnes de la existencia.»

96. Gustosos trasladamos aquí esta elocuente y conmovedora página del Sr. Bravo: «Traspassando, dice, los límites de la cárcel estrecha en que vivimos encerrados, las postrimerías nos revelan, en efecto, el porvenir eterno que nos está reservado, llevando al corazón afligido la resignación, y al alma contristada el consuelo de días venturosos y de la posesión eterna de Dios.

97. Las Postrimerías nos enseñan que el hombre no acaba como los demás seres de la creación; que tiene más altos destinos, y ha sido criado para otra región más digna de su grandeza: la justicia de Dios, la inmortalidad del alma, la recompensa y el castigo que aquí en la tierra vemos que raras veces se cumple y que se realiza en otra vida, vida de espíritu, donde la materia no tendrá entrada hasta que se halle purificada y pase por el crisol de una disolución completa.

98. El sepulcro abierto ante un auditorio indiferente, los instantes de la agonía, las convulsiones de la muerte, los remordimientos y la desesperación, la dulce serenidad y la sonrisa del justo al tocar el término de sus mayores ansias y ambiciones; la comparecencia ante el Juez soberano, las palabras de Jesucristo, el libro de nuestras acciones, la balanza de nuestras obras... todo esto ofrece un ancho campo para el orador sagrado, que no debe de modo alguno mirar con indiferencia ni escasear.

99. Es tanta la malicia de los tiempos que atravesamos, que fácilmente oiréis decir que éstos han cambiado; que en el día no se quiere oír hablar de asuntos terribles; que la sensibilidad, la excitación nerviosa domina á muchas personas; que ¿para qué sacar cuadros ó descripciones tan terribles del infierno, tanto fuego, tantos castigos, tanta eternidad, tantos espíritus infernales? hoy es menester acomodarse al siglo, contemporizar con su flaqueza, y no pretender espantar con el Dios terrible de los hebreos.

100. Aquí hemos recopilado algún tanto en general las objeciones que se acostumbran contra la predicación de las Postrimerías, y sin hacernos cargo de la nota en que podrían incurrir, por no permitirlo la índole de esta obra, y por considerar suficientemente instruidos á nuestros jóvenes lectores, diremos con todo, que esa multitud de objeciones que hoy se están oyendo, y aún se dan á la prensa bajo mil formas más ó menos agresivas á la Religión, debe hacernos reflexionar que tal predicación se haga de un modo conveniente, evitando toda exterioridad ridícula, y materialidades que, en tiempos de más fe y sencillez, tal vez practicaron algunos de nuestros mayores; sino procurando que el peso

de razones y autoridades sea lo que ilustre, conmueva y gane el auditorio.

101. Pero protestamos aquí, una y mil veces, que en nada de esto entendemos transigir con aquella miserable condescendencia que relaja el vigor apostólico, esconde la verdad, ó procura disminuirla. Nada de esto. Pero, por desgracia, es demasiado cierto que mucha gente mundana no puede avenirse sino con aquella clase de predicación que, sin levantar remordimientos, los deje tranquilos en sus caminos de perdición. Lo sabemos perfectamente; y un verdadero ministro de Dios jamás podrá avenirse con tales pretensiones, jamás querrá cooperar á tal estrago de costumbres. «Digamos, pues, dice un notable escritor, que la moderación que las personas del mundo exigen del predicador, no suele ser más que un culpable miramiento con la relajación de sus costumbres, con el extravío de sus principios, con los vicios de su vida, y con el sueño de su conciencia, que teme y se espanta de ser ilustrada. Sería indigno de un ministro de Dios, que debe anunciar su divina palabra, ceder ante semejantes consideraciones.»

102. Asunto tan importante merece toda nuestra atención, y en su desempeño atendamos siempre á estas tres reglas que da Hamón:

1.^a Regla. Que al ocuparse de las Postrimerías debe mezclarse con gran tino lo terrible y lo consolador; lo que consuela y atrae, con lo que espanta y horroriza.

2.^a Que el predicador debe en este género de asuntos alentar, después de haber conmovido; señalar el camino del cielo, después de haber pintado la senda que conduce á una eterna condenación.

3.^a Mostrar á Dios, no siempre Juez, sino como Padre afectuoso; no siempre ejerciendo actos de justicia, sino dando pruebas inequívocas de su misericordia y de su amor hacia los hombres.

103. Y como última é importante regla, que nunca hemos de olvidar, tengamos ésta de San Francisco Javier: «Infundid en los ánimos, dice el Santo, un saludable horror, dando á conocer la terrible sentencia... pintad de una manera viva los horrorosos tormentos del infierno... ame-

nazad con la muerte, sobre todo con una muerte inesperada y repentina, á los que no se cuidan de servir á Dios, y duermen tranquilos con una conciencia manchada y abominable; aprovechad los instantes favorables para recordar á los pecadores la cruz de Jesucristo, sus heridas y su muerte; animad entonces vuestro discurso con tiernos afectos, con expresiones patéticas, apóstrofes y coloquios propios para conmovér, é inspirad tal dolor del pecado, que, si posible es, corran las lágrimas y se escuchen los lamentos del pecador. (*Carta del Santo al P. Balzée en 1549*).»

III. CEREMONIAS Y PRÁCTICAS DE PIEDAD MUY ÚTILES.

104. La ceremonias de la Iglesia en general son aquellas bellas y magníficas representaciones con que ella, inspirada del Divino Espíritu, sabe revestir todos sus actos, que constituyen el grande, el incomparable culto católico. Para interesarse en él hay que comprenderlo, y no puede comprenderse si no se explica el significado de las ceremonias. Este deber incumbe al orador cristiano. Sobre el particular es oído con agrado, y los fieles sienten un placer natural al entender la razón de lo que tantas veces habían visto sin comprender su significado.

105. Los enemigos de la Iglesia mucho se han esforzado en ridiculizar las ceremonias de ella; todo esto para deprimirla y enajenarla el amor de sus hijos. Han tratado de idólatras á los católicos por venerar la cruz de nuestra redención, las reliquias y las imágenes de los Santos, y hasta levantaron su voz contra los templos. Pues ved ahí, oradores sagrados, aquí se presenta poderoso motivo para desplegar el riquísimo y vasto manto de la Esposa de Jesucristo, con que ella se adorna, y contar sus maravillas. ¡Qué tesoro tan abundante de materias, vastos planes de sermones, ideas culminantes, prácticas de piedad, bellezas de la Religión, que para los fieles habían pasado desapercibidas! ceremonias sagradas que, á haberlas comprendido, unos se hubieran librado de distracciones durante ellas, y otros no hubieran blasfemado de lo que ignoraban.

106. ¡Qué hermoso es esto! *Oraciones de mañana y tarde*, que hacen descender el rocío celestial sobre el corazón, tal vez marchito, del hombre. Las *oraciones de acción de gracias* al Dador de todo bien; el Santo *Rosario*, guirnalda de flores á María; las *jaculatorias* á la VÍRGEN; la visita al *Santísimo Sacramento*, «el Amor de los amores,» llamado por San Bernardo, inculcando mucho la devoción y el respeto que se le debe; porque hay iglesias que está como abandonado; la Santa *Misa*; el *Via-Crucis*; las *Cuarenta horas*; la visita á la VÍRGEN; las *procesiones*, en donde ostentamos las imágenes de los héroes del Cristianismo; he aquí, entre otras, las prácticas piadosas que deben explicarse y recomendarse, animando á los fieles á vencer todo respeto humano.

107. No deben tenerse por comunes y triviales estas materias, pues muchísimos cristianos poco han oído tales explicaciones, «y más en el día, que tales asuntos tienen con frecuencia el atractivo de la novedad, dice el Sr. Bravo, ya porque muchos predicadores los desdeñan, ya porque los más de los oyentes sólo tienen conocimientos superficiales en Religión, hasta el punto que los asuntos comunes, bien tratados y bien profundizados, parecen nuevos á la generalidad.» Los asuntos trillados y comunes han de preferirse á los nuevos y extraordinarios, porque su misma generalidad, y el haberse tratado por tantos oradores en todos los siglos, demuestra su verdadera importancia y utilidad. Esto enseña San Ligorio. Las personas sencillas que asisten al sermón, decía este Santo, lo mismo que San Francisco de Sales, olvidan fácilmente las divisiones, las pruebas, los giros oratorios, pero conservan una práctica piadosa que se les ha explicado y recomendado, y esto ya es mucho para su salvación. Y además, que hay medio de quitar el fastidio á la repetición si se procuran nuevos modos de tratar las mismas cosas: *Non nova, sed novè*.

108. Ved, predicadores del Altísimo, con lo que se acaba de manifestar, si hay abundantes materias en el campo de la Religión santa para predicar con gran gloria de Dios y provecho de las almas. No nos dejemos seducir; busquemos las venas de agua viva, y dejemos charquitos misera-

bles en su comparación, que no podría satisfacer la sed de las almas; mirad los tesoros de sabiduría y belleza que hay en nuestra Santa Religión; no nos avergoncemos de predicarla con el Apóstol: *Non enim erubescio Evangelium.* (Rom. i). Aquí está la elocuencia.

LECCIÓN VII.

Amplificación.

109. Así como los pensamientos son el alma de la elocuencia, así la amplificación da al pensamiento aquella expansión, aquel desarrollo necesario para presentarse con toda su fuerza y energía, con todo aquel majestuoso ropaje que en sus principales detalles exige el delicado gusto de un buen orador, para presentar el pensamiento tal cual es en sí, sin *quitar ni exagerar*, sino desarrollar; y entonces la *amplificación*, al mismo tiempo que vigoriza extraordinariamente un pensamiento, lo reviste de las formas más bellas y galanas, realzando notablemente el interés del asunto, y mostrando y desarrollando las particularidades que con él tienen relación, ya por medio de una comparación que la fortifica, ya por una gradación que la eleva, ya por un ejemplo que la aclara, sin que este real aumento pueda llamarse exageración. «Entendida en este sentido la *amplificación*, dice el Dr. Sánchez Arce, no consiste en dar á las cosas una grandeza ficticia, sino en presentarlas con una grandeza real.»

110. La necesidad y utilidad de la *amplificación* la manifiesta perfectamente el P. Gaychiez, con estas palabras: «Ella obra sobre una proposición como la savia sobre un germen, esto es, desarrollándolo, engrosándolo, y haciendo sensibles las partes que eran imperceptibles. Así es que, en virtud de la amplificación; el orador desarrolla su asunto,

lo adorna, lo presenta bajo todos sus aspectos, y de un cuerpo descarnado hace un cuerpo nutrido y lleno de robustez. El pueblo no ve las cosas espirituales sino á una gran distancia: es necesario acercárselas por medio de largos rasgos, como los que se ven en las pinturas de las bóvedas de los templos. En las miniaturas todo se confunde, todo se escapa, al que no tiene la vista perspicaz. El conjunto del auditorio no puede leer en el pensamiento del predicador; se atiende precisamente á las palabras. Se debe suponer poco y explicar mucho. Más vale arriesgarse á decir demasiado para los inteligentes, que á no decir bastante para el vulgo.» Cuanto puede decirse sobre la naturaleza de la amplificación va comprendido admirablemente en las líneas citadas. Ahora sólo falta para el buen uso de ella dar algunas reglas, que establecen los autores:

I. REGLAS DE AMPLIFICAR.

111. **Regla 1.^a** Conviene no explanar más que lo necesario para hacer el discurso ó más claro, ó más sólido, ó más patético.

2.^a El asunto que se ha de amplificar debe ser digno.

3.^a El hecho ó fondo de la idea ha de estar sólidamente establecido.

4.^a La amplificación debe estar bien ligada á la prueba, y ha de aumentarla ó añadirle algo, formando un todo homogéneo, pues es la expansión de su misma fuerza.

II. DEFECTOS PRINCIPALES.

112. 1.^o **La esterilidad:** que carece de fondo y fecundidad de ideas oportunas; puede desterrarse con el estudio y la cultura.

2.^o **La futilidad:** que se ocupa en la amplificación de minuciosidades impertinentes; y que debe eliminarse fijándose en las cosas trascendentales de la materia.

3.º **La timidez:** efecto de un sentimiento demasiado vivo de la flaqueza propia, ó de las dificultades que ofrece el arte: esta timidez debe alentarse con los motivos poderosos que ofrece al orador cristiano el trabajar por la gloria de Dios.

4.º **La audacia:** resultado de imaginaciones demasiado ardientes y fogosas, que es necesario moderar, sobre todo en la juventud.

5.º **La superabundancia:** es una acumulación de palabras y frases sin necesidad: esta facilidad descuidada deslíe demasiado cuanto dice, y engendra esa superfluidad y extensión fastidiosa que tanto aburre. Se encuentra principalmente en los jóvenes, que deben procurar evitarla, teniendo perfecto conocimiento de las materias, y expresarlas con claridad y debida concisión.

III. MODO DE AMPLIFICAR.

113. Son muchas las maneras con que se puede hacer la amplificación, y que conviene saber para que ella se nos haga fácil cuando nos empleamos en la composición. Se amplifica por *definición, enumeración de partes, por imágenes, por suposiciones, por efectos, por comparaciones y semejanzas, por interrogaciones, etc.* Presentémoslo en ejemplos:

114. 1.º **Por definición.** Ravignán, queriendo manifestar la necesidad de la oración, amplifica por definición de esta manera: «La oración, señores, bálsamo consolador en los males, refugio en el dolor, apoyo en la flaqueza; la oración es á la vez alimento y vida de la inteligencia, restituida á más alta dignidad. Os asombra mi lenguaje, extrañais mis palabras: no importa, oídlas con atención... La oración es para el hombre el acto soberano de su razón, lo único capaz de dar al alma el complemento divino de su vida y las condiciones de orden, de hermosura, de grandeza y de gloria, que constituyen su mismo fin y su destino inmortal.»

115. 2.º **Por enumeración de partes.** Fenelón, para probar que la caridad va mucho más lejos que el orgullo,

amplifica así el pensamiento: «Ni las abrasadoras arenas del desierto, ni la aspereza de los montes, ni la distancia de los pueblos, ni las tempestades, ni los escollos de tantos mares, ni la intemperie de tantos climas, ni el término fatal de esa línea, en que se descubre un nuevo cielo, ni las escuadras enemigas, ni las costas de los bárbaros, nada puede contener á los que Dios envía. ¿Quiénes son éstos que caminan como las nubes? Vientos, llevadlos sobre vuestras alas. El Mediodía, el Oriente y las islas más ignoradas los aguardan, y silenciosas contemplan su venida desde lejos.»

116. 3.º **Por imágenes.** San Crisóstomo, para manifestar su constancia en la persecución, amplifica con esta bella imagen: «Una tempestad violenta me cerca, me asedia por todas partes: nada temo, porque soy roca inquebrantable. El furor de la tormenta, las olas amenazadoras no podrán sumergir jamás la nave de Jesucristo. La muerte no es capaz de aterrarme; es, por el contrario, un motivo de alegría para mí. ¿Dudaréis del resultado? ¡oh! no dudeis; toda la tierra está por el Señor.»

117. 4.º **Por suposiciones.** San Pablo, para manifestar mejor la necesidad de la caridad, usa de esta amplificación (I Cor. XIII): «Si hablase todos los idiomas de los hombres y de los Angeles... Y si tuviere el don de profecía, y conociera los misterios y todas las ciencias; y si tuviere toda la fe de manera que trasladase los montes... Y si distribuyera para comida de los pobres todos los bienes, y si entregara mi cuerpo á las llamas, mas no tuviese caridad, todo esto de nada me aprovecha: *nihil mihi prodest.*»

118. 5.º **Por los efectos.** Maccarthy, manifestando que «para el hombre religioso todo está vivo y animado en el universo, todo le comprende y le habla de Dios, todo se halla dotado de inteligencia y sentimiento,» lo amplifica así: «Los cielos le muestran el poder del Dios que adora, las noches y los días sucediéndose le anuncian su sabiduría y su grandeza; cada estación viene á poner ante su vista sus bondades... Pero ¿qué estoy hablando? El mismo, Dios invisible, se presenta bajo mil formas diferentes á mi vista y á mis sentidos en los objetos que me rodean; en esa luz que brilla ante mis ojos, en los rayos del astro que me alum-

bra, en su amor que me alegra, en la serenidad de un hermoso día, en el perfume de las flores que embalsaman los aires... ¡Oh Dios mío! Entono en seguida el himno de acción de gracias, y paréceme que todas las criaturas me responden, que las oigo á todas mezclando sus voces con la mía, y arrebatadas de júbilo formar un concierto unánime en gloria del Criador.»

119. 6.º **Por comparaciones y semejanzas.** San Basilio compara nuestra vida al curso del río, valiéndose de esta amplificación: «Nuestra vida, como sabeis, es á manera de un río que corre de continuo sin cesar, repleto de olas, que alternativamente se suceden. Pues una parte ya pasó, otra parte aún está pasando, una parte ya salió de sus manantiales, y otra parte está para salir, y todos nos apresuramos á ir al mar común de la muerte.»

120. 7.º **Por interrogación.** Es hermosa esta de San Agustín amplificando su caridad para con su auditorio: «*Quid autem volo? Quid desidero? Quid cupio? Quare loquor? Quare hic sedeo? Quare vivo?* Mas ¿qué quiero? ¿Qué deseo? ¿Qué estoy ansiando? ¿Por qué hablo? ¿Por qué he tomado aquí asiento? ¿Por qué vivo? No con otra intención, sino para que con Cristo juntamente vivamos. Mis ansias son éstas, éste es mi honor, ésta es mi gloria, éste es mi gozo, ésta es mi posesión.»

121. Estos ejemplos nos han demostrado que la amplificación no consiste en aumentar palabras, sino en desarrollar debidamente los pensamientos, á la manera del mercader que va desdoblado una rica tela, y extendiéndola va manifestando la belleza de su campo, la variedad y hermosura de las flores y la viveza de sus colores.

122. También enseña muy largamente el P. Granada en su *Retórica* la amplificación por los antecedentes, concomitantes y consiguientes; por las causas y las circunstancias de personas y cosas. Aquí debemos observar que los pormenores de las costumbres, que manifiestan á los fieles las obligaciones que tienen relación con el asunto, y las faltas por las cuales se quebrantan, y el modo de corregirse y enmendarse, son fuentes de ricas explicaciones; pero teniendo siempre presente esta importante regla que da un escri-

tor: «*Que es peligroso pintar el vicio delicadamente.* La demasiada delicadeza le hace agradable, y entonces la moral es tentación.»

123. Usando, pues, debidamente de las reglas de amplificación, nuestros discursos rebosarán de natural abundancia y tendrán suma energía. Concluiremos con esta expresión de un moderno autor: «Sepárense del púlpito esas amplificaciones propias del charlatanismo y la ignorancia, y que por lo común no son más que la repetición de *unas mismas ideas en términos diferentes.*»

LECCIÓN VIII.

Precauciones oratorias.

124. La caridad cristiana es muy ingeniosa para introducirse de mil maneras en el corazón del hombre, para hacerle tomar los remedios necesarios á su salvación, como la tierna madre que se vale de mil industrias para que su hijo no rehuse la medicina que ha de devolverle la salud perdida, y para que gustoso acepte la leche que ha de conservar su preciosa existencia. Esto hacen las precauciones oratorias; son ciertos miramientos, cierta delicadeza y urbanidad que usa el orador para que el auditorio reciba bien la divina palabra, sobre todo cuando ha de dar alguna corrección, aviso ó fuerte reprehensión que es necesaria para corregir algún desorden, extirpar algunos vicios ó mejorar las costumbres del pueblo; pues debemos estar bien persuadidos que una palabra, una sola frase inoportuna, una mal disfrazada ironía, bastan para echar á perder el mejor discurso.

125. La prudencia, el buen sentido, la caridad apostólica aconsejan y dirigen perfectamente estas precauciones

bra, en su amor que me alegra, en la serenidad de un hermoso día, en el perfume de las flores que embalsaman los aires... ¡Oh Dios mío! Entono en seguida el himno de acción de gracias, y paréceme que todas las criaturas me responden, que las oigo á todas mezclando sus voces con la mía, y arrebatadas de júbilo formar un concierto unánime en gloria del Criador.»

119. 6.º **Por comparaciones y semejanzas.** San Basilio compara nuestra vida al curso del río, valiéndose de esta amplificación: «Nuestra vida, como sabeis, es á manera de un río que corre de continuo sin cesar, repleto de olas, que alternativamente se suceden. Pues una parte ya pasó, otra parte aún está pasando, una parte ya salió de sus manantiales, y otra parte está para salir, y todos nos apresuramos á ir al mar común de la muerte.»

120. 7.º **Por interrogación.** Es hermosa esta de San Agustín amplificando su caridad para con su auditorio: «*Quid autem volo? Quid desidero? Quid cupio? Quare loquor? Quare hic sedeo? Quare vivo?* Mas ¿qué quiero? ¿Qué deseo? ¿Qué estoy ansiando? ¿Por qué hablo? ¿Por qué he tomado aquí asiento? ¿Por qué vivo? No con otra intención, sino para que con Cristo juntamente vivamos. Mis ansias son éstas, éste es mi honor, ésta es mi gloria, éste es mi gozo, ésta es mi posesión.»

121. Estos ejemplos nos han demostrado que la amplificación no consiste en aumentar palabras, sino en desarrollar debidamente los pensamientos, á la manera del mercader que va desdoblado una rica tela, y extendiéndola va manifestando la belleza de su campo, la variedad y hermosura de las flores y la viveza de sus colores.

122. También enseña muy largamente el P. Granada en su *Retórica* la amplificación por los antecedentes, concomitantes y consiguientes; por las causas y las circunstancias de personas y cosas. Aquí debemos observar que los pormenores de las costumbres, que manifiestan á los fieles las obligaciones que tienen relación con el asunto, y las faltas por las cuales se quebrantan, y el modo de corregirse y enmendarse, son fuentes de ricas explicaciones; pero teniendo siempre presente esta importante regla que da un escri-

tor: «*Que es peligroso pintar el vicio delicadamente.* La demasiada delicadeza le hace agradable, y entonces la moral es tentación.»

123. Usando, pues, debidamente de las reglas de amplificación, nuestros discursos rebosarán de natural abundancia y tendrán suma energía. Concluiremos con esta expresión de un moderno autor: «Sepárense del púlpito esas amplificaciones propias del charlatanismo y la ignorancia, y que por lo común no son más que la repetición de *unas mismas ideas en términos diferentes.*»

LECCIÓN VIII.

Precauciones oratorias.

124. La caridad cristiana es muy ingeniosa para introducirse de mil maneras en el corazón del hombre, para hacerle tomar los remedios necesarios á su salvación, como la tierna madre que se vale de mil industrias para que su hijo no rehuse la medicina que ha de devolverle la salud perdida, y para que gustoso acepte la leche que ha de conservar su preciosa existencia. Esto hacen las precauciones oratorias; son ciertos miramientos, cierta delicadeza y urbanidad que usa el orador para que el auditorio reciba bien la divina palabra, sobre todo cuando ha de dar alguna corrección, aviso ó fuerte reprehensión que es necesaria para corregir algún desorden, extirpar algunos vicios ó mejorar las costumbres del pueblo; pues debemos estar bien persuadidos que una palabra, una sola frase inoportuna, una mal disfrazada ironía, bastan para echar á perder el mejor discurso.

125. La prudencia, el buen sentido, la caridad apostólica aconsejan y dirigen perfectamente estas precauciones

oratorias, usadas por el mismo Jesucristo y sus Apóstoles: *Habeo multa dicere vobis, sed non potestis portare modo*, decía el Divino Maestro. (*Joan. xvi*). Las Epístolas de San Pablo están llenas de excelentes precauciones oratorias; al echar en cara á los de Corinto su vanagloria, y disponiéndose para fulminar aquella terrible excomunión contra el incestuoso, en la cual va á reprender el descuido de los mayores que tal escándalo permitían, usa de estas admirables precauciones: *Non ut confundam vos hæc scribo, sed ut filios meos charissimos moneo...* (*I Cor. iv*). *Filioli, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis...* dice otra vez reprendiendo á los Gálatas, siguiendo otras tiernas precauciones. (*Gal. iv, 19*). Estas precauciones fueron muy comunes á los Santos Padres, y las usaron con frecuencia los grandes oradores cristianos. El P. Séñeri nos ofrece también un bello ejemplo: después de haber hablado con energía contra los viciosos, hace su aplicación al auditorio: «No quiero ofenderos, hermanos míos; más gustoso sería para mí el alabaros que el reprenderos. Sé que entre vosotros hay muchos que se aplican á desarraigar los vicios con celo...»

126. De donde se ve que las precauciones oratorias no consisten en aquella culpable condescendencia que el miedo, los respetos humanos, y mundanos intereses podrían inspirar al orador, para debilitar, afeminar ó disminuir el vigor de la palabra apostólica. Inspirémonos en tan buenos modelos; y sobre todo en las Epístolas de aquel gran predicador, San Pablo, encontraremos un abundante tesoro de estas prudentes y caritativas precauciones, para que la palabra de Dios sea oída con fruto. Y para ello hay que atender á las siguientes reglas:

127. Regla 1.^a La enseña Hamón. Es necesario antes de todo que el predicador se haga esta pregunta preliminar: Mis oyentes, en la disposición en que se hallan, ¿se aprovecharán de tal verdad que yo quiero anunciarles? ¿De qué servirá mi discurso? *Cui bono?* Si no puede por entonces esperar feliz resultado, debe esperar momento favorable, y limitarse por entonces á instrucciones que oigan de buena gana, y les dispondrán para escuchar más tarde las

verdades severas. Como á un enfermo que todavía no está dispuesto á tomar los remedios.

128. 2.^a El predicador debe usar en todo su lenguaje de un gran fondo de buen sentido, que deje ver un grande aprecio á sus oyentes. Pues la verdad y el buen modo llevan en sí un atractivo irresistible.

129. 3.^a Cuando reflexiona sobre los argumentos y el lenguaje que ha de emplear, debe considerarse en lugar de sus oyentes. Esta precaución le dará magníficos resultados, ya por razón de circunstancias y personas. «Si yo estuviera en lugar de los oyentes, ¿qué desearía que el predicador dijera en esta solemnidad? ¿Qué pretendería de él, si me encontrara en pecado? ¿Cómo suavizaría mi corazón oírle hablar de la misericordia! ¡llamarme con caridad!...»

130. 4.^a El predicador debe infiltrarse en el ánimo y en los sentimientos de sus oyentes, formando de sus disposiciones el punto de partida para conducirlos á donde intenta. «Comenzais siempre en pensar como yo, y acabais por hacerme pensar como vos,» decía el Papa Alejandro VII al abate Polignac, que tenía esta táctica, y que también hacía exclamar á Luís XIV: «Acabo de hablar con un joven que siempre me contradice y jamás deja de agradarme.»

131. 5.^a Cuando ha de hablar de hechos que pueden herir las susceptibilidades del amor propio por causa de preocupaciones, ó espíritu de partido, necesita mucha destreza para elegir aquello que sea honroso y que pueda excusarse por algún justo motivo, y disimular lo que sea vituperable. Como la pintura, que, para disimular los defectos, inventa el arte del perfil. Mas si no ocurren medios á propósito, es mejor callar que manchar nuestros labios con la mentira. Las oraciones fúnebres son delicadas en esto. Bossuet y Flechier ofrecen bellos ejemplos.

132. 6.^a Cuando son verdades morales arduas para el auditorio, ó reconvenciones, sin alterar la verdad, lo cual sería un crimen, se propone el asunto bajo forma interesante, para quitarle aquella amargura que la haría difícil de aceptar.

133. 7.^a Conviene también que el predicador se ponga á veces en el número de los que corrige, y se aplique las reconvenciones, consejos y enseñanzas, y así parezcan menos acres, y pueda mejor introducirse en el corazón del oyente.

134. 8.^a En las reconvenciones justas y necesarias en general, conviene mezclar alguna excusa atenuante para que no aparezcan tan severas. A veces lamentando el desorden, dejando que cada uno se lo aplique. Puede revestir estas formas: *Siento; permitidme... el amor que os tengo me obliga.* Muchas veces un cumplimento delicado, un elogio merecido suavizará una amarga lección, ó servirá de principio ó transición muy fina para reprender grandes errores, ó reformar las costumbres, como lo hizo el Apóstol con admirable delicadeza en el Areopago de Atenas. Tales precauciones pueden usarse con tal que no sean exageradas hasta contemporizar con el pecado, y entonces ganaremos muchísimas más almas á Jesucristo.

LECCIÓN IX.

Sermonarios.

135. Los sermonarios, esas magníficas colecciones de sermones de brillantes y elocuentes oradores, que han sabido reunir hombres de gusto, pronunciando sobre ellos un juicio crítico favorable, no puede negarse que, manejados con el debido modo, son de grandísima utilidad bajo muchos conceptos. Allí como en vasta pradera las flores de la elocuencia abren su cáliz y ofrecen su néctar delicioso á la abeja laboriosa, que solícita forma sus ricos panales. Allí se encuentran multitud de ideas morales y religiosas aplicadas á casos prácticos; ingeniosos y bien acabados planes de sermones; admirables giros de gran facilidad y soltura; pensa-

mientos perfectamente desarrollados; bellezas sin cuento esparcidas en esas magníficas composiciones. Allí por el brillo de las imágenes, la grandiosidad de las figuras, el fuego de la frase y la armonía del estilo, por el resorte oculto del arte se ponen en movimiento las pasiones más vehementes del hombre, y se tocan las fibras más delicadas de su corazón. Este estudio convida, pero no puede abusarse de él. Para el buen uso de los sermonarios deben tenerse presentes las siguientes reglas:

136. Regla 1.^a Aquellos predicadores que, sin otros estudios de oratoria, y sin más recursos que su buen deseo, se lanzan á la carrera del púlpito, los sermonarios deberían ser el todo para ellos, dice el Dr. Sánchez Arce.

137. 2.^a No deben imitarse exactamente el estilo y formas que se han estudiado, pues esto con frecuencia embarrasa, y no permite el vuelo necesario al propio genio. Estos modelos sirven no tanto para vaciar en ellos con escrupulosidad los pensamientos, cuanto para assimilarlos.

138. 3.^a No desanimarse si uno se ve lejos de su modelo, y considerar si tales defectos son esenciales, que entonces deben corregirse; si accidentales, no hay que pensar que debemos modelar rigurosamente nuestros pensamientos á los ajenos; que entonces todos los sermones serían iguales.

139. 4.^a Los sermonarios son tipos de imitación, mas ésta no debe ser servil; pues resultaría un verdadero plagio, que es vestirse con ropa ajena; y tomar retazos de aquí y allí es destruir el mérito de los sermones, desvirtuar su bondad y formar tal vez un zurcido monstruoso.

140. 5.^a La imitación noble y racional, ha dicho el citado Sánchez Arce, «consiste en hacer plegar el genio de los buenos autores á nuestro genio, sin que jamás el nuestro se plegue al suyo;» pues lo contrario impide el desarrollo de la inteligencia, mata el propio talento. Y siempre debe tenerse presente que una composición trabajada por sí mismo, aunque no tenga tanto mérito, se expresa con más fuego, con más convicción y energía, mucho mejor que la ajena.

141. 6.^a La recomienda el Dr. Martínez y Sanz; en el

133. 7.^a Conviene también que el predicador se ponga á veces en el número de los que corrige, y se aplique las reconvenciones, consejos y enseñanzas, y así parezcan menos acres, y pueda mejor introducirse en el corazón del oyente.

134. 8.^a En las reconvenciones justas y necesarias en general, conviene mezclar alguna excusa atenuante para que no aparezcan tan severas. A veces lamentando el desorden, dejando que cada uno se lo aplique. Puede revestir estas formas: *Siento; permitidme... el amor que os tengo me obliga.* Muchas veces un cumplimento delicado, un elogio merecido suavizará una amarga lección, ó servirá de principio ó transición muy fina para reprender grandes errores, ó reformar las costumbres, como lo hizo el Apóstol con admirable delicadeza en el Areopago de Atenas. Tales precauciones pueden usarse con tal que no sean exageradas hasta contemporizar con el pecado, y entonces ganaremos muchísimas más almas á Jesucristo.

LECCIÓN IX.

Sermonarios.

135. Los sermonarios, esas magníficas colecciones de sermones de brillantes y elocuentes oradores, que han sabido reunir hombres de gusto, pronunciando sobre ellos un juicio crítico favorable, no puede negarse que, manejados con el debido modo, son de grandísima utilidad bajo muchos conceptos. Allí como en vasta pradera las flores de la elocuencia abren su cáliz y ofrecen su néctar delicioso á la abeja laboriosa, que solícita forma sus ricos panales. Allí se encuentran multitud de ideas morales y religiosas aplicadas á casos prácticos; ingeniosos y bien acabados planes de sermones; admirables giros de gran facilidad y soltura; pensa-

mientos perfectamente desarrollados; bellezas sin cuento esparcidas en esas magníficas composiciones. Allí por el brillo de las imágenes, la grandiosidad de las figuras, el fuego de la frase y la armonía del estilo, por el resorte oculto del arte se ponen en movimiento las pasiones más vehementes del hombre, y se tocan las fibras más delicadas de su corazón. Este estudio convida, pero no puede abusarse de él. Para el buen uso de los sermonarios deben tenerse presentes las siguientes reglas:

136. Regla 1.^a Aquellos predicadores que, sin otros estudios de oratoria, y sin más recursos que su buen deseo, se lanzan á la carrera del púlpito, los sermonarios deberían ser el todo para ellos, dice el Dr. Sánchez Arce.

137. 2.^a No deben imitarse exactamente el estilo y formas que se han estudiado, pues esto con frecuencia emborrazo, y no permite el vuelo necesario al propio genio. Estos modelos sirven no tanto para vaciar en ellos con escrupulosidad los pensamientos, cuanto para asimilarlos.

138. 3.^a No desanimarse si uno se ve lejos de su modelo, y considerar si tales defectos son esenciales, que entonces deben corregirse; si accidentales, no hay que pensar que debemos modelar rigurosamente nuestros pensamientos á los ajenos; que entonces todos los sermones serían iguales.

139. 4.^a Los sermonarios son tipos de imitación, mas ésta no debe ser servil; pues resultaría un verdadero plagio, que es vestirse con ropa ajena; y tomar retazos de aquí y allí es destruir el mérito de los sermones, desvirtuar su bondad y formar tal vez un zurcido monstruoso.

140. 5.^a La imitación noble y racional, ha dicho el citado Sánchez Arce, «consiste en hacer plegar el genio de los buenos autores á nuestro genio, sin que jamás el nuestro se plegue al suyo;» pues lo contrario impide el desarrollo de la inteligencia, mata el propio talento. Y siempre debe tenerse presente que una composición trabajada por sí mismo, aunque no tenga tanto mérito, se expresa con más fuego, con más convicción y energía, mucho mejor que la ajena.

141. 6.^a La recomienda el Dr. Martínez y Sanz; en el

momento crítico de la preparación para predicar no se lean ni estudien estos modelos por buenos que sean, pues reconcentrándose en estos momentos la atención en la materia del discurso, le perjudicaría. Y continúa este autor: «La elocuencia es un movimiento continuo del alma: por consiguiente lo que estrecha el círculo de las ideas le daña, y lo que embaraza la marcha del espíritu, ó apaga el fuego de la imaginación, ó enfrena los arranques del corazón, la aniquila: tales son los efectos que puede producir la lectura de composiciones elocuentes, atrayendo y encadenando al joven orador.»

Tengan, pues, los jóvenes amantes de la elocuencia sagrada, bien presentes estas reglas. ¡Cuántos de ellos han malogrado su talento sepultándolo bajo el rigor del molde de la imitación servil, cortándose á sí mismos las alas impidiendo su propio vuelo, ó por pereza en la composición, ó por no haber atendido á estas provechosas reglas! «Todos los días, dice el Sr. Bravo y Tudela, se oyen discursos íntegros ó grandes fragmentos de sermones muy conocidos, y cuyo contenido disuena en los que de ellos se sirven y en el lugar en que se pronuncian; contra este abuso tan lamentable se han escrito innumerables pastorales, y continuamente claman en este sentido los amantes del esplendor del púlpito.»

LIBRO II.

DISPOSICIÓN.

LECCIÓN X.

Disposición ó plan del discurso.

142. Después que el orador ha ido recorriendo las fuentes de la *Invención*, recogiendo todos aquellos materiales que ha juzgado necesarios para su obra, conviene meter mano á aquel informe montón de tanta variedad de cosas, clasificándolas, disponiéndolas y arreglándolas para aquel fin que se propone, poniendo cada cosa en su lugar correspondiente, así como el general ordena y coloca las fuerzas de su ejército para librar la batalla y conseguir la victoria. A esta operación llamaron los antiguos *Disposición*, que los modernos llaman *Plan del Discurso*, que es determinar el objeto que uno se propone; y más cuesta por lo común fijar este plan que el componerlo, como lo demuestra la práctica.

143. ¿Habeis ya meditado bien sobre la materia, profundizado bien los principios, visto el fondo de vuestro asunto, considerado sus consecuencias prácticas y sus más notables relaciones? «Es aquí que el arte empieza, dice el cardenal Maury. Es tiempo ya de fijar vuestro plan; y es casi siempre la parte que cuesta más trabajo al orador, y que

momento crítico de la preparación para predicar no se lean ni estudien estos modelos por buenos que sean, pues reconcentrándose en estos momentos la atención en la materia del discurso, le perjudicaría. Y continúa este autor: «La elocuencia es un movimiento continuo del alma: por consiguiente lo que estrecha el círculo de las ideas le daña, y lo que embaraza la marcha del espíritu, ó apaga el fuego de la imaginación, ó enfrena los arranques del corazón, la aniquila: tales son los efectos que puede producir la lectura de composiciones elocuentes, atrayendo y encadenando al joven orador.»

Tengan, pues, los jóvenes amantes de la elocuencia sagrada, bien presentes estas reglas. ¡Cuántos de ellos han malogrado su talento sepultándolo bajo el rigor del molde de la imitación servil, cortándose á sí mismos las alas impidiendo su propio vuelo, ó por pereza en la composición, ó por no haber atendido á estas provechosas reglas! «Todos los días, dice el Sr. Bravo y Tudela, se oyen discursos íntegros ó grandes fragmentos de sermones muy conocidos, y cuyo contenido disuena en los que de ellos se sirven y en el lugar en que se pronuncian; contra este abuso tan lamentable se han escrito innumerables pastorales, y continuamente claman en este sentido los amantes del esplendor del púlpito.»

LIBRO II.

DISPOSICIÓN.

LECCIÓN X.

Disposición ó plan del discurso.

142. Después que el orador ha ido recorriendo las fuentes de la *Invención*, recogiendo todos aquellos materiales que ha juzgado necesarios para su obra, conviene meter mano á aquel informe montón de tanta variedad de cosas, clasificándolas, disponiéndolas y arreglándolas para aquel fin que se propone, poniendo cada cosa en su lugar correspondiente, así como el general ordena y coloca las fuerzas de su ejército para librar la batalla y conseguir la victoria. A esta operación llamaron los antiguos *Disposición*, que los modernos llaman *Plan del Discurso*, que es determinar el objeto que uno se propone; y más cuesta por lo común fijar este plan que el componerlo, como lo demuestra la práctica.

143. ¿Habeis ya meditado bien sobre la materia, profundizado bien los principios, visto el fondo de vuestro asunto, considerado sus consecuencias prácticas y sus más notables relaciones? «Es aquí que el arte empieza, dice el cardenal Maury. Es tiempo ya de fijar vuestro plan; y es casi siempre la parte que cuesta más trabajo al orador, y que

tiene más influencia sobre el éxito del discurso. Toda su gloria depende de este primer orden ó disposición del cuadro. El plan debe abrir un vasto y fecundo campo á la elocuencia. Si es demasiado circunscrito os coloca fuera de vuestra materia, en vez de colocaros en el centro del asunto.» De aquí es que el orador fácilmente puede extraviarse y extraviar la atención de los oyentes si para fijar un plan y ejecutarlo no tiene presentes las siguientes reglas:

144. 1.^a Regla. Desde el momento que se ha acertado á trazar un plan natural y sencillo, ya puede asegurarse que se ha entrado en un camino llano y espacioso, por el que se marchará rápidamente y sin temor.

145. 2.^a «Sola la *meditación* de la materia puede inspirar un plan acertado, dice el Dr. Martínez, porque no sólo comprenderá los principios de donde fluyen las consecuencias, sino que beberá en abundancia las aguas en la misma fuente, y no necesitará buscarlas en riachuelos como hacen los ingenios tardos. ¡Cuántas veces nos ha sucedido que al trabajar sobre un plan que creíamos bien meditado, las nuevas reflexiones que nos sugería la composición nos han descubierto un plan más acertado que el primero!»

146. 3.^a La *unidad* es cualidad esencial, sin la cual no podría existir un buen plan. La unidad agrada al hombre, y es, según San Agustín, la forma de la belleza: *Cum omnis porro pulchritudinis forma unitas sit*. Unidad de partes, que haya un perfecto enlace y trabazón; unidad de miras, en que todo converge á su centro, y con esto resulte un discurso compacto y sólido. Lo que hace fuerte y vigoroso al cuerpo humano, dice á este propósito Quintiliano, es la unión y perfecta correspondencia de todos sus miembros. No debe causarnos pena desechar animosos cualquier idea que no quepa en nuestro plan, ó pueda romper su unidad. Es notable esta sentencia de Fenelón: «En un discurso no debe haber nada, absolutamente nada, que pueda ser cortado sin tocar á lo vivo.»

147. 4.^a Debe una *idea culminante* que abrace todo el asunto dominar en todo el plan, y á la cual se deben referir las ideas secundarias ó accesorias. Determine el predicador claramente el punto al cual se dirige, y el pensamiento que

quiere desenvolver con precisión y exactitud, circunscribiéndose á los verdaderos límites y descartando las ideas vagas é indeterminadas, y entonces esta idea culminante presidirá la *unidad* de su trabajo y acción, que vendrá á formar un todo homogéneo, robusto, sencillo y cuyos pensamientos van al fondo de la materia, formando un poderoso foco de luz y calor para persuadir el entendimiento y rendir el corazón humano, con el favor de la gracia divina.

148. 5.^a El discurso debe *aumentar* siempre en interés, calor y vida; cada idea debe ser fecunda en otras parecidas que den más fuerza y energía al discurso, y vaya éste progresando en animación y grandeza, á manera de río caudaloso que siempre va engrosando con nuevos arroyos. El paso vacilante de un predicador que no ha preparado bien su discurso causa impresión desagradable. Recordando en una ocasión San Crisóstomo á sus oyentes cuál se había ido excitando la moción en el corazón de los mismos á medida que aumentaba en interés una homilía que les predicaba, les decía: «Al principio permaneciais casi insensibles; mas cuando mi oración fué adelantando, y la argumentación recibió todo su desarrollo, me oíais con gran placer; vuestros entusiasmos llegó á su colmo y prorrumpisteis en aplausos estrepitosos.»

149. 6.^a Es de alta importancia que el plan tenga una *extensión proporcionada*: si no la tiene suficiente, el orador no puede entonces explicar debidamente las ideas, ni la elocuencia puede desplegar sus alas majestuosas; si la extensión es desmesurada se resentirán sus fuerzas físicas al pronunciarlo, y se llegarán á aburrir y fastidiar los oyentes: «y bien sabido es, dice muy acertado el Sr. Martínez, que el orador que no agrada, falta á una de las condiciones esenciales de la elocuencia.»

LECCIÓN XI.

Exordio.

150. Seis son las partes de una Oración llenísima y perfecta, dice el P. Granada: *Exordio, Narración, Proposición, Confirmación, Refutación y Conclusión.* El Exordio sirve de entrada al discurso. Cuantos autores de Sagrada Elocuencia han tratado detenidamente sobre las cualidades del Exordio, han manifestado que es una de las partes más delicadas del discurso, pues como el Exordio viene á ser la puerta de entrada al edificio construído, según el efecto que produce el Exordio dispone favorablemente ó indisponen los ánimos para lo restante del sermón; pues debiendo el Exordio captarse la atención, benevolencia y docilidad de los oyentes, ha de ser de tal naturaleza que sepa insinuarse no solamente él en el corazón humano, sino que predisponga también á ser bien recibido el cuerpo del sermón, como la aguja que al penetrar hace introducir en pos de sí la hebra de hilo, pues Cicerón ya definía el Exordio: *Auditorum animos idoneè comparans ad reliquam dictionem.*

151. Para el Exordio el orador ha de tener un gran tino y mucho conocimiento del corazón humano, para comprender qué carácter de Exordio conviene en las actuales circunstancias para que su sermón sea bien recibido y no fracase por completo. Por fortuna nuestra tenemos grandes modelos en los Santos Padres, singularmente en San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Agustín y San Ambrosio, y admirables, frecuentes y de todo género los tiene aquel gran orador popular San Crisóstomo. Y comprendiendo la necesidad de que el Exordio debe llenar las condiciones debidas, los oradores modernos de primera nota nos han dejado magníficos Exordios.

152. Para que materia tan necesaria sea tratada del modo debido, hay que considerar en el Exordio: 1.º *Sus fines*; 2.º *Sus especies*; 3.º *Sus partes*; 4.º *Sus defectos*; 5.º *Sus reglas.*

I. FINES DEL EXORDIO.

153. Cicerón los ha dejado trazados cuando ha dicho que el fin del Exordio es: *Reddere auditores benevolos, attentos, dociles.* Observemos estas tres cosas:

1.º **Benevolencia.** Consiste en aquel afecto del corazón que dispone á los oyentes á interesarse en aquello que hablamos: por lo que debe mostrarse humildad sin bajeza, modestia sin timidez. La arrogancia y la presunción siempre producen muy mal efecto.

154. 2.º **Atención.** Se cautiva la atención manifestando que son cosas de grande importancia y trascendencia para ellos las cosas que vamos á exponer, y deben presentarse bajo el punto de vista más interesante y que más les toque al vivo sobre sus intereses temporales y eternos.

155. 3.º **Docilidad.** Se les hace comprender cuánto nos interesamos por su bienestar, cuánto sentimos sus penas, mas todo debe ser con acento de convicción, pues son almas queridas por cuya salvación debemos interesarnos; pero esto debe ser evitando toda afectación y protestas exageradas, pues llegarían á sospechar que son meras fórmulas. Amemos ardientemente las almas redimidas por Jesucristo, y las palabras sinceras brotarán espontáneamente de vuestros labios. «Debe evitarse hablar de sí mismo en el Exordio, dice el Sr. Bravo y Tudela, porque hablar para alabarse, es vanidad; hablar para excusar la cortedad del talento, es un refinamiento de amor propio, es casi un olvido de la dignidad del ministerio evangélico.» Sin embargo, la santidad, un grande ascendiente, una íntima confianza pueden permitírsele, pero con mucha reserva. Los Santos Padres nos presentan ejemplos de ello en sus sermones y homilias.

II. SUS ESPECIES.

156. 1.º **Sencillo.** Consiste en que sea claro, breve, sin artificio, sin brillo de figuras, ni impulsos vehementes; pero no desaliñado, bajo y trivial. *Hæc tamen sic detrahit ornatum, ut sordes non contrahat:* Esta sencillez, dice San Agustín, de tal manera le ha de quitar el adorno, que no por esto le haga contraer ninguna fealdad ni bajeza. Como un día el más hermoso, enseña Cicerón, que no empieza por un sol brillante, sino por una claridad tibia y débil que participa en gran parte de la oscuridad de la noche, y después por grados se va despejando.

157. 2.º **Insinuante.** Cuando se temen en el auditorio disposiciones desfavorables, entonces hay que destruir *gradualmente* el error, pero no de un modo violento y brusco, sino con destreza y tino, valiéndose de ingeniosos rodeos.

158. 3.º **Pomposo.** Consiste en desplegar las galas de la elocuencia con la magnificencia de la palabra, el brillo de las imágenes y con cuanto contribuye á la grandeza del asunto, como en los panegíricos y oraciones fúnebres de personas ilustres. Sería defraudar las esperanzas anticipadas del auditorio tratar de una manera pequeña un asunto grandioso. Un exordio moderado hará que esta elevación sea sostenida durante el discurso y no decaiga, pues lo contrario sería una notable deformidad de una grande cabeza en un cuerpo pequeño, ó de una grande y monumental puerta en una pequeña casa.

159. 4.º **Vehemente ó *ex abrupto.***—Es cuando el orador, suponiendo ciertas condiciones en los oyentes, de repente con calor, con alma y energía entra en el asunto con aquella entonación y lenguaje que motivan la gravedad de las circunstancias. Para ello debe contarse con el necesario ascendiente sobre el auditorio, evitando cualquier extravagancia; y á veces un solo exordio de esta naturaleza ha bastado para que el orador se haya apoderado de la inteligencia y corazón del auditorio, pues que en el exordio *ex abrupto* entran los más vehementes sentimientos en que se ponen en movimiento las pasiones más fuertes del corazón humano.

III. SUS PARTES.

160. 1.º **Texto.** Se toma un texto del cual se desentraña el sermón; ó bien después del sermón se busca uno adecuado. Deben evitarse abusos y extravagancias.

161. 2.º **Introducción general.** Se va preparando la entrada del discurso en consideraciones breves y que tengan íntima conexión con el asunto, de tal manera que el auditorio cuando menos lo advierte ya se encuentre en él de un modo el más natural y oportuno. Evítense divagaciones generales y ajenas al asunto. Pues hay exordios que por sus generalidades podrían realmente servir para toda clase de sermones.

162. 3.º **Anuncio del asunto.** Manifestarlo sencillamente: «Hé aquí mi idea.» «Esto voy á manifestar.» La satisfacción que produce esta sencillez y claridad, compensa todas las sutilezas, que á veces ni dejan comprender cuál será la conclusión.

163. 4.º **Invitación.** Manifestado ya al auditorio el *asunto* que debe tratarse, se concreta éste en una *proposición* que debe esclarecerse con su oportuna *división*, si es necesaria, é inmediatamente se procura interesar los oyentes en breves palabras sobre la necesidad de la materia para excitar más su atención.

164. 5.º **Invocación.** Es una cosa muy conforme al ministro de Dios que tratando de destruir el imperio de Satán, invoque los auxilios divinos, y acuda á María Santísima, por cuya poderosa intercesión nos vienen tan copiosas gracias, dirigiéndola aquel tiernísimo saludo: AVE MARÍA.

165. La *Invocación* ha de ser todo fuego y entusiasmo, con verdadera precisión de palabras que, como flechas, vayan al corazón y muevan con suavidad los espíritus. Debe procurarse que se varíe, expresarse en distintas fórmulas según la clase y materia de sermones, para evitar siempre una misma cantilena, cosa que en algunos predicadores lo han notado los mismos oyentes; mientras que les sorprende agradablemente la hermosa variedad de invocaciones á *María*.

166. Las alabanzas en el púlpito quieren mucha reserva y delicadeza, pues, desterrados de él toda lisonja y respetos humanos, el poderoso como el plebeyo, y el sabio como el ignorante, todos tienen igual derecho á la caridad y tierna solicitud del ministro de Dios. «No os tributaré alabanzas, decía un célebre orador á Luis XIV, porque no las he hallado en el Evangelio.» Hay escritores que desechan tales cumplidos como contrarios al lugar y á la presencia de Dios.

167. «En este punto han fracasado grandes oradores, dice el Sr. Bravo, y por eso nos parece que sólo en casos muy contados, y cuando así lo exija la etiqueta, podrá hacerse un cumplido tan rápido, tan comedido, que no hiera á los demás, no excite la vanidad de aquel á quien se dirige, ó contriste su modestia ó contrarie su virtud.» Y bien sabido es lo que sucedió á San Francisco de Sales en un sermón en que el Santo estaba presente, por un cumplido que le hicieron, el cual recibió él tan mal y reprendió severamente.

IV. SUS DEFECTOS.

168. 1.º **Vago ó común.** Que se pueda aplicar á diferentes asuntos; como sucede á los que tienen preparados de antemano exordios aplicables á materias bien diversas entre sí.

169. 2.º **Afectado.** En palabras rebuscadas, pensamientos delicados, y pretensión de estilo florido; pues se contenta demasiado pronto el auditorio, y se vuelve después incapaz de gustar las sólidas razones del cuerpo del discurso.

170. 3.º **Largo.** No debe pasar más allá de la *cuarta* parte del sermón, ni ser menos de la *sexta*.

171. 4.º **No tomado del fondo del discurso;** y entonces resulta pálido, sin vida, vulgar, separado del cuerpo, y como cosa inútil que no tiene relación á ningún fin.

V. REGLAS Á LAS CUALES SE REDUCE.

172. 1.ª Acerca la **materia:** Relación íntima con el discurso, y no anticipar en él parte esencial. Es bellísima la

comparación de Cicerón: como una flor que sale de su tallo: *Sed penitus ex ea causa que tunc agatur, effloruisse.* «Interpretan muy mal esta regla aquellos oradores que en el exordio entran casi de lleno en la materia, anticipando razones que deben reservar para la confirmación, y haciendo casi un primer discurso, que después repiten y amplían: semejante conducta roba su novedad á los argumentos y los debilita: no es raro, sin embargo, oír á algunos predicadores introducciones de tan mala especie.» Así se expresa el Sr. Martínez y Sanz.

173. **Regla 2.ª** Acerca la **Forma:** 1.º *Sencillez:* no se confunda con el desatino, que desagrade; 2.º *Corrección:* evitando la negligencia, y procurando el lenguaje castizo, para evitar desde el principio una desfavorable impresión; 3.º *Entonación tranquila:* procediendo en todo por grados; 4.º *Brevedad:* que debe ser proporcionada.

174. **Regla 3.ª** Acerca el **Orador:** 1.º *Modestia;* 2.º *Santidad.* Para ello véase la lección XL y última, y reflexiónese bien sobre su contenido.

LECCIÓN XII.

Proposición.

175. La *Proposición* es el punto céntrico á donde, como á líneas convergentes, van á terminar las ideas principales del Exordio, y de cuyo punto vuelven á salir, como líneas divergentes, para su completo desarrollo y expansión en todo el discurso. Aquí se ve qué oficio tan principal tiene la *Proposición* en el discurso, pues resume del Exordio la esencia del sermón como en germen, para desarrollarlo después en todas las partes del discurso, como en frondoso árbol cargado con todas las flores y frutos de una brillante y vigorosa elocuencia. Es del todo magnífica esta expresión

de Fenelón: «El discurso es la proposición explanada; la proposición es el compendio del discurso.»

176. No pensemos por esto que en todo discurso hemos de plantar una proposición que formulada en pocas palabras se ofrece como una tesis que vamos á probar al auditorio, pues ya observa Quintiliano que alguna vez se omite la proposición, porque en el exordio ó narración va suficientemente declarado el objeto del discurso.

177. La Proposición ha de ser: 1.º, POPULAR; 2.º, CATÓLICA. 1.º **Popular.** Esto es: 1.º *Breve*: no empleando más que los términos necesarios, para que la gente fácilmente pueda retenerla. 2.º *Clara*: expresada en términos sencillos y naturales que puedan comprenderse. 3.º *Interesante*: buscando asuntos palpitantes y de circunstancias, excitando la atención. 4.º *De aplicación práctica*: no versar sobre materias demasiado abstractas.

178. 2.º **Católica.** Que explica una máxima conforme al sentir de la Iglesia y los Santos Padres. No deben establecerse proposiciones opinables y dudosas, pues darían lugar á vacilación; ni temerarias, pues fácilmente podrían escandalizar á las gentes sencillas, ó débiles en la fe.

179. Todos los preceptistas modernos critican ciertas *Proposiciones*, formuladas en términos los más ridículos por singularizarse. Y ciertamente causa pena que así hayan querido aguzar sus ingenios para formular una proposición áun extravagante, que sin duda de pocos oyentes debía ser comprendida, y de la cual poco ó ningún provecho podía resultar. Debe respetarse la cátedra sagrada, y procurarse el provecho de los fieles. Y por tanto tenga presente el orador estos tres medios que tiene para indicar satisfactoriamente EL OBJETO DE SU DISCURSO: 1.º *Exordio* oportuno; 2.º *Narraciones* interesantes; 3.º *Compendiar* la doctrina en una proposición clara y breve.

LECCIÓN XIII.

División.

180. Cuando la proposición sobre todo es compuesta, viene muy bien la división, y á veces para más claridad y áun comodidad se hace necesaria, con tal que no se abuse de ella, pues con la enumeración de partes manifiesta el orden que se ha de guardar en el discurso. Para su debido uso ténganse presentes las siguientes reglas:

181. **Regla 1.ª:** Al componer un discurso no luego se piensa en la división. Considerado primero el asunto, sale con más facilidad.

Regla 2.ª: Cuando la División sale espontáneamente, descansa el orador y el auditorio.

Regla 3.ª: No debe hacerse cuando un solo punto es suficiente para el sermón.

Regla 4.ª: La única regla general que puede establecerse es, que siendo la división un auxilio para las operaciones del entendimiento, será ella más conveniente en los discursos que de su naturaleza son más para instrucción que para moción de afectos.

I. SUS CUALIDADES.

182. 1.ª **Natural.** No buscar violentamente planes extraordinarios por un gusto depravado. «No es menos reprehensible, dice el Dr. Sánchez Arce, el prurito de hacer divisiones simétricas y en tres puntos, que cada uno termine con cadencia.»

183. 2.ª **Exacta.** Que abrace todo el asunto, *ni más ni menos*. Si el predicador repite en la segunda parte lo dicho

ya en la primera, engendra fastidio y no se oye con interés.

184. 3.^a **Corta.** El uso moderno divide el discurso en dos partes, raramente en tres; pasar de aquí no podría darse la debida extensión al asunto, ni los auditorios hoy lo sufrirían. Y esto ya enseña el cuidado que se ha de tener en no multiplicar subdivisiones.

185. 4.^a **Práctica.** El interés por la salvación de las almas exige que descendamos al terreno práctico para hacerles obrar el bien que deseamos, y cuanto más práctica sea la división, más se nos facilita este importante paso. Si se trata del buen ejemplo que hemos de dar, hágase ver su importancia y necesidad, mas luego descendamos á indicar los medios que para ello deben practicarse.

II. FUENTES DE DIVISIÓN.

186. 1.^a **Del fondo del asunto.** «Dios es *nuestro Padre*; debemos amarle: es *nuestro Señor*; debemos servirle: es nuestro *último fin*; debemos procurar gozarle.»

2.^a **De los efectos.** «El escandaloso produce estos efectos: daña al prójimo y se daña á sí mismo.»

3.^a **De las causas.** Es hermosa esta división de San Agustín: «Nuestras oraciones son infructuosas: *quia mali, quia malè, quia mala.*»

4.^a **De las circunstancias.** «El juicio final será terrible por sus *antecedentes, concomitantes y consiguientes.*»

5.^a **De las propiedades del asunto.** Lo que el Santo Evangelio dice del Precursor: *Erat lucerna ardens et lucens*; «ARDENS por la santidad de su vida, y LUCENS, por su predicación.»

187. 6.^a **De un texto sagrado.** Un texto adecuado al asunto, que presente naturalmente la división y no forzada, y se sepa bien desentrañar con profunda reflexión, es admirable para el desarrollo de un buen plan de sermón. Por ejemplo este texto de San Mateo (cap. XVI, vers. 24): *Si quis vult post me venire, ABNEGET semetipsum, et TOLLAT crucem suam, et SEQUATUR me.* Se saca de él esta propo-

sición: «Para ser discípulo de Jesucristo hay que *seguirle* con la *crux* de la *abnegación.*» Y se presenta naturalmente una división de tres partes: 1.^a Abnegación de sí mismo: *Abneget*; 2.^a Llevar la cruz: *Tollat*; y 3.^a seguir las pisadas de Jesucristo: *Sequatur.*

188. Diremos por conclusión, que la oración perfectamente dividida se compara al cuerpo humano por Quintiliano y el P. Granada, cuando no carece de ninguno de sus miembros. «El orador, dice un moderno escritor, ha de bajar desde la unidad á la división, y con los extremos en que ha dividido la materia ha de recomponer la unidad, que es el *componendo* y *dividendo* de Santo Tomás.» Esto constituye al mismo tiempo que la fuerza, el orden admirable del discurso.

LECCIÓN XIV.

Narración.

189. La narración, además de la importancia que tiene, resulta muy agradable y hace muy ameno el discurso, pues entrando en el campo de los hechos con pintorescas descripciones, nos pone á la vista los genios, las costumbres, los vicios, las virtudes, la historia de los individuos y pueblos, dando de aquí principio ó base para todo el aparato oratorio que se ha de desplegar en el discurso; todo lo cual constituye la narración *histórica*; otras veces la narración aclara una doctrina, determina su sentido, distingue los límites, elimina lo extraño ó incierto, define y expone lo cierto, para que apoyado el orador sobre este firmísimo fundamento, y los fieles bien instruídos sobre la naturaleza de la materia que se va á tratar, el discurso pueda proceder de un modo el más satisfactorio y provechoso; y esta última es la *Narración doctrinal*; es propiamente la parte didáctica del sermón.

190. La narración *histórica* es de un efecto admirable si reúne las cuatro condiciones que pone el P. Granada:

1.^a **Breve:** Si empezáramos á referirla desde donde fuere necesario, y no desde su primer principio; si sumariamente y no por menudo la contáramos; si no la continuáramos hasta el fin, sino hasta donde allí convenga; si no usáremos de transiciones; si no nos desviáramos de aquello que comenzamos á referir.

2.^a **Clara:** Si exponemos primero lo que primeramente sucedió, guardando el orden de las cosas y de los tiempos como ellas sucedieron. Que nada digamos confusa, torcida ni ambiguamente.

3.^a **Verosímil:** Si hablamos así como lo pide la costumbre, la opinión, la naturaleza.

4.^a **Agradable:** Si la narración contiene cosas nuevas, no esperadas, grandes y de peso.

191. «Los Santos Padres, dice el Sr. Martínez Sanz, han sobresalido en uno y otro género; su predicación versaba sobre las verdades de la Religión, la que, según observa San Basilio, se enseña en gran parte con la historia: pues, como dice también Fenelón, todo en ella es tradición, todo historia y antigüedad. Exponiendo el Génesis, los Salmos, los Profetas y otros Libros Santos, gran parte de su predicación debió consistir en narraciones unas veces doctrinales y otras históricas: comenzaban explicando los pasajes del Texto Sagrado donde se contenía la doctrina, y la exornaban con narraciones de una ó de otra especie; así excitaban la atención de los fieles y la fijaban en el objeto de sus discursos.»

192. Los Libros Santos presentan multitud de narraciones de incomparable belleza por su naturalidad, por su sencillez, viveza de descripción, colorido de imágenes: todo arrebató.

Desde aquella admirable narración que empieza en la primera línea del primer libro de la Escritura Santa, el Génesis: *In principio creavit Deus cælum et terra*, hasta el último capítulo de su último libro, el *Apocalipsis*, en que se hace aquella magnífica descripción de la Gloria, ¡cuántos ejemplos de narraciones de la más hermosa variedad por sus

materias, lenguaje y estilo! Resaltan en este género los Libros Santos históricos: Macabeos, Tobías, Ruth, Judith y Ester.

Formémosnos en tan grandes modelos, estudiemos detenidamente esas hermosas narraciones de los inspirados de Dios, y nos excitarán á imitarles; al mismo tiempo que nos instruirán y conmoverán, nos pondrán en posesión de multitud de ejemplos, símiles y comparaciones que harán instructivos y útiles nuestros discursos, revestidos de aquel poder y eficacia que acompaña siempre á la palabra de Dios.

LECCIÓN XV.

Confirmación.

193. No basta decir ó afirmar una cosa, sino que es necesario probarla. En estas pruebas consiste la *Confirmación*, parte esencial del discurso, de la cual nunca se puede prescindir. «La imaginación y la sensibilidad, dice el Sr. Martínez, impelen fuertemente la voluntad; mas estas tres facultades deben ser regidas é ilustradas por la facultad superior y más noble de nuestra alma, que es la razón; de otra manera obrarán muchas veces á la ventura, y sus movimientos serán desacertados.» Todo esto debe precaverse, para evitar lastimosos resultados, instruyendo el entendimiento y confirmándolo en la verdad, para que dirija las demás facultades del alma con la mayor armonía hacia el fin determinado.

194. Para una perfecta Confirmación se requieren tres cosas: 1.^o *Argumentos*, que son las razones con que se confirma; 2.^o *Argumentaciones*, que son la forma con que se expresan los argumentos, v. gr. silogismo, dilema; y 3.^o *Colocación* ordenada de éstas.

195. Para la acertada elección hay una mina inagotable de pruebas en el orden *religioso; racional; sentimental, é histórico.*

196. Vamos á resumir en algunas Reglas todo lo necesario para una buena y sólida *confirmación.*

Regla 1.^a No deben presentarse pruebas que no sean sólidas y convincentes. Lo contrario es exponer el discurso; y la prueba débil es la que después los oyentes recuerdan.

2.^a No deben darse todas las pruebas que existen, sino aquellas que son más conformes á las condiciones de los oyentes.

3.^a Deben elegirse aquellas pruebas que mejor comprende el auditorio, que le pueden causar mayor impresión y que más le interesan. No siempre las más fuertes son las mejores. Por lo regular las comunes son las mejores; pues las comprende mejor el pueblo y las saborea.

4.^a El fondo principal de las pruebas son la Santa Escritura, Santos Padres y Concilios, y los ejemplos de los Santos. También las razones de conveniencia, pero sólo para quitar cualquier apariencia de imposibilidad. Los autores gentiles deben citarse con mucha parsimonia y necesidad.

5.^a Examinar si la prueba reducida á silogismo tiene consecuencia evidente que se deduce de sus premisas, y si puesto el predicador en el lugar del pecador le convencerían á sí mismo.

6.^a Luego se ordenan las pruebas: *fortia; fortiora; fortissima.* En cualquier método que se coloquen los argumentos, el último ha de ser *fortissimum.*

7.^a Al desarrollarlas debe ocultarse la argumentación; pero sin encubrir su fuerza y nervio; no apañar argumentos, ni usar demasiada concisión. «Por esta razón, dice el Sr. Bravo Tudela, el orador debe diluir más sus ideas que el teólogo. No predicó San Agustín como escribió Santo Tomás, y San Crisóstomo hubiera interesado menos siendo más conciso.»

8.^a No mezclar pruebas de distinta naturaleza.

9.^a Cuando se trata de verdades claras, la demasiada insistencia en probarlas, y la demasiada curiosidad de escudriñarlas, puede hacerlas dudosas á los espíritus conten-

ciosos; es regla de San Atanasio: *Exagitare et curiosius indagare non expedit, ne à contentiosis hominibus ambigua existimentur.*

10.^a Y por último téngase presente esta excelente regla de un escritor moderno: «Las pruebas no se cuentan, sino que se pesan, y muchas razones débiles no equivalen á una concluyente.»

LECCIÓN XVI.

Refutación.

197. Observando cuidadosamente todas estas reglas obtendremos una fácil y vigorosa confirmación, en la cual entrarán toda clase de formas silogísticas desarrolladas, que nos conquistarán el imperio de la verdad y el sentimiento católico sobre las almas.

198. La *Refutación ó Confutación* se hace muchas veces necesaria por razón del asunto del cual se trata, sobre todo en estos tiempos en que la libertad del mal está tan extendida para poder pensar, hablar y obrar lo que se quiere; y se hace más necesaria la *Refutación*, sobre todo si el orador sabe que hay prevenciones en su auditorio. Mas para que pueda hacerla con provecho de las almas, hay que atender á las reglas siguientes; en cuanto: 1.^o Al lugar de la refutación; 2.^o A las cualidades del predicador en la refutación; 3.^o A la naturaleza de la refutación.

I. LUGAR DE LA REFUTACIÓN.

199. 1.^a Puede hacerse la Refutación en cualquier lugar que se presente.

2.^a Las objeciones nacen naturalmente en el mismo desarrollo de las pruebas, y allí mismo se van refutando.

195. Para la acertada elección hay una mina inagotable de pruebas en el orden *religioso; racional; sentimental, é histórico.*

196. Vamos á resumir en algunas Reglas todo lo necesario para una buena y sólida *confirmación.*

Regla 1.^a No deben presentarse pruebas que no sean sólidas y convincentes. Lo contrario es exponer el discurso; y la prueba débil es la que después los oyentes recuerdan.

2.^a No deben darse todas las pruebas que existen, sino aquellas que son más conformes á las condiciones de los oyentes.

3.^a Deben elegirse aquellas pruebas que mejor comprende el auditorio, que le pueden causar mayor impresión y que más le interesan. No siempre las más fuertes son las mejores. Por lo regular las comunes son las mejores; pues las comprende mejor el pueblo y las saborea.

4.^a El fondo principal de las pruebas son la Santa Escritura, Santos Padres y Concilios, y los ejemplos de los Santos. También las razones de conveniencia, pero sólo para quitar cualquier apariencia de imposibilidad. Los autores gentiles deben citarse con mucha parsimonia y necesidad.

5.^a Examinar si la prueba reducida á silogismo tiene consecuencia evidente que se deduce de sus premisas, y si puesto el predicador en el lugar del pecador le convencerían á sí mismo.

6.^a Luego se ordenan las pruebas: *fortia; fortiora; fortissima.* En cualquier método que se coloquen los argumentos, el último ha de ser *fortissimum.*

7.^a Al desarrollarlas debe ocultarse la argumentación; pero sin encubrir su fuerza y nervio; no apañar argumentos, ni usar demasiada concisión. «Por esta razón, dice el Sr. Bravo Tudela, el orador debe diluir más sus ideas que el teólogo. No predicó San Agustín como escribió Santo Tomás, y San Crisóstomo hubiera interesado menos siendo más conciso.»

8.^a No mezclar pruebas de distinta naturaleza.

9.^a Cuando se trata de verdades claras, la demasiada insistencia en probarlas, y la demasiada curiosidad de escudriñarlas, puede hacerlas dudosas á los espíritus conten-

ciosos; es regla de San Atanasio: *Exagitare et curiosius indagare non expedit, ne à contentiosis hominibus ambigua existimentur.*

10.^a Y por último téngase presente esta excelente regla de un escritor moderno: «Las pruebas no se cuentan, sino que se pesan, y muchas razones débiles no equivalen á una concluyente.»

LECCIÓN XVI.

Refutación.

197. Observando cuidadosamente todas estas reglas obtendremos una fácil y vigorosa confirmación, en la cual entrarán toda clase de formas silogísticas desarrolladas, que nos conquistarán el imperio de la verdad y el sentimiento católico sobre las almas.

198. La *Refutación ó Confutación* se hace muchas veces necesaria por razón del asunto del cual se trata, sobre todo en estos tiempos en que la libertad del mal está tan extendida para poder pensar, hablar y obrar lo que se quiere; y se hace más necesaria la *Refutación*, sobre todo si el orador sabe que hay prevenciones en su auditorio. Mas para que pueda hacerla con provecho de las almas, hay que atender á las reglas siguientes; en cuanto: 1.^o Al lugar de la refutación; 2.^o A las cualidades del predicador en la refutación; 3.^o A la naturaleza de la refutación.

I. LUGAR DE LA REFUTACIÓN.

199. 1.^a Puede hacerse la Refutación en cualquier lugar que se presente.

2.^a Las objeciones nacen naturalmente en el mismo desarrollo de las pruebas, y allí mismo se van refutando.

3.^a **Regla general:** Cuando se ha demostrado la verdad, y se conoce perfectamente el estado de la cuestión, entonces vienen á esclarecerla las objeciones y refutaciones, más y más robusteciéndola y dándole energía, manifestando la verdad en todo su esplendor.

II. CUALIDADES EN EL PREDICADOR.

200. 1.^a **Verdad.** Profanaría la cátedra sagrada aquel que se valiera de la mentira. Es arma usada de la impiedad. Válgase de la verdad, que ella ha de salir victoriosa, como el sol que, removiéndolo los obstáculos de las nubes, brilla espléndido después con más fuerza.

201. 2.^a **Destreza.** No es arte capcioso y rastrero, sino considerada como un don natural, «que exige una grande penetración de espíritu, vivacidad y gracia, dice el doctor Sánchez Arce, para hacerse cargo de las mañosas arterias de los enemigos; caer sobre ellos con copia de razones que les impongan y los dejen vencidos, ganándolos al mismo tiempo para el cielo.»

202. 3.^a **Urbanidad.** No olvidemos que el fin de la predicación es la salvación de las almas, y que nuestro santo ministerio es de caridad y amor. Puede malograrse una manera acre é inconveniente. San Francisco de Sales decía, que más moscas se cogen con una cucharada de miel que con un barril de vinagre. Y si bien es cierto que la verdad nunca debe transigir con el error, no lo es menos que el sagrado ministerio en nada excluye las formas corteses y urbanas que lo hacen amable, aún á la gente *non sancta*, pues es de la caridad que San Pablo ha predicado aquellas maravillas, y sobre todo que es *benigna*. Un predicador, guiado quizá de las mejores intenciones, declamará contra el libertinaje y los incrédulos, y por la manera descompuesta con que lo hace, lejos de atraerlos, los aparta y los endurece en su mala vida.

203. «Si con arreglo á las circunstancias se juzga oportuno que se debe hablar en el púlpito acerca de los que no

participan de las sagradas creencias del orador, es indispensable en estos casos, dice el Sr. Bravo, usar de expresiones caritativas, dulces y tolerantes. Los apóstrofes, las invectivas y las reconvenções, las palabras picantes, los retos y amenazas dirigidas á los adversarios del Catolicismo, no pueden obtener las bendiciones de Dios, porque revelan siempre más orgullo que caridad; á lo cual debe añadirse que los adversarios no pueden defenderse en el momento.»

204. «Jamás, decía San Vicente de Paul, he visto ni oído decir, que ningún hereje se haya convertido de otro modo que con dulzura y suavidad.» Y San Francisco de Sales, en vez de atacar directamente el error, procuraba disimuladamente demostrar la verdad contraria; con esto el error caía por sí mismo; los herejes no se ofendían, y con este método convirtió muchos millares de ellos.

205. Los incrédulos y pecadores necesitan mucha caridad y conmiseración para ganarlos y no confundirlos. Educados muchos de ellos en preocupaciones sistemáticas contra la Religión, otros acostumbrados á vivir en sentina de vicios y pecados, y es posible que algunos de ellos pocas veces hayan oído palabras de verdadera caridad, sino continuas invectivas contra el error y el vicio, es necesario presentárseles con toda paciencia y humildad, con toda caridad, para que formen buen concepto de nuestra santa Religión, y vean en nosotros no tanto un adversario que pretende la victoria, cuanto un padre amoroso que les ama, y que sólo este amor le obliga á reprenderles y enseñarles el camino de la vida. Este proceder conquista los corazones más endurecidos. «Existe, ha dicho el mismo escritor, en el fondo de todas las almas un secreto orgullo que previene contra la verdad que los demás nos descubren, y este orgullo exige por parte del orador sagrado algunos miramientos.»

III. NATURALEZA DE LA REFUTACIÓN.

206. **Regla 1.^a** Dos cosas se consideran en la naturaleza de la Refutación: *Objeción* y *Respuesta*.

2.^a Debe procurarse, en cuanto sea posible, poner la *Objeción* en boca del auditorio; haciendo las salvedades correspondientes; pues no todos serán impíos.

3.^a Mostrar la falsedad del principio en que el error se apoya.

4.^a Hacer distinción en un principio de doble sentido, hacerles ver que se apoyan en el sentido falso.

5.^a Negar en todo ó en parte, siendo imparciales. Esto gana sus voluntades, viendo que nada se les esconde de cuanto les favorece, y les quita sus pretensiones y apoyos.

6.^a Hacer ver la inexactitud de la consecuencia.

207. 7.^a Conceder toda la objeción y aún hacerla resaltarla más si es posible, para imprimirla más profundamente, y luego, haciendo brillar la verdad que ella confirma, pareciendo que la ataca.

208. 8.^a Conceder el principio y negar la consecuencia. El vulgo, de una proposición verdadera saca una consecuencia falsa, porque no ve la relación de las premisas con las consecuencias.

209. 9.^a Herir al adversario con sus propias armas; valerse de sus mismas razones.

210. 10.^a Es de un resultado brillante: se reúnen en una sola todas las objeciones, respondiéndolas victoriosamente, sin hacerse cargo de ninguna de ellas detenidamente, sino que se refuta con viveza, con rasgos brillantes y concluyentes cuanto se ha opuesto: este modo vivo é incisivo sobre diversos puntos á la vez, desconcierta al adversario, no le deja modo de evadirse; pues entonces, reunidas como una haz estas respuestas incisivas y lacónicas, son como dardos lanzados simultáneamente al corazón del enemigo, que fácilmente lo abruma, destrozan y rinden.

211. 11.^a Toda objeción que hemos puesto en boca del contrario, debemos contestarla; nuestro silencio les daría á sospechar falta de razones de nuestra parte.

212. 12.^a Jamás debe provocar el predicador la refutación, haciéndose cargo de argumentos, si no tiene toda aquella ciencia necesaria para llevar bien su cometido; pues esta deficiencia en momentos tan críticos prestaría más bríos á su contrario, y lo podría volver más orgulloso y endurecido.

213. 13.^a Es del P. Gaychiez: «Ninguna cosa interesa tanto, dice este autor, como la refutación de los *pretextos*. El pecador se agita interiormente para hacer valer su defensa y para mantenerse en su situación. Es peligroso combatir contra él débilmente. Se afianza y se arraiga en el desorden, si no se hace más que eludir sus razones. Es necesario estrecharle, empujarle, abatirle, y después levantarle y animarle. Lo patético sostenido del interrogante, y de las demás figuras vehementes, hallan aquí su lugar. Se añaden motivos sobre motivos por una gradación que estreche. No excedamos ni en las razones ni en las figuras. En vano se vuelve atrás después de haberse adelantado. Los correctivos que llegan tarde, ya no hallan quien les dé crédito. Los mejores oradores refutaron los pretextos.»

LECCIÓN XVII.

Peroración.

214. Convencido ya el entendimiento por las pruebas desarrolladas y que han producido la convicción, debe procurarse la moción de afectos para inclinar y mover la voluntad, cuyo lugar más á propósito es la *Peroración*; en la cual deben emplearse todos los recursos del arte, porque salvadas ya todas las dificultades de la oración, corresponde desplegar todas las galas y todas las fuerzas de la elocuencia, para poner en movimiento todas las pasiones y sentimientos del alma que se juzguen necesarios para alcanzar una completa victoria: *Hic, si usquam, totas eloquentie fontes aperire licet*, dice Quintiniano. Aquí se trata, no ya de probar, sino de conmover, de interesar, de sentir, de apoderarse de la voluntad, del deseo, del corazón del hombre. Aquí «el orador, ha dicho un escritor, debe alzarse gigante y llenar con su palabra todos los ámbitos del tem-

plo.» «Aquí, según Cicerón, han de manifestarse aquellos magníficos movimientos oratorios, aquellos impulsos rápidos, impetuosos y ardientes, aquellas grandiosas imágenes, aquella palabra de fuego, aquella pasión inflamada que da vida, calor y energía al discurso: *Quæ excellunt serventur ad perorandum.*»

215. La *Peroración* tiene cuatro partes: 1.^a Recapitulación; 2.^a Fruto ó consecuencias prácticas; 3.^a Exhortación patética ó vehemente; 4.^a Súplica á Dios. Para cada parte daremos algunas Reglas.

I. RECAPITULACIÓN.

216. Regla 1.^a La Recapitulación de las principales pruebas expuestas debe ser breve, rápida, evitando largas explicaciones para no fastidiar. Evitar esta palabra: «he concluído,» ú otras semejantes, pues se paraliza la atención, y es necesario otra vez poner en acción lo que cuesta mucho. Teniendo presente aquello de Cicerón, que la Recapitulación es sólo para refrescar la memoria: *Ut memoria, non oratio, renovata videatur.*

217. 2.^a No querer meter en ella con violencia aquello que en el discurso se nos ha olvidado. Sucede con frecuencia, por desgracia, diremos con el abate Bautain, hallarse el orador fuera del asunto al finalizar, en cuyo caso sintiendo confusamente lo omitido, y trasluciendo lo que aún se podría añadir, queriendo compensar, se vuelve de nuevo á desarrollar en vez de concluir, lo que es de malísimo efecto. Son en vano los afanes, se destruye la impresión producida, y el auditorio inquieto le mira como á una nave que pretende entrar en el puerto y no puede abordar á él. «Y es que no hay desgracia más grande para un orador como la de ser enojoso,» dice el autor citado.

218. 3.^a Que sea enérgica, vehemente, patética y variada en sus giros: aquí puede invocarse á Jesucristo, á la Santísima Virgen y los Santos: «Si en este momento murierais, ¿cómo os presentaríais delante del Divino Juez?» Unas

veces convendrá trasladar al oyente á la eternidad... Otras que Dios está hablando: «Hijos ingratos: rebeldes á mi santa Ley; vendrá día...» Otras incitarles á arrojarse á los piés del Crucifijo, estableciendo un tiernísimo y patético diálogo con el Salvador de los hombres, en que se tocan todas las cuerdas sensibles del alma, y queda herido el corazón, tras-pasado de dolor. En una palabra, aquí entra lo más patético del discurso. Aquí, lo repetimos, ya no se trata de probar, sino de rendir el corazón á la práctica de la verdad probada.

II. FRUTO, Ó CONSECUENCIAS PRÁCTICAS.

219. Como el fin que se propone el orador sagrado es hacer practicar el bien y reformar las costumbres de los pueblos, muy ajeno se mostraría de su santo ministerio si no aprovechase estos solemnes momentos para triunfar de las pasiones, obligar á los pecadores á mudar de vida, y proponerles medios oportunos para ello, aquel predicador que sólo se contentase con simples consecuencias especulativas. En esta parte debe contener el discurso las *consecuencias prácticas* relativas á las costumbres que de él se desprenden. «Nada habeis hecho todavía, dice Maury, ó mejor dicho, nada habeis ganado estableciendo vuestras pruebas.» Hay que ir adelante; las resoluciones prácticas han de coronar la obra con éxito brillante y feliz.

220. Así lo practicaron los santos predicadores de todos los tiempos, aquellos grandes operarios en la salvación de las almas. Y de los modernos su memoria llena estos últimos siglos. Los Franciscos de Borja, de Regis y de Sales; los Lorenzos de Brindis, Fideles de Sigmaringa, y Ligorios y tantísimos otros. Todos fueron santos predicadores. Así lo practicaron. Y el último encargaba á sus sacerdotes estas resoluciones, y que las enseñaran con un acto de contrición vivo y patético, con todo el fuego de su alma. Este es el momento, decía el Santo, el instante crítico en que han de correr las lágrimas, ó prorrumpir en sollozos los asistentes conmovidos.

III. EXHORTACIÓN PATÉTICA Ó VEHEMENTE.

221. **Regla 1.^a** Aquí el predicador hace su último esfuerzo para conmover, poniendo en juego todos los resortes de la sensibilidad con todo el poder de la elocuencia, dirigiendo al auditorio una exhortación patética y vehemente: misericordia para el desgraciado; perdón para el criminal; odio eterno al pecado; amor á Dios; confianza para todos; tocar todos los afectos que hacen vibrar las cuerdas del corazón; y excitar todos aquellos sentimientos más relacionados con nuestros propios intereses, sobre todo eternos.

222. **2.^a** Mas para ello uno mismo debe estar conmovido. Es doctrina de los Santos Padres. San Agustín ha dicho: *Nisi enim ardeat minister predicans, non accendit eum cui predicat.* «Queréis, jóvenes, exclama aquí un escritor, inflamar á vuestros oyentes en el amor de Dios y del prójimo? Excitad estos sentimientos en vuestro corazón.» Cicerón decía: «Jamás he aspirado á mover los jueces, sin que yo mismo me haya sentido conmovido: *Quin ipse... permoverer.*»

223. **3.^a** No hay que insistir en mantener la agitación de vivos afectos por mucho tiempo, porque se cae en frialdad. *Commiserationem brevem esse oportet, nihil enim lacryma citius arescit,* decía el mismo orador romano.

224. **4.^a** Cuando no puede moverse al auditorio con lo dicho, no debe pretenderse en esforzar más y más, porque podría llegarse á lo ridículo; y el auditorio está con pena y sufre.

225. **5.^a** La unción persuasiva del orador sagrado que se insinúa suavemente en el corazón de los oyentes manifestando sensiblemente su acción, es un don de Dios, que el predicador debe pedirle continuamente para que sea eficaz su palabra. Maury ha dicho: «Este don dichoso de tocar y conmover es sin duda el más hermoso triunfo de la elocuencia cristiana... Jamás los oyentes están más universalmente atentos, que en estos intervalos de emoción en que un predicador se abre así todos los corazones, llegando á ser patético.»

IV. SÚPLICA.

226. **Regla 1.^a** Al final es costumbre dirigir preces al Altísimo, ya con deprecaciones piadosas, ya pidiendo misericordia; porque habiendo visto el auditorio su estado, y considerado sus delitos, se mueve á pedir perdón á Dios.

227. **2.^a** La paráfrasis de algún texto de los Libros Santos, singularmente de los Salmos, es muy á propósito para formar oraciones y súplicas muy adecuadas al intento, llenas de los más bellos y vivos sentimientos; pero para ello es necesario que haya pocos textos, que gradualmente vayan creciendo en interes, y que el predicador, convirtiéndose en intérprete de todos los corazones, encuentren todos en su lenguaje la viva expresión de aquellos sentimientos y emociones de que se encuentran embargados.

228. **3.^a** Debe evitarse el concluir el discurso de un modo brusco é inesperado, como quien da un corte y... *he dicho:* la *Conclusión* debe preverse por el auditorio, de manera que al llegar no le sorprenda, siendo digno remate de todo el *discurso oratorio.*

LECCIÓN XVIII.

GÉNERO DELIBERATIVO.

Homilía.

229. Hay tres géneros de oratoria sagrada, á los cuales se reducen todos los discursos que el predicador ha de pronunciar, á saber: 1.^o **Deliberativo**, ó persuasivo, que es cuando trata de *persuadir* ó *disuadir*; y á este género pertenecen la *homilía*; *sermón moral*, y *misterios*. 2.^o **De-**

mostrativo, que trata de *alabar*, ó *vituperar*; y á éste pertenecen el *panegírico*; *oración fúnebre*; *Misa nueva*, y *profesión*. 3.º **Didascálico**, que trata de *instruir*; y á éste pertenecen la *plática doctrinal*, y la *conferencia*. De todos estos géneros vamos á tratar.

230. Homilía, dicen los autores, «es una explicación sencilla y piadosa; una especie de paráfrasis del Evangelio ó de la Epístola, de donde se sacan reflexiones morales para la edificación de los oyentes.» Este sencillo método se ha usado desde los primitivos tiempos de la Iglesia. Tenemos las homilias de San Ambrosio, San Agustín, San Crisóstomo, San Gregorio y tantos otros Padres de la Iglesia. Este método les era muy familiar, porque atendido su laborioso ministerio, y que á los simples sacerdotes no se acostumbraba hacerles predicar en aquel tiempo, no hubiera sido compatible la forma de sermón hoy acostumbrada, y así después de la lectura de las Sagradas Escrituras, las comentaba el obispo y hacía algunas reflexiones prácticas contra los vicios de su tiempo. Como el padre que instruye y reprende familiarmente á sus hijos. Y éste, recordémoslo bien, es el propio carácter de la homilía.

231. La homilía ofrece *grandes ventajas*, pues mientras que el sermón se concreta á uno ó dos puntos, ella fácilmente se presta á variedad de reflexiones que abrazan las diferentes necesidades del auditorio en una sola instrucción. «Por otra parte estas lecciones sagradas, dice el Sr. Sánchez Arce, apoyadas inmediatamente en la palabra de Dios escrita que se sigue paso á paso, tienen otra fuerza que los razonamientos del predicador, que predominan en los demás géneros de sermones. Por esto vemos que los fieles gustan más de una buena homilía que de un sermón, pues siguen con interés la explicación que se les hace del Texto Sagrado.»

232. Para esto hay necesidad de estudiar bien el Texto Sagrado, y los extensos conocimientos de exegética sirven admirablemente para formar buenas homilias. En este estudio hay que atender á cuatro cosas: 1.ª El sentido *literal*; 2.ª el sentido *moral y espiritual*; 3.ª las *aplicaciones prácticas*; y 4.ª las *correspondientes exhortaciones*.

233. Cuatro son las formas que pueden darse á las homilias:

Forma 1.ª Se puede reducir todo el Evangelio ó Epístola á un solo asunto, y á una división regular, por ejemplo, sobre la idea más predominante del Evangelio del día, ó la que á uno le convenga, con tal que se haga sin forzar el sentido, ó interpretando según la doctrina de los Santos Padres.

234. Forma 2.ª Tomar dos ó tres pasajes relativos á una virtud ó vicio. Se van exponiendo uno después de otro, aunque entre sí no puedan formar una división exacta, dándoles el desarrollo conveniente. No hay necesidad de explicar todas las circunstancias, sino las que vienen al caso, y que se juzgan necesarias para la perfecta exposición de lo que se intenta.

235. Forma 3.ª Es el método de San Crisóstomo. Puede la homilía dividirse en dos partes: en la 1.ª parte se explica el Evangelio todo entero; y en la 2.ª parte se deducen las consecuencias morales y prácticas.

236. Forma 4.ª Se van explicando por orden todos los versos del Evangelio; y de cada uno de ellos á medida que se explican se sacan los afectos y moralidad que tengan, haciendo oportunas aplicaciones. Y si bien en este método no hay siempre la unidad apetecida, ofrece por otro lado la ventaja, que cambiando de materia casi cada versículo, fácilmente en un mismo discurso se pueden atacar muchos vicios y enseñar muchas virtudes, y en esta variedad encuentra cada uno el remedio de sus males, y lo que necesita para su provecho espiritual; aunque entonces no deben profundizarse los pensamientos, porque sería cosa interminable. En el exordio, si el Evangelio es largo como el de Lázaro, puede extractarse, mas con delicadeza. El predicador adopte de estas cuatro formas la que le parezca más conveniente atendidas las circunstancias.

LECCIÓN XIX.

Sermón moral.

237. El *sermón* es un discurso sagrado, es una exposición solemne de las verdades de nuestra Santa Religión, y que es imprescindible en las grandes solemnidades de la Iglesia. En los tiempos de Adviento, Cuaresma, Misiones y Ejercicios, la palabra de Dios anunciada con toda majestad y grandeza llena todos los ámbitos del templo, como los anchurosos senos del corazón del hombre. Cuando para la santificación de los fieles expone alguna verdad moral en que trata de reformar las costumbres, el *sermón* es *moral*, y de este vamos á tratar; en cuya composición se ha de atender á tres cosas: 1.º *Objeto*; 2.º *Materia*; 3.º *Forma*.

238. I. *Objeto*. Considerando que el sermón moral es para reformar las costumbres, fácilmente se comprende que el predicador ha de determinar qué fruto pretende sacar, y á qué determinaciones prácticas ha de resolver á sus oyentes; de qué argumentos más á propósito podrá valerse para el caso, y qué clase de curación y remedios necesitan las enfermedades morales que aquejan al místico rebaño de Jesucristo, pues á sus ministros les ha dicho: *Vos estis sal terræ*; y ya se sabe que la sal tiene muchas propiedades para las ovejas: y mil circunstancias se ofrecen que determinan sin dificultad el fruto que debe sacarse; ocasiones que el que desea la salvación de las almas debe aprovechar con alegría, como lo hacía San Cipriano, y lo manifestó en esta delicada precaución oratoria, cuando tuvo que reprender á los cristianos que iban á los públicos espectáculos: *Detrimētum est meum vobiscum non colloqui, ita nihil mihi tantum lætitiā hilaritatēque restituit quam cum adest rursus occasio.* (Lib. de Spectac.).

239. II. *Materia*. Con lo dicho sobre el objeto que se ha de proponer el predicador, se comprende que el fondo del sermón moral es la aplicación de los deberes, obligaciones y santas costumbres, reprender y corregir cuanto á esto se oponga, y establecer en el corazón la sana regla moral que dirige todos nuestros actos á Dios. Se requiere en el predicador mucha ciencia y prudencia, que, sin caer en los excesos de extremos opuestos, sepa eliminar las falsas doctrinas que tanto perjuicio pueden causar á las almas. Nada que no sea verdadero y exacto debe admitirse, y la aplicación de principios generales á casos particulares, no es lo menos espinoso en esta clase de sermones, en donde la *demasiada laxitud*, ó por el contrario una gran *severidad*, ó *demasiada rigidez*, harán cometer mil imprudencias al predicador propenso á los extremos.

240. «Los predicadores jóvenes, dice el Sr. Sánchez Arce, suelen ser más inclinados á este segundo extremo, á la severidad, pues entonces no saben sino lo que acaban de estudiar en los libros, y no lo que enseña la experiencia en el ministerio sacerdotal. Para no incurrir en uno ú otro extremo, predicando una moral viciada, fijen bien los principios de ésta, hagan de ellos una justa aplicación, y tengan la prudencia de consultar sus sermones, al menos en los años primeros de su ministerio, con aquellos hombres que tengan la debida experiencia.»

241. III. *Forma*. Acerca el orden y disposición del sermón, aquí hay que recordar las reglas de composición. Muchas veces la exposición del mismo texto sirve de exordio. O bien en el exordio podemos hablar de la grandeza y dignidad de la virtud de que vamos á ocuparnos, ó ya de su necesidad y utilidad, con lo que podemos conciliarnos la atención y captarnos la benevolencia. Para que un asunto tenga aplicación práctica, y pueda sacarse el debido fruto, suponiendo que debe demostrarse la necesidad de ser católico práctico, lo reduciremos á esta proposición: «Los católicos deben practicar la Religión;» y la dividiremos en dos partes: 1.ª Es necesario que practiquéis la Religión; 2.ª «Cómo debeis practicarla.»

242. Ningún género como el deliberativo se presta tanto

para la moción de afectos; y por esto las santas Misiones y Ejercicios espirituales son de tanta eficacia, porque con este género de sermón brilla todo el fuego de la sagrada elocuencia, animado y vivificado por el espíritu de Dios.

LECCIÓN XX.

Sermón de Misterios.

243. Por misterios se comprenden aquí no solamente los dogmas relativos á las perfecciones infinitas de Dios, sino también los que se refieren á las acciones de Nuestro Señor Jesucristo, que se relacionan con nuestra salud eterna, como su Natividad, Circuncisión, Pasión, Resurrección y su Ascensión; así como los prodigios que Dios ha obrado en su Santísima Madre, las excelencias con que la ha adornado, y aquel cúmulo de virtudes y acciones buenas que ejecutó la Virgen María para cumplir la voluntad del Altísimo, y complacerle en un todo.

244. ¡Cantar las grandezas de Dios!... Esto es magnífico: Moisés, el caudillo de un gran pueblo, canta el gran poder de Dios, extasiado en las arenas del Mar Rojo; María, su hermana, lo repite enajenada de gozo, con las hijas de Israel: *Cantemus...* Los héroes de Israel muchas veces han celebrado su magnífico *Nombre*, y sus heroínas otras tantas cantaron sus glorias. Todo el Salterio de David es un canto continuado del gran Rey Profeta sobre el poder, la majestad, la justicia, el amor, la bondad y misericordia de nuestro Dios. Los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia, ¡cómo brillan espléndidamente en este género de predicación! ¡Cómo arrebatan con su melodía los Naciancenos, Basilio, Agustines y Anselmos, el meliflúo Bernardo y los devotos doctores Ildefonso y Buenaventura! ¡Qué asunto éste tan grandioso! Los grandes oradores modernos se han elevado

también á contemplar las grandezas de Dios, las glorias de su Santísima Madre en profundas ideas, en magníficos conceptos, en lenguaje sublime; han hecho resonar majestuosamente las bóvedas sagradas del templo, han cautivado, han arrebatado, han elevado hasta hacer percibir las armonías del cielo á sus inmensos auditorios; pero ni toda la inteligencia ni gran corazón de estos grandes oradores con Bossuet, Bourdaloue y Massillon á la cabeza, no han podido jamás agotar mina tan riquísima y fecunda. Después de esto es inútil decir qué ancho campo se le presenta aquí al sacerdote para hacer conocer y amar los misterios, y ejercitar provechosamente su talento.

245. Y además de esto, los grandes bienes que resultan al pueblo de la exposición de los misterios. «Los misterios, en efecto, dice Prاتمans, son el alimento más sólido y más útil de la piedad cristiana: forman el fondo y como la substancia de toda la Religión, y no se conoce bien ésta, sino en cuanto se conocen bien aquéllos. Hablan al corazón, lo calientan y abrasan, le piden sacrificios, le enseñan todas las virtudes, le dicen todos sus deberes, y el corazón no les puede negar nada. La moral que el predicador deduce de ellos es siempre natural, porque cada uno siente que las costumbres deben ser conformes á la creencia; y es siempre urgente, porque el misterio le sirve de prueba.» El orador, pues, debe considerar el fin que tuvo la Iglesia al establecer sus más grandes solemnidades, y que no le es lícito olvidarlo.

246. Para tratar dignamente y con fruto los misterios de nuestra Santa Religión el predicador deberá tener presente en los sermones de este género cuatro cosas: 1.º *Hacer conocer* los misterios; 2.º *Hacerlos honrar*; 3.º *Hacer participantes á los fieles* de las gracias que ellos encierran; 4.º *Dividir la instrucción* de manera que estos tres objetos se llenen con orden y claridad.

247. I. **Hacer conocer los misterios.** «Esta es la vida eterna, que te conozcan á Tí, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviaste. (Joan. xvii).» Estas solas palabras deben bastar para hacernos comprender la necesidad de instruir á los fieles en los augustos misterios de nuestra Santa

para la moción de afectos; y por esto las santas Misiones y Ejercicios espirituales son de tanta eficacia, porque con este género de sermón brilla todo el fuego de la sagrada elocuencia, animado y vivificado por el espíritu de Dios.

LECCIÓN XX.

Sermón de Misterios.

243. Por misterios se comprenden aquí no solamente los dogmas relativos á las perfecciones infinitas de Dios, sino también los que se refieren á las acciones de Nuestro Señor Jesucristo, que se relacionan con nuestra salud eterna, como su Natividad, Circuncisión, Pasión, Resurrección y su Ascensión; así como los prodigios que Dios ha obrado en su Santísima Madre, las excelencias con que la ha adornado, y aquel cúmulo de virtudes y acciones buenas que ejecutó la Virgen María para cumplir la voluntad del Altísimo, y complacerle en un todo.

244. ¡Cantar las grandezas de Dios!... Esto es magnífico: Moisés, el caudillo de un gran pueblo, canta el gran poder de Dios, extasiado en las arenas del Mar Rojo; María, su hermana, lo repite enajenada de gozo, con las hijas de Israel: *Cantemus...* Los héroes de Israel muchas veces han celebrado su magnífico *Nombre*, y sus heroínas otras tantas cantaron sus glorias. Todo el Salterio de David es un canto continuado del gran Rey Profeta sobre el poder, la majestad, la justicia, el amor, la bondad y misericordia de nuestro Dios. Los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia, ¡cómo brillan espléndidamente en este género de predicación! ¡Cómo arrebatan con su melodía los Naciancenos, Basilio, Agustines y Anselmos, el meliflúo Bernardo y los devotos doctores Ildefonso y Buenaventura! ¡Qué asunto éste tan grandioso! Los grandes oradores modernos se han elevado

también á contemplar las grandezas de Dios, las glorias de su Santísima Madre en profundas ideas, en magníficos conceptos, en lenguaje sublime; han hecho resonar majestuosamente las bóvedas sagradas del templo, han cautivado, han arrebatado, han elevado hasta hacer percibir las armonías del cielo á sus inmensos auditorios; pero ni toda la inteligencia ni gran corazón de estos grandes oradores con Bossuet, Bourdaloue y Massillón á la cabeza, no han podido jamás agotar mina tan riquísima y fecunda. Después de esto es inútil decir qué ancho campo se le presenta aquí al sacerdote para hacer conocer y amar los misterios, y ejercitar provechosamente su talento.

245. Y además de esto, los grandes bienes que resultan al pueblo de la exposición de los misterios. «Los misterios, en efecto, dice Prاتمans, son el alimento más sólido y más útil de la piedad cristiana: forman el fondo y como la substancia de toda la Religión, y no se conoce bien ésta, sino en cuanto se conocen bien aquéllos. Hablan al corazón, lo calientan y abrasan, le piden sacrificios, le enseñan todas las virtudes, le dicen todos sus deberes, y el corazón no les puede negar nada. La moral que el predicador deduce de ellos es siempre natural, porque cada uno siente que las costumbres deben ser conformes á la creencia; y es siempre urgente, porque el misterio le sirve de prueba.» El orador, pues, debe considerar el fin que tuvo la Iglesia al establecer sus más grandes solemnidades, y que no le es lícito olvidarlo.

246. Para tratar dignamente y con fruto los misterios de nuestra Santa Religión el predicador deberá tener presente en los sermones de este género cuatro cosas: 1.º *Hacer conocer* los misterios; 2.º *Hacerlos honrar*; 3.º *Hacer participantes á los fieles* de las gracias que ellos encierran; 4.º *Dividir la instrucción* de manera que estos tres objetos se llenen con orden y claridad.

247. I. **Hacer conocer los misterios.** «Esta es la vida eterna, que te conozcan á Tí, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviaste. (Joan. xvii).» Estas solas palabras deben bastar para hacernos comprender la necesidad de instruir á los fieles en los augustos misterios de nuestra Santa

Religión, y que esta altísima enseñanza abre el camino para la vida eterna. San Francisco de Sales presenta un medio en el desarrollo de estos tres puntos. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Cómo? Otros escritores proponen este otro método para hacer conocer á fondo el misterio:

248. 1.º *Explicar perfectamente su exterior é interior.* Se entiende por *exterior* de un misterio lo que es la parte visible, y ésta es el hecho que nos refiere el Evangelio, ó nos transmite la tradición, y es menester exponerla detalladamente á los fieles; y por *interior* las operaciones que se realizaban en el alma de Jesucristo, ó la Santísima Virgen, relativas á Dios, á los hombres y á sí mismos en el momento del hecho exterior. Es necesario fijar la atención de los fieles en el interior de los misterios, el cual fácilmente se descubre con la meditación. Por ejemplo: «En el huerto de Getsemaní la *memoria de mis pecados* le arranca aquel sudor de sangre y agua.»

249. 2.º *Hacer resaltar las perfecciones de Dios, de Jesucristo ó de la Santísima Virgen que están encerradas en el misterio.* Nos dice el Profeta que los cielos cantan la gloria de Dios, y todo el firmamento anuncia las obras de sus manos, y esta manifestación de sus grandezas nos eleva á la fuente del Sumo Bien: ¿pues cuánto más no se elevará el hombre á Dios y le dará gloria, si ve expuesto ante su inteligencia, en cuanto es capaz, aquel hermosísimo cuadro de las perfecciones de Dios, de su Divino Hijo encarnado, y de su Santísima Madre, la Virgen María?

250. 3.º *Exponer á los hombres las ventajas de estos misterios.* Dios al manifestarse se ha propuesto, además de su gloria, el bien de los hombres, y por tanto este bien particular ha de demostrar el predicador en cada misterio. Con este método se presenta el misterio con aquella clara explicación que permite la oscuridad de la fe, y facilita la creencia á cuantos se complacen en la verdad. Santo Tomás en la 3.ª parte de la *Suma*, Suárez en su *Teología*, y Bossuet en sus *Sermones* siguieron este método.

251. II. *Hacer que honren el misterio.* Ya los esplendores divinos han alumbrado la inteligencia, ya la antorcha luminosa de la fe sentada en ella está irradiando con su her-

mosa luz todos los senos del alma, haga bajar, pues, el predicador su fuego sagrado al corazón excitando los más bellos y purísimos sentimientos que de la consideración del misterio brotan, como de tan celestial origen, y haga revivir en el alma los afectos y sentimientos que el mismo misterio inspira. «El predicador faltaría completamente á su fin, dice el Sr. Bravo y Tudela, si convirtiéndose en un desertador frío y especulativo, no hablase en este género de sermones más que á la razón y á la inteligencia.»

252. Muchos son los sentimientos que de la exposición del misterio puede despertar el predicador en el corazón de los oyentes: *Amor* por la bondad que encierra; *Gratitud* por los beneficios; *Confianza* por las promesas; *Sumisión* por sus preceptos; *Admiración* por su profundidad; *Alabanza* por su grandeza; *Veneración* por su excelencia; *Deseos y propósitos buenos* por su santidad; *Cánticos de alegría* por sus glorias; y en fin tantas maravillas se encierran en ellos, que el consumado orador podrá excitar en los corazones toda clase de nobilísimos sentimientos, dar unción á sus instrucciones, y derramar sobre ellos aquel aroma suave de piedad que, moviendo el corazón, embalsama las almas de cuantos le oyen, y les obliga sin violencia alguna á practicar la ley santa del Señor, inclinando su voluntad á los afectos que fluyen naturalmente de la consideración del misterio.

253. III. *Hacer participar á los fieles de las gracias que encierra el misterio.* Si, como ya hemos dicho, en los misterios se comprenden tantos bienes y gracias, el predicador debe acercarse á estas cristalinas fuentes de salud á todos los redimidos, pues no hay duda que de allí brotan torrentes de amor, salud y dicha. Para alcanzar todo esto debe tener presente:

254. 1.º *Hacer notar al auditorio las lecciones de virtud y perfección que el misterio contiene, ya en su exterior, ya en su interior, invitándolo á practicar estas lecciones ayudado de Jesucristo y su Santísima Madre.*

255. 2.º *Mostrar á los oyentes cómo y por cuáles medios consumaron el Misterio Nuestro Señor y la Virgen Santísima. Por ejemplo: ¿Cómo ha entrado Jesucristo á la*

gloria? Por medio de trabajos y penas: *Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam?* dijo El mismo á los discípulos de Emaús. (*Luc. xxiv*). Luego, pues, haga ver el predicador que también nosotros hemos de padecer, si queremos entrar en la gloria.

256. 3.º Deben indicarse las **gracias generales**, y además manifestar bien la **gracia propia** de cada misterio. Por ejemplo, el misterio de la Resurrección tiene por *gracia especial* la resurrección espiritual, esto es, del estado del pecado al de la gracia, y de la tibieza al fervor: *Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sunt querite, non quæ super terram*, dice el Apóstol. (*Colos. III*). Excitando, pues, á los fieles á los actos de virtudes propias del misterio que se está explicando, resultará aquel fruto saludable que debe producir este género de predicación. Y *notese bien*, que esta *gracia especial* de cada misterio es un rico manantial de excelentes y fructuosas reflexiones para el predicador.

IV. DIVISIÓN DEL SERMÓN.

257. Hay dos métodos: 1.º Tratar en la PRIMERA PARTE del sermón la doctrina del misterio; y en la SEGUNDA el fruto que debe sacarse. Por ejemplo: «Excelencia y grandeza de este misterio:» 1.ª Parte. «Modo de honrarlo y participar de él;» 2.ª Parte.

De otra manera: Lo que Dios ha hecho por nosotros en este misterio, 1.ª parte.—Lo que nosotros debemos hacer por Dios, 2.ª parte.

O también: Gloria que resulta á Dios de este misterio, 1.ª parte.—Ventajas que resultan al hombre, 2.ª parte.

258. 1.º **Método.** Reunir la doctrina y frutos en una misma enunciación; v. gr.: *Ego sum via, veritas et vita*. (*JOAN.*). Jesús en este mundo es para nosotros.

Camino que es necesario seguir, 1.ª parte.—Verdad que es necesario escuchar, 2.ª parte.—Vida que es necesario gozar, 3.ª parte.

259. La **Refutación** generalmente debe emplearse en esta clase de sermones, principalmente en estos tiempos de tanta impiedad y de malicia como atravesamos, en que todas las sectas mancomunadas, sublevadas por el infernal soplo del audaz Racionalismo, intentan sustituir la humana razón á la fe, presentándolas como contrarias entre sí, y por tanto desechan los sacrosantos Misterios. Deben proclamarse con entereza los fueros de la fe cristiana, que fortifica la débil razón sin serle contraria.

LECCIÓN XXI.

GÉNERO DEMOSTRATIVO.

Panegíricos.

260. El género *demonstrativo* versa acerca la alabanza ó vituperio de alguna persona, y por esto el panegírico que se usa para encomiar las virtudes y prendas de aquellos ilustres y heroicos hijos de la Iglesia, que por su santidad ó elevada jerarquía, ó consagración á Dios, resplandecieron como estrellas de gran magnitud en su hermoso firmamento, va comprendido en este género *demonstrativo*. El panegírico es una de las oraciones retóricas más dificultosas, y los muchísimos defectos que en su ejecución generalmente se han observado, confirman esta verdad. Con razón ha dicho un moderno escritor, que «el panegírico se ha mirado siempre como el escollo de los predicadores.» Defectos que hasta la misma gente vulgar comprende muchísimas veces, y cuyos principales son:

261. 1.º A veces se entra en todas las menudencias de la vida del Santo, y olvidando que es una alabanza un panegírico, se ha relatado más bien una fría y desnuda historia.

262. 2.º Ya son elogios de repertorio común, que así se aplican al Santo que se celebra, como podrían aplicarse á todos los Santos del cielo sin distinción.

263. 3.º Algunos se exceden tanto, que les parece que no pueden ensalzar debidamente á un Santo, sin deprimir más ó menos á los otros; esto es, haciéndoles entrar en el cuadro como sombras que hagan resaltar más el colorido, olvidando que sólo Dios es el justo apreciador de la caridad que ha elevado el mérito de las obras de cada uno.

264. 4.º A veces sólo las acciones milagrosas y la gloria del Santo atraen toda la atención del predicador, y siguiendo lo admirable sin estimular á lo imitable, los fieles quedan desanimados de poder llegar á tal perfección.

265. 5.º Lo contrario sucede otras veces: fijo el predicador en su auditorio, lo que menos piensa es en su Santo, cuyas virtudes y méritos debe elogiar, y apenas si imperfectamente los da á conocer; y no es raro después del sermón oír exclamar á los oyentes, especialmente á los devotos del Santo: «El predicador casi nada nos ha hablado del Santo; sólo ha estado reprendiendo vicios; se ha olvidado de la fiesta.»

266. 6.º Otras veces, olvidando también el carácter de la solemnidad, se entretienen en explanar sistemas filosóficos, y luego plantan lanzas para atacarlos y refutarlos, y los oyentes, viendo que su Santo ha quedado olvidado, exclaman: «El orador se ha ido por los espacios imaginarios.»

267. 7.º Y por fin, á veces sacrifican al demasiado rigor del orden en las frías notas cronológicas toda la belleza del discurso y su marcha oratoria; matan positivamente todo su fuego y entusiasmo con el cálculo de las fechas, y aún revuelven atrás si las olvidaron, cosa por cierto insufrible.

268. Todos estos defectos, que suelen cometerse más ó menos por algunos, no hacen formar tan buen concepto de la preparación del sagrado panegirista. Todo lo cual demuestra perfectamente, que la composición de un panegirico no es tan fácil como algunos podrían pensar; y que si el predicador cae en tales defectos, y especialmente si todo el sermón va en invectivas contra vicios, ó en discurrir en sis-

temas filosóficos por espacios imaginarios, proviene á veces porque no sabe qué cosa decir del Santo, no ha estudiado sus hermosas virtudes, el aroma que despiden, para deducir reglas prácticas de bien obrar, ni puntos de comparación, ni vivos paralelos que tanto instruyen y mueven el corazón; en una palabra: de la vida del Santo no ha sabido formar el oloroso ramillete de virtudes y ejemplos para presentarlo debidamente al auditorio, á fin que éste deliciosamente lo aspire, y prendado de su hermosura y fragancia se estimule á imitarlo, clamando cada uno en el fondo de su corazón conmovido: *Quod isti cur non ego?* Los Santos se han distinguido por su heroísmo, y éste siempre arrebatada, inflama el corazón del hombre, le hace prorrumpir en aclamaciones y alabanzas. ¿Por qué, pues, no hemos de ensalzar este heroísmo, cantar sus glorias y excitar á los fieles á celebrar tales triunfos, á imitar tales virtudes en el grado posible, siendo todo esto el fin del panegirico? ¿Por qué no nos prepararemos del modo debido para hacer resonar en las bóvedas sagradas del templo las ilustres virtudes y ejemplos de los invictos héroes del Cristianismo, que ya reinan con Dios en el templo de su gloria? Se entusiasmaron los Santos Padres ante el glorioso esplendor de los Santos, y en sus hermosos y fogosos panegíricos campea la verdadera y brillante elocuencia. Es inútil citar al Nacianceno y al Crisóstomo, porque hay muchísimos otros Padres de la Iglesia que se distinguen. Es una falta imperdonable en el predicador que, por falta de preparación debida, defraude, con cosas ajenas al asunto, y tal vez con extravagancias, al auditorio preparado de sus más bellas esperanzas, y al Santo de las alabanzas merecidas, para todo lo cual lo propone la Iglesia en dicho día. Para su buen desempeño, pues, hay que atender á estas Reglas:

269. **Regla 1.ª** FIN DEL PANEGÍRICO. Consiste esencialmente en dos cosas. La primera en *ensalzar la gloria del Santo*, recordando sus virtudes, ponderando sus méritos; presentar en magnífico cuadro las admirables acciones y cosas más notables de su vida, sin olvidar todos aquellos pormenores que lo hacen más glorioso, y para nosotros más provechoso y útil; pues la segunda cosa en que consiste el

fin del panegírico es *nuestra utilidad*, y en fuerza de esto el predicador debe demostrar qué medios emplearon ellos para ser santos, y cuáles hemos de emplear nosotros; distinguir lo que sólo es *admirable* de lo que es *imitable* en ellos, demostrando que ellos fueron un día lo que ahora somos nosotros, y que nosotros un día podremos llegar á ser lo que ahora son ellos; esto es, seremos santos, si procuramos imitar sus virtudes; pues la gracia de Dios no nos falta para ello. Propuesto este fin, el panegírico saldrá excelente.

270. 2.^a MATERIA. Atendido el fin del panegírico, queda ya perfectamente demostrado cual ha de ser la *materia*. Todo el fondo del panegírico han de ser las virtudes del Santo, las dificultades que tuvieron para practicarlas, cómo las vencieron, y su santa perseverancia en tal ejercicio. Hacer comprender al pueblo que la santidad no consiste precisamente en los milagros, pues puede haber milagros sin virtud, y virtud sin milagros, y que una fe viva, una piedad constante, y una caridad ardiente y práctica, constituye la santidad y anima todas las obras exteriores y les da su mérito: *Homines vident ea quæ parent, Deus autem in-tuetur cor.*

271. 3.^a MÉTODO. Resumiendo las opiniones de distintos autores, resulta que hay dos clases de panegíricos; el uno tiene forma *histórica*, y el otro *moral*. En el *histórico* la moral no entra sino á intervalos; esto es, se divide el panegírico en las diversas épocas de la vida del Santo, y de cuando en cuando se saca alguna reflexión. El segundo tiene el fondo moral, y se va justificando y probando por las mismas acciones del Santo; dividiéndole en dos ó más virtudes en que sobresalió el Santo; ó bien fijándose en la más culminante de su vida. Saber juntar las alabanzas del Santo junto con los frutos que de ellas deben sacarse, esto es, saber hacer admirar é imitar las virtudes, esto se llama cumplir verdaderamente con lo que exige la naturaleza del panegírico.

272. 4.^a ADORNOS ORATORIOS. Atendida la naturaleza del panegírico, no hay duda que éste admite un estilo elegante y florido, y aún el estilo elevado y pomposo, porque no es

para menos el santo entusiasmo que el orador ha concebido en la consideración de las glorias de su héroe, las cuales lleno de admiración va á manifestar á sus oyentes. «El elogio es una corona, ha dicho Pratomans; es permitido adornarla de flores y aún de diamantes, si se puede. No obstante, todo no debe estar igualmente sembrado de adornos; es necesaria la variedad: un discurso en que todo brillara, acabaría por deslumbrar y desagradaría á fuerza de querer agradar: son necesarias las sombras para hacer parecer mejor los rasgos que deben llamar la atención... Mas siempre es necesaria una santa gravedad que corresponda á la vida grave y edificante del héroe, una elocuencia noble que no tenga ninguna afectación, que deba su hermosura más bien á las cosas que á las palabras, más bien á la materia tratada que al espíritu del orador.

EL PANEGÍRICO PUEDE TENER FORMA SENCILLA.

273. Rigurosamente hablando, aunque el panegírico puede adornarse con todas las galas y atavíos de la elocuencia, no es necesario que sea tal; pues puede revestir la forma del más sencillo lenguaje. San Basilio ha dicho que la escuela del Cristianismo no sigue en esto los preceptos ni las reglas de los retóricos: la sencilla exposición de los hechos basta para los elegios del héroe cristiano, así como para la edificación de los fieles; tanto es el esplendor de las virtudes de los Santos, que no necesitan precisamente de los adornos y flores de la elocuencia humana.

274. Y realmente se observa que este género de discursos, aunque sea en lenguaje sencillo, es de un efecto seguro si se maneja con acierto: excita el interés; conmueve los ánimos; se oyen y retienen las particularidades que se refieren; se hacen analogías, símiles y comparaciones que se graban profundamente en la memoria, y esto es muy útil y provechoso para la enseñanza y edificación del pueblo cristiano, que escucha con mucho gusto los ejemplos de piedad y virtud, los cuales le causan más impresión y los retiene

con más facilidad que las más atinadas reflexiones. Con frecuencia, personas á quienes las más vehementes exhortaciones hallan insensibles, se convierten por medio de los grandes ejemplos de los Santos. Gustan tanto los hombres de oír referir historias, que este género de predicación no puede dejar de serles tan útil como agradable. ¡Qué atractivo no tiene la Sagrada Escritura con aquella multitud de variadas historias, que en medio de agradables emociones nos proporcionan el placer de sacar de ellas las más útiles reglas de vida y de perfección cristiana!

275. Anímese, pues, el predicador en vista de esto, por más ocupado que esté en los trabajos de su ministerio, á predicar á los fieles los panegíricos de los Santos, que tanto excitan la virtud, los cuales nos propone la Iglesia todos los días del año; porque si á primera vista parece cosa tan dificultosa, vea por otro lado cómo las vidas de los Santos pueden proponerse de un modo el más sencillo; pues la simple relación de sus hechos arroja de sí tanto esplendor y anima eficazmente á su imitación.

276. No puedo privarme, antes de concluir, de citar las palabras que sobre el particular dice Muratori: «¡Oh! ¿por qué tantos panegíricos que, por lo común, no sirven más que para hacer brillar una vana pompa del espíritu y las presuntuosas sutilezas de un cerebro hinchado de orgullo, que el pueblo no puede comprender?... Si quereis que un panegírico le sea provechoso, hacedlo con una elocuencia popular é inteligible, que instruya y mueva á los ignorantes lo mismo que á los doctos; es la mejor, aunque no sea bastante conocida de los que se figuran ser más sabios que los demás.»

LECCIÓN XXII.

Oración fúnebre.

277. Sin temor de equivocarnos podemos decir que la oración fúnebre es la más difícil de todas las composiciones oratorias bajo muchos conceptos. Pues por una parte el predicador en la oración fúnebre es el órgano del dolor público, y por otra debe elogiar la persona del difunto, cuyas virtudes no han recibido la sanción de la Iglesia por decreto de beatificación que garantice suficientemente las virtudes y el mérito del héroe, cuando por el contrario puede ser que su vida tenga muchos lunares; y acrecienta la dificultad el que el elogio es oído de los mismos contemporáneos que le trataron, los cuales ya pudieron formarse sus diversos y más encontrados juicios sobre la vida del finado. Por lo cual son innumerables los obstáculos que se encuentran para el buen desempeño; y viendo lo que dicen los autores que han tratado sobre el particular, se deduce que conviene que el orador esté á una grande altura para desempeñar este cargo. «Confiar este género de trabajos á un orador novel, dice un escritor, sería muy comprometido.» Para el buen éxito debemos, pues, establecer las siguientes reglas: 1.º en cuanto á su *Materia*; 2.º en cuanto á su *Método*.

I.—MATERIA.

278. Regla 1.ª El predicador ha de tener siempre presente la materia que ha de desarrollar en el discurso, que son las virtudes y mérito de aquel de quien se hace el elogio.

279. 2.ª Grandes obstáculos se le presentarán en su marcha, pues resultará que examinando las páginas de la

con más facilidad que las más atinadas reflexiones. Con frecuencia, personas á quienes las más vehementes exhortaciones hallan insensibles, se convierten por medio de los grandes ejemplos de los Santos. Gustan tanto los hombres de oír referir historias, que este género de predicación no puede dejar de serles tan útil como agradable. ¡Qué atractivo no tiene la Sagrada Escritura con aquella multitud de variadas historias, que en medio de agradables emociones nos proporcionan el placer de sacar de ellas las más útiles reglas de vida y de perfección cristiana!

275. Anímese, pues, el predicador en vista de esto, por más ocupado que esté en los trabajos de su ministerio, á predicar á los fieles los panegíricos de los Santos, que tanto excitan la virtud, los cuales nos propone la Iglesia todos los días del año; porque si á primera vista parece cosa tan dificultosa, vea por otro lado cómo las vidas de los Santos pueden proponerse de un modo el más sencillo; pues la simple relación de sus hechos arroja de sí tanto esplendor y anima eficazmente á su imitación.

276. No puedo privarme, antes de concluir, de citar las palabras que sobre el particular dice Muratori: «¡Oh! ¿por qué tantos panegíricos que, por lo común, no sirven más que para hacer brillar una vana pompa del espíritu y las presuntuosas sutilezas de un cerebro hinchado de orgullo, que el pueblo no puede comprender?... Si quereis que un panegírico le sea provechoso, hacedlo con una elocuencia popular é inteligible, que instruya y mueva á los ignorantes lo mismo que á los doctos; es la mejor, aunque no sea bastante conocida de los que se figuran ser más sabios que los demás.»

LECCIÓN XXII.

Oración fúnebre.

277. Sin temor de equivocarnos podemos decir que la oración fúnebre es la más difícil de todas las composiciones oratorias bajo muchos conceptos. Pues por una parte el predicador en la oración fúnebre es el órgano del dolor público, y por otra debe elogiar la persona del difunto, cuyas virtudes no han recibido la sanción de la Iglesia por decreto de beatificación que garantice suficientemente las virtudes y el mérito del héroe, cuando por el contrario puede ser que su vida tenga muchos lunares; y acrecienta la dificultad el que el elogio es oído de los mismos contemporáneos que le trataron, los cuales ya pudieron formarse sus diversos y más encontrados juicios sobre la vida del finado. Por lo cual son innumerables los obstáculos que se encuentran para el buen desempeño; y viendo lo que dicen los autores que han tratado sobre el particular, se deduce que conviene que el orador esté á una grande altura para desempeñar este cargo. «Confiar este género de trabajos á un orador novel, dice un escritor, sería muy comprometido.» Para el buen éxito debemos, pues, establecer las siguientes reglas: 1.º en cuanto á su *Materia*; 2.º en cuanto á su *Método*.

I.—MATERIA.

278. Regla 1.ª El predicador ha de tener siempre presente la materia que ha de desarrollar en el discurso, que son las virtudes y mérito de aquel de quien se hace el elogio.

279. 2.ª Grandes obstáculos se le presentarán en su marcha, pues resultará que examinando las páginas de la

vida de un prelado, de un príncipe, de su héroe, encontrará quizás defectos reprobables; mas entonces tenga presente que estos lunares de la vida privada no pueden oscurecer las ilustres acciones de la vida pública, y esta grandeza de los que brillaron en los altos puestos de la Iglesia y del Estado viene á robustecerla más la oración fúnebre.

280. 3.^a Si estos defectos han sido tan notables que no puedan ocultarse á la vista de todos, jamás podrá el ministro del Evangelio encomiar una vida manchada por escándalos é indiscreciones, jamás en sus labios debe estar la lisonja ni la mentira, jamás debe colocar su elevadísimo ministerio bajo las pasiones é intereses mundanos, jamás prostituirá la verdad en su boca por ningún respeto humano.

281. 4.^a Entonces pasando por alto, en cuanto posible, tales defectos, ocúpese en llenar el *segundo objeto* de la oración fúnebre, predicando la brevedad de la vida, el desengaño del mundo; y no pudiendo disculpar los defectos del difunto, porque estuvieron patentes á todos, recuerde alguna buena obra suya que hizo durante su vida, alguna buena palabra pronunciada, algunas lágrimas, alguna preparación en el trance supremo, recuerde cuán grande es la misericordia de Dios para inclinar á los oyentes á un juicio favorable por el difunto, y le sufraguen con sus oraciones.

282. 5.^a Mas este último recurso de descubrir las faltas exige absoluta necesidad y grandísima prudencia, pues se trata de personas de alto rango; príncipes de la Iglesia, jefes supremos de Estados: la menor imprudencia en alabar lo que es vituperable, ó sin reserva manifestar sus defectos, compromete altamente el sagrado ministerio. Este es el gran escollo de las oraciones fúnebres; pero los evitaremos si nos fijamos en buenos modelos. Nos los presenta muy bellos San Ambrosio en las de Teodosio y Valentiniano, y entre los modernos Flechier en la de Turena, y Bossuet en la de Condé y algunos otros.

II.—MÉTODO.

283. Regla 1.^a Interesa en gran manera el TEXTO en la oración fúnebre, y debe emplearse todo el solícito cuidado

para encontrar uno que abrace todas las circunstancias necesarias. Debe ser un elogio abreviado del héroe, y que de un golpe de vista ponga ante los ojos toda su vida y su carácter. El texto debe ser acomodado, sin ser violentado su sentido, sino que sus antecedentes y consecuentes en la Sagrada Escritura se cohonesten muy bien con la aplicación que se hace; lo contrario choca evidentemente, y no satisface á los versados en los Libros Santos.

284. Cuando cayó herido de muerte en 6 de Agosto de 1875 el atleta de la fe, el Mártir del Ecuador, el amigo de Pio IX, el incomparable D. Gabriel García Moreno, bajo el puñal de la Masonería en la plaza de Quito, ¡cómo se estremecían de santa indignación los corazones católicos, cómo vibraban poderosamente sus fibras, cómo vertían lágrimas los ojos al oír desde los púlpitos cristianos la palabra de los oradores sagrados, que en conmovido acento encabezaban la oración fúnebre del gran héroe con aquellas palabras de los Libros Santos, que todo un pueblo transido de dolor repetía en la muerte del gran Macabeo: *Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israel.* (II Mach.). Recordaban su heroísmo y valor para salvar tantas veces el Estado; su Religión y acendrada piedad, y... caía bañado en su propia sangre por defender la Religión y la patria, herido de mano cobarde y alevosa... LA MANO NEGRA. La República quedaba huérfana de tan ilustre Presidente; se comprendía el inmenso vacío que dejaba; el texto era oportuno. Su repetición era un toque de tan gran poder para el corazón, que á los que conocían el ilustre héroe, bien bastaba el solo texto para oración fúnebre, sin necesidad de pasar adelante, tanto se llenaba el alma de indefinible amargura, presentándose de un solo golpe de vista los heroicos hechos del mártir, que formaban su verdadera grandeza. Trece años han pasado ya hasta ahora que escribimos esto, y aún en este momento palpita el corazón, y las lágrimas brotan involuntariamente de los ojos: *Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israel!*... Al caer exánime, exclamó: ¡Dios no muere!!!...

285. 2.^a Si se encuentra algun TEXTO que pueda ponerse en los labios del difunto mismo, como que el mismo lo

pronuncia, es de un efecto sorprendente, da más calor al discurso, y excita más impresion en el auditorio, pues establece cierta armonía lúgubre que llena mejor el carácter del primero, satisface el segundo, y facilitan al orador, en expresiones tan magníficas y enfáticas, entrar fácilmente en el exordio, que el mismo texto, elocuentemente le ha preparado.

286. 3.^a El EXORDIO debe ser entrecortado con acentos de dolor, con lamentaciones sobre la fragilidad de las cosas humanas, porque el dolor mismo es quien debe hablar y ser el fiel intérprete del hondo pesar que embarga el alma.

287. 4.^a La División quiere ser tratada con delicadeza, para no perder aquella belleza que de las demás la distingue. La división no debe ser tan marcada como en un sermón; pues basta que esté contenida en alguna figura, y después alguna proposición la indique, sin necesidad de señalarla á la atención; pues ocupado el orador en tan lúgubre asunto, y contemplando tan fúnebre aparato, no puede suponerse que pueda ocuparse en hacer divisiones simétricas de su discurso, cuando ni el mausoleo, ni los paños mortuorios, ni las fúnebres antorchas, ni las familias enlutadas, ni el duelo, lágrimas y gemidos admiten ni se avienen con el frío artificio de la retórica, que en aquellos momentos podría ser considerado en el orador como una cruel indiferencia.

288. 5.^a El CUERPO DEL DISCURSO debe manifestar el ardiente celo del orador, que no hace sino prestar su voz á un pueblo consternado, al cual debe prodigar en aquellos instantes, compasivo, los consuelos de nuestra augusta Religión con un estilo noble, digno, fuerte y sobre todo espontáneo y natural, como lo está pidiendo la predisposición de todos los que le estén oyendo.

289. 6.^a Deben evitarse reflexiones lánguidas y frías, que hielan el corazón y fatigan las inteligencias con citas inoportunas, pues se escucha con visible displicencia á un orador que en medio de aquel cuadro de tristeza y dolor sale con largos racionios, fríos cálculos y pesadas reflexiones, que apagan del todo el afecto del alma, ó chocan violentamente con los sentimientos de los oyentes conmovidos,

que sufren horriblemente ante aquellas muestras de insensibilidad en el orador cristiano, que habían escogido para intérprete de su profunda dolor y sentimiento en aquella solemne circunstancia.

290. 7.^a El ESTILO debe corresponder á la gravedad de las circunstancias, y á la altura que pide en el orador el desempeño de esta clase de discursos. El estilo de la oración fúnebre debe corresponder á las ceremonias que acompañan aquellos religiosos actos; elevación de pensamientos, magníficas expresiones, fúnebres imágenes, vivos sentimientos que ocupan el corazón, la inteligencia y la imaginación de los afligidos oyentes, todo esto pide en aquellos solemnes instantes la imagen presente de la muerte y la esperanza consoladora de la resurrección futura.

291. 8.^a «Al llegar el FINAL el predicador debe remontarse, dice el Sr. Bravo y Tudela; dar al acento del dolor mayor energía, una tristeza más majestuosa, y descargar sus mayores golpes para dejar en las almas profundas sensaciones de gracia y de salvación, que deben ser el fruto de aquella lúgubre ceremonia. Cierta desorden elocuente en estos momentos es oportuno, y las circunstancias de una muerte edificante, ó unas pocas palabras del difunto presentadas con rasgos y colores convenientes, podrán ser digno remate del discurso.»

292. Para conclusión de todo digamos, que es HARTO DIFÍCIL desempeñar bien una oración fúnebre, la cual no tiene semejanza con el sermón moral ni con el panegírico. «En qué consiste esta diferencia no es muy fácil determinar, dice el Sr. Sánchez Arce; diremos solamente que los que lo notan, más lo deben á un talento particular, que al trabajo y á las reflexiones.» Y la prueba de esto es, que oraciones fúnebres de grandes oradores modernos, después de colmadas de alabanzas por unos, han sido criticadas y encontrado defectuosas por otros; ó porque no aprovecharon ciertas circunstancias para su cabal ejecución, ó porque se excedieron demasiado en algunos rasgos, ó porque fueron deficientes en otros. Los que van á la cabeza de los modernos oradores en esta clase de oraciones, los célebres Bossuet y Flechier, no se libraron de estas censuras. Procuren,

pues, los jóvenes oradores practicar todas las reglas expuestas para que puedan con gravedad, decoro y tristeza oportuna, como lo pide la majestad de nuestra Santa Religión, predicar la oración fúnebre, cuando lo exijan las circunstancias.

LECCIÓN XXIII.

Misa nueva. Profesión.

293. Es muy útil y edificante esta práctica que tiene la Iglesia de que se haga un discurso sagrado en la *Misa nueva*, pues acrecienta en los fieles el fervor y el respeto para el Orden Sacerdotal. Consideremos: 1.º, su *Materia*; 2.º, su *Forma*.

294. 1.º *Su materia.* Es cosa tan augusta, es día tan grande aquel en que el sacerdote celebra su primera Misa, que si al cabo de veinte y cinco años puede otra vez celebrarla, la Religión en su hermoso y sublime lenguaje le recuerda al venturoso sacerdote que celebra sus *bodas de plata*; y al cabo de cincuenta años, si tiene otra vez la dicha de tener entre sus manos al Cordero inmaculado, la Iglesia Santa se alegra porque un venerable sacerdote suyo, encanecido en las fatigas de su ministerio, celebra sus *bodas de oro*. Nuestro Santísimo Padre León XIII las ha celebrado sus *bodas de oro* en 1.º de Enero de este año 1888, con gran regocijo de todo el mundo, menos de los malvados. ¡Salud, ilustre Prisionero del Vaticano; mi corazón te saluda!... Era en la alta planicie de los Andes, junto á la corriente del Guáy tara, en el Santuario de Nuestra Señora de las Lajas, que la aurora de este memorable día encontró á dos pueblos, ecuatoriano y colombiano, juntos con su clero y sus misioneros Capuchinos postrados á los pies de la Virgen María; allí rezá mos, allí suplicá mos, allí vitoreá mos, allí en medio de aquellas selvas y breñas celebrá mos tus *bodas de oro*. Ilustre Prisionero, augusto Padre, ¡salud!!!...

295. Necesitaba esta expansión. Me es dulce haber aprovechado esta ocasión, y prosigo. En día, pues, tan solemne en que el sacerdote celebra su primera Misa, el pueblo fiel acude á contemplar la primera manifestación de su augusto carácter; la materia, pues, debe referirse al *sacerdote* y al *pueblo*. Recordando al sacerdote sus deberes, su altísima dignidad, la cuenta en el juicio... Al pueblo, la dignidad, las grandezas y beneficios del sacerdocio católico, reflejando en aquel nuevo sacerdote, para captarse el amor, respeto y gratitud debidas. Procurando siempre el predicador fijarse más en hacer ver al pueblo lo que es el sacerdote; porque á éste ya se le supone enterado de sus deberes, y no debe darse lugar á inconvenientes críticas en estos tiempos de tanta impiedad y prevención contra el sacerdocio.

296. 2.º *Su método.* Aquí la elocuencia puede desplegar sus alas, esparcir sus galanas flores en el exordio; todo será bien recibido: el auditorio está preparado para ello. La solemnidad de la fiesta, el brillo de los altares, la suntuosidad de los ornamentos, la alegría de los semblantes, la vista del nuevo ungido del Señor, todo convida á ello, todo invita á un exordio el más brillante. Debe dar el orador todo el interés posible al asunto, estableciendo una proposición práctica acerca las excelencias del sacerdocio, ó de los beneficios que reporta á la sociedad, ó semejantes asuntos, los cuales le servirán de fondo en su sermón. Entra muy bien la *Refutación*, pues nadie ignora cuántas preocupaciones é ignorancias contra el sacerdocio hay que destruir, singularmente de hombres mal intencionados, que en la falta de un sacerdote comprenden á todos sin distinción.

297. Las familias desean mucho un *memento* en la Misa, y así es muy conforme que el predicador encargue al sacerdote en una tierna y sentida peroración que ruegue por la Iglesia, el Estado, los parientes, padrinos, bienhechores y amigos; parece que todos aguardan esta petición, y caen tan bien estas advertencias, que preparan maravillosamente los corazones para la moción de afectos y para hacer fervientes actos de amor á Dios y á su Iglesia bienhechora.

II. PROFESIÓN RELIGIOSA.

298. Cuanto se ha dicho de la *Materia y Método* de la Misa nueva, otro tanto podemos decir de la *Profesión religiosa*: debe dirigirse á la persona que *profesa* y al *auditorio*. El *mundo* que en aquellos momentos abandona, representándolo lleno de peligros, trabajos, seducciones pecaminosas, y tantas miserias y calamidades. La *Religión* que abraza, llena de tantos consuelos, tantos favores divinos, tantas promesas celestiales, tanta esperanza de salvación; todo lo cual forma un verdadero contraste con los intereses mundanales, y suministra abundante materia para un sólido y bello sermón.

299. En cuanto al *método*, como en la Misa nueva. Extensión de los votos, sacrificio heroico, total entrega á Dios; exhortando á la Religiosa á ser fiel en cumplirlos por medio de lecturas espirituales, oración, fervorosas Comuniones, devoción á María Santísima y demás medios que proporciona la Orden que profesa. Puede hacerse tambien esta *división*: La persona que se consagra á Dios debe considerar: ¿De dónde viene? Del mundo;» 1.^o punto.—«¿A dónde ha venido? A la Religión;» 2.^o punto.—«¿A dónde va? A la eternidad;» 3.^o punto.—Un mundo perverso que se deja, una santa Orden que se abraza, y una eternidad de gloria que espera, dan materia más que suficiente para desempeñar bien esta clase de discursos.

300. Aquí precisamente entra la *refutación* contra los que inconsideradamente llaman víctimas del claustro á las personas que se consagran á Dios, sin recordar que el mundo está lleno de víctimas voluntarias entregadas al tormento de sus más bajas y viles pasiones. Haciendo aquí resaltar la verdadera libertad de los hijos de Dios, y cuán bien acertado ha sido la libre elección del que se entrega á Dios por medio de los votos. Santa Magdalena de Pazzis, humedecidos sus ojos continuamente, abrazaba y besaba las paredes del claustro, viendo que la preservaban y la ponían *libre* de los peligros del mundo.

301. En la *peroración* hay que tener presentes algunas advertencias: 1.^a Se exhorta á la Religiosa á dar gracias á Dios por un favor tan grande, mientras que otras no lo han conseguido, y esto debe obligarle á la fidelidad, á la perseverancia para alcanzar el premio y la recompensa prometida. 2.^a A los oyentes se les excita á que admiren tal abnegación, á que ponderen tal sacrificio, y que renovando los votos del santo Bautismo, conformen con ellos su vida para no perecer en las olas amargas del mundo, y poder salvar sus almas con la gracia que á todos concede el Dios de las misericordias. 3.^a Debe tenerse esta grande precaución, que mientras se ponderan los grandes peligros del mundo y los beneficios de la Religión, no debe extremar tanto la cosa que los seglares salgan como desesperados de su salvación, sino que en la *peroración* debe manifestárseles que Dios ha puesto muchos estados en el mundo, y que si cada uno cumple el suyo, con facilidad podrán salvarse; porque Dios da á cada uno su abundante gracia y continuo favor.

III. TOMA DE HÁBITO.

302. Es muy tierna esta ceremonia, es muy conmovedora; las lágrimas asoman á los ojos de todos los circunstantes, y late fuertemente el corazón de los parientes y amigos. La tierna doncella huyendo del siglo, ha emprendido su vuelo á la mansión sagrada de su Divino Esposo Jesús; y el joven, domando sus fuertes y fogosas pasiones, cubre su cuerpo con el pobre saco de la penitencia. Se comprende á qué altura ha de estar el orador si quiere corresponder á la elevación de ideas y nobles sentimientos que estos generosos actos exigen, si quiere ser fiel intérprete del corazón de la jóven que se despide del mundo, y de los asistentes que ya están notablemente impresionados. Cambio notable de vida; se deja la vida del siglo y se adopta la vida religiosa; cambio que se verifica con la mudanza del vestido, con el cambio del nombre. Hacer ver todas estas cosas, es el objeto del discurso en esta ceremonia, de las más célebres de nuestra Religión. Admirable renuncia, true-

que con el saco de la penitencia, la mortaja de los muertos: *Beati mortui qui in Domino moriuntur...* Es el Adiós eterno que se da al mundo, demonio y carne: *Vade retro*. Los corazones se conmueven profundamente con este heroico ¡Adiós!!!...

LECCIÓN XXIV.

GÉNERO DIDASCÁLICO.

Pláticas doctrinales.

303. El pueblo fiel debe apacentarse con palabras saludables de sana doctrina, según los sagrados Concilios y Santos Padres, enseñándoles las cosas necesarias á la salvación, indicándoles con brevedad y sencillez de palabras los vicios de que deben huir y las virtudes que deben practicar, la pena y la gloria, para que evitando los unos se estimulen á practicar las otras; en una palabra, deben enseñarles á ser buenos cristianos. Y para llenar este sagrado deber ningún método hay más acertado que la **Plática doctrinal**, que se presta de un modo muy conveniente para dar esta enseñanza al pueblo; pues no es otra cosa que *una instrucción breve y sencilla que se hace el domingo, principalmente en la Misa parroquial, sobre un asunto del dogma ó la moral.*

304. La **Plática doctrinal** se diferencia de la homilía en que no se concreta más que sobre un asunto aislado, sin proponerse la paráfrasis de la Sagrada Escritura, y se diferencia del sermón en que no sigue con aquella precisión las reglas de retórica, sino que usa aquel sencillo lenguaje del padre con sus hijos, del maestro con sus discípulos, y que fácilmente es entendido de los labradores, de los pobres, de los artesanos, de las gentes de aldea y de los que no están

muy instruídos, sin que por esto en nada rebajemos la doctrina; pues es cosa que da pena ver que son muchos los que pasando por ilustrados no la conocen, y por injuria lo tendrían que les llamasen ignorantes, y sin embargo, lo son en materias tan necesarias, sólo por desdenarse leer los catecismos. Vea, pues, el sacerdote celoso cuán necesarias son las pláticas doctrinales, y con qué esmero debe prepararlas para sacar fruto copioso de ellas, todo lo cual logrará si observa las siguientes reglas:

305. Regla 1.^a La Plática debe prepararse con esmero y anticipación. Pensar lo contrario, generalmente hablando, es una completa ilusión, si se quiere que produzca los frutos apetecidos. Son cosas grandes las que se han de exponer: es la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, que como los cuatro ríos del paraíso, fluye del mismo manantial en cuatro partes: **Credo, Oración dominical, Mandamientos y Sacramentos**, esto es: lo que ha de creer, orar, obrar y recibir. Bien preparada la plática, y amenizada con ejemplos, símiles y comparaciones oportunas, se oye con gusto, con placer de todas las clases sociales sin distinción. Es imponderable el atractivo que tiene preparada con este esmero y cuidado, y acompañada de una fácil y sencilla pronunciación.

306. 2.^a La materia de las pláticas abraza todos los deberes de la vida cristiana en todos sus estados. Entre ellos unos son más esenciales que otros, y éstos ha de inculcar más, sin que los demás queden olvidados. La Santa Misa, las prácticas piadosas, las varias devociones á María Santísima, todo lo debe tener presente. Evite el predicador las doctrinas opinables que les dejen en dudas á los oyentes, los cuales sólo han asistido porque gustan instruírse; ponga los sólidos principios del dogma y la moral; á saber, en materias de fe, lo que hay obligación de creer, y en moral, distinguiendo bien lo que es de precepto y lo que es de consejo.

307. 3.^a No se atreva á declarar **si es pecado mortal** alguna cosa, sino después de mucha reflexión, y fundado en los inconcusos principios de la Iglesia y sus Santos Doctores. No seamos temerarios ni precipitados. Las palabras una vez pronunciadas en el púlpito, ya no tan fácilmente pueden

enmendarse. San Agustín, con ser tan gran Doctor de la Iglesia, confiesa de sí mismo que jamás se había hallado más perplejo que cuando tenía que determinar sobre la gravedad de un pecado. Las mismas precauciones deben guardarse en materias que en el púlpito no admiten clara é individual explicación; v. gr., el sexto Mandamiento, la compensación oculta, y otras delicadísimas materias. Mucha prudencia.

308. 4.^a En cuanto al **método** no hay necesidad de exordio, ni texto, ni aun preámbulo si se quiere. Según el P. Granada hay que guardar este orden: 1.^o «Debemos demostrar qué cosa sea: *Quid*, v. gr., la naturaleza de la gracia. 2.^o Cuál sea: *Quis*, esto es, qué propiedades tenga la gracia. 3.^o Las principales causas y efectos que obra en el alma del varón justo; 4.^o y al fin sus partes por medio de la división, v. gr., examinará las partes de la gracia con la división de diversas gracias.»

309. 5.^a El **estilo**, ó manera de hacer la plática, debe conformarse con el carácter de este género de oración; y por consiguiente, no admite grandes movimientos oratorios, ni elevación de estilo, que es propio del sermón. Y esto debe tenerse presente cuando inmediatamente después de ella sigue el sermón, como sucede en las Misiones; porque la gente se aburre, reputándolo por dos sermones seguidos aquello que ni en el estilo ni en la entonación se distinguen; y es difícil después de tal plática alcanzar en el sermón subsiguiente la moción de afectos en medio de tal largura y aburrimiento. Basta decir que la plática es una instrucción breve y sencilla, que á veces con un breve preámbulo se entra en explicación.

310. 6.^a **Aviso importantísimo.** Nunca debe olvidarse al último de la plática de indicar los medios adecuados para huir del vicio que se ha condenado, ó para practicar la virtud de la cual se ha tratado. Téngase presente esto, de lo contrario la plática quedaría manca, ó casi infructuosa, pues los fieles, después de habérseles intimado y explicado sus obligaciones y deberes, no sabrían cómo practicarlos. ¡Dichosos los misioneros que se entregan al ejercicio de predicar buenas pláticas doctrinales!

LECCIÓN XXV.

Conferencias.

311. De todos los medios se ha valido siempre nuestra Santa Religión católica para esparcir por doquiera los rayos de su hermosa y benéfica luz, y poder penetrar aun en las inteligencias más oscurecidas por el error, á fin que de todas ellas se apodere la esplendente verdad que dimana de su origen divino, en cumplimiento de lo que escrito está en el Santo Evangelio: *Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (Joan. 1). Mas como hay rebeldes que repugnan á la verdad, y otros que habiéndola conocido la rechazan ignominiosamente, siendo ingratos á ella, la Iglesia ha inspirado á sus ministros diferentes formas de presentarla, para que victoriosamente sea aceptada, de tal manera, que teniendo lugar la doctrina en forma de disputa y controversia, y presentándose las principales objeciones de la impiedad, de la incredulidad, de la indiferencia y de la tibieza, quedan éstas pulverizadas, y sin ningún efecto los tiros de los enemigos contra la verdad en destrucción de tantas almas; mientras que los ignorantes en religión, ó poco instruidos, ó débiles en la fe, con este género de enseñanza particular quedan perfectamente instruidos y corroborados en sus creencias.

312. Antiguamente este género de instrucción se usaba en forma de diálogo entre algunas personas. Son célebres las disputas de San Justino, mártir, contra los judíos, de Minucio Félix contra los idólatras, y de San Agustín contra los maniqueos y donatistas; y les daban tal importancia, que á veces asistían notarios que tomaban nota de ellas, ó de los puntos más principales de la controversia, á fin de que los herejes no las trastornaran y truncaran lastimosamente, y los fieles supieran la verdad de lo acontecido, como por

enmendarse. San Agustín, con ser tan gran Doctor de la Iglesia, confiesa de sí mismo que jamás se había hallado más perplejo que cuando tenía que determinar sobre la gravedad de un pecado. Las mismas precauciones deben guardarse en materias que en el púlpito no admiten clara é individual explicación; v. gr., el sexto Mandamiento, la compensación oculta, y otras delicadísimas materias. Mucha prudencia.

308. 4.^a En cuanto al **método** no hay necesidad de exordio, ni texto, ni aun preámbulo si se quiere. Según el P. Granada hay que guardar este orden: 1.^o «Debemos demostrar qué cosa sea: *Quid*, v. gr., la naturaleza de la gracia. 2.^o Cuál sea: *Quis*, esto es, qué propiedades tenga la gracia. 3.^o Las principales causas y efectos que obra en el alma del varón justo; 4.^o y al fin sus partes por medio de la división, v. gr., examinará las partes de la gracia con la división de diversas gracias.»

309. 5.^a El **estilo**, ó manera de hacer la plática, debe conformarse con el carácter de este género de oración; y por consiguiente, no admite grandes movimientos oratorios, ni elevación de estilo, que es propio del sermón. Y esto debe tenerse presente cuando inmediatamente después de ella sigue el sermón, como sucede en las Misiones; porque la gente se aburre, reputándolo por dos sermones seguidos aquello que ni en el estilo ni en la entonación se distinguen; y es difícil después de tal plática alcanzar en el sermón subsiguiente la moción de afectos en medio de tal largura y aburrimiento. Basta decir que la plática es una instrucción breve y sencilla, que á veces con un breve preámbulo se entra en explicación.

310. 6.^a **Aviso importantísimo.** Nunca debe olvidarse al último de la plática de indicar los medios adecuados para huir del vicio que se ha condenado, ó para practicar la virtud de la cual se ha tratado. Téngase presente esto, de lo contrario la plática quedaría manca, ó casi infructuosa, pues los fieles, después de habérseles intimado y explicado sus obligaciones y deberes, no sabrían cómo practicarlos. ¡Dichosos los misioneros que se entregan al ejercicio de predicar buenas pláticas doctrinales!

LECCIÓN XXV.

Conferencias.

311. De todos los medios se ha valido siempre nuestra Santa Religión católica para esparcir por doquiera los rayos de su hermosa y benéfica luz, y poder penetrar aun en las inteligencias más oscurecidas por el error, á fin que de todas ellas se apodere la esplendente verdad que dimana de su origen divino, en cumplimiento de lo que escrito está en el Santo Evangelio: *Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (Joan. 1). Mas como hay rebeldes que repugnan á la verdad, y otros que habiéndola conocido la rechazan ignominiosamente, siendo ingratos á ella, la Iglesia ha inspirado á sus ministros diferentes formas de presentarla, para que victoriosamente sea aceptada, de tal manera, que teniendo lugar la doctrina en forma de disputa y controversia, y presentándose las principales objeciones de la impiedad, de la incredulidad, de la indiferencia y de la tibieza, quedan éstas pulverizadas, y sin ningún efecto los tiros de los enemigos contra la verdad en destrucción de tantas almas; mientras que los ignorantes en religión, ó poco instruídos, ó débiles en la fe, con este género de enseñanza particular quedan perfectamente instruídos y corroborados en sus creencias.

312. Antiguamente este género de instrucción se usaba en forma de diálogo entre algunas personas. Son célebres las disputas de San Justino, mártir, contra los judíos, de Minucio Félix contra los idólatras, y de San Agustín contra los maniqueos y donatistas; y les daban tal importancia, que á veces asistían notarios que tomaban nota de ellas, ó de los puntos más principales de la controversia, á fin de que los herejes no las trastornaran y truncaran lastimosamente, y los fieles supieran la verdad de lo acontecido, como por

ejemplo, en el diálogo de San Justino contra Trifón, y San Agustín afirma lo mismo, *lib. 1, Retractac.*, de una célebre controversia suya con los herejes.

313. Hoy ya no está en uso aquella discusión alternada en forma de diálogo de los antiguos apologistas, sino que reviste otra forma, aunque tiene el mismo objeto; se las llama **conferencias apologéticas modernas**, que no son otra cosa que *una instrucción religiosa en la que, dominando el carácter polémico, se conducen las almas á la fe, defendiendo ésta de todos los ataques y sofismas de sus adversarios*. Con esto se ve ya el propio carácter de la conferencia católica, y cuánto se distingue de las pláticas doctrinales, pues mientras en éstas reina la sencillez y naturalidad de un padre que con toda confianza habla á unos hijos que no abrigan ningún género de prevención, en la conferencia es todo lo contrario, pues dirige su voz á muchos hijos rebeldes, extraviados, llenos de prevenciones que, dominados de la atmósfera deletérea del protestantismo, hasta habrán llegado á negar gran número de ellos el principio de autoridad religiosa en la Iglesia, por lo que resisten con todas sus fuerzas á la verdad conocida. Quien considere los tiempos aciagos y calamitosos que hoy atravesamos, cómo la herejía, la apostasía vil, la indiferencia, la impiedad y la cobardía todo lo invaden y ponen en duda; quien considere esta profunda verdad, expresada por un escritor moderno, la cual abarca la situación actual de la sociedad: «La Religión toda entera ha sido combatida con una sola negación;» quien considere, repito, todo esto, no podrá menos de convenir en que hemos llegado á aquellos tiempos en que hay que defender la Religión, no contra los infieles, ni contra los idólatras, ni judíos, sino contra ateos, renegados, viles apóstatas, hombres cobardes, indignos del nombre cristiano; en una palabra, hay que defender el sagrado depósito de las verdades de nuestra Religión contra sus adversarios, que hasta al mismo Dios han querido excluir de la sociedad. Ha llegado otra vez el tiempo de los apologistas.

314. Mas ¿quién será digno de competir en esta noble lucha? ¿Quién podrá ser un verdadero apologista de la Religión, en estos tiempos en que la civilización, el progreso,

el brillo de las ciencias, y todos los adelantos modernos pueden mirar con desdén y desprecio al hombre de Dios, que les anuncia las verdades que no cambian, porque siempre son las mismas? Es verdad que todos los adelantos de las ciencias confirman más la verdad de los Libros Santos, es verdad que hay una perfecta armonía entre la ciencia y la revelación, es verdad que la ilustración en la mayor parte de los hombres es muy superficial, es verdad que la palabra de Dios con su virtud sobrenatural se abre paso por todas partes; con todo, hemos querido hacer estas indicaciones para hacer conocer la naturaleza de las conferencias, ya que hoy están en uso, y al mismo tiempo hacer comprender que, sin las disposiciones debidas, y sin estar dotado de aquellas dotes y cualidades necesarias, no puede en manera alguna atreverse el sacerdote á hacer esta clase de conferencias, sin comprometer su sagrado ministerio con desdoro de nuestra santa Religión, de la cual es su ministro. Vamos á notar estas cualidades:

CUALIDADES QUE SE REQUIEREN.

315. 1.^a **Ciencia profunda y variada**, que bajo un golpe de vista domine todo el sistema religioso con todos sus pormenores y relaciones, para no exponerse jamás á comprometer la integridad de una verdad, de la cual dependen otras.

316. 2.^a **Conocimiento de las escuelas filosóficas**, y debe ver lo que han tomado del Cristianismo, y lo que han descubierto, ó investigaciones que han hecho.

317. 3.^a **Conocer los antiguos y modernos apologistas**. En estudios profundos impréguese de las obras de los Santos Padres. Son un vasto arsenal de armas ofensivas y defensivas, que con sólo cambiar la forma, según la táctica moderna, sirven admirablemente, hoy mismo, que la vana filosofía anda tan engreída. Alguien lo ha dicho, que desde el siglo VIII, no ha salido ningún nuevo error en el fondo.

318. 4.^a **Poseer vastos conocimientos**. Gana fácilmente la confianza del auditorio cuando, introduciéndose en el

campo de las ciencias y las artes, para fácilmente los golpes de los pretendidos filósofos y sabios del día, ostentando con sus luces el poderío y gloria de la Religión que, en nada enemiga de la humana razón, ni del verdadero progreso científico, consigue cada día nuevas y enaltecidas victorias.

319. 5.^a **Estudio de costumbres.** Para saber el punto de apoyo de que éstas le pueden servir, y además cómo ha de manejarse, y no herir la susceptibilidad de nadie, y las formas de expresión con que deben manifestar sus conceptos, toda vez que ha de tocar tan variados asuntos, y ha de dominar tanto la forma polémica, ni para que con el fuego de la discusión acalorada no salga en formas inconvenientes que desvirtúen el fruto logrado, conviene que esté al corriente de las costumbres de la sociedad, del espíritu de su siglo, de sus tendencias, de la opinión dominante, para que negando todo aquello que no es de justicia, otorgue, conceda y simpatice con todo aquello que es justo, noble y bello, para ganarse las voluntades de todos y abrir paso á la verdad para que se apodere de sus inteligencias.

320. 6.^a **Método.** Gran limpieza y claridad en el desarrollo de las pruebas; mucha mesura y urbanidad en los ataques, mucha destreza en la defensa, y en todo caridad: *In omnibus charitas*, ha dicho San Agustín. Las emociones son tranquilas, los movimientos mesurados, y siempre gravedad y dignidad en el apologista. Tenga éste presente y evite el fatal escollo de haber convertido toda la conferencia en una cuestión filosófica, olvidada la moción de afectos, los intereses de Dios y la salvación de las almas. Frayssinous, Ráulica, P. Félix, Lacordaire y P. Montsabré hicieron grandes frutos y servirán de modelo.

LIBRO III.

ELOCUCIÓN.

LECCIÓN XXVI.

Pensamientos.

321. Ya hemos llegado á la tercera parte de la Oratoria Sagrada: la *Elocución*. Es parte muy principal, porque viene á adornar y embellecer aquel edificio, cuyos materiales ya se han encontrado por medio de la *Invencción*, y se han ordenado y clasificado por medio de la *Disposición*. Sin la debida elocución, si ésta no tuviera las cualidades oportunas, quedaría en parte defraudado todo el trabajo que se ha podido tener en el acopio y disposición de materias. Quintiliano enseña en sus *Instituciones* que la *Elocución* es la parte más difícil de la obra. «Piensan los discretos, dice, que es bastante decir lo que convenga; pero decirlo con primor es propio de un varón elocuentísimo.»

322. En la Oratoria Sagrada la *Elocución* tiene por objeto presentar las verdades de nuestra Religión, embellecidas por la imaginación, y llenas de vida y energía por el sentimiento, para que se graben más profundamente en el alma, y arrebatan con *impetu suave* la voluntad al ejercicio de las virtudes cristianas. Es la *Estética del discurso*, podremos decir con el Sr. Rubió y Ors, «ó sea la parte en

campo de las ciencias y las artes, para fácilmente los golpes de los pretendidos filósofos y sabios del día, ostentando con sus luces el poderío y gloria de la Religión que, en nada enemiga de la humana razón, ni del verdadero progreso científico, consigue cada día nuevas y enaltecidas victorias.

319. 5.^a **Estudio de costumbres.** Para saber el punto de apoyo de que éstas le pueden servir, y además cómo ha de manejarse, y no herir la susceptibilidad de nadie, y las formas de expresión con que deben manifestar sus conceptos, toda vez que ha de tocar tan variados asuntos, y ha de dominar tanto la forma polémica, ni para que con el fuego de la discusión acalorada no salga en formas inconvenientes que desvirtúen el fruto logrado, conviene que esté al corriente de las costumbres de la sociedad, del espíritu de su siglo, de sus tendencias, de la opinión dominante, para que negando todo aquello que no es de justicia, otorgue, conceda y simpatice con todo aquello que es justo, noble y bello, para ganarse las voluntades de todos y abrir paso á la verdad para que se apodere de sus inteligencias.

320. 6.^a **Método.** Gran limpieza y claridad en el desarrollo de las pruebas; mucha mesura y urbanidad en los ataques, mucha destreza en la defensa, y en todo caridad: *In omnibus charitas*, ha dicho San Agustín. Las emociones son tranquilas, los movimientos mesurados, y siempre gravedad y dignidad en el apologista. Tenga éste presente y evite el fatal escollo de haber convertido toda la conferencia en una cuestión filosófica, olvidada la moción de afectos, los intereses de Dios y la salvación de las almas. Frayssinous, Ráulica, P. Félix, Lacordaire y P. Montsabré hicieron grandes frutos y servirán de modelo.

LIBRO III.

ELOCUCIÓN.

LECCIÓN XXVI.

Pensamientos.

321. Ya hemos llegado á la tercera parte de la Oratoria Sagrada: la *Elocución*. Es parte muy principal, porque viene á adornar y embellecer aquel edificio, cuyos materiales ya se han encontrado por medio de la *Invencción*, y se han ordenado y clasificado por medio de la *Disposición*. Sin la debida elocución, si ésta no tuviera las cualidades oportunas, quedaría en parte defraudado todo el trabajo que se ha podido tener en el acopio y disposición de materias. Quintiliano enseña en sus *Instituciones* que la *Elocución* es la parte más difícil de la obra. «Piensan los discretos, dice, que es bastante decir lo que convenga; pero decirlo con primor es propio de un varón elocuentísimo.»

322. En la Oratoria Sagrada la *Elocución* tiene por objeto presentar las verdades de nuestra Religión, embellecidas por la imaginación, y llenas de vida y energía por el sentimiento, para que se graben más profundamente en el alma, y arrebatan con *impetu suave* la voluntad al ejercicio de las virtudes cristianas. Es la *Estética del discurso*, podremos decir con el Sr. Rubió y Ors, «ó sea la parte en

que entra la belleza en el modo de presentar los pensamientos, ya con relación al entendimiento mismo, ya con respecto á la fantasía, y ora, en fin, relativamente al corazón, ó sea al sentimiento.»

323. La belleza en un discurso reviste á éste de aquel atractivo irresistible, con lo cual á manera de una llave abre y se apodera del corazón del hombre. Pues el hombre, amante naturalmente de lo bello y magnífico, no puede fácilmente resistir á aquella natural aspiración con que el mismo Criador le ha dotado. Aquel que es fuente de toda belleza, hermosura y armonía, como dice San Agustín. El orador debe necesariamente satisfacer esta natural exigencia, tan conforme á la misma naturaleza del hombre. Tenga presente que aquellos á quienes se dirige no son simplemente puras inteligencias. «En la mayor parte de los discursos, dice el P. Andrés, en su *Ensayo sobre lo bello*, nos dirigimos á hombres más sensibles que razonables, que sólo quieren oír aquello que son capaces de imaginar, y únicamente creen conocer lo que pueden sentir; que no se dejan persuadir sino con movimientos que los transporten; en una palabra, á hombres que se cansan muy pronto de todo discurso que nada diga á la imaginación y al sentimiento. La belleza es en su consecuencia una necesidad del discurso, porque existe en el hombre la facultad de percibirla, como existe en él la facultad de pensar; y porque todo principio de actividad supone un objeto en que emplearse, so pena de sentir una privación, un deseo no satisfecho é incapaz de serlo, y por consiguiente disgusto.»

324. Mas téngase presente que si es difícil dar al discurso toda su belleza, no lo es menos trasladar esta misma en el alma de los oyentes, atendidos los grandes obstáculos que se interponen á su transmisión. Porque además de que las razones han de tener su belleza, la han de tener igualmente las imágenes que les dan cuerpo y colorido; deben presentarse con un atractivo especial á la razón del hombre los pensamientos, á su fantasía las imágenes, á su corazón los afectos, y á su oído las palabras, todo lo cual constituye la belleza, la verdadera elocuencia, la dignidad y brillo del lenguaje, que interesa todas las facultades del hombre; mas

el hombre percibe todo esto por medio de los sentidos, y aquí está la gran dificultad para el orador. Saber vencer estos obstáculos de los sentidos y convertirlos en aptos y fáciles medios de transmisión de la belleza al fondo del alma de nuestros oyentes, ésta es la verdadera ciencia y arte del orador. «Siendo el hombre un compuesto de espíritu y materia, dice el Sr. Rubió y Ors en su *Manual de Elocuencia Sagrada*, la belleza no puede llegar hasta el primero sin pasar por la segunda; de suerte que la dificultad mayor del arte está, como dicen los filósofos, en llegar hasta el alma por medio de los sentidos. El artista, por consiguiente, después de haberse penetrado bien de la belleza del asunto, procura hacerla pasar con más ó menos fuerza hasta el espíritu por el oído ó la vista, según son sonidos ó palabras, piedras ó colores los materiales con que la expresa. El artista, pues, no hace más que trabajar sobre estos medios de expresión, y como estos medios son al propio tiempo un obstáculo á las mismas, de ahí es que el primer cuidado y el triunfo mayor del artista será, á fuerza de paciencia y de genio, convertir ese obstáculo en medio. Ahora bien, siendo la palabra el instrumento de que el orador se vale para hacer llegar sus pensamientos hasta el alma del que le escucha, debe procurar, no solamente que éstos sean bellos, sino que sea la más expresiva, y por consiguiente, la más bella posible, la forma con que los presenta.» De donde se deduce que en todo discurso oratorio hay que considerar el pensamiento y la expresión, esto es: el fondo y la forma; y que todo pensamiento oratorio debe estar dotado de esta triple belleza: que sin faltar á la verdad y exactitud, se pinta con los colores de la imaginación, y se anima al calor y fuego de las pasiones; y esto es lo que añade al pensamiento calor, animación y vida.

325. Mas para dar á la palabra aquel calor, animación y vida, aquel brillo de colores, con lo cual veloz y poderosa penetra el corazón, es necesario que en nosotros tome aquel carácter especial, aquella forma que ha de imprimir; ha de pasar primeramente por nuestro corazón, por nuestra fantasía; lo diremos, ha de abrasarse; iluminarse la palabra al fuego, á la luz de aquellas pasiones que pretendemos exci-

tar en los otros; si no es así, el corazón del oyente la recibe fría; ¡ah! la imaginación del artista no ha sabido presarle sus brillantes colores, ni ha sabido calentarla al fuego de su corazón, ni sus sentimientos han sabido imprimirle movimiento, calor y vida.

326. No dudemos, pues, que existen reglas para dirigir las operaciones del alma y los sentimientos del corazón, y poder manifestarlos en su genuina y verdadera expresión, á fin de conseguir la belleza oratoria que tanto nos encanta; mas, con todo, observemos que lo que deben evitarse son los excesos de una imaginación exaltada y de un corazón ardiente, que fácilmente oprimen un juicio recto, y seduciendo á muchos con un falso aparato, los aparta del buen camino de una verdadera y sólida *elocución*. «De ahí el que veamos con harta frecuencia, dice Rubió y Ors, sacrificada en el discurso la belleza de la razón al brillo de las imágenes, al calor de los afectos, á la armonía de períodos, quizás huecos, y al ruido vano de las palabras: de ahí el que muchos, y en especial los jóvenes, visten sus discursos, pobres en ideas bellas, de un traje pomposo y pintoreado, sin echar de ver que el mismo lujo de éste sólo sirve para hacer resaltar lo vano de aquéllas, y que les sucede lo que á los pirotécnicos, quienes después de habernos deleitado con ruedas y estrellas de fuego de varios colores, nos dejan más á oscuras y deslumbrados.»

327. Los pensamientos sólidos son los que dan base á la elocuencia en sus figuras más sublimes y patéticas; que por esto San Crisóstomo compara la buena elocución que no está nutrida de sólidos pensamientos á una espada, cuya empuñadura fuese de plata y la hoja de plomo. Ellos sostienen aquellos movimientos patéticos, expresión la más viva de los sentimientos que conmueven el corazón y agitan toda el alma, y en donde verdaderamente brilla la *elocución*, mientras que ya lo *fuerte*, ya lo *tierno* conquistan el corazón, sin decidirnos del todo cuál de estos dos géneros se presenta más bello y predomina al otro.

328. El P. Andrés en su *Ensayo sobre lo bello*, dist. III, se expresa de esta manera: «Lo que naturalmente admiramos en los patéticos movimientos del discurso, según

el testimonio de la experiencia universal, es lo *fuerte* y lo *tierno*, especies de patético que son evidentemente los dos grandes móviles del corazón humano. Lo fuerte nos despierta, nos arrastra, nos obliga; lo tierno nos atrae, nos compromete, hace que nos determinemos por nosotros mismos. Lo fuerte nos subyuga, por decirlo así, por medio de las armas; lo tierno nos solicita, nos liga por medio de la inteligencia y como por capitulación. Lo fuerte entra en nuestra alma á guisa de conquistador y como por la brecha; lo tierno se presenta delante de la plaza á manera de un rey piadoso, que no tiene más que dejarse ver para hacer que le abran las puertas. No decidiremos cuál de esos dos géneros de movimientos patéticos derrama más belleza en un discurso; diremos tan sólo que acudiríamos inútilmente al arte para imprimir en ellos ese maravilloso que nos arrebató en ciertos escritores, sobre todo en los antiguos griegos y romanos. El grande, el *único arte* es saber colocarse en las situaciones de ánimo y de corazón que los da á luz, por decirlo así, sin dolor y sin esfuerzo. No siendo de esta suerte, los movimientos más llenos de figuras no serían á nuestros ojos más que convulsiones de retóricos, que nos helarían en vez de inflamarnos; gestos de comediantes, que nos harían reír, ó arrebatos de energúmenos, que nos horrorizarían. En una palabra, deben nacer, como hemos indicado, de cierto transporte del alma, al que se da los nombres de fuego, entusiasmo, favor divino, sin el cual, dicen los maestros del arte, no hubo jamás ni verdadera elocuencia ni verdadera poesía.»

329. De donde resulta, que el saber escoger aquellas palabras convenientes para agradar, y manifestar con propiedad las ideas concebidas en nuestra mente, y los sentimientos que se han apoderado de nuestro corazón, forma verdaderamente aquella verdadera y bella elocución que nos hace transmitir nuestros afectos é ideas á los demás. Los pensamientos son el fondo del discurso, y la elocución les da vida, alma, gracia y vigor, que constituyen su hermoso aparato y belleza, uno de sus grandes atractivos: la parte estética del discurso, aquella que, quitándole toda su aridez y crudeza, le reviste de aquellas formas adecuadas que lle-

nan las nobles aspiraciones del hombre dotado de inteligencia, corazón y sentimiento.

330. Dos partes esenciales comprende la *elocución*: *dicción* y *estilo*. La *dicción* consiste en la elección de palabras con relación á la corrección gramatical; y el *estilo* en cuanto á la manera de expresar estas palabras ó escribirlas. Viene á ser, pues, la *elocución* como un vestido con que se presentan nuestras ideas ó pensamientos á los otros, y de aquí es que el predicador á lo que más ha de atender es á los pensamientos, y después á la expresión de éstos de una manera digna y propia de ellos; pues de lo contrario, la elocución careciendo de fondo resultaría una vana declamación; falso brillo de un maniquí adornado que no tiene vida. ¿Qué utilidad puede resultar, exclama San Crisóstomo, de las palabras externas, si el entendimiento está vacío de pensamientos? *Que vero externis ex sermonum disciplina utilitas cum mens sensu sit vacua?*

331. Se ha dicho por un grande personaje que hoy mucho se habla, y pocos son los hombres de grandes ó nuevos pensamientos, y esto hace que muchos discursos sean sin substancia y sin vigor. Y esto relativamente es verdad. Siendo los pensamientos la imagen de alguna cosa, conviene fijarnos detenidamente en la materia, para hacer bien esta pintura, y todos en ella reconozcan como en un cuadro la idea ó sentimiento que nos domina y que expresamos con la palabra, y de esta consideración resultarán los caracteres que ha de tener el pensamiento, que son: **Verdad**, que representa la cosa tal cual es. **Exactitud**, lo justo y exacto, representa la imagen ni más ni menos. **Claridad**, que se ve sin sombras, separado y distinto de los objetos que le rodean.

332. Los pensamientos toman diferentes nombres, según ciertos caracteres y señales particulares que entre sí los distinguen: 1.º Se llama pensamiento **sencillo** ó **natural**, cuando se presenta sin ningún estudio ni artificio, de tal manera que su misma naturalidad lo reviste de cierta franqueza razonable.

2.º **Finos**. No representan sino la mitad del objeto, y dejan que lo demás fácilmente se comprenda; es una fina ironía, es una sutileza, es una alusión que sin gran dificultad deja ver á donde llega.

3.º **Delicados**. Que parecen ocultar parte del sentido, á fin de que se adivine, ó lo dejan sólo entrever, para darnos el placer de hallarlo.

4.º **Graciosos**. Los que nos deleitan por razón de algún donaire y primor, ya de alguna figura, ya del mismo orador, sin que podamos precisamente atinar el por qué de aquel gusto que en oírlo encontramos.

5.º **Vivos**. Nos hacen ver el objeto en un instante de un modo imprevisto y con toda claridad, cual la luz del relámpago alumbraba subitáneamente los espacios en la obscuridad de la noche.

6.º **Atrevidos**. Los que por la sorpresa de los rasgos y colores extraordinarios despiertan la atención notablemente, como á cosa no común ni por lo regular esperada.

7.º **Fuertes**. Que causan profundas impresiones en el alma, porque encierran en sí un gran sentido, ó pintan los movimientos ó afectos de una violenta pasión, cuya impresión difícilmente se borra.

8.º **Sublimes**. Que llenos de gran sentido, en pocas palabras y grande viveza manifiestan cosas grandiosas y magníficas.

9.º **Grandes**. Cuando diciendo una cosa nos hace descubrir de una vez otras muchas que sólo hubiéramos podido conseguir después de muchos afanes.

10.º **Nuevos**. Los que entrelazando ciertas palabras que jamás habíamos visto juntas, sorprenden al oyente, y áun le causan admiración.

333. Un escritor ha dicho: «Los incrédulos sus razones tendrán para temer el infierno, como razón tienen otros para temer la policía.» Aquí tenemos un pensamiento que con toda *finura* nos hace comprender perfectamente el por qué no les conviene creer á los incrédulos.

334. Quiere probar el P. Lacordaire que el racionalismo no tiene verdadera caridad, y dice: «No diré sino una palabra del racionalismo sobre la cuestión que nos ocupa: jamás he oído decir que un racionalista haya recibido bastonazos en la Cochinchina. Esos espíritus son demasiado corteses y demasiado ingeniosos para aventurarse á tal clase de gloria en provecho de la verdad. Siempre, pues,

habrá tiempo de ocuparse de ellos en la próxima plaza vacante de la Academia. Demasiado bien educados somos nosotros para ofrecerles otra cosa sino una rama de laurel, y ellos sin disputa la merecen.» Aquí se ven una multitud de pensamientos, que por su finura, delicadeza y gracia llaman la atención y agradan.

335. No hay más que seguir los escritos de hombres que han brillado en las letras y en el púlpito para encontrar grandes y notables pensamientos de todas clases y formas, de los cuales muchos de ellos han pasado á sentencias y axiomas clásicos. La Sagrada Escritura nos proporciona, en sus admirables páginas, esa infinita variedad de caracteres en los pensamientos, desde el más sencillo y natural hasta el más sublime y majestuoso; allí se encuentran pensamientos grandes, fuertes, que, bañados de vivísima luz en las profundidades de su doctrina, van formulados en poquísimas palabras.

336. Los buenos y vigorosos pensamientos dan alma y vida á la elocución, son la base y el sostén de la palabra; mas para adquirir sólidos, fuertes, delicados, grandes y sublimes pensamientos sólo lo conseguiremos por medio de la reflexión, del estudio y de la meditación. No olvidemos el juicio ya formado hoy sobre muchos discursos y áun sagrados, en los cuales hay mucha palabrería y *no hay pensamientos*. Que esto se diga de un discurso profano, menos mal, pero que esto se observe y se critique en el orador sagrado, en el ministro de Dios, que tiene á su disposición las Santas Escrituras, los Santos Padres, que tiene un estudio del corazón humano, que ante sus ojos presentes están las miserias de la humanidad, que por su elevado carácter está entre Dios y los hombres, esto sí que es sensible en gran manera, pues además que retrae á muchísimos de oír la divina palabra, en nada honra el ministerio de aquel que, á vista de tan caros intereses y de objetos tan grandiosos, no sabe encontrar dignos pensamientos para el fondo de su instrucción. Hoy todo marcha con la velocidad del vapor, se ha dicho; los estudios serios tienen muy pocos amigos; hay mucha superficialidad en los estudios, esta es una queja bastante general; y en medio de esta agitación,

de este continuo movimiento, de este revuelto torbellino de ideas, de pasiones y de encontrados sentimientos, la reflexión, la calma, que tanto se necesitan para profundizar las materias, están poco menos que desterradas del mundo, y ¿no podríamos decir que todo esto es la causa porque encontramos en los escritos tantos artículos de fondo sin fondo, y en los artículos tantos de ellos *sin pensamientos*? El ministro de Dios evite, pues, este terrible escollo, y, amante de los estudios serios y de la santa meditación, dé nervio á sus sagrados discursos con sólidos y vivos pensamientos, y entonces la *elocución* tendrá su objeto y apoyo para desplegar su brillante ropaje con que reviste los *pensamientos*.

LECCIÓN XXVII.

Dicción oratoria.

337. Desde el momento que un pensamiento ó un sentimiento que nos domina queremos participarlo á otros con su fuerza, con todos sus colores y caracteres, preciso es que nos fijemos con cuidado en su medio de expresión, que es la palabra, para elegir aquellas más propias y adecuadas á lo que queremos manifestar, atendiendo al orden gramatical y pureza del idioma, y esto forma propiamente lo que se llama *dicción oratoria*. Pero de tal manera hemos de atender á esa dicción oratoria, que no debemos hacernos esclavos de las palabras, sino que éstas han de estar á nuestro servicio, dice San Agustín; pues lo principal son los pensamientos: *Nec doctor verbis serviat, sed verba doctori*.

338. «Es frecuente, dice el Sr. Martínez Sanz, oír á algunos que entienden las cosas, pero no saben explicarlas, lo cual suele ser una ilusión de su amor propio: la verdad es que muchos no saben explicarse porque nada tienen que explicar, como que carecen de pensamiento; cuando el espí-

ritu está nutrido de ideas, las palabras se presentan como espontáneamente, aunque no siempre sean tan perspicuas como quisiéramos. ¿Faltaron acaso á los Santos Padres para exponer con claridad profundísimos pensamientos al ocuparse en la predicación de las más altas verdades del Cristianismo? Nó por cierto: lejos de ello, enriquecieron el lenguaje. ¿Quién fué más profundo y más claro á la vez, á pesar de la rudeza de su siglo, que el angélico Doctor Santo Tomás? Procure ante todas cosas el orador, no nos cuesta repetirle, meditar bien la materia, y entonces no tema en manera alguna que le falte la expresión.»

339. Si bien es verdad que en los grandes movimientos de nuestra alma, en medio de una pasión exaltada, en la explosión de un sentimiento que nos domina, las palabras espontáneas que se ofrecen y las menos buscadas y más sencillas son las que hacen más impresión por su energía y propiedad, como lo nota Maury, sin embargo, no siempre se presentan todas las palabras adecuadas según nuestras ideas y sentimientos, por muchísimas razones, y entonces la palabra, quedando endeble y desvirtuada y muy lejos de su objeto, no llega á cumplir su misión. «Me gusta, decía Montaigne, que las palabras vayan así á donde va el pensamiento.» Y esas palabras reunidas y ordenadas forman el discurso oral y el lenguaje escrito. Sus elementos constitutivos son: la *oración*, el *periodo* y el *discurso*. Y aquí entra la subdivisión de miembros, incisos, oraciones incidentales, etc., todo lo cual forma tal armonía y limpieza de dicción, que hace que el pensamiento se presente en toda su propiedad, elegancia y hermosura, con toda su soltura y energía. El orador sagrado ha de tener un conocimiento cabal del idioma en que ha de hablar, debe mucho procurar que en sus palabras haya la *pureza*, *propiedad*, *claridad* y *harmonía*, pues sin estas cualidades necesarias jamás poseería el arte de bien hablar, ni mucho menos de formar un discurso oratorio.

340. 1.º La *pureza*, consiste en usar palabras verdaderamente castellanas, con exclusión de las de otro idioma: evitando el *arcaísmo*, ó uso de palabras anticuadas; el *barbarismo*, el uso de extranjerías; el *neologismo*, el uso de las

de nueva creación: sobre estas últimas ha dicho un escritor que su uso es hoy el vicio más común. Llámense, pues, *puras*, exentas de vicio, las que se conforman con el uso de buenos autores, y de las personas que conocen perfectamente el idioma; éstas son las palabras que llamamos *castizas*. Pero como observa Capmany: «No hemos de confundir la *pureza* de lenguaje con el *purismo*, afectación minuciosa que estrecha y aprisiona el ingenio. Todos los *puristas* son ordinariamente frios, secos y descarnados en sus escritos.» Y el Sr. Coll y Vehí en su *Compendio de Retórica y Poética*, dice que «el *purismo* es un extremo vicioso; el vicio de los que afectan nimiamente la pureza del lenguaje, enervando el estilo á fuerza de querer depurar la dicción, y privándole de naturalidad, calor y movimiento.» Mientras procuramos la *pureza* del lenguaje, formándonos en buenos autores y diccionarios, no extingamos el fuego y animación del lenguaje, porque siempre es preferible faltar algún tanto á la gramática que á la elocuencia.

341. 2.º **Propiedad:** consiste en la elección de palabras que expresan toda y no más la idea que se quiere declarar. La palabra puede ser castiza y no propia. Un monarca de España decía de un predicador: «Para cada cosa sólo tiene un nombre, pero es el propio.»

342. 3.º **Claridad.** Que todos nos entiendan: evitando la ambigüedad, y hojarasca de voces huecas, con las cuales algunos se apartan del uso común de hablar, dejándose llevar de ciertos fantásticos relumbrones; mientras que otros por la brevedad quitan las palabras necesarias. «¿De qué sirve la pureza del lenguaje, si lo que hablamos no lo entienden aquellos á quienes hablamos para que nos entiendan?» se exclama San Agustín. Si las palabras son claras, todo el mundo nos entiende, que este fin ha de tener el predicador al subir al púlpito; pero si no hay *claridad* la gente se queda á oscuras, entendiendo poco ó nada del sermón, sin sacar gran cosa de provecho. Para llenar las propiedades de la palabra tenemos nosotros en la hermosa habla castellana los clásicos españoles, autores notables por la pureza del idioma, sobre todo en el siglo XVI, llamado con razón la Edad de oro de nuestra literatura. ¿Qué orador sagrado

podrá olvidar las obras del P. Granada, Fr. Luís de León, Santa Teresa y tantas obras ascéticas de escritores de primer orden que florecieron en la literatura española, las cuales si son notables por el fondo de doctrina que contienen, no lo son menos por su palabra castiza, por la hermosura del lenguaje, por la dulzura y elocuencia del estilo, por la riqueza de imágenes y comparaciones, y en una palabra, por la fluidez y espontaneidad que ofrecen tales escritos? El predicador ganará mucho para adquirir riqueza de frases, profundos y cristianos conceptos si se dedica á tales obras; y luego aquella encantadora *harmonía*, para la cual tanto se presta la magnífica habla castellana. Mas de esta *harmonía* hablaremos al tratar del *estilo*.

LECCIÓN XXVIII.

Estilo en general.

343. Si las palabras forman la *dicción*, la manera de expresarlas forma el *estilo*; por lo que se ve cuánto se distinguen el uno de la otra. Pues las palabras podrán ser correctas, ajustadas á las prescripciones de la gramática, claras y propias, y sin embargo, el *estilo* puede ser débil, vicioso y afectado. De donde se ve que la *dicción* no participa del genio del escritor, en tanto que su *estilo* refleja su manera de ver y sentir; aquella es relativa á la composición y mecanismo de las partes del discurso, el *estilo* se refiere al ingenio y talento del predicador. El estilo es, según San Basilio y San Agustín, como una pintura y retrato del alma, como un espejo, en donde aquella refleja una especie de semblante ó fisonomía del espíritu. El primero compara también el estilo á un riachuelo, cuyas aguas manifiestan su origen y procedencia; así, dice el Santo, la naturaleza del discurso descubre y manifiesta el pecho de donde brota, lo pinta con sus colores: *Nam aquarum rivulus fontem*

suum indicat: sermonis autem natura pectus, unde emanavit, depingit ac designat. Y así siendo tan diferentes los genios, gustos, talentos é inclinaciones de los hombres, diferentes han de ser sus estilos; puesto que éstos son la fisonomía interior, que es tan varia entre ellos como la exterior; por lo que el estilo caracteriza los discursos y los escritos de las personas, dándoles aquel semblante y color especial que convierte las ideas y expresión en obra propia suya, adornándoles de una singular belleza. Todo orador está obligado á formarse estilo propio, si quiere arrebatar los lauros de la elocuencia; precaviéndose del engaño de muchos, que arrebatando por aquí y por allá de otros autores antiguos ó modernos unas cuantas frases nuevas, algunos giros estudiados, algunas flores retóricas que tal vez marchitan en sus manos, se privan de su propio estilo y cortan por intervalos la sucesión continua de su expresión genuína, de sus naturales giros, que tanto gustan al auditorio, privándoles con esto de tan justa satisfacción para su corazón é inteligencia, y á sí mismos de su estilo propio, que tan distinguido puesto alcanza en la elocuencia. Jamás olvidemos esto: vale más ser mediano en un género y estilo propio, que copia desfigurada de un modelo excelente. En cosa tan importante tengamos siquiera presentes las siguientes condiciones que ha de tener el estilo:

344. 1.^a Orden. Consiste en aquella disposición y relación que han de guardar entre sí los pensamientos, las frases, las imágenes y las cláusulas, estando cada cosa en el lugar que le corresponde, ni con anticipación, ni postergada, para que la perfecta y ordenada distribución de las partes forme un todo agradable y bello; así como vemos que resalta el universo por el orden admirable que en él reina hasta su menor detalle.

345. 2.^a Claridad. Derramar luz sobre las cosas ya ordenadas, esclareciendo la proposición, los conceptos y cuanto hemos de decir para que todos nos entiendan. Sin meditar el asunto, sin poseerlo perfectamente, es poco menos que imposible la claridad, antes bien sale muy oscuro. Porque ¿cómo podrá hablar con claridad el orador de aquello que no entiende? Esta *claridad* que acompaña al orden da gran

podrá olvidar las obras del P. Granada, Fr. Luís de León, Santa Teresa y tantas obras ascéticas de escritores de primer orden que florecieron en la literatura española, las cuales si son notables por el fondo de doctrina que contienen, no lo son menos por su palabra castiza, por la hermosura del lenguaje, por la dulzura y elocuencia del estilo, por la riqueza de imágenes y comparaciones, y en una palabra, por la fluidez y espontaneidad que ofrecen tales escritos? El predicador ganará mucho para adquirir riqueza de frases, profundos y cristianos conceptos si se dedica á tales obras; y luego aquella encantadora *harmonía*, para la cual tanto se presta la magnífica habla castellana. Mas de esta *harmonía* hablaremos al tratar del *estilo*.

LECCIÓN XXVIII.

Estilo en general.

343. Si las palabras forman la *dicción*, la manera de expresarlas forma el *estilo*; por lo que se ve cuánto se distinguen el uno de la otra. Pues las palabras podrán ser correctas, ajustadas á las prescripciones de la gramática, claras y propias, y sin embargo, el *estilo* puede ser débil, vicioso y afectado. De donde se ve que la *dicción* no participa del genio del escritor, en tanto que su *estilo* refleja su manera de ver y sentir; aquella es relativa á la composición y mecanismo de las partes del discurso, el *estilo* se refiere al ingenio y talento del predicador. El estilo es, según San Basilio y San Agustín, como una pintura y retrato del alma, como un espejo, en donde aquella refleja una especie de semblante ó fisonomía del espíritu. El primero compara también el estilo á un riachuelo, cuyas aguas manifiestan su origen y procedencia; así, dice el Santo, la naturaleza del discurso descubre y manifiesta el pecho de donde brota, lo pinta con sus colores: *Nam aquarum rivulus fontem*

suum indicat: sermonis autem natura pectus, unde emanavit, depingit ac designat. Y así siendo tan diferentes los genios, gustos, talentos é inclinaciones de los hombres, diferentes han de ser sus estilos; puesto que éstos son la fisonomía interior, que es tan varia entre ellos como la exterior; por lo que el estilo caracteriza los discursos y los escritos de las personas, dándoles aquel semblante y color especial que convierte las ideas y expresión en obra propia suya, adornándoles de una singular belleza. Todo orador está obligado á formarse estilo propio, si quiere arrebatar los lauros de la elocuencia; precaviéndose del engaño de muchos, que arrebatando por aquí y por allá de otros autores antiguos ó modernos unas cuantas frases nuevas, algunos giros estudiados, algunas flores retóricas que tal vez marchitan en sus manos, se privan de su propio estilo y cortan por intervalos la sucesión continua de su expresión genuína, de sus naturales giros, que tanto gustan al auditorio, privándoles con esto de tan justa satisfacción para su corazón é inteligencia, y á sí mismos de su estilo propio, que tan distinguido puesto alcanza en la elocuencia. Jamás olvidemos esto: vale más ser mediano en un género y estilo propio, que copia desfigurada de un modelo excelente. En cosa tan importante tengamos siquiera presentes las siguientes condiciones que ha de tener el estilo:

344. 1.^a Orden. Consiste en aquella disposición y relación que han de guardar entre sí los pensamientos, las frases, las imágenes y las cláusulas, estando cada cosa en el lugar que le corresponde, ni con anticipación, ni postergada, para que la perfecta y ordenada distribución de las partes forme un todo agradable y bello; así como vemos que resalta el universo por el orden admirable que en él reina hasta su menor detalle.

345. 2.^a Claridad. Derramar luz sobre las cosas ya ordenadas, esclareciendo la proposición, los conceptos y cuanto hemos de decir para que todos nos entiendan. Sin meditar el asunto, sin poseerlo perfectamente, es poco menos que imposible la claridad, antes bien sale muy oscuro. Porque ¿cómo podrá hablar con claridad el orador de aquello que no entiende? Esta *claridad* que acompaña al orden da gran

limpieza al estilo, y hace que los pensamientos se manifiesten en su perfecto desarrollo en la expresión de sus oportunas palabras. Deben, pues, evitarse palabras que no comprenda el pueblo: palabras clásicas, técnicas, abstractas; y si rara vez hay necesidad de usar de ellas, debe darse la explicación para que se hagan bien inteligibles á todos. Sin embargo, observaremos aquí con el Sr. Martínez y Sanz que «hay muchas voces antiguas que son notables por su dulzura y tierna unción, las cuales, sin embargo, van cayendo en desuso por nuestra ignorancia ó culpable negligencia.». Oradores sagrados, continúa este notable escritor: vosotros, que debéis leer sin cesar los escritos de aquellos insignes varones, sois ya casi los únicos que podeis conservar los ricos tesoros de nuestra lengua, con mucho aprovechamiento de las almas cristianas.»

346. 3.^a Naturalidad. Cualidad que otros llaman *facilidad*, por cuanto el orador manifiesta sin esfuerzo ni ficción sus pensamientos y sentimientos con toda espontaneidad. «Nos sentimos arrebatados, asombrados, seducidos, dice Pascal, cuando vemos un estilo natural, y es porque esperamos hallar un autor y encontramos un hombre.» Si por una parte encanta á nuestro corazón un estilo natural y fácilmente lo cautiva, por otra nos causa suma repugnancia, y poco consigue de nosotros un estilo afectado. Nos es muy grato transcribir aquí este atinado párrafo del Sr. Sánchez Arce.

347. «La afectación, dice este distinguido escritor, siempre es perjudicial al orador, y lo es mucho más al orador evangélico, que desmerece mucho cuando se le ve más ocupado de sí mismo que del asunto de que trata. Esto precisamente sucede cuando se nota en él un cuidado esmerado en rebuscar una expresión; en presentar una imagen forzada; en expresar un sentimiento con exageración, en vez de ocuparse en verter sus ideas con espontaneidad, y sin que aparezca que lo que dice lo debe al estudio y al artificio. ¡Cuántas veces hemos visto conmovido dulcemente al auditorio por un pensamiento que se ha manifestado con facilidad, por una frase que ha brotado del corazón, y que lleva en sí todo el calor del sentimiento! Estas emociones

tan provechosas no se hubieran despertado ciertamente siguiendo *aquella propensión viciosa que algunos oradores tienen de singularizarse en los pensamientos, en los sentimientos, en el gusto y en el lenguaje*, que es lo que llamamos *afectación*. Esta especie de contagio, ordinario en los siglos en que el genio es raro, parece infestar hoy á la mayor parte de los escritores que, queriéndose distinguir á todo precio, no ofrecen en un lenguaje brillante, sino pensamientos rebuscados, agudezas, juego de palabras, figuras prodigadas sin medida.» Hasta aquí dicho autor.

348. Nada que es ficticio y simulado agrada en la elocuencia, porque es contrario á la real y verdadera belleza, pero en la oratoria sagrada es insufrible; el auditorio inteligente comprende que el orador pisa en terreno falso, en donde la afectación ha suplantado la vigorosa elocuencia; pero los verdaderos amantes de la Religión lloran en tales predicadores esos extravíos, se afligen y sienten vivamente que los verdaderos sentimientos que deberían agitar un pecho apostólico, una expresión que debería á lo vivo ser fiel intérprete de las afecciones del alma, sean reemplazados por un frío lenguaje amanerado, por una reprehensible ostentación de verbosidad, por una pretensión las más veces ridícula. No olvidemos que nuestro estilo ha de ser siempre natural. La naturalidad es muy agradable, y jamás nos cansa, mientras que la afectación es un estado violento, que fácilmente puede ser comprendido de los oyentes con gran perjuicio de sus almas.

349. 4.^a Precisión. Consiste en desechar toda superfluidad de las frases, de las locuciones y del discurso. Determinar bien las ideas; no divagar en generalidades, ni hacer repeticiones inútiles y enfadosas; en una palabra, precisarlo todo á su punto exacto, sin quitar ni añadir más de lo suficiente, de tal manera que las palabras expresen la idea exacta, adecuada, precisa y completa, sin ninguna superfluidad y con toda distinción.

350. 5.^a Variedad. Consiste en evitar la monotonía que producen en el discurso la uniformidad de unas mismas frases, figuras, adornos y giros. La variedad alegra en gran manera nuestra alma, que siempre va sedienta de nuevas

sensaciones, y la repetición de las mismas fácilmente la fastidian. Los mismos cuadros, las mismas flores y siempre el mismo color que en todo el paisaje domina cansa, aburre; y cuando en nuestra larga excursión las flores toman distintos matices, cambian los cuadros, varía el panorama, entonces salimos de aquel penoso estado, gozamos agradables sensaciones y recorreremos con alegría aquel hermoso trayecto, sembrado de tanta variedad y belleza. La elocuencia bella y vigorosa goza de esta hermosa variedad. Desde Quintiliano hasta nuestros días los escritores se han complacido en compararla á un impetuoso río que con toda majestad sigue su curso. ¿Cuánta variedad en él no se observa? Ya dilata la corriente de sus aguas por un espacioso cauce, ya se estrecha y se comprime por otro más reducido; ora baja manso y suave por su ordinario curso, ya con ímpetu se desborda por dilatadas praderas; á veces sus olas tranquilas apenas si dejan percibir el suave murmurio de las aguas, y otras brioso pasa bramando luchando contra las rocas que se oponen á su paso; y á medida que se acerca al mar su curso es más precipitado. Imágen expresiva de la verdadera elocuencia: tal ha de ser la variedad y atractivo que ha de gozar el estilo; y si bien puede tener estos diferentes grados desde el más humilde y llano hasta el más vehemente y armonioso, sin embargo, nunca debe arrastrarse hasta la grosería, ni llegar á lo ridículo, sino que siguiendo su curso natural y majestuoso, á medida que se acerca á su fin es más vehemente, se precipita con ímpetu en el corazón del hombre en su calurosa peroración. Pues en esta hermosa variedad hay que tener siempre la salvación de las almas, el fin á donde va á parar esa impetuosa corriente.

351. Mas ¿qué cosa se presta mejor para todo esto que las verdades y excelencias de nuestra Santa Religión? Su grandeza y belleza con el conjunto de doctrinas, misterios y maravillas que nos enseña, los justísimos preceptos que nos intima, la magnificencia de los premios y la terribilidad de los juicios; este grandioso cuadro que nos presenta la Religión se presta á toda variedad de imágenes, figuras, estilos y sentimientos los más poderosos, para instruir, agradar y mover los corazones más rebeldes, sin necesidad de ir

á mendigar auxilios extraños para evitar la monotonía, y correr por el caudaloso río de la elocuencia. Pero esto no se logra sin el estudio de la Sagrada Escritura, sin la meditación profunda de las verdades de nuestra Santa Religión. Porque en estos estudios sagrados se adquieren profundas ideas, se inflama el pecho; necesariamente de la inteligencia del predicador han de brotar luminosas ideas, de su corazón ardorosos sentimientos. Los ministros del Santuario, los centinelas de Israel, que se habrán olvidado de aquellas palabras del Profeta Rey: *Quia lex tua meditatio mea est*, no podrán declinar el juicio severo en el día de las cuentas.

352. 6.^a Decencia. Consiste en hablar de un modo conveniente tanto al orador como á los que le escuchan. La altura extraordinaria, á la cual eleva al predicador su ministerio, le debe recordar lo que se debe á sí y á los demás. Debe, pues, evitar locuciones bajas, triviales y cuanto pueda ofender el respeto que se debe al auditorio, ni menos alarmar su pudor. «Hay, dice el Sr. Martínez Sanz, en los diccionarios de todas las lenguas algunos términos propios exactos, de los cuales, sin embargo, no debe servirse el orador, porque son bajos ó sórdidos. *Bajas*, son las expresiones que no corresponden á la dignidad del asunto. *Sórdidas*, las que revelan objetos *asquerosos*, repugnan á la buena educación, ó hieren el pudor: las primeras se llaman *indecentes*; *groseras* las segundas, y *torpes* las últimas.» En estos casos debemos valernos de circunloquios ó rodeos, que llamamos perífrasis; á veces la preterición entra bellísimamente, como cuando Cicerón, absteniéndose de hablar de las costumbres de Antonio, dice: *Sunt quedam que honeste non possum dicere*.

353. Haremos con todo esta observación. Ya algunos escritores lo han notado que, á medida que una nación se vuelve más corrompida y estragada de costumbres, se vuelve también más delicada en las palabras y locuciones. En cualquier palabra la más sencilla le parece ver una alusión directa á la pasión criminal que en su alma abriga, y considera ó pretende hacer creer que todo el mundo se ha escandalizado por aquella palabra que con la mayor prudencia se expresó en el púlpito. Antiguamente, que había más senci-

llez de costumbres, ciertas palabras en el púlpito pasaban por muy decentes, por muy castas, y servían para sacar las almas del atolladero de sus vicios; mas usadas hoy día se escandalizarían. Pero ¿quiénes? Los que menos motivos tienen para escandalizarse. Se ha visto madre de familia que se ha escandalizado porque su hija oyera algún sermón, y no se escandalizaba de llevarla al teatro á ver y oír lo que no debía; se ha visto hombre de mal vivir públicamente delante de sus mismos hijos y de todo un pueblo, sin temer escandalizarles, y sin embargo, no quería que asistieran las hijas de familia á sermones de Misión para que no se escandalizaran; véreis otros que hacen de los escandalizados si el predicador hace con la prudente claridad una plática instructiva sobre los bailes, amoríos, lecturas de novelas y tratos peligrosos para preservar la juventud, ó darles medios para salir del atolladero de sus vicios, y sin embargo, esos que pretenden quedar escandalizados son los que profieren torpes palabras para la seducción, esparcen papeles inmorales, dejan las novelas en manos de sus hijos... Está tan perdido el mundo, tan invadido por toda clase de seducción y escándalo para la vista, oído y demás sentidos, que en general podemos afirmar que aunque un predicador explique con claridad los diez Mandamientos, salvas las prudentes reservas siempre acostumbradas, la juventud de hoy día nada oye de nuevo en los sermones, porque nada es comparable á los horrores é indecencias que hoy se oyen y se ven por calles, plazas y tantos lugares de seducción. El predicador sacará de lo dicho estas consecuencias: 1.^a El cuidado que ha de tener en usar las palabras más decentes, atendida la prevención general. 2.^a El ningún valor ó caso que ha de hacer el misionero de quejas de cierta gente que quiere que el ministro de Dios pase por alto los vicios, ó los cubra con una alfombra de flores, para que no se vea la podredumbre, ó bien la juventud no pueda precaverse contra las insidias y ataques de esos pretendidos escandalizados, que quisieran á mansalva perpetrar mejor sus delitos. ¿Cómo es que los buenos cristianos nunca por lo general se escandalizan de los sermones?... 3.^a En cuanto al acierto en la elección de palabras decentes y de-

corosas es preciso conformarse con el buen gusto dominante de la época, lo mismo que del lugar en donde se vive. Atendido el fin de nuestro sagrado ministerio, que antes de plantar las virtudes ha de extirpar los vicios, y que éstos de sí son feos, y la elocuencia en su ímpetu y vehemencia está más inclinada á llamar las cosas por su propio nombre, enemiga de rodeos y falsas posiciones, el predicador debe evitar cualquier escollo; esto es, que mientras sabe contenerse en la *decencia* de las palabras y del estilo, por otra parte no se deje acobardar por una falsa aprehensión, dejando de anatematizar y extirpar, cual profeta de Dios, los vicios de Israel.

354. 7.^a Harmonía. A aquella noble facultad que está destinada para cautivar el corazón, no le puede faltar aquella bella cualidad tan apta para moverlo, aquella música sonora que, hiriendo suavemente sus oídos, una á una va á tocar sus fibras más delicadas: la *harmonía*. Esta consiste en un feliz enlace de palabras, de manera que los miembros que forman un período tenga entre sí una buena disposición y aquella cadencia final que tan grata es al oído. Esa música del lenguaje, la cual sabe escoger los sonidos más adecuados y armoniosos, determinando su entonación, duración y lugar, según conviene á las ideas y sentimientos que se expresan, llena de incomparable belleza y armonía el discurso. La lengua española se presta admirablemente á ello por su extensión, sonoridad y magnificencia; ella, usada con maestría é inteligencia, llena con toda perfección el número oratorio.

355. El número oratorio lo ha definido un autor: «cierta porción de discurso, dividida en porciones ya iguales, ya desiguales, medidas y cadenciosas para agradar al oído; ó una serie de períodos cortados en proporciones simétricas.» A él pertenecen las pausas que proporcionan descanso y claridad. Así como el *período* está formado de palabras y cláusulas, con tal enlace que forman un sentido perfecto y cabal, dotado de su armonía en una extensión determinada. La *cláusula* es la manifestación de un pensamiento completo entre punto y punto final. Según la extensión de las cuales resulta el lenguaje: *Cortado*, si se compone de pro-

posiciones breves é independientes, pero completas, y éste usó el P. Estella. *Periódico*, si la cláusula se compone de varios miembros, de tal modo encadenados unos con otros, que concurren todos al complemento de la idea general, y éste lo usó el P. Granada.

356. La *harmonía* es de dos maneras: *mecánica* la una, y la otra *imitativa*. La primera consiste en presentar de un modo grato al oído las palabras y los períodos artísticamente combinados. La *imitativa* consiste en adaptar á los sonidos, á los movimientos y hasta á las pasiones las voces, los movimientos y las maneras de decir que tienen cierta semejanza con ellos, como lo hace la figura *onomatopeya*, v. gr., el *estampido* del trueno.

357. No puede negarse, pues, que la armonía hace muy agradable el discurso, y que con sus notas graves y llenas, ya agudas y elevadas á manera de una música melodiosa, es un medio poderoso para agrandar y abrir las puertas del corazón humano; pues de nuestra parte hemos de poner todos los medios que están en nuestra mano, después de poner nuestra confianza en Dios; sin embargo, no podemos abusar de esta cualidad que ha de tener el estilo; porque entonces esta armonía empalagaría, especialmente si se notase afectación en el orador. Procuremos formarnos en nuestro propio estilo con todas esas cualidades que le son tan necesarias, y pronto podremos recoger los copiosos frutos de nuestro trabajo.

LECCIÓN XXIX.

Géneros de estilo.

358. Podemos decir que contribuye á formar el estilo propio de cada uno la educación, los estudios, el genio, las inclinaciones y el gusto; y por tanto, la expresión oratoria, que es el cuerpo visible de la elocuencia, está sujeta á tantas

variaciones cuantas son las inclinaciones y gustos formados de los oradores; que por esto Buffón ha dicho que el estilo «es el hombre mismo.» Y así como la infinita variedad de rostros distinguen tanto á los hombres entre sí, y en esa multitud de semblantes distintos vemos como en un espejo sus sentimientos interiores expresados, así el estilo puede llegar á una variedad prodigiosa, siendo como es el rostro del ánimo, según la expresión de Cicerón: *Oratio vultus animi est*. El estilo es el signo revelador de las inclinaciones y gustos del orador, formados según la educación y los estudios; y por tanto, es inútil disputar sobre los principios fijos del estilo, cuando éstos faltan, y únicamente podremos establecer, como han hecho otros escritores, este axioma tan vulgar: «En materia de estilo, el juez árbitro y soberano es el buen gusto.» Tengamos presente que el estilo es la fisonomía del talento, de la pasión, del carácter del orador; estas palabras de Villamain lo definen en cierto modo exactamente: «Es el alma manifestada exteriormente por medio de la palabra.»

359. Visto ya lo que se entiende por estilo oratorio y las cualidades que deben adornarlo, evidentemente se deduce de esto que todo su atractivo, belleza y energía depende de observar las reglas indicadas, sobre todo la espontaneidad, porque ésta expresa el estilo propio de cada uno de un modo más expresivo y enérgico sin ser violentado; ofreciendo la ventaja que, siguiéndolo, puédese ir perfeccionándose y salir aventajado en su género. Y si bien es verdad, como ya dijimos, que, según los Santos Padres, el estilo es el semblante del ánimo, y que de éste recibe la vida; pues según que el ánimo está triste ó risueño, indiferente ó afectado, distraído ú hondamente preocupado, el estilo se eleva ó se abaja, lo cual hace tan difícil toda distinción y clasificación de estilo, como lo sería el querer clasificar todos los semblantes; con todo, desde muy antiguo los autores han convenido en hacer alguna clasificación.

360. Ellos distinguen tres géneros de estilo: uno que llaman *sumiso*, llano, sencillo ó tenue; otro *templado*, medio ó florido; y el tercero *sublime*, magnífico, grandioso ó vehemente. ¿Podremos llamar exacta esta clasificación? «No,

posiciones breves é independientes, pero completas, y éste usó el P. Estella. *Periódico*, si la cláusula se compone de varios miembros, de tal modo encadenados unos con otros, que concurren todos al complemento de la idea general, y éste lo usó el P. Granada.

356. La *harmonía* es de dos maneras: *mecánica* la una, y la otra *imitativa*. La primera consiste en presentar de un modo grato al oído las palabras y los períodos artísticamente combinados. La *imitativa* consiste en adaptar á los sonidos, á los movimientos y hasta á las pasiones las voces, los movimientos y las maneras de decir que tienen cierta semejanza con ellos, como lo hace la figura *onomatopeya*, v. gr., el *estampido* del trueno.

357. No puede negarse, pues, que la armonía hace muy agradable el discurso, y que con sus notas graves y llenas, ya agudas y elevadas á manera de una música melodiosa, es un medio poderoso para agrandar y abrir las puertas del corazón humano; pues de nuestra parte hemos de poner todos los medios que están en nuestra mano, después de poner nuestra confianza en Dios; sin embargo, no podemos abusar de esta cualidad que ha de tener el estilo; porque entonces esta armonía empalagaria, especialmente si se notase afectación en el orador. Procuremos formarnos en nuestro propio estilo con todas esas cualidades que le son tan necesarias, y pronto podremos recoger los copiosos frutos de nuestro trabajo.

LECCIÓN XXIX.

Géneros de estilo.

358. Podemos decir que contribuye á formar el estilo propio de cada uno la educación, los estudios, el genio, las inclinaciones y el gusto; y por tanto, la expresión oratoria, que es el cuerpo visible de la elocuencia, está sujeta á tantas

variaciones cuantas son las inclinaciones y gustos formados de los oradores; que por esto Buffón ha dicho que el estilo «es el hombre mismo.» Y así como la infinita variedad de rostros distinguen tanto á los hombres entre sí, y en esa multitud de semblantes distintos vemos como en un espejo sus sentimientos interiores expresados, así el estilo puede llegar á una variedad prodigiosa, siendo como es el rostro del ánimo, según la expresión de Cicerón: *Oratio vultus animi est*. El estilo es el signo revelador de las inclinaciones y gustos del orador, formados según la educación y los estudios; y por tanto, es inútil disputar sobre los principios fijos del estilo, cuando éstos faltan, y únicamente podremos establecer, como han hecho otros escritores, este axioma tan vulgar: «En materia de estilo, el juez árbitro y soberano es el buen gusto.» Tengamos presente que el estilo es la fisonomía del talento, de la pasión, del carácter del orador; estas palabras de Villamain lo definen en cierto modo exactamente: «Es el alma manifestada exteriormente por medio de la palabra.»

359. Visto ya lo que se entiende por estilo oratorio y las cualidades que deben adornarlo, evidentemente se deduce de esto que todo su atractivo, belleza y energía depende de observar las reglas indicadas, sobre todo la espontaneidad, porque ésta expresa el estilo propio de cada uno de un modo más expresivo y enérgico sin ser violentado; ofreciendo la ventaja que, siguiéndolo, puede ir perfeccionándose y salir aventajado en su género. Y si bien es verdad, como ya dijimos, que, según los Santos Padres, el estilo es el semblante del ánimo, y que de éste recibe la vida; pues según que el ánimo está triste ó risueño, indiferente ó afectado, distraído ú hondamente preocupado, el estilo se eleva ó se abaja, lo cual hace tan difícil toda distinción y clasificación de estilo, como lo sería el querer clasificar todos los semblantes; con todo, desde muy antiguo los autores han convenido en hacer alguna clasificación.

360. Ellos distinguen tres géneros de estilo: uno que llaman *sumiso*, llano, sencillo ó tenue; otro *templado*, medio ó florido; y el tercero *sublime*, magnífico, grandioso ó vehemente. ¿Podremos llamar exacta esta clasificación? «No,

contesta el Sr. Martínez Sanz, porque el estilo resulta de los pensamientos, de la forma, de su expresión y del orden de las palabras en cada cláusula y en toda la oración; y siendo cosas indefinibles los pensamientos, las formas, las expresiones y los modos de coordinarlas, es imposible reducir y encerrar sistemáticamente en determinadas clasificaciones todos los estilos; así es que se han inventado ya, y podrán inventarse, epítetos sin número para distinguirlos: admitimos, pues, la clasificación de estilo sumiso, medio y sublime como convencional, no como filosófica. Esto confirma lo que en un principio hemos dicho sobre la prodigiosa variedad de estilos; sin embargo, esta clasificación está muy bien fundada, porque se ha observado que en los discursos oratorios generalmente domina alguno de estos tres géneros. El *sumiso* para las cosas tenues; el *templado* para las medianas, y el *sublime* para las grandes. Vamos á examinar sus caracteres.

I.—ESTILO SUMISO.

361. Este género, que es tan frecuente en las Santas Escrituras, se distingue por su claridad, exactitud, sencillez y naturalidad. Excluye toda afectación, y emplea únicamente los adornos naturales. Este género *sencillo* tiene encantos indecibles para insinuarse en el corazón de los oyentes cuando va acompañado de la pureza en el lenguaje. Pues, como dice Capmany: «La sencillez es la parte ordinaria de la elevación de sentimientos, porque como consiste en mostrarse tal como uno es, las almas nobles ganan siempre en ser conocidas.» Y sin duda á esta noble sencillez se debe en parte el gran fruto de los misioneros, sobre todo en sus pláticas doctrinales. Un párroco decia á sus feligreses en una Misión que se daba á su parroquia: «No os insto si por alguna causa no podeis asistir al sermón de la tarde; pero no consiento en manera alguna que falteis á las instrucciones de la mañana.» Y todas las madrugadas asistía él personalmente á las instrucciones familiares y sencillas de los misioneros. De tanta importancia las consideraba.

362. De ninguna manera puede creerse que se entiende por sencillez una cosa baja y grosera, nada de esto; la sencillez ésta tiene su nobleza de expresiones, la arrebatadora belleza de la verdad, que llega muchas veces á arrancar aclamaciones del auditorio, dice San Agustín: *Unde autem crebro et multum acclamatur ita dicentibus nisi quia veritas sic demonstrata, sic defensa, sic invita delectat?* Este modo de expresarse tiene un carácter especial de insinuación, agrada, no cansa, puede sostenerse por mucho tiempo, da lugar, con más facilidad que los otros estilos, para introducir cualquier aviso, explicar cualquier medio de perfección y prácticas de virtud. Y si no presenta campo para los grandes movimientos oratorios, en cambio lo presenta para predicar con sencillez evangélica las grandes verdades y enseñanzas de nuestra Santa Religión, que es el modo más conforme á ella; pues que siempre ha condenado la vanidad y presunción de los predicadores aseglarados.

II.—TEMPLADO.

363. Este género medio ó florido no tiene la sencillez del sumiso, ni la energía del sublime; tiene un término medio. Es susceptible de las galas de la elocuencia y primores del buen gusto. Los tropos y las figuras y el estilo sentencioso encuentran aquí un lugar distinguido. Adorna los clásicos panegíricos con sus más bellas coronas. De este estilo, que por su esplendor y galanura se le ha llamado florido, ha dicho San Agustín que su fisonomía es bella y esplendorosa: *Facies pulchra ac splendida dictionis.* Sin que por esto deje de ser un adorno varonil y decente como conviene que use el elocuente eclesiástico: *Ille quoque eloquentia generis temperati apud eloquentem ecclesiasticum, nec inornata relinquitur nec indecenter ornatur.* En una palabra: este templado y florido estilo ha de fluir dulcemente, semejante, dice Quintiliano, á un bello arroyo de agua cristalina y pura, y que lo cubren con su sombra verdes flores por sus dos orillas.

III.—SUBLIME.

364. Este estilo es admirable en su apogeo: lleno de magnificencia, fuego y energía; vehemente, rápido y atrevido; lleno de grandiosas figuras, nobles ideas y sentimientos los más expresivos, arranca lágrimas, excita la admiración, trastorna el corazón, vence, triunfa. Es la verdadera elocuencia. No puede prolongarse, es demasiada fuerte su impresión, los oyentes por largo tiempo no la soportarían, ni el orador tampoco. Este género de estilo, enseña San Agustín, se distingue del templado no tanto por no tener tanto adorno de palabras cuanto por la violencia de los afectos del ánimo. Pues es susceptible casi de los mismos adornos; mas si no los tuviere, no los busca tampoco. Es llevado de su propio ímpetu, se apodera, si se le ofrece, de la belleza de la elocución, en fuerza de la misma ocasión, no del cuidado de buscar los atavíos. Le basta, pues, á ella por lo que se trata, que las palabras adecuadas se elijan no por industria de los labios, sino que sean producidas y sigan el vehemente ardor de nuestro pecho: *Satis enim est ei propter quod agitur, ut verba congruentia, non oris eligantur industria, sed pectoris sequantur ardorem.* Así se expresa el Santo.

365. El mérito de este estilo consiste en excitar en un grado elevado las pasiones, y en no debilitar el efecto que ellas han producido. No debe desvirtuarse la elevación á lo sublime del sentimiento obtenido por este género de estilo, á fin que nos conduzca al logro de lo que pretendemos, que es la completa conquista del corazón. Enérgicas figuras, rápidas interrogaciones, atrevidas apóstrofes sostienen este estilo en toda su vehemencia. «Aquí el orador llamará también á los difuntos, como á Apio el ciego, dice el P. Granada. Por su boca exclamará también la patria, y hablará con alguno, como se ve en la oración que dijo Cicerón *contra Catilina* en el Senado... Este género de hablar quiere las palabras magníficas y sonoras, y en asuntos atroces, como antes dijimos, ásperas al mismo oído, y digámoslo así, es-

truendosas.» Los Libros Santos abundan en rasgos de una sublimidad exquisita. Léanse con reflexión los Salmos, muchísimos de ellos son notabilísimos bajo este concepto: *Notus in Judea Deus.* (Ps. LXXV): «A tu amenaza, Dios de Jacob, adormeciéronse los que montaron en caballos. Tú eres terrible, ¿y quién te resistirá? desde entonces tu ira. Desde el cielo hiciste oír tu juicio: la tierra tembló, y se sosegó. Cuando se levantó Dios á juicio, para salvar á todos los mansos de la tierra.» Casi todos los Salmos en todo ó en parte tienen este lenguaje tan sublime y vehemente adornado de las bellas metáforas é imágenes grandiosas. Fuera de los Libros Santos ¿en dónde se encontrarán expresiones más grandiosas y sublimes que éstas puestas en labios del Omnipotente? *Levabo ad cælum manum meam et dicam: Vivo ego in æternum. Si acvero ut fulgur gladium meum, et arripuerit iudicium manus mea: reddam ultionem hostibus meis, et his qui oderunt me retribuam.* Léase detenidamente este cántico de Moisés, que ocupa casi todo el capítulo xxxii del Deuteronomio, y se verá que entonando ya el Santo Legislador en un estilo sublime desde el principio: *Audite, cæli, quæ loquor; audiat terra verba oris mei,* sostiene con entereza é igualdad esta sublimidad de estilo hasta el final de su cántico. No nos cansaríamos de hacer ver las bellezas de los Libros Santos, que tan abundantes minas ofrecen al sagrado orador.

366. Con esto se ve que el *estilo sublime* no consiste en huecas palabras y alharaca de frases, sino en el fuego y animación del discurso; no en la multiplicación de epítetos, y frivolidad de rebuscadas figuras, sino en la vida, en el alma del sentimiento y de la expresión en su más elevado punto, en las grandes figuras, en el calor y el movimiento del discurso, entonces el estilo sublime se muestra lleno de vida, en toda su energía; «entonces, dice Capmany, veremos que no tiene necesidad del curso uniforme de los períodos, ni de una elegancia cadenciada.»

367. Los misioneros han de tener presente esto. Ellos que tantas veces, como los Profetas, han de tronar contra los vicios de Israel, y han de pasar la vida entre las batallas que libran á tantos corazones rebeldes y endurecidos; para

que, con la ayuda de Dios, su celo ardoroso pueda conseguir grandes victorias contra todo el infierno junto, armados de la espada de la divina palabra, con este estilo vehemente y patético del que con tanta frecuencia han de hacer uso.

368. Nada se opone que los tres géneros se encuentren en un mismo discurso, aunque uno de ellos sea el dominante, cuyo nombre da al estilo, y esto por dos razones: la primera es de San Agustín, quien dice que las cosas grandiosas lo parecen mucho más al lado de las sumisas: *Ex illorum fiant comparatione grandiora, et eorum tamquam umbris luminosiora reddantur*. La segunda la da Cicerón para evitar una monotonía exagerada, que llegaría á causar hastío: *Omnibus in rebus similitudo satietatis est mater*. Y así una oportuna mezcla de estilos en la oración hace á ésta agradable, aunque se vaya prolongando: *Etiam si longius eat, decentius procedit oratio*, dice San Agustín.

369. Debe tenerse presente que *sublime* es lo superior, lo más elevado en su género. Hay la sublimidad *objetiva*, que está en las cosas, por decirlo así; y la *subjetiva*, en las ideas ó en los sentimientos, los cuales pueden expresarse con lenguaje natural y sencillo; pues el estilo sublime sólo resulta de la grandiosidad de la expresión; v. gr. *Fiat lux*; esto es *sublime de idea* que se refiere á lo sublime de las imágenes expresada con sencillez. «Mis palabras antes de herir vuestro corazón han herido al mío,» dijo San Crisóstomo; esto es *sublime de sentimiento*. *Si consistant adversum me castra non timebit cor meum* (Ps. xxvi), sentimiento sublime y expresión natural. Aunque haya sublimidad de ideas y sentimientos, lo repetimos, no hay estilo sublime sin la grandeza de la expresión. El Salmo cvi es sublime en las ideas, sentimiento y expresión.

370. Antes de concluir sobre el estilo observaremos que en cualquier género de estilo en que se ejercite el orador cristiano ha de ser popular, pues al fin y al cabo es el predicador de los pueblos; que debe expresarse en un estilo que todos le comprendan, al cual comunmente se ha convenido en llamar: *estilo popular*. Este estilo hace eficaz la elocuencia, el pueblo la comprende, se deja arrastrar á lo sublime, á lo heroico, aplaude, se electriza, da lugar al ora-

dor para los grandes movimientos oratorios, se remueven las grandes pasiones del pueblo, porque se les puede predicar con más libertad y sencillez el Santo Evangelio sin tantas filosofías, metafísicas, ni retóricas forzadas, libre la verdad de aquella pesada terminología, que muchos no la comprenden. Cicerón decía: «La señal infalible de que uno es orador, es de parecerlo al pueblo.» Y estaba de ello tan persuadido, que añadía: «Yo quiero que mi elocuencia sea gustada por el pueblo.» Mas esta palabra al mismo tiempo que popular, ha de ser digna del Santo Evangelio, y de las almas de cuya salvación se trata. «Yo me apresuro á decirlo, se exclama el P. Mullois, misionero apostólico, la popularidad del discurso no consiste en manera alguna en servirse de un lenguaje común, trivial y grosero; el pueblo mismo no lo quiere, y lo mira como ultrajante para su inteligencia y para su dignidad. El pueblo tiene mucho más tacto de lo que se piensa; él sabe perfectamente lo que conviene á cada uno, tiene un exquisito sentimiento de las conveniencias; él quiere que su orador hable mejor que él. Al pueblo le gusta la dignidad en la palabra; y por esto todas las veces que nombra delante de vosotros una cosa menos cortés, buen cuidado tiene de añadir su frase proverbial: *Salvo vuestro respeto*. Consideremos que á todos somos deudores, como decía el Apóstol, á los ricos como á los pobres, á los sabios como á los ignorantes; que el Santo Evangelio es para todos, y entonces nuestro estilo será popular, enérgico, eficaz y fructuoso para bien de muchas almas. La elocuencia de San Juan Crisóstomo fué muy popular, pero también muy aplaudida.

LECCIÓN XXX.

Lenguaje natural, trópico y figurado.

371. El hombre cuando siente y piensa con alguna pasión y energía, esta misma fuerza le hace hablar con más ó menos animación, haciéndole salir del lenguaje natural, para usar del figurado, con el cual pueda dar forma más grandiosa á sus conceptos y expresiones, y un más vivo colorido á los sentimientos vehementes que se han apoderado de él. Podríamos figurarnos cual pintor que echa mano de los colores más oportunos para iluminar y dar vida á la imagen que tiene entre manos. Este es el lenguaje *figurado*. Que éste es un grande adorno de la elocuencia, ni un momento lo podemos poner en duda, pues vemos que hasta los hombres rústicos lo usan, como una cosa que les viene muy natural, cuando están agitados de alguna pasión, y quieren dar todo su propio valor á la expresión: «Mi compañero se batió como un *león*.» «¡Qué mundo éste! el pez grande se come el pequeño.» Quitad estas figuras ó modo de hablar, y la locución pierde toda su fuerza, sin que haga comprender la vehemencia del ánimo del que la pronuncia, y éste no puede quedar satisfecho tal como lo quería y exigía la necesidad en que se encontraba de manifestar aquel sentimiento del modo que en su interior lo sentía. El lenguaje *figurado* es una verdadera necesidad en el hombre.

372. La fantasía y el corazón tienen sus riquezas, de las cuales usa la elocuencia sin hacerse esclava de ellas, pero sin que tampoco pueda desprenderse de las mismas; porque la inteligencia, el corazón y la imaginación engendran la elocuencia, la cual como á verdadero parto suyo expresan las cualidades de su origen, á saber: los pensamientos del entendimiento, los afectos del corazón, y las imágenes de la fantasía, cuales tres cosas concurren á formar el *pensa-*

miento oratorio, sin que entre ellas puedan separarse, como no pueden tampoco las facultades de pensar, imaginar y sentir de donde ellas proceden. Y la elocuencia toma esta *idea*, revestida de esta *imagen*, animada de este *afecto*, y ved ahí que presenta el *pensamiento oratorio* en toda su belleza y atractivo, para trasladarlo con toda su vida, con todas sus propiedades, y aún con todos sus accidentes si posible fuera, en la inteligencia, en el corazón, en la fantasía de los oyentes, con todo el fuego, actividad y energía de que ella es capaz en aquella creación, en aquel laborioso trabajo de las facultades del alma.

373. Hay quienes considerando que las operaciones del alma no pueden dividirse, tratan de analizar separadamente los que se consideran como productos inmediatos de la imaginación, que los preceptistas llaman imágenes, y los que son hijos del entendimiento que se llaman pensamientos, sin que quieran admitir, rigurosamente hablando, la denominación de figuras, que no son otra cosa que los diferentes matices y grados de calor que la fantasía y el corazón prestan á los pensamientos. Convenimos perfectamente en que aquel que no piensa, imagina y siente á la vez, deja de ser orador mientras se encuentra en tal estado, pues el lenguaje elocuente ha de ser la expresión simultánea de las tres facultades del alma; mas si miramos el fondo de la cuestión, dejando aparte el lado filosófico que tiene, y que mira á la esencia de la elocuencia, y nos fijamos únicamente en la forma más ó menos bella de expresar nuestros pensamientos, revestidos del calor y vida que les dan nuestras facultades al pasar por ellas, veremos que substancialmente todos en ambas opiniones vienen á decir lo mismo; pues de otra manera no podríamos entendernos, ni clasificar debidamente nuestros pensamientos. Y así, el nombre de *figuras* que á éstos dan los preceptistas, no es otra cosa sino en cuanto bajo tal ó cual forma el pensamiento se expresa, se contiene y se limita; así como en las figuras geométricas, que limitadas en cierto espacio por líneas, toman diferentes nombres, según sus varias formas.

374. Que unos, sin admitir la denominación de *figuras*, les llamen *pensamientos-imágenes*, *pensamientos-afectos*,

y pensamientos que sean á la vez imágenes y afectos, diciendo que lo que se ha dado en llamar *figuras* no son más que el lenguaje de la imaginación ó de las pasiones, según era la situación moral del que hablaba ó escribía; que otros, por el contrario, admitan las *figuras*, y hasta las multipliquen excesivamente, siempre hay que convenir que el pensamiento tiene su *forma* de expresión, á la que comunmente se ha llamado *figura*, fórmula generalmente recibida en todos tiempos. De igual modo hay que convenir que el estudio de los tropos y figuras es muy necesario para el adorno y atavío de la elocuencia, y que sin este estudio nos veríamos privados de tantos tesoros de belleza como contienen las Sagradas Escrituras en su prodigiosa multitud de tropos y figuras, sin que pudiéramos comprender su sentido, ni percibir la luz, calor y sentimiento que encierran. Los Santos Padres nos dejaron sobre esto notables trabajos.

375. Deben evitarse los extremos, porque siempre son viciosos; y sin duda porque ha habido preceptistas que todo han querido amoldarlo al riguroso compás de las figuras, ó multiplicando éstas excesivamente, matando la verdadera elocuencia, sacrificando su belleza y su vigor, ha podido exclamar después de esto el distinguido escritor Sr. Rubió y Ors: «Y ojalá lo hubiesen reconocido así ó hubiesen tenido valor para confesarlo, si así lo creían, los preceptistas, ya que de esta suerte se hubieran ahorrado perder el tiempo y hacerlo perder á sus discípulos en divisiones y subdivisiones inútiles, y llenar su memoria de palabras exóticas y de definiciones frías, capaces de matar las imaginaciones más lozanas y de secar los corazones más sensibles.» Mas hecho con el debido modo y moderación, y supuesto todo lo dicho, repetimos, que el estudio del lenguaje figurado es muy útil y necesario.

376. Tres clases de lenguaje distinguimos: el *natural*, el *figurado* y el *tropico*. Cuando el ánimo en su natural reposo ejerce sin ninguna alteración sus funciones mentales con toda tranquilidad, entonces se expresa sencillamente en su lenguaje *natural*, y éste es objeto de la gramática, que se ocupa de la expresión lógica y correcta de los fenómenos de nuestro espíritu. Cuando el ánimo está más ó menos con-

movido, y se aparta de aquella natural sencillez, y que á las palabras les da otro sentido de su primer y recto significado, entonces es lenguaje *figurado*, el cual es objeto de la retórica, que versa sobre tales fenómenos, y da reglas para su buen empleo y evitar cualquier extravío, que tan fácil es cuanto mayor es la libertad en que se obra, como desgraciadamente sucedió á algunos de los antiguos.

377. El lenguaje *figurado* no deja por esto de ser expresión natural de cuanto pasa en nuestro interior; es de tanta naturalidad para el hombre, que evidentemente no es, ni puede ser invención de escuelas. Todos usan y han usado siempre este lenguaje, lo mismo los hombres ilustrados que la gente sencilla del campo; el mismo calor, la misma energía, los mismos colores en el pensamiento expresado, sin que ni siquiera se aperciban de ello, siendo tanta multitud de individuos en las distintas y bien desiguales posiciones sociales. ¿Quién no ve que á esta espontaneidad de afectos no se les ha podido dar una forma preparada de antemano? Vemos que, turbado el hombre, con viveza pregunta: es la *interrogación*; ya sorprendido su ánimo por un grande afecto, lanza un gemido, un grito: es la *exclamación*, *admiración*; ya repentinamente se encara contra una persona: es la *apóstrofe*; ya conmovidas sus entrañas por el sufrimiento del prójimo, ruega, se interesa: es la *obsecración*; teme ofenderle en alguna palabra menos conforme, y la calla: es la *preterición*. En todos estos modos de expresarse vemos que el hombre no emplea ningún estudio, sino que todo le viene muy natural. Estas expresiones, que reflejan todos los fenómenos de nuestro interior, tienen su propio nombre, como después ya veremos.

378. Véase, pues, qué naturalidad tan grande tiene el lenguaje figurado, y que la retórica lo que únicamente ha hecho es dar reglas para el orden y uso de las figuras, que nacen espontáneamente en el discurso. «Porque, dice el señor Sánchez Arce, así como no es buen poeta el que al componer mide las sílabas de un verso por los dedos, tampoco podrá componer con elocuencia el predicador que, al formar sus discursos, tuviese la extraña y ridícula precaución que le condujese á emplear ahora la *hipérbole*, luego la *antite-*

sis; aquí la *exclamación*, más allá el *apóstrofe*, y todo esto como el diamantista que, formando un rico florón, va tomando de aquí y de allí las piedras preciosas con que cuenta para colocarlas simétricamente. Lejos de nosotros tal artificio en el uso de las figuras, cuya sola consideración da una pobre idea del que de este modo lo emplease, y su obra resultaría tan pobre como él.»

379. Expontáneas por consiguiente han de ser las figuras, porque no son otra cosa que el efecto del estado de nuestro ánimo en las diversas pasiones que lo agitan. En algunos casos la moción de nuestro ánimo es moderada; otras veces la fuerza de convicción es tan vehemente que no satisface el lenguaje natural, y necesitamos revestir el pensamiento de ciertas formas; otras queremos interesar y ponemos en juego la imaginación; otras veces queremos mover, y nuestro lenguaje es apasionado, efecto de la agitación de nuestro corazón, y todos estos diferentes movimientos producen lo que llamamos figuras gramaticales, de raciocinio, de expresión y de pasión.

380. Ahora bien, cuando los términos se emplean en sentido propio, según la significación con que fueron establecidos, en todas dichas expresiones el lenguaje es *figurado*. Cuando la significación propia de los términos se traslada para significar un objeto que no tiene aquella natural significación, el lenguaje es *tropico*. Vemos cuán fácilmente son usados tropos por toda clase de gentes. Dice uno: «He tenido tal cuidado en domesticar los animales de mi bosque, que dentro de poco habitará el lobo con el cordero; y el leopardo se echará con el cabrito: el becerro y el león y la oveja andarán juntos.» Esta locución es *natural*, pero en los labios del profeta Isaías fué una bellísima *metáfora*, que profetizaba los tiempos del Redentor, en los cuales los que antes eran feroces y crueles como leones, lobos y tigres, depuesta su ferocidad y perversidad de costumbres, se revestirían de humanidad y mansedumbre: *Habitabit lupus cum agno: et pardus cum hodo accubabit: vitulus et leo, et ovis simul morabuntur.* (Is. xi, 6). Obsérvese que los términos son los mismos en ambos casos; mas en este último, como se aplican á cosas para cuyo significado no fueron instituidos, tenemos el lenguaje *tropico*.

381. Con todo lo dicho hasta aquí puede comprenderse fácilmente cuál es la índole del lenguaje *natural*, *tropico* y *figurado*; sin embargo, para más comprensión de ello estableceremos estas dos reglas:

Regla 1.^a Es regla general que el lenguaje *natural* pasa á ser *tropico*, cuando lo dicho *fisicamente* se dice en sentido *moral*, v. gr.: «En este ejército hay un *león*.» Si *realmente* está allí dicho animal, lo he dicho *fisicamente*, y es lenguaje *natural*; si no está dicho animal, y lo digo sólo en sentido *moral* del valor de un soldado, es lenguaje *tropico*.

382. 2.^a Ordinariamente siempre que hablamos conmovidos por alguna pasión hay lenguaje *figurado*, porque regularmente nos salimos del estado de reposo, v. gr.: «¿Cuándo te arrojarás, invencible *león*, sobre el enemigo?» Aquí vemos que en el lenguaje *tropico*, hay juntamente el *figurado*: la *interrogación*.

383. Con esto acabamos de ver cuánta belleza y cuánta variedad de formas tiene el lenguaje en su expresión más natural en el hombre, y la admirable inflexión para ser espejo fiel del alma en los diversos sentimientos que experimenta, no ya como un vestido que se acomoda al cuerpo, sino con más exactitud, como la imagen en el espejo, se refleja la idea en la frase, en el lenguaje.

384. Sorprende realmente el poder del lenguaje. «¡Qué vehículo tan delicado se ha hecho, exclama Blair, para comunicar todos los pensamientos del entendimiento humano, y aún las más sutiles y delicadas operaciones de la imaginación! ¡Qué instrumento tan dócil y flexible en manos de quien sepa emplearlo con arte, y pronto á tomar cualquiera forma que se le quiera dar! No contento con una simple comunicación de ideas y de pensamientos, pinta á la vista aquellas ideas, y da colorido y relieve, aún á las más abstractas. En las figuras que emplea nos pone delante un espejo, donde segunda vez podamos ver los objetos en toda su semejanza.»

385. Existiendo, pues, como acabamos de ver, el lenguaje figurado, en cuanto el entendimiento presta sus *ideas*, la fantasía sus *imágenes* y el corazón sus *sentimientos*, y

todo esto lo expresamos bajo determinadas formas, y si bien es verdad que esta expresión figurada le es muy natural al hombre, pues le permite desahogar los afectos de su corazón, y todos los sentimientos de su alma con el fuego de su imaginación, con todo para evitar indiscreciones é imprudencias que podrían costar caras, y saber manejar oportunamente las figuras cuando se presentan espontáneamente en el discurso para darle gracia, calor y energía, pasaremos á tratar de los *tropos* y *figuras* principales.

LECCIÓN XXXI.

Tropos de pensamiento y de dición.

386. **Tropo**, se traduce del griego *vuelta*, *mudanza* ó *traslación*, porque en realidad volvemos la palabra de su sentido recto natural, á significar otro sentido que no tenía, si bien con alguna semejanza en el significado. Así, *bayoneta*, en su sentido propio no significa *soldado*, pues sólo es parte de su armamento; y no obstante, decimos: Esta nación tiene un millón de *bayonetas*, por decir un millón de *soldados*; tomando el todo por la parte, el agente por el instrumento, como otras veces se toma la causa por el efecto, y otras por la señal la cosa significada. Los *tropos* son muy abundantes en los Libros Santos, especialmente en los proféticos del Antiguo Testamento, y esto se comprende al considerar que un lenguaje enérgico los exige de necesidad, pues los *tropos* hacen que sean más sensibles á los demás lo que nosotros experimentamos.

387. Los *tropos* están destinados á producir cuatro efectos principales: 1.º **Dar hermosura al lenguaje**: «El huracán de la revolución hace temblar las testas coronadas.» Pudiendo haber dicho en estilo sencillo: «Los monarcas temen la revolución.» Expresión que no es tan bella como la otra, porque carece de aquella *imagen* que nos representa la cosa como que estuviese á nuestra vista.

388. 2.º **Darle mayor energía**. Logramos con ellos transmitir de un modo más sensible á los demás la impresión que nos domina; v. gr.: Un hombre *ciego* de furor; aquél está *muerto* de cólera; éste se halla *adormecido* en los vicios; el enfermo está en *brazos* de la muerte. La patria *llora* la perdición de sus hijos.

389. 3.º **Templan y modifican las ideas desagradables**. Sirven para no usar palabras indecentes y groseras y tan bajas; v. gr.: «Los malos son la *cloaca* del Estado,» que dijo uno; ésta es demasiado baja. Hemos de valernos de la perífrasis, de la que luego trataremos.

390. 4.º Sirven para poner en cierto modo ante los ojos aquellas imágenes que se nos han presentado para expresarnos, á causa de la vivacidad con que lo sentimos; v. gr.: Duerme como un tronco; corre como un gamo; pesa como plomo; vuela como el viento; le arrastran las pasiones; resbala en un precipicio; resplandece su virtud.

391. Los *tropos*, como se ve, dan alma á los vegetales, vida á los objetos insensibles, á los vientos alas, cuerpo á los pensamientos, y animación á todo el universo; y si no lo hacen, si no producen estos efectos, son defectuosos, hacen el discurso detestable, dice un escritor. Y en efecto, un empleo tan miserable de *tropos* acusaría en el orador muy poco gusto, ó tal vez afectación, presunción, deseos de honra y vana estimación propia, con grande perjuicio de su sagrado ministerio. Apártense las impertinencias, expresiones impropias y bajas, no perdiendo de vista el fin de la predicación evangélica.

392. Los *tropos* son de dos géneros: de *dición* y de *pensamiento*. Los primeros consisten en el orden y colocación de las palabras; cambiadas éstas ó trastornado el orden, ya no existen tales *tropos*. Los de *pensamiento*, á pesar de tal mutación, siempre existen en el fondo.

393. 1.º Los *tropos* de dición son: *Metáfora*; *Sinécdoque*; *Metalepsis*; *Metonimia*; *Antonomasia*; *Onomatopeya*, y *Catacrexis*.

2.º Los *tropos* de pensamiento son: *Alegoría*; *Antífrasis*, ó *Ironía*; *Perífrasis*, é *Hipérbole*. De todos los cuales pasamos á tratar.

todo esto lo expresamos bajo determinadas formas, y si bien es verdad que esta expresión figurada le es muy natural al hombre, pues le permite desahogar los afectos de su corazón, y todos los sentimientos de su alma con el fuego de su imaginación, con todo para evitar indiscreciones é imprudencias que podrían costar caras, y saber manejar oportunamente las figuras cuando se presentan espontáneamente en el discurso para darle gracia, calor y energía, pasaremos á tratar de los *tropos* y *figuras* principales.

LECCIÓN XXXI.

Tropos de pensamiento y de dición.

386. Tropo, se traduce del griego *vuelta*, *mudanza* ó *traslación*, porque en realidad volvemos la palabra de su sentido recto natural, á significar otro sentido que no tenía, si bien con alguna semejanza en el significado. Así, *bayoneta*, en su sentido propio no significa *soldado*, pues sólo es parte de su armamento; y no obstante, decimos: Esta nación tiene un millón de *bayonetas*, por decir un millón de *soldados*; tomando el todo por la parte, el agente por el instrumento, como otras veces se toma la causa por el efecto, y otras por la señal la cosa significada. Los *tropos* son muy abundantes en los Libros Santos, especialmente en los proféticos del Antiguo Testamento, y esto se comprende al considerar que un lenguaje enérgico los exige de necesidad, pues los *tropos* hacen que sean más sensibles á los demás lo que nosotros experimentamos.

387. Los *tropos* están destinados á producir cuatro efectos principales: 1.º **Dar hermosura al lenguaje:** «El huracán de la revolución hace temblar las testas coronadas.» Pudiendo haber dicho en estilo sencillo: «Los monarcas temen la revolución.» Expresión que no es tan bella como la otra, porque carece de aquella *imagen* que nos representa la cosa como que estuviese á nuestra vista.

388. 2.º **Darle mayor energía.** Logramos con ellos transmitir de un modo más sensible á los demás la impresión que nos domina; v. gr.: Un hombre *ciego* de furor; aquél está *muerto* de cólera; éste se halla *adormecido* en los vicios; el enfermo está en *brazos* de la muerte. La patria *llora* la perdición de sus hijos.

389. 3.º **Templan y modifican las ideas desagradables.** Sirven para no usar palabras indecentes y groseras y tan bajas; v. gr.: «Los malos son la *cloaca* del Estado,» que dijo uno; ésta es demasiado baja. Hemos de valernos de la perífrasis, de la que luego trataremos.

390. 4.º Sirven para poner en cierto modo ante los ojos aquellas imágenes que se nos han presentado para expresarnos, á causa de la vivacidad con que lo sentimos; v. gr.: Duerme como un tronco; corre como un gamo; pesa como plomo; vuela como el viento; le arrastran las pasiones; resbala en un precipicio; resplandece su virtud.

391. Los *tropos*, como se ve, dan alma á los vegetales, vida á los objetos insensibles, á los vientos alas, cuerpo á los pensamientos, y animación á todo el universo; y si no lo hacen, si no producen estos efectos, son defectuosos, hacen el discurso detestable, dice un escritor. Y en efecto, un empleo tan miserable de *tropos* acusaría en el orador muy poco gusto, ó tal vez afectación, presunción, deseos de honra y vana estimación propia, con grande perjuicio de su sagrado ministerio. Apártense las impertinencias, expresiones impropias y bajas, no perdiendo de vista el fin de la predicación evangélica.

392. Los *tropos* son de dos géneros: de *dición* y de *pensamiento*. Los primeros consisten en el orden y colocación de las palabras; cambiadas éstas ó trastornado el orden, ya no existen tales *tropos*. Los de *pensamiento*, á pesar de tal mutación, siempre existen en el fondo.

393. 1.º Los *tropos* de dición son: *Metáfora*; *Sinécdoque*; *Metalepsis*; *Metonimia*; *Antonomasia*; *Onomatopeya*, y *Catacrexis*.

2.º Los *tropos* de pensamiento son: *Alegoría*; *Antífrasis*, ó *Ironía*; *Perífrasis*, é *Hipérbole*. De todos los cuales pasamos á tratar.

I.—TROPOS DE DICCIÓN.

394. 1.º **Metáfora.** Es el tropo por excelencia. Se distingue de todos los demás por ser en éste la traslación completa. San Agustín, lo mismo que antes Cicerón, la han definido: *A re propria ad rem non propriam, alicujus verbi usurpata translatio.* En los otros tropos no es traslación completa, porque el término, aunque signifique otras cosas, siempre continúa expresando su propio objeto, v. gr. la metonimia: una armada de cien *velas*, por cien *navíos*.

395. La semejanza que percibimos en dos objetos nos obliga á usar de la *metáfora* para dar más energía á la expresión, sin que manifestemos exteriormente aquella comparación que nuestro entendimiento ha percibido. Digamos, pues, que la *metáfora* es una perfecta comparación abreviada. Nosotros analizamos en un nombre su propio y riguroso significado que nos señala *inmediatamente* un objeto, v. gr. FUEGO, esto es, el material; mas al mismo tiempo concebimos en otro objeto distinto algunas relaciones, ó puntos de comparación, y entonces, por medio de una bella *metáfora* expresamos con viveza y energía lo que sentimos, *mediante* aquel nombre que nos sirve de punto de comparación y en el cual incluimos entero nuestro pensamiento: Aquel joven se abrasa al FUEGO de sus pasiones. Aquí notamos aquella natural comparación, una perfecta analogía, completa traslación, por la cual un término que tiene su propio é inmediato sentido, pasa á significar otro objeto extraño en fuerza de ciertas relaciones y puntos de comparación que entre ambos existen; y con esto la elocuencia recibe alma, vida y calor de la oportuna *metáfora* que así anima y da vivos colores y belleza á todo el discurso. Así en este texto del Salmo XLIV, 8: *Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo letitiæ;* aquí la palabra *oleo*, ya pierde su natural y propia significación, ya no significa aquel líquido que sirve para ungir cualquier parte del cuerpo, sino que significa la *unción de la divina GRACIA*, y esto por la comparación del

accite, y la *gracia*, la cual derrama el Señor en las almas justas. «Vosotros sois la *sal* de la tierra,» dijo Jesucristo á sus Apóstoles. Esta palabra *sal* está tomada metafóricamente; porque así como la *sal* tomada en sentido propio preserva la carne de corrupción, así la doctrina de los Apóstoles debía preservar con su virtud de la corrupción de costumbres y del error. *Apagad las llamas abrasadoras* de la concupiscencia. Su pensamiento *volaba* por los espacios imaginarios. Su fama *levantóse á una altura* prodigiosa; *corrió* largas tierras. Se ve con estos ejemplos la energía, viveza y encanto que la *metáfora* presta al lenguaje, al mismo tiempo que crea un nuevo mundo de ideas, y nuevas formas de bellísima expresión.

396. No hay más diferencia entre la *metáfora*, y la *comparación* ó *simil*, sino que ésta se sirve expresamente de los términos que manifiestan que una cosa se compara á otra para dar más claridad al pensamiento; v. gr.:

Comparación: «Este hombre es como un león.»

Metáfora: «Este hombre es un león;» dicho así simplemente, la comparación no está sino en nuestro espíritu, mas no en los términos, como se ve.

397. «La escasez del lenguaje metafísico, dice el señor Martínez y Sanz, nos obliga á tomar los nombres de objetos sensibles para expresar los intelectuales; la invención y descubrimiento de nuevos objetos en las ciencias físicas y el reino de la naturaleza, hace también que nos sirvamos de un mismo nombre para significar diversos objetos: plácenos además el contraste ó la semejanza que nos ofrecen varios seres, y de aquí el gusto que nos causan las expresiones trasladadas. Empleando nombres propios de objetos sensibles para expresar los intelectuales, logramos hacer éstos perceptibles al espíritu, á la imaginación, y, en cuanto cabe, á los sentidos. La necesidad, pues, y el placer son las dos causas que han producido el lenguaje trópico; y como éste es completísimo en las *metáforas*, estas figuras son las más usadas.»

REGLAS PARA SU USO.

398. 1.^a La metáfora ha de versar sobre objetos conocidos, pero que no sea tanta la semejanza que entre sí puedan confundirse.

2.^a Debe ser digna, de tal manera que jamás se tome de objetos bajos ni indecentes.

3.^a Que cuando se usan metáforas atrevidas deben templarse, pidiendo gracia por la hipérbole, para que los oyentes no sean inducidos al error.

4.^a Sólo debe emplearse en obsequio de la verdad, sin permitir que el brillo de esta figura deslumbrase de tal manera al auditorio que llegue á creer lo falso como á verdadero.

399. Hay hermosísimas metáforas en los escritos de los Santos Padres, de las cuales han sabido aprovecharse los oradores cristianos, las cuales saben al más delicado y acabado gusto de fina elocuencia: Masillón, en un sermón sobre la mezcla de los buenos y de los malos, dijo: «El justo puede condenar confiadamente en los demás lo que él se prohíbe á sí mismo; sus instrucciones no se avergüenzan de su conducta.» Mas muchos siglos antes, como observa el Sr. Martínez y Sanz, ya Tertuliano había dicho: *Ne dicta factis deficientibus erubescant*. Y San Jerónimo á Nepomuciano: *Non confundant opera tua sermonem*.

400. Lo mismo que Flechier cuando dijo del insigne Macabeo: «Murió sepultado en su propia gloria;» ya siglos antes San Ambrosio, hablando de la muerte de Eleázaro, había dicho: *Cujus (elephant) ruina inclusus magis quam oppressus, suo est sepultus triumpho*. Y muchísimas otras metáforas por las cuales los oradores modernos de primer orden fueron muy elogiados, mas cuya invención tan ponderada se debe principalmente á los Santos Padres, como se ve en el cotejo con ellos de muchísimas del célebre Bossuet, que tan bien supo aprovecharse del estudio de las obras de los Padres de la Iglesia, digno por ello de toda alabanza.

401. 2.^o Sinécdoque. Resulta esta figura, cuando se aplica el nombre de un objeto á otro, fundando esa trasla-

ción, en la *coexistencia* de ambos objetos. Y como la razón de coexistencia es tan extensa, resulta que es indefinido el uso de esta figura: se acostumbra usar tomando el todo por la parte; la materia por la obra; el género por la especie; el plural por el singular; el signo por la cosa significada; los antecedentes por los consiguientes, y viceversa. En estos dos últimos casos es la figura *metalepsis*; v. gr., *no le callé nada*, esto es, *se lo dije todo*.

402. 3.^o Metonimia. Se funda en la sucesión de los dos objetos. Se comete tomando la causa por el efecto, y viceversa; el continente por el contenido; el nombre de un país por sus habitantes; el nombre del inventor por la cosa inventada; el autor de un libro por el libro mismo; y el instrumento por el agente; v. gr.: «Tráeme San Juan Crisóstomo,» esto es, sus obras; en cuyo lugar se ha puesto el nombre del autor.

403. 4.^o Antonomasia. Es cuando por excelencia se toma el nombre apelativo ó común en vez del propio, ó al contrario. Por ejemplo: «El Apóstol,» por San Pablo. «El Seráfico Patriarca,» por nuestro Padre San Francisco. «El Angélico Doctor,» por Santo Tomás de Aquino. También cuando se toma el nombre de la patria por el de sus famosos hijos; v. gr.: «El Nacienceno,» por San Gregorio de Nacianzo.

404. 5.^o Onomatopeya. Significa imitación de nombre, que consiste en la elección de voces que en algún modo imiten el sonido de la voz, ó el ruido que hacen las cosas que nombramos. Así decimos: El *gorjeo* de las aves; el *balido* de las ovejas; el *maullido* del gato, y el *graznido* del cuervo. Asimismo imitamos el ruido que hacen los objetos inanimados con el sonido de la palabra que formamos por cierta analogía; v. gr.: *El estampido* del rayo; el *crugido* de la nave; el *choque* de las armas; el *chisporroteo* del fuego, y el *bramido* de las olas.

405. 6.^o Catacrexis. Cuando empleamos una voz fuera ó en contra de su propio significado. Es decir: acomoda á las cosas que no tienen nombre propio, otro más cercano por alguna analogía; v. gr.: *Parricida*, el que mata á su madre; pues no teniendo otro nombre más cercano le ponemos

éste, aunque significa propiamente matar al padre. Así decimos: Salen dos *plumas* de agua; este libro consta de cien *hojas* de papel.

II. TROPOS DE PENSAMIENTO.

406. 1.º **Alegoría.** Es una serie continuada de metáforas, en donde las ideas accesorias descubren fácilmente el sentido. «Es un cuadro de doble vista, ha dicho el Sr. Sánchez Arce; por la representación de objetos conocidos nos conduce agradablemente al conocimiento de otros ocultos bajo emblemas.»

407. Lo veremos mejor con ejemplos. Es hermosa esta alegoría que de la fortaleza y prosperidad de la Iglesia bajo la figura de una nave hace el Padre San Agustín: «Después que esta nave ha sido edificada en Jerusalén y echada en medio de este mar tempestuoso, las montañas de entumecidas olas, y el ímpetu de los vientos enfurecidos, mientras la empujan de uno á otro lado, aportaron al litoral de todas las naciones de la tierra, y de allí condujo ella cuantas extrañas y preciosísimas mercancías encontró.» Y en seguida el mismo santo Doctor da la explicación de esta bellísima alegoría: *Naviculam Ecclesiam cogitate; mare, hoc seculum; ventum et fluctus, persecutiones*, etc. (Serm. 14 *De Verb. Dom.*). Las alegorías dan una incomparable belleza al discurso usadas con discreción.

REGLAS PARA SU USO.

408. 1.ª La **Alegoría** no debe mezclar el lenguaje trópico con el natural, sino que desde un principio presenta el sentido literal, hasta que al llegar al fin descubre por medio de una semejanza ó comparación lo que quiere expresar. Como en la arriba citada, concluye la suya San Agustín, diciendo: «Considerad que la navecilla es la Iglesia.» Igualmente decimos: «El hombre, después de sus floridos años, llega al invierno de la vida; ¡ah! los árboles al llegar al in-

vierno se despojan de sus hojas, se secan sus ramas, se endurece el tronco, pierden toda su hermosura, se cubren de espesas capas de nieve, y expuestos á los rigurosos fríos de tan cruda estación, no esperan sino la muerte. Esta es la vejez.» La semejanza de la vejez descubre la *alegoría*.

409. 2.ª Debe ser clara, á fin de evitar la oscuridad y embarazo; sin llevarla demasiado lejos, ni hacerla exagerada, para que no degenera en *enigma*. San Jerónimo reprehende el abuso de Orígenes sobre la *Alegoría*.

410. 3.ª Tener presente el doble cuadro que tenemos á la vista, persistiendo siempre en la misma semejanza empezada, no pasando bruscamente de una imagen á otra, dejando imperfecto el cuadro, y aun lleno de confusión; como si uno empezara con una batalla y acabase con una navegación.

411. 4.ª Deben presentarse imágenes conocidas, para que sea comprendida de todos. Así la catástrofe del juicio final bajo la figura de espantosos terremotos en los países andinos, nadie podría comprenderla bien sino los habitantes de esas regiones en la América, que con frecuencia han visto sus ciudades reducidas á escombros entre millares de víctimas, desplomados los montes, y abierta la tierra por todas partes en anchos y profundos boquerones. Será también una fuerte imagen para otros que en cualquiera otra parte del globo de ello hayan sido testigos.

412. Son hermosas las alegorías que encontramos en los Libros Santos, singularmente en el Antiguo Testamento. Los Profetas las ofrecen variadas, muy hermosas y de gran viveza, presentando siempre á Israel bajo mil figuras, ya como objeto de los castigos de Dios, ya de su misericordia. Isaías, cap. v; David, salmo LXXIX; Jeremías en sus Trenos; Apocalipsis, cap. III, v. 15, y tantísimos otros lugares. Las obras de los Santos Padres contienen de ellas un rico tesoro.

413. De este tropo se originan los *Proverbios*, en los cuales se dice una cosa verdadera en el sentido literal, para expresar otra en el metafórico, v. gr., para reprender al que sólo cuida de rezar cuando está en peligro: «El río pasado, el Santo olvidado.» Las *Parábolas*, que son historias fingidas verosímiles para sacar alguna moralidad. Las *Fábulas*,

que introducen como interlocutores las bestias, así como los árboles en el *Apólogo*. Los *Enigmas*, que en las expresiones ocultan artificiosamente el objeto que pretenden, para dejar el gusto de adivinarlo. Y los *Jeroglíficos*, que representan dos imágenes; la que se ve representa á lo que no se ve. Los colores expresan en éste, lo que en la Alegoría las palabras. Vienen á ser emblemas ó símbolos de las cosas significadas.

414. 2.º **Antífrasis**. Es cuando oculta un sentido del todo contrario al propio y literal. Se llama también *ironía*, cuando expresa todo lo contrario en tono de burla. Pasa á ser *sarcasmo*, cuando es una larga irrisión de un carácter sangriento, como insultar la desgracia, un cadáver y objetos dignos de compasión. Decimos por antífrasis de un pigmeo: Es un *gigante*; por *ironía*, de un necio: Es un *Salomón*; y usaban el *sarcasmo* los judíos al pié de la cruz insultando al Salvador: *Si Filius Dei es, descende de cruce.* (Matth. xxvii).

415. Requiere mucho tino y prudencia el uso de la *ironía* en el púlpito: rara vez deben usarse; nunca contra determinadas personas, y siempre contra los vicios. «Manejada con tino y delicadeza, dice el Sr. Martínez, es una censura merecida, vigorosa y muy severa.» En la Sagrada Escritura se usa esta figura en sus más vivos colores. La pintoresca ironía del Profeta Elías burlándose de los falsos Profetas de Baal es incomparable: *Clamate voce majori: Deus enim est, et forsitan loquitur, aut in diversorio est, aut in itinere, aut certe dormit, ut excitetur.* (III Reg. xviii).

416. 3.º **Perífrasis**. Que también se llama *circunloquio*, ó rodeo de palabras, que se usa cuando expresamos con muchas lo que podríamos hacer con pocas. Así decimos: «Un hombre que chupa la sangre de los pobres;» en lugar de *Un usurero*. «El Redentor de los hombres,» por *Jesucristo*.

417. La *Perífrasis* es de mucha utilidad, y sirve: 1.º A veces para no ofender el pudor, y revestir los pensamientos que de otra manera no podrían presentarse con la debida decencia; 2.º Para no herir la susceptibilidad de los que oyen, suaviza alguna proposición; 3.º Da luz y claridad á lo oscuro por medio de definiciones, que son otras tantas perí-

frasis; 4.º Adorna con los variados matices de las descripciones todo el discurso; 5.º Señala las personas de un modo indirecto sin nombrarlas; v. gr.: «El solitario de Belen,» por San Jerónimo. Para esto hay que acudir á algun incidente de su vida que sea de todos conocido.

418. Así como la *Perífrasis* es la sustitución de una expresión sin alterar la sustancia; la **PARÁFRASIS** es una glosa ó comentario de una proposición que desenvuelve; v. gr.: «El hombre se atreve á insultar á Dios: es decir; la misma *nada al Sér omnipotente que todo lo sostiene.*» No sería bien conocida la distancia entre Dios y el hombre, sin la *Paráfrasis*, que es la última cláusula explicativa.

419. 4.º **Hipérbole**. Consiste en aumentar ó disminuir la cosa más de lo que es en realidad. En cierto modo viene ordinariamente á satisfacer una necesidad del espíritu y sus fenómenos en su manifestación. Queremos manifestar la velocidad de una cosa, y decimos: «Más veloz que el pensamiento.» Lo mismo se oye á cada paso: «Más brillante que el sol; más blanco que la nieve; quiere estar tan ancho que no cabe en casa.» La Sagrada Escritura nos presenta también varios ejemplos: *Saul et Jonathas amabiles...: aquilis velociores, leonibus fortiores; esto es, extraordinariamente.* Fué usada igualmente de los Santos Padres. San Crisóstomo alaba la piedad de la Emperatriz que durante la noche lleva procesionalmente las reliquias de los mártires en medio de su numeroso pueblo: *Et sursum quidem in cælum aspicientes lunam videbamus et stellas in medio, infra vero fidelium multitudinem, et LUNA SPLENDIDIORUM in medio Imperatricem eundo.* (Hom. 2, ad pop. Const.).

420. La *hipérbole* es, pues, una expresión valiente sobre un objeto notable, la cual desahoga nuestros afectos y sentimientos dándoles el alcance que deseamos, siendo comprendidos fácilmente de los otros sin que caigan en error, ni en nosotros pueda reputarse una mentira. Atendidos los antecedentes y consiguientes en el discurso, todo el mundo entiende los límites de esta atrevida y altisonante figura, sin que pueda haber equivocación. Y ved porque se entienden perfectamente las hipérbolés que han usado los Santos Padres y las mismas Sagradas Escrituras.

421. Por medio de la hipérbole pueden aumentarse las cosas de cuatro modos:

- 1.º Por demostración: «Ese orador es un Cicerón.»
- 2.º Por semejanza: «Ese ermitaño vive como un Pacomio.»
- 3.º Por comparación: «Pedro es más listo que una ardilla.»
- 4.º Tomando el abstracto por el concreto: «Antonio es la misma generosidad.»

422. Viendo que la naturaleza de la hipérbole tiende á lo extraordinario á fin de ponderar y abultar los objetos, efecto todo esto de pasiones vehementes que nos agitan, el predicador debe ir con mucha prudencia y delicado gusto para saber usarlas bien, pues una imprudencia podría hacerle caer en lo extravagante, perjudicando su noble ministerio. Los jóvenes sobre todo, por la fogosidad de sus pasiones, deben ir con mucho cuidado en prodigarla, y mucho más en abusar de la hipérbole, pues tales exageraciones consideradas siempre conducirían á rebajar el mérito de la predicación; pues no pocas veces producen la confusión en el ánimo de los oyentes, llegando á oscurecer asuntos tan grandiosos de nuestra Santa Religión con el velo de una continua hipérbole.

LECCIÓN XXXII.

Figuras lógicas ó de enseñanza.

SIRVEN PARA INSTRUIR.

423. 1.ª Distribución. Es cuando una proposición se distribuye en todas sus partes para esclarecer el asunto. Ejemplo: El P. Ráulica, en su sermón de la gracia, para probar que ésta transforma totalmente al hombre, emplea

esta figura: «*Y en efecto, dice, la divina levadura no queda circunscrita y limitada en una parte del sér humano, penetra en todos los sentidos: opera sobre lo intelectual, y lo esclarece; opera sobre el corazón, y lo limpia y purifica; opera también sobre los sentidos, y los doma y santifica; y no cesa de obrar hasta que hace fermentar el sér humano por un calor sobrenatural y divino: Donec fermentatum est totum.*»

424. 2.ª Pretermisión. Aparenta pasar en silencio lo que en realidad está manifestando más de lo que se proponía: «¡Nada diré de su lujuria, nada de su insolencia, nada de sus maldades y torpezas; sólo hablaré de sus usuras y concusiones...!» Cicerón contra Verres. Con esta figura lo dijo todo. La *Reticencia* es el silencio.

425. 3.ª Licencia oratoria. Es cierta manera libre usada por el orador. Esta no autoriza al orador para que desde el púlpito trate con atrevimiento y descaro al auditorio, pues sería una reprobable insolencia; sino que consiste en manifestar sin respetos humanos alguna verdad que puede desagradar á los oyentes, usando de buenas maneras. Es del todo magnífica, enérgica, la apóstrofe de San Pedro con la cual echa en cara á los judíos las maldades y villanías que cometieron con Jesucristo; allí va la verdad clara y patente sin ningún embozo: «El Dios de vuestros padres ha glorificado á su Hijo Jesús, al que vosotros entregásteis y negásteis ante Pilatos, cuando él juzgaba que debía ser puesto en libertad. Mas vosotros negasteis al santo y justo, y pedisteis se os entregara libre al hombre homicida; pero matasteis al autor de la vida, al que Dios resucitó de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.» ¡Qué elocuencia de fuego! Pedro habla, y no esconde la verdad, ni la menor parte de ella; mas como predica para convertir las almas, y esta libertad apostólica podía ser mal recibida, ved cómo al mismo tiempo suaviza de un modo admirable esta licencia oratoria: *Et nunc, fratres, scio quia per ignorantiam fecistis, sicut et principes vestri.* Y después concluye su sermón con aquella hermosa peroración: *Pœnitimini igitur, et convertimini ut deleantur peccata vestra.* Y se convirtieron cinco mil personas. Todo esto se encuen-

421. Por medio de la hipérbole pueden aumentarse las cosas de cuatro modos:

- 1.º Por demostración: «Ese orador es un Cicerón.»
- 2.º Por semejanza: «Ese ermitaño vive como un Pacomio.»
- 3.º Por comparación: «Pedro es más listo que una ardilla.»
- 4.º Tomando el abstracto por el concreto: «Antonio es la misma generosidad.»

422. Viendo que la naturaleza de la hipérbole tiende á lo extraordinario á fin de ponderar y abultar los objetos, efecto todo esto de pasiones vehementes que nos agitan, el predicador debe ir con mucha prudencia y delicado gusto para saber usarlas bien, pues una imprudencia podría hacerle caer en lo extravagante, perjudicando su noble ministerio. Los jóvenes sobre todo, por la fogosidad de sus pasiones, deben ir con mucho cuidado en prodigarla, y mucho más en abusar de la hipérbole, pues tales exageraciones consideradas siempre conducirían á rebajar el mérito de la predicación; pues no pocas veces producen la confusión en el ánimo de los oyentes, llegando á oscurecer asuntos tan grandiosos de nuestra Santa Religión con el velo de una continua hipérbole.

LECCIÓN XXXII.

Figuras lógicas ó de enseñanza.

SIRVEN PARA INSTRUIR.

423. 1.ª Distribución. Es cuando una proposición se distribuye en todas sus partes para esclarecer el asunto. Ejemplo: El P. Ráulica, en su sermón de la gracia, para probar que ésta transforma totalmente al hombre, emplea

esta figura: «*Y en efecto, dice, la divina levadura no queda circunscrita y limitada en una parte del sér humano, penetra en todos los sentidos: opera sobre lo intelectual, y lo esclarece; opera sobre el corazón, y lo limpia y purifica; opera también sobre los sentidos, y los doma y santifica; y no cesa de obrar hasta que hace fermentar el sér humano por un calor sobrenatural y divino: Donec fermentatum est totum.*»

424. 2.ª Pretermisión. Aparenta pasar en silencio lo que en realidad está manifestando más de lo que se proponía: «¡Nada diré de su lujuria, nada de su insolencia, nada de sus maldades y torpezas; sólo hablaré de sus usuras y concusiones...!» Cicerón contra Verres. Con esta figura lo dijo todo. La *Reticencia* es el silencio.

425. 3.ª Licencia oratoria. Es cierta manera libre usada por el orador. Esta no autoriza al orador para que desde el púlpito trate con atrevimiento y descaro al auditorio, pues sería una reprobable insolencia; sino que consiste en manifestar sin respetos humanos alguna verdad que puede desagradar á los oyentes, usando de buenas maneras. Es del todo magnífica, enérgica, la apóstrofe de San Pedro con la cual echa en cara á los judíos las maldades y villanías que cometieron con Jesucristo; allí va la verdad clara y patente sin ningún embozo: «El Dios de vuestros padres ha glorificado á su Hijo Jesús, al que vosotros entregásteis y negásteis ante Pilatos, cuando él juzgaba que debía ser puesto en libertad. Mas vosotros negasteis al santo y justo, y pedisteis se os entregara libre al hombre homicida; pero matasteis al autor de la vida, al que Dios resucitó de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.» ¡Qué elocuencia de fuego! Pedro habla, y no esconde la verdad, ni la menor parte de ella; mas como predica para convertir las almas, y esta libertad apostólica podía ser mal recibida, ved cómo al mismo tiempo suaviza de un modo admirable esta licencia oratoria: *Et nunc, fratres, scio quia per ignorantiam fecistis, sicut et principes vestri.* Y después concluye su sermón con aquella hermosa peroración: *Pœnitimini igitur, et convertimini ut deleantur peccata vestra.* Y se convirtieron cinco mil personas. Todo esto se encuen-

tra en el cap. III de los Actos de los Apóstoles. Formémonos en estos modelos. Observaremos de paso que esta figura cuadra mejor al predicador de edad provecta, que al joven; y que no puede usarse sin que el orador esté asegurado de su justicia y del poder de su palabra.

426. 4.^a Corrección. Es una aparente retractación de lo que se ha dicho, ya para llamar más la atención del auditorio, ya para confirmarlo con más ventaja: v. gr. «La vida es un sueño. *Perdonad, me he equivocado: Quería decir: Al empezar á vivir empezamos á morir.*» Y lo que dijo Jesucristo del Precursor: «¿Qué habeis salido á ver? ¿un profeta? Sí, en verdad Yo os lo digo, y aún más que profeta.»

427. 5.^a Concesión. Se vale de ella el orador para alcanzar mayor triunfo, seguro de la bondad de su causa en las objeciones que pueden hacerle. Mas tales concesiones no deben hacerse siempre que perjudican nuestra causa.

428. 6.^a Anticipación. Llamada también *antecupación* y *prolepsis*, consiste en prevenir de antemano las objeciones que pudieran hacernos, refutándolas debidamente, á fin de preparar el terreno á la verdad que intentamos inculcar en el espíritu de los oyentes. La epístola de San Pablo á los Romanos, á causa de la sublimidad y vivacidad de ideas, ostenta innumerables veces la *antecupación*, con la cual el Apóstol refuta objeciones supuestas: *Dicis itaque mihi: Quid adhuc queritur? voluntati enim ejus quis resistit? O homo, tu quis es, qui respondeas Deo?* (Rom. IX). Ella sirve: 1.^o Para prevenir dificultades; 2.^o Para la natural transición, á fin de poder arrojar nuevos y poderosos dardos; 3.^o Para que no se indignen ó escandalicen los oyentes de la grandeza de errores ó disparates que podrían haber oído, con lo cual quedan prevenidos contra la incredulidad.

429. 7.^a Sentencia. Es toda reflexión profunda expresada de un modo sucinto y enérgico que encierra alguna notable moralidad, y que requiere gravedad en la expresión. La *máxima* se diferencia en que tiene la forma de consejos ó reglas de conducta para nuestras acciones. Podríamos decir que la *sentencia* versa más sobre la verdad especulativa; y la *máxima* sobre la verdad práctica.

430. 8.^a Epifonema. Es una deducción sentenciosa, ó

corolario de cuanto se ha dicho, formulada en algunas exclamaciones ó reflexiones profundas. El venerable Luís de Granada en su Símbolo de la fe, después de manifestar la grandeza de Dios, y que era necesario criar muchas criaturas para que cada una nos manifestase algo de las perfecciones infinitas de Dios, dice: De esta manera las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura; las fuertes, vuestra fortaleza; las grandes, vuestra grandeza; las artificiosas, vuestra sabiduría; las resplandecientes, vuestra claridad; las dulces, vuestra suavidad; y las bien ordenadas y proveídas, vuestra maravillosa providencia.» Y luego añade esos sentenciosos y hermosos *Epifonemas*: «¡Oh testificado con tantos y tan fáciles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de Vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predicán la grandeza de vuestra gloria?

431. Consideremos uno por uno estos epifonemas, y veremos como cada uno de ellos encierra una profundidad de ideas, abraza todo el discurso, concisión de palabras, diferentes fórmulas de expresión en que se encierra el Epifonema, ya es la exclamación, ya la interrogación; en una palabra, todo es interés, novedad, variedad de imágenes, brillo de colores, rasgos sublimes, fuerza de persuasión que encantan, arrebatan y quitan el fastidio que produciría una larga y monótona repetición. Estas cualidades ha de tener el *Epifonema*.

432. 9.^a Dubitación. Cuando el orador se manifiesta perplejo sobre lo que debe hacer ó decir. La duda puede versar sobre la materia que podrá elegirse, sobre las circunstancias en que se encuentre el orador, ó también el auditorio. En críticas circunstancias es de un efecto admirable, y sirve de preámbulo ó exordio á ciertos asuntos delicados que de buenas á primeras no nos atreveríamos á tratar ó anunciar por no irritar al auditorio, y que con esta estratagema ó *Dubitación* han sido bien recibidos. Yo he conocido misioneros que por medio de esta figura propusieron

y trataron asuntos necesarios á auditorios, que, de otra manera, hubiera sido dificultoso tratarlos. Otras veces se usa para amplificar las ideas y argumentos, para hacer más agradable lo que en su interior tiene ya resuelto. Y por fin se usa la *Dubitación* para hacer resaltar con más vigor y energía alguna verdad que deseamos grabar profundamente en el corazón de los oyentes.

433. Es notable y de una sin igual energía y belleza la que usa San Basilio para despertar á los borrachos de su profundo letargo, haciéndoles ver que su mal casi no tiene remedio. Después de manifestar que es inútil hablar al borracho, porque no ha de escuchar, dice: *Quos igitur alloquemur?* Supuesto que los que necesitan corrección no han de escuchar: mientras que el templado y sobrio no necesita el sermón, estando exento de este vicio. ¿Qué haré, pues? *Dicam ne contra ebrios?* Por fin se resuelve á predicar sobre la embriaguez, valiéndose de una comparación tomada del contagio, en que los médicos dan preservativos á los sanos, mientras que á los atacados de la peste ya no les dan medicinas: *Sic etiam nobis media ex parte utilis est sermo, qui impertiturus est tutelam et antidotum sanis et integris, non liberationem aut medelam egrotantibus.* ¿Quién no ve como San Basilio por medio de la *dubitación* engrandece de tal manera el asunto, y estigmatiza tan enérgicamente la embriaguez, que es capaz de hacer estremecer á los culpables de este vicio, cuando los considera poco menos como abandonados y sin remedio? Sin embargo, al predicador toca abrir el corazón del oyente á la confianza, moderando los rasgos demasiado vivos que podrían inducir á la desesperación; pues el mismo Santo Doctor, que durante su enérgico discurso ha dicho con voz de trueno: *Usquequo vinum? usquequo ebrietas?* él mismo concluye abriendo á todos las puertas de la divina misericordia.

LECCIÓN XXXIII.

Figuras patéticas ó de pasión.

SIRVEN PARA MOVER.

434. 1.^a *Apóstrofe*. Sucede cuando, torciendo el curso de la frase, repentinamente nos dirigimos á alguna persona ausente ó presente, á seres invisibles y áun objetos inanimados. Esta figura es de las más elocuentes, es un carbón encendido que abrasa donde toca, es un plectro poderoso que pone en fuerte vibración las cuerdas del corazón que ha herido. Supone una grande pasión de ánimo, y olvidado el orador de su raciocinio increpa, arguye y llama de repente á los muertos como á los vivos, reconviene á los montes y á los valles, y á los cielos y á la tierra les invoca por testigos. Jamás hemos podido leer esos elocuentes y sublimes apóstrofes sin que el entusiasmo se haya apoderado del corazón: «Los ínclitos de Israel fueron muertos sobre tus montes; ¿cómo cayeron los fuertes? No deis la nueva en Geth, ni lo publiqueis en las plazas de Ascalón... *Montes de Gélboe, ni rocío, ni lluvia vengan sobre vosotros*, ni haya campos de primicias; porque allí fué abatido el escudo de los valientes. (*II Reg.*)» Lo mismo en el Salmo LXXX: *Exultate Deo adjutori nostro: jubilate Deo Jacob... Buccinate in Neomenia tuba, in insigne die solemnitatis vestre: quia preceptum in Israel est: et judicium Deo Jacob... Audi, populus meus, et contestabor te: Israel, si audieris me, non erit in te Deus recens, neque adorabis Deum alienum.* ¡Qué belleza! ¡qué magnificencia de estilo contienen las Sagradas Escrituras! Con razón dijo de ellas el Crisóstomo al empezar su homilía V: *Quam dulcissima est Scripturarum*

lectio et omni prato suavior, atque pomario paradiso delectabilior!

435. «Esta figura es en elocuencia lo que lo maravilloso en la poesía,» ha dicho un escritor; y por esto conviene al estilo elevado, y no debe prodigarse; sino que los jóvenes, cortando alas á los excesos de la imaginación, deben prepararla con movimientos suaves y usarla en los tonos más convenientes, pues que á todos se presta: al vehemente como al más tierno, al más furioso como al suplicante.

436. 2.^a **Exclamación.** Siempre revela grandes emociones en el alma. Se vale ordinariamente de interjecciones; ¡ah! ¡oh! ¡ay! Deben sostener esta figura ya la *repetición*, ya la *interjección*. El venerable Luís de Granada en la bajada del Señor á los limbos se *exclama*: «¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo!» El Real Profeta lloraba el destierro de esta vida: *Heu mihi! quia incolatus meus prolongatus est...*

437. La *exclamación* obra en nosotros por simpatía; se nos comunican como por instinto las emociones de dolor ó alegría ajenos, y sólo esto ya nos hace comprender al momento la influencia que podemos ejercer sobre el corazón de los otros con este afecto simpático, mientras no haya ficción, la cual es bien deplorable en el orador cristiano, y hace mala impresión en el auditorio. «Lo mismo que si se usa con demasiada frecuencia, dice el Sr. Sánchez Arce, lo cual se nota en los predicadores jóvenes, que en la fogosidad de su edad, y con el fin de dar fuego y energía al discurso, prodigan esta figura, sin advertir que empleada á menudo y sin oportunidad resulta lo contrario de lo que se apetece.»

438. 3.^a **Interrogación.** Es para dar más energía al discurso, ó para estrechar y abatir más pronto al contrario. Es viva, enérgica; gira veloz, rápida; ni espera respuesta; arranca intrépida el consentimiento, la admiración, y se hace lugar llamando la atención á las grandes pruebas que establece. Maury ha dicho que de todas las figuras oratorias es la más dominante y más rápida. Mas antes de emplearse, ya se han de haber esclarecido los principios en que ella está basada, de lo contrario parece oscuridad y confusión.

439. 4.^a **Repetición.** Resulta cuando una misma voz se usa al principio ó fin de algunos miembros de un mismo período. Las hay de tres clases: *Necesarias*, cuya omisión dañaría la construcción: *Viciosas*, que son inútiles y sin donaire: *Elegantes*, que adornan notablemente el discurso. Es hermosa la que nos ofrece San Juan Crisóstomo en su discurso defendiendo al favorito de la corte, Eutropio, de las iras populares: «¿*Dónde* está, dice, el antiguo esplendor de las más altas dignidades?... ¿*Dónde* están las coronas y los brocados? ¿*Dónde* la alegría de la ciudad, las aclamaciones del circo y las lisonjas de los espectadores?... ¿*Dónde* se fueron? ¿*Dónde* están ahora los favoritos y los amigos del poderoso? ¿*Dónde* sus viles aduladores? ¿*Dónde* aquel enjambre de parásitos? Todo ha desaparecido como un sueño, como una flor, como una sombra. No puedo, no quiero dejar de repetiros estas palabras del Espíritu Santo: *Vanidad de vanidades y todo vanidad.*» Es necesario leer todo este discurso para saborear la elocuencia y belleza de las variadas figuras que encierra.

440. 5.^a **Reticencia.** Es cuando el orador, omitiendo algunas frases que debieran completar el sentido, no concluye el pensamiento enunciado. Excluye toda afectación, y supone una grande pasión y modestia en el predicador, el cual da más á entender con aquella interrupción y silencio, que con todas las magníficas palabras. Ya ha dicho un célebre poeta de nuestros días: «A veces el silencio es elocuente.» Un orador después de manifestar los dolores de *María* en la Pasión de su Santísimo Hijo, dice: «Por fin llegan al Calvario. El *Calvario*... ¡ah! ¡señores!» Y concluye al instante con la final deprecación, sin pasar más adelante en la narración interrumpida. Todo el auditorio comprende que en la palabra *Calvario* se esconde una escena de sangre, ignominias y muerte; sentimiento que cual chispa eléctrica hiere y se apodera con rapidez del corazón de los circunstantes. Ya lo hemos dicho, en esta figura ha de haber espontaneidad y vehemencia de pasión.

441. 6.^a **Prosopopeya.** Es llamada también *personificación*. Atribuye la vida y la palabra á toda clase de seres inanimados y aún á los que no tienen vida. A su llamamiento

cobran vida, animación, hablan, se mueven, se agitan los árboles, las piedras, los ríos, las montañas, las bestias, todas las criaturas ausentes y presentes; á su mágica voz los mismos muertos envueltos en su blanco sudario salen de sus tumbas. Esta figura, como se ve, es magnífica, capaz de producir grandes sensaciones, si está bien preparada; por lo que para que agrade necesita el ímpetu de la pasión vehemente que abrasa el pecho del orador, que saca ante el auditorio esta grandiosa imagen, que al poder de su palabra reviste los más brillantes colores junto con el soplo de vida.

442. Tiene tres grados: 1.º Cuando se atribuyen á objetos inanimados cualidades de los vivientes; v. gr.: Un palacio *soberbio*; un día *dichoso*; 2.º Cuando se les hace obrar como que tuviesen vida; v. gr.: *Mare vidit et fugit*; *Jordanis conversus est retrorsum*. (Ps. xciii). El tercer grado y superior de todos es cuando los objetos inanimados se presentan como que hablan ó escuchan; v. gr.: Si ese sepulcro se abriera, esos huesos que contiene dirían: Mortales: un día fuimos lo que vosotros sois; y un día seréis lo que nosotros somos." En este último grado la prosopopeya es la más sublime y majestuosa de todas las figuras. Es expresiva la del Profeta Jeremías en sus Trenos; la imagen de Jerusalén abatida y oprimida por el dolor, haciendo oír sus ayes quejumbrosos, derraman sobre nuestra alma todo el sentimiento de melancolía de que está poseído el Profeta, y sus ecos arrancan á las cuerdas de nuestro corazón notas de indefinible tristeza.

443. 7.ª **Optación.** Es la expresión del vehemente deseo de alguna cosa. Es muy sentimental. No hay más que leer la del Crisóstomo elogiando al Apóstol para formarse idea de su belleza, y de la riqueza de sentimientos que encierra: *Quis mihi nunc dederit ut corpus Pauli circumplectar, et sepulchro hæream, ut pulverem videam...*! Qué conmovedora es la del Apóstol á los de Galacia! cap. v: *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis. Velle enim esse apud vos modo, et mutare vocem meam: quoniam confundor in vobis.* Tiernísimas y de profunda melancolía se encuentran en el libro de Job.

444. Si lo que desea es un mal para sí mismo ó para los otros, hay lo que se llama *imprecación*; y si se amenaza con males graves y castigos terribles hay la *conminación*. Tremendas imprecaciones y espantosas conminaciones usaron los inspirados de Dios, singularmente en los Salmos; mas atiéndase en qué sentido lo hicieron. Ambas figuras son armas poderosas para hacer estremecer al pecador, y sacarlo de la muerte á la vida; mas no olvide el orador que no debe abusar de ellas, para que no le endurezca más, y desesperado se sumerja de nuevo en sus vicios. Conmovido ya el pecador con las dichas figuras, válgase entonces de esta ú otra que sigue.

445. 8.ª **Obsecración**, que ruega, que se insinúa en el corazón, y hace oír los acentos de la caridad y compasión. "Obsecro: te ruego, dice Moisés al Señor; este pueblo ha pecado; perdónale, ó quítame la vida. (*Exod. xxxii*)."; Como se derrama el corazón del Apóstol en ríos de dulzura y de sentimientos afectuosos en las más tiernas obsecraciones! "Yo, el mismo Pablo, os ruego por la mansedumbre y modestia de Cristo. (*II. Cor. ix*)."; *Obsecro itaque vos ego vinctus in Domino, ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis.* (*Ephes. iv*). Y á Filemón le dice: *Obsecro te pro meo filio, quem genui in vinculis.* Abramos, pues, con los ruegos y las lágrimas el cerrado corazón de los pecadores, antes que irritarlos con vanas declamaciones.

LECCIÓN XXXIV.

Figuras de puro adorno.

SIRVEN PARA AGRADAR.

446. 1.^a Descripción. Consiste en hacer la pintura de un objeto con tan vivos colores como que lo estuviésemos viendo. Los griegos la llamaron *hipotiposis*: se diferencia de la *Definición* en que ésta manifiesta la esencia y naturaleza de una cosa, mientras que la *descripción* da á conocerla por los rasgos exteriores, la reviste de los más bellos colores, y la presenta con todo el brillo ante nuestros ojos. Fenelón ha dicho: «Sin la descripción todo es seco, lánguido y enojoso.»

447. Mas en ella hay que atender: 1.º En trazar los rasgos más característicos y oportunos del objeto con concisión y energía. 2.º En presentarlo del punto más favorable á la impresión que se intenta producir, sin perder de vista la unidad que preside todas las circunstancias escogidas. 3.º Los contrastes ó contraposiciones hacen resaltar admirablemente objetos y circunstancias, como en un cuadro las sombras á la imagen. Una descripción elocuente siempre impresionada.

448. Cuantos escritores han tratado de estudiar é investigar las bellezas y rasgos elocuentes de la Escritura Santa, no han podido menos varios de ellos al formar sus paralelos de llamar la atención sobre la magnífica descripción que del caballo se lee en el libro de Job, muy superior á las que de él hicieron Homero y Virgilio, como entre otros lo observa Chateaubriand. Está en el cap. xxxix: «¿Por ventura darás fortaleza al caballo, ó rodearás de relincho su cuello? ¿Por ventura le harás saltar como las langostas? La

majestad de sus narices causa terror. Escarba la tierra con su pezuña; encabritase con brío; corre al encuentro á los armados; desprecia el miedo y no cede á la espada. Sobre él sonará la aljaba; vibrará la lanza y el escudo; con hervor y relincho muerde la tierra, y no aprecia el sonido de la trompeta. Luego que oye la bocina, dice: ¡Ah! Huele de lejos la batalla, la exhortación de los capitanes y la algazara del ejército.»

449. La *Descripción* pinta lo exterior, las cualidades físicas; la *Etopeya*, las costumbres, el genio, las cualidades morales; son propias de ésta las pinturas morales, v. gr., una viva pintura del estado interior de una alma pecadora.

450. 2.^a Expolición ó exornación. Adorna el pensamiento con repetición de voces equivalentes para imprimir con más fuerza alguna verdad en el ánimo. Es para el pensamiento lo que la *sinonimia* para las ideas. Mas debe evitarse una verbosidad fatigosa que nada de nuevo dice, porque sería una expolición *viciosa*. En las obras de San Euquerio se expresa la santa tristeza del Santo en esta *Expolición*: «El género humano, dice, corre rápidamente hácia el sepulcro, y todas las generaciones marchan una á una con los siglos. Nuestros padres caminaron los primeros, nosotros iremos también, nuestros nietos vendrán en pos de nosotros, y al modo que las olas empujadas unas por otras, se estrellan contra las orillas del mar, así todas las edades se siguen, se empujan y terminan con la muerte.»

451. 3.^a Comparación. Tiene más alta trascendencia de lo que á primera vista podríamos figurarnos. Atendida nuestra naturaleza, nosotros no alcanzamos las ciencias ni progresamos en ellas sino por medio de comparaciones que nos ponen en claridad y evidencia la verdad en cuanto está á nuestros alcances. Vemos que los preceptores y los grandes maestros, aún de las ciencias más abstractas, la tienen en boga, y el mismo Angel de las escuelas en cuestiones tan elevadas como trata de metafísica y moral en su *Suma Teológica*, á cada momento tiene la comparación en sus labios; y es que nada aclara tanto las ideas y nos hace comprender las cosas como las *comparaciones*. No extrañemos, pues,

que esta figura sea tan frecuente y familiar en el púlpito, que es la cátedra donde se enseñan las eternas verdades. Después de lo dicho se comprende fácilmente por qué estamos tan inclinados á las comparaciones, y tienen tal atractivo para nosotros en todas las edades de la vida; en la vejez como en la mocedad y aún en la misma niñez son tan agradables; los sabios como los rústicos hacen frecuentísimo uso de ellas, tomándolas de cuantos objetos se presentan á su vista, de cualquier orden que sean.

452. Para su buen uso hay que atender á las siguientes reglas: 1.^a Debe evitarse el formar comparaciones entre objetos de una semejanza demasiado manifiesta, pues quita todo el placer cosa que se ofrece á primera vista. 2.^a Debe evitarse el defecto contrario de buscarlas de una relación tan remota y débil que apenas si se la coge por los cabellos. 3.^a Los objetos de donde se toman las comparaciones han de ser conocidos de todos según su profesión ú oficio. 4.^a Deben evitarse las ideas bajas y vulgares.

453. Las comparaciones acostúmbrase á presentarlas bajo tres formas diferentes: 1.^a De *mayoría*, esto es, de más á menos; 2.^a De *minoridad*, esto es, de menos á más; 3.^a De *igualdad*, esto es, de semejante á semejante, que otros llaman de *variedad*. Y tienen ellas la ventaja incomparable de hacernos gozar á un tiempo y sin confusión de dos objetos distintos, la de servir muchas veces para referir hechos difíciles de explicar, ó que expuestos de cualquiera otra manera podrían comprometer el decoro del púlpito. De todos los grados y matices, la más hermosa variedad de agradables comparaciones encontraremos en la lectura de la Sagrada Escritura y los Santos Padres y escritores eclesiásticos.

454. 4.^a *Antítesis. Contraposición.* En ella se contraponen unos objetos á otros. Unas se fundan en las ideas, y otras en los pensamientos. Todo el fundamento está en esta alianza de contrarias ideas en la imaginación, la cual es de un efecto sorprendente, v. gr., como en esta de San Efrén, en su elocuente sermón del juicio: «Por el contrario, el camino ancho, la puerta espaciosa, conducen á la muerte. En este mundo, los goces; en el otro, las amarguras y los su-

plicios: en el primero, las flores; en el segundo las espinas: en el uno, el risueño séquito de las delicias; en el otro, las turbas de demonios dispuestos á arrastrar consigo sus víctimas... En vez de una mesa voluptuosa, el hambre; en vez de los vinos delicados que sin cesar beben, la sed; en vez del reposo, los sufrimientos; en vez de la alegría, los lamentos; en vez de las armonías del canto, los sollozos; en vez de vestidos delicados, los gusanos; en vez de insensatas danzas, los demonios que les sirven de compañía; en vez de su muelle indolencia, roedores remordimientos...» Cuando las ideas contrapuestas son varias ó se expresan difusamente, forman lo que se llama *contraste*, como el que acabamos de citar de San Efrén.

455. Acerca de las figuras concluiremos diciendo: que son admirables los arroyos de luz y de colores que manan de cada página de la Sagrada Biblia. Véase como muestra aquel cántico divino de Moisés al paso del Mar Rojo, en donde el caudillo de Israel, poseído de un santo entusiasmo empieza: *Cantemus Domino.* (Exod. xv). Himno elocuente y lleno de poesía, que ha excitado la admiración de hombres eminentes en las letras, que saben apreciar lo bello y sublime. «El santo entusiasmo que agitaba el espíritu profético de Moisés, dice el Sr. Martínez y Sanz, exigía un lenguaje completamente figurado, como el del cántico en que nos ocupamos; sin embargo, hay en él grande sobriedad de figuras, pues cada palabra encierra varias y sublimes ideas, revela muchos y vivos afectos: pensamientos y afectos que cualquiera otro hubiera necesitado para expresarlos mayor número de palabras y figuras.»

LECCIÓN XXXV.

Ejercicios de composición.

456. Habiendo visto ya toda cuanta clase de elementos se necesitan para el discurso oratorio, tanto en el fondo cuanto en su forma, sus constitutivos esenciales, su belleza, sus atavíos y su plenitud de vida, aquí es en donde viene bien tratar de su complemento, es decir, de la terminación de la obra oratoria: *los ejercicios de composición*. Esto es muy necesario. La *Invencción* nos ha prestado los materiales; la *Disposición* nos ha manifestado su forma y colocación; la *Elocución*, sus adornos para revestirlos de brillo y hermosura. No nos queda ahora sino poner manos á la obra. Descender al terreno práctico de la composición. **Composición de un discurso** es presentar los materiales acopiados en el orden y estilo convenientes. Estos ejercicios de composición son de una absoluta necesidad; de lo contrario muchos talentos quedan enterrados por la poca facilidad de expresarse, ni de enseñar á los demás, sin que puedan derramar ni repartir á los otros los tesoros de su inteligencia.

457. «Preciso es no olvidarlo, dice el Sr. Sánchez Arce; el ejercicio de la composición es lo que facilita la elocución; él es el que forma el estilo del lenguaje de los oradores; él es el que excita la imaginación; él es el que familiariza al predicador con las palabras y con los giros que debe dar á sus discursos, y da, en fin, la facilidad á las obras del espíritu, como el ejercicio del cuerpo da agilidad á los movimientos del cuerpo.» Estos ensayos de composición han de ir paso á paso, de lo poco se llega á lo mucho, y más tarde un feliz resultado coronará los esfuerzos. Aunque tales composiciones á primera vista para algunos parezcan difíciles, sin embargo, la constancia y el continuo ejercicio las vol-

verá bastante fáciles. Iremos indicando con orden sus principales procedimientos.

458. 1.º **Lecturas de buenos modelos.** No puede dudarse que las notables lecturas de buenos autores influyen en gran manera en el ánimo, y son origen de grandes pensamientos y felices conceptos, y excitan en nosotros recuerdos de cosas sabidas, enseñándonos otras que no sabíamos; en una palabra, ponen en actividad las facultades de nuestro espíritu. «Las obras de los grandes maestros, dice Longino, son como otros tantos focos sagrados donde se encienden los talentos fríos.» No nos cansaremos de repetirlo: los Libros Sagrados deben ocupar para nosotros un lugar preferente. Los Santos Padres, los oradores de gran nombradía, allí se inspiraron. Una de las cosas muy acertadas es leer y meditar algún pasaje sobre el asunto en algún autor distinguido, proponiéndose: 1.º Penetrar á fondo la materia; 2.º Observar atentamente el orden del discurso ajeno; la trabazón y enlace de las cosas; cómo se emplean las figuras, de qué naturaleza son, y cómo revisten y ponen de relieve el pensamiento; y la solidez y energía de la argumentación. 3.º Posesionarse del asunto; corazón, imaginación, inteligencia, toda el alma debe sentir, abrasarse del fuego que inspiran los rasgos elocuentes, de un asunto que se va á tratar, para comunicar á los demás este fuego y esta convicción.

459. Mucho aconseja el P. Granada que se tomen apuntes de todo cuanto mejor se lee, de cuanto notable se oye en las conversaciones de los hombres sabios. Y lo mismo han dicho otros preceptistas, que se hagan ensayos de traducción de los Libros Santos y de los Padres de la Iglesia á nuestro idioma en las innumerables bellezas que encierran, examinando sus giros y la fuerza de sus expresiones. No hay duda que estos esfuerzos para verter del latín al español la propiedad de las palabras, su fuerza y energía, lo mismo que la belleza de los conceptos y expresiones, hacen que el novel orador con su laboriosidad llegue nada menos que hasta apropiarse el estilo del original que á su vista tiene, casi sin advertirlo. Logrando además la incomparable ventaja de acrecentar insensiblemente su propio caudal de ideas escogidas, profundos pensamientos y viveza de imá-

genes, que van formando riquísimos cuadernos de exquisitas noticias, sentencias y lugares que sirven á las mil maravillas para la composición de sermones. Del mismo modo, ideas repentinas que vienen cual ráfagas de luz, y que fácilmente desaparecen, planes breves de discursos, ó bien citas de pasajes notables en los libros, todo queda anotado en tales cuadernos. Muchas obras literarias, religiosas y sermones no han tenido otro origen que tales apuntes; han sido el resultado de tales notas.

460. Se han leído cosas buenas, excelentes, que á su tiempo podían servir para la predicación, mas hase descuidado de anotarlas en un cuaderno, y cuando se necesitan ya no se encuentran; falta la memoria local; se ha olvidado la obra, el volumen ó la página, y entonces uno siente en el alma tal descuido; no puede ya consultar lecturas pasadas, que eran de mucha importancia. El mismo San Agustín no dejaba de escribir lo que no quería olvidar, para acudir en ayuda de la fragilidad de la memoria: *Meditationes meas, ne oblivione fugiant stillo alligo.* «En otro tiempo, dice el Sr. Bravo y Tudela, se nos ocurrieron ciertas consideraciones sobre el mismo asunto, y bajo la impresión de un mismo sentimiento hubiésemos escrito páginas llenas de vida y de calor; mas en el día no estamos ya movidos, ó lo estamos tan poco, que la falta de sentimiento nos priva de crear nada. Hallarse, pues, en tal estado, es encontrarse en completa indigencia y desprovistos de todo recurso; si el pasado no nos ha dejado nada útil para el presente, ¿no es ésta una deplorable pérdida?»

461. Más todavía. Vendrá tiempo en que, avanzando la edad y aumentando los años, el entendimiento ya no tiene aquella fuerza de penetración, la memoria aquella pasada firmeza, la imaginación aquel ardor, y el corazón aquel fuego y aquellos vivos sentimientos; y si durante la juventud nada hemos anotado del resultado de aquellas provechosas lecturas, de aquellas luminosas ideas, ni de aquellas fuertes impresiones, ¿no es bien posible que entonces nos encontremos con pérdidas lamentables, por no poder suplir con notas que no se poseen el ardor y los estudios de la juventud? El Espíritu Santo lo ha dicho: «Lo que no recogiste en

tu juventud, ¿cómo lo encontrarás en tu vejez? *Quæ in juventute tua non congregasti, quomodo in senectute invenies?* (Eccli. xxv).»

462. 2.º **Idea general.** La proposición ó *idea principal* debe presidir la composición, y no ha de perderse de vista, como centro á donde han de dirigirse todos los esfuerzos del predicador, tanto en el exordio, como en las demás partes del discurso, y con esto, evitando que éste sea vago, tendrá aquella unidad y fuerza que conduce todas las pruebas, argumentos y división á un mismo fin. Muchas ideas ocurren por lo regular durante la composición de un discurso, atraídas la mayor parte por la fuerza de analogía y comparación que el asunto que tratamos tiene con ellas. No todas deben desecharse; mas si son notables y provechosas, aunque no tengan relación directa con el asunto, deben escribirse á parte en un papel distinto del borrador del discurso, y con esto se descarga la memoria, y aquellas ideas se utilizan después para la misma composición ó para otras, y con esto se evita que las facultades del alma en su ardorosa labor se distraigan de su *idea principal*, para que salga un trabajo completo, unido y bien trabado.

463. 3.º **Apoderarse de los principios, y descubrir de un golpe de vista las consecuencias que encierran.** Todo cuanto hemos leído debemos convertirlo en propia substancia; es un germen precioso que se ha depositado en nuestra inteligencia, y debe desarrollarse hasta producir sus frutos: son principios que al calor y actividad de la atenta meditación van brotando sus consecuencias. Esta atención reflexiva á los principios es de suma trascendencia, ya para penetrar bien las materias, ya para exponerlas con toda claridad y precisión á los demás.

464. «En todas las ciencias y materias, dice el Sr. Martínez y Sanz, hay ciertos puntos cardinales, algunos principios fecundos de los que fluyen, como consecuencias, un gran número de verdades: los espíritus vulgares giran al rededor de estos principios sin atreverse á llegar á ellos; se detienen con ideas aisladas, ó en verdades subalternas y de por menor; sólo es propio de los espíritus elevados, dice Santo Tomás (I, q. 12, a. 7), el apoderarse de los principios y

descubrir á un golpe de vista las conclusiones que encierran. Elévase, pues, el orador á sus principios, fíjese en ellos, méditelos profundamente, y colocado á esa altura, se ofrecerán á su vista las consecuencias, comprenderá la materia en toda su extensión, y su marcha será tan expedita como acertada.»

465. 4.º Redacción del discurso. El mejor momento para redactar el discurso no hay duda que es cuando movida la pluma por el sentimiento que embarga nuestro corazón y el ardor que inflama la imaginación, vierte sobre el papel á grandes rasgos el torrente de sentimientos y luminosas ideas de que estamos poseídos sobre el asunto. Pues muchas veces impresionados de una sola idea principal corre veloz la pluma en el papel; una idea llama otra idea, el arroyo va engrosando, y el discurso va tomando en el papel notables proporciones que vienen á constituir un todo perfecto y uniforme por el impulso recibido de aquella idea creadora y dominante, bajo cuyo influjo todo cede á su paso. En este caso podemos decir que cuando para la pluma, el discurso está completo. Éstos son los de más unidad y fuerza. La idea sin extraviarse ha seguido su magnífico curso en su completo desarrollo. No hay que añadir ni quitar. El pensamiento está todo entero. Está perfectamente desarrollado. Sólo hay que pulir alguna frase, retocar tal vez alguna expresión; nada más. El discurso conserva íntegro el fuego de la inspiración. Sin embargo, no siempre sucede todo con tal exactitud, y entonces mientras corre rápidamente la pluma al impulso de nuestra inspiración, debe cuidarse el orden y cultura del estilo en cuanto sea posible, si bien después de esta corriente impetuosa se alinea, pule y metodiza todo cuanto se ha escrito, dando el giro conveniente á las expresiones, la propiedad á la dicción y la elegancia al estilo.

466. Téngase presente que debemos aprovechar los felices momentos en que una inspiración divina, una visita al Santísimo, una hermosa imagen, un acto de religión, un imponente espectáculo, un concurso extraordinario, un acto conmovedor nos inspira y nos eleva á lo grande y á lo sublime; porque entonces la grandeza de la idea y del senti-

miento nos hacen expresar con todo el fuego de la pasión y del entusiasmo, con toda la energía de la palabra; siendo por consiguiente más inflamado el discurso, más vehemente el lenguaje, más espontáneas las imágenes, y viniendo con esto precisamente á resultar una elocuencia más arrebatadora y persuasiva.

467. 5.º En la aridez de la inteligencia debe suspenderse la redacción. Frecuentemente se ha observado por los que tienen alguna práctica en la composición, lo que ya notaron varios preceptistas, que en ella hay ciertos momentos de numen ó feliz inspiración en los cuales la pluma es incapaz de seguir el rápido vuelo del pensamiento. Con la mayor facilidad se produce todo con tal fluidez y oportunidad, que no hay más que echar mano y escoger entre tanta abundancia. Aquello es un fecundo manantial que brota ricas y copiosas aguas, sin el menor trabajo. Mas otras veces viene una situación bien contraria á ésta. No se tiene aquella facilidad, no brota de nuestra mente ninguna oportuna idea, molesta una pesada aridez, todo está marchito, todo seco; el pensamiento no sabe discurrir, el corazón no siente, la fantasía ya no presta sus colores, en una palabra, ya no brota el manantial, se ha secado la fuente de la inspiración. Se desecha una idea, se toma otra; se coge la pluma y luego se deja; se abandona un rumbo, se sigue otro, y por fin todo cansa: no viene la idea reveladora, no se está satisfecho. Este estado es penoso. ¿Qué compositor hay que alguna vez en él no se haya encontrado?

468. Es inútil entonces esforzarse, nada haríamos de provecho, sino más bien fatigarnos andando contra la corriente, por el momento insuperable. Cansaríamos en vano nuestra inteligencia, nuestra imaginación; es pedir peras al olmo; nos aburriríamos; á lo más saldría una cosa detestable. Conviene mientras tanto distraer el espíritu en otra cosa, leer un libro, hacer un rato de meditación, ocuparse en alguna obra. Aguardemos otro rato, otra hora, otra ocasión, y cuando menos lo pensemos tomaremos otra vez el acertado rumbo á velas desplegadas al próspero viento de la inspiración. Guardémonos únicamente que esta aridez no provenga de nuestra disipación, ó de no haber precisado y profundizado el asunto del cual intentamos tratar.

469. 6.º **Revisión y corrección del discurso.** Concluido el trabajo de la composición, debe corregirse y revisarse con la debida detención y cuidado. No nos hagamos ilusiones: no es fácil suponer que de buenas á primeras una pieza oratoria ha salido sin defectos ni imperfecciones, sin necesidad de que sea revisada ni corregida. Nada de esto. Por regla general habrá que añadir, quitar ó corregir; no siempre serán propias las frases, claros los conceptos, los giros naturales, vivas y colocadas en su lugar las imágenes, ni las expresiones tendrán su debida fuerza y energía, por lo que habrá necesidad de modificaciones y nuevos toques sobre el escrito. Notas oportunas al margen ó al pie del escrito, manifestarán lo que hay que añadir, quitar ó reformar. Desde el principio de la predicación hay que entregarse á este trabajo, pues es manifiesto que los que en su juventud no trataron de retocar sus escritos, ni reconocer estos defectos, difícilmente pudieron más tarde librarse de ellos. Es muy fácil que, corregida ya nuestra primera composición, encontremos después de algún tiempo defectos en la segunda, ó bien descubramos felices desarrollos, nuevos giros, puntos de contacto hasta entonces no observados; pues entonces hay que echar mano otra vez á la obra. Lo mismo el acto de aprenderlo, como después de haberlo predicado, nos suministrarán útiles observaciones para retocar y mejorar nuestros discursos. Por tanto, para la perfecta corrección del discurso hánse de observar las siguientes reglas:

470. **Regla importantísima:** Al pronunciar el discurso es cuando mejor se observa lo que tiene de defectuoso; lo que podría amplificarse, cercenarse ó modificarse.

471. **Regla 2.ª** Los jóvenes predicadores sobre todo, deben someter su composición al juicio de personas entendidas en la materia, con quienes tengan perfecta confianza, para que puedan con libertad manifestarles sus defectos, y el novel orador sin agravio pueda recibir sus atinadas correcciones. Los otros ven mejor que nosotros nuestros propios defectos; y el aviso, la observación de un condiscípulo, de una persona franca que nos quiere nos hace caer en cuenta en algunas cosas que jamás habíamos parado mientes en ellas. Esto nos hace abrir los ojos sobre errados conceptos que

formaba nuestro propio juicio, aferrados como estábamos á nuestra propia opinión, y nos hace seguir una senda verdadera y segura guiados por las luces de otros que, sin pasión que les ciegue, nos manifiestan su propio parecer. Se ha observado que algunos que son defectuosos en el púlpito sin que jamás se enmienden, no han tenido la dicha de encontrar quien les corrija; y ellos no lo comprenden, pero los otros lo ven. Busquémonos un verdadero censor que entienda en la materia. Sabemos de grandes hombres que así lo practicaron para perfeccionarse en la predicación. Durante las Misiones confiemos ingenuamente este encargo á algún compañero de Misiones; él nos manifestará nuestras faltas sobre los giros del sermón, su pronunciación y el efecto producido en el auditorio; anotemos todos estos defectos en un papel, examinémoslos con frecuencia. Jóvenes: al cabo de algún tiempo vereis disminuir vuestros defectos; saldreis excelentes predicadores.

472. **Regla 4.ª** *Es muy importante.* Las críticas observaciones de *nuestros mismos émulos* que llegaren hasta nuestros oídos no deben despreciarse; pues nos atrevemos á decir, generalmente hablando, que son las que mayor bien nos pueden hacer para perfeccionar nuestra predicación. Pues muchas veces los amigos y los interesados, de cualquier cosa insignificante se valen para llenar de cumplimientos aún al más adocenado predicador, quedándose éste con todos sus notables defectos tan satisfecho y contento, que se ve tentado á creerse algún Ravignán ó algún Lacordaire á quien se tiene olvidado, según la gráfica expresión de Mullois. «¡Oh mi Dios! se exclama este autor, pues ¿no ha sucedido esto á todos? ¿quién no ha sido aún *abrumado de cumplimientos*? ¿conoceis alguno que no lo haya sido? Sería una cosa bién curiosa saber si existe sobre esta tierra un predicador tan malo, tan enfadoso, tan insignificante, que no haya encontrado una buena alma para hacerle limosna de un pequeño cumplimiento ó de una mentirilla.» Es verdad que el autor escribía en Francia; mas ¿qué tierra habrá privilegiada en que esto no suceda? Con este método adulator ¿será posible que el predicador pueda corregirse de sus defectos? Vamos, pues, al caso. Cuando, pues, nuestros émulos, sin

ninguna clase de miramientos nos sacan á plaza todos nuestros defectos oratorios, persuadámonos que nos hacen un positivo servicio tal vez sin quererlo ellos, pues su emulación descubre en nosotros faltas que la buena voluntad de otros no había observado, ó dejaba en silencio. Pesemos en la balanza de un sano criterio sus observaciones, y nuestras composiciones oratorias se irán depurando perfectamente de sus faltas é imperfecciones.

473. Regla 5.^a Debe evitarse el exceso en la corrección. *Ne quid nimis*, dice un adagio. Nada es del todo perfecto en este mundo. Pretender con nimia escrupulosidad llenar todos los ápices, es poco menos que imposible. No estar nunca contento de sus composiciones por más que han sido retocadas una y mil veces, esto está fuera de razón. Pues aún en los trabajos más bien acabados han visto lunares sus autores, y con todo han quedado á la posteridad como obras maestras, por más que su talento y facundia no quedasen satisfechos; pues consta por la historia que muchos de ellos se ocuparon en revisar y corregir sus escritos hasta su muerte. Virgilio queria arrojar al fuego su *Encida*; hasta el fin de su vida trabajó Bossuet su *Discurso* sobre la Historia universal; Fenelón iba puliendo siempre su *Telemaco*; Massillon retocó frecuentemente sus *sermones*, y otras eminencias literarias en veinte, treinta y más años no acababan de dar su última mano á la obra. Mas todo esto nos demuestra por una parte que no nos hemos de cansar en retocar nuestras composiciones hasta que salga una cosa regular, y por otra evitar una intranquilidad exagerada que en nada cuadra al que debe anunciar la divina palabra, cuya eficacia ni majestad no depende de algunos ápices literarios que pueden faltar al discurso sagrado, sino en hacer cuanto está de nuestra parte para anunciarla dignamente.

474. 7.º Métodos de composición. Los autores clasifican cuatro métodos de composición:

1.º *Analizando* un sermón, y volviendo á *recomponerlo* sin tener á la vista el original, y sólo con los apuntes que sobre él se han formado.

475. 2.º *Leer* dos páginas escritas correctamente en castellano ó en cualquier otro idioma, y después cerrar el libro y *reproducir* las ideas, figuras y giros del autor.

476. 3.º *Traducir* al idioma patrio las bellezas, ya de la Sagrada Escritura, ya de los Santos Padres. Los esfuerzos que se hacen para verter con toda exactitud el original, obligan á empaparse de sus bellezas, de sus formas y de sus pensamientos, de donde resulta una admirable facilidad para la composición.

477. 4.º La *imitación*, que consiste en convertir en substancia propia las ideas y sentimientos de los otros, valiéndose del propio ingenio para esta delicada labor, en la que, evitando el plagio de copiar, que siempre es censurable en un escritor, se imita á la abeja laboriosa, que, sobre delicadas flores, forma sus ricos panales. Virgilio se formó imitando á Homero; Cicerón se inspiró leyendo á Demóstenes; Horacio imitaba á Píndaro. Del mismo célebre Bossuet se ha observado que tuvo felices imitaciones. Cosa por cierto laudable. San Agustín y el Crisóstomo le fueron familiares.

478. Concluiremos con esta observación. Aunque la imitación tiene sus ventajas, con todo debe cuidarse de no perder el carácter peculiar que forma el estilo propio de cada uno, mientras sabe asimilarse el fondo y los conceptos de los demás dándoles nueva energía; y más todavía, saberse pasar sin tales ventajas, para que cuando haya necesidad de producir y le faltan modelos, sepa marchar sin ajeno auxilio guiado de su propio genio. Por consiguiente, de cuanto dejamos sentado en esta Lección en nada intentamos encadenar el genio propio de cada uno; sino que antes bien, después de estos primeros ensayos, y así que se vaya ejercitando, tienda raudo vuelo en los anchurosos espacios de la elocuencia sin perder de vista estas *Reglas* que le prestan tanto auxilio, y con las cuales hará sólidas, bellísimas y elocuentes *composiciones*.

479. En cuanto á las *Diferentes formas de preparar los sermones*, lo trataremos en la Lección siguiente de la *Improvisación*, ya porque esta entra poco más ó menos en las diferentes maneras de preparar los sermones, excepto cuando se escriben por entero, ya porque aquellos que no tienen facilidad de improvisación vean á continuación cuál manera de preparar los sermones les conviene.

LECCIÓN XXXVI.

Improvisación.

480. La *Improvisación* no consiste en subir al púlpito, y decir sin preparación cuanto viene á la boca, exponiéndose á profanar la palabra de Dios, que esto sería ir contra el precepto que el Apóstol daba á Timoteo su amado discípulo: *Rectè tractatem verbum veritatis*. Cuando menos supone una preparación general y remota, á saber, que el orador ya tiene conocimiento exacto de lo que ha de hablar, y más ó menos facilidad para expresarse. Y por tanto, el que ha hecho bien sus estudios, y tiene facilidad de expresión y memoria, ya posee esta remota y habitual preparación para improvisar.

481. Todas estas condiciones se requieren para la improvisación, y esta simultaneidad de operaciones nos hace ver cuán admirable es ella. «El espíritu, ha dicho un escritor, por una agilidad pasmosa, ocupado al mismo tiempo de las pruebas, de los pensamientos, de las expresiones, de la disposición, del gesto, de la pronunciación, y marchando siempre delante de lo que se dice actualmente, prepara lo que se ha de proveer sin cesar y sin interrupción á la palabra, y guarda como en depósito á la memoria, que con mano fiel lo devuelve al orador al punto señalado, sin adelantar ni retardar sus órdenes ni un momento.»

482. **Dificultades de la improvisación.** Para conocer estas dificultades, no hay más que recordar la multitud de reglas que hemos presentado para la digna manifestación de la divina palabra, y teniendo presente por otra parte cuán limitadas son nuestras facultades, por más que hayan sido cultivadas, veremos que no es tan fácil la improvisación, ni es privilegio de muchos si ha de tener las cualidades debidas; y aún con todo esto hay días felices y también días des-

graciados; días de sublime inspiración, días de una penosa esterilidad; días en que la elocuencia fluye á torrentes por los labios; días en que un lenguaje violentado y sin fondo hace bregar en vano á brazo partido contra este penoso estado sin poderlo remediar. ¿Será fácil, pues, la improvisación?

483. La facilidad de hablar, no es la improvisación. Está muy lejos de serlo. Jamás podrá compararse á la ciencia, al sentimiento, á la inspiración que, en fuerza de su plenitud rebosa por los labios para derramarse sobre un auditorio ávido de las eternas verdades y sentimientos elevados. Es muy fácil, diremos con el Sr. Sánchez Arce, que en los discursos improvisados, y se observa en nuestros días, se revele un lenguaje insípido y trivial sin fondo ni forma; frases incorrectas y sin concluir, digresiones extemporáneas, inexactitudes, errores involuntarios en el dogma y moral, pláticas incoherentes... careciendo de lo que prescribe la oratoria, que es instruir, mover y deleitar.

484. Pues para evitar estos males y poder improvisar debidamente, se necesitan: 1.º *Grandes conocimientos* en las ciencias eclesiásticas; 2.º *facundia* ó *facilidad* de hablar, y 3.º *serenidad de ánimo*, para estar sobre sí y poder desarrollar las ideas; con esto sí, puede improvisarse, y hay sus grandes ventajas.

485. **Sus ventajas.** 1.ª Ahorro de tiempo. Se consume bastante tiempo en la preparación, y no siempre puede disponer de él el ministro de Dios, á causa de las ocupaciones de su santo ministerio, y en este caso se comprenden perfectamente qué ventaja tan grande ofrece la improvisación.

486. 2.ª La improvisación ayuda más para la moción de afectos, pues hay más espontaneidad en el predicador, se siente más conmovido, y más fácilmente conmueve y transmite á los demás el fuego de la palabra, sin que se lo impidan los esfuerzos de la memoria; saliendo el discurso con más naturalidad y entusiasmo que cuando de antemano ha sido preparado, con más fluidez y soltura de expresión. Que por esto muchos dicen, que aunque un sermón se escriba por entero, la última página se deje en blanco, para que en el

acto de predicarlo escriba en ella el Espíritu Santo, para que la peroración salga más patética y calurosa; concediendo con esto las ventajas á la improvisación.

487. «Conmovidlos los oyentes, dice el Sr. Martínez y Sanz, por esta fogosa elocuencia, se ocuparán necesariamente de lo que oyen, entrarán dentro de sí mismos, y sólo cuidarán del interés de su salvación; se olvidarán del orador, y aunque éste no guardare el mejor orden, cometa alguna impropiedad en la expresión, é incurra en alguna repetición ó redundancia, los oyentes no percibirán esas pequenezes, y en ningún caso harán por ellas un cargo al celoso predicador olvidado, al parecer del arte, y atento exclusivamente á los intereses eternos de su auditorio.

488. 3.^a La otra ventaja es de poder predicar en frecuentes circunstancias necesarias é imprevistas. Muchos habrá que se abstienen de predicar á lo menos con más frecuencia de lo que deberían, no por otro motivo sino que para ellos es un grande sacrificio tener que escribir *ad longum* todo el sermón, y aprenderlo de memoria palabra por palabra cada vez que han de predicar, con tal dispendio de tiempo que no les dejaría lugar á ocuparse en otra cosa. ¿Cómo lo harían los misioneros y demás oradores sagrados, cuya continua ocupación es diseminar por los pueblos la semilla de la divina palabra? ¿Ejercitarían este augusto ministerio sólo alguna vez al mes para tener tiempo de escribir los sermones? Aquí palpamos otra vez con evidencia las ventajas de la improvisación.

489. Y vemos en realidad cómo los Santos Padres se entregaron á ella. Agitados por continuas turbulencias, y ocupados incesantemente en apacentar y salvar su grey, podían decir como el Apóstol: *In labore et ærumna... præter illa, quæ extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium Ecclesiarum.* (II Cor. XI). De aquí es que por necesidad habían de improvisar. La misma espontaneidad y otras particularidades que se observan en sus discursos que nos conservaron los taquígrafos de aquellos tiempos, son muestra palpable de ello. Sus graves ocupaciones les impedían escribirlo todo. Además, la caridad y amor de padre les hacía hablar muchas veces según las cir-

cunstancias y disposiciones del auditorio. Mas la improvisación tiene sus medios que deben atenderse para adquirirla con provecho.

490. Sus medios. 1.^o Ejercitarse primero en predicar de memoria por algún tiempo. Un experimentado misionero decía á los jóvenes, que en los diez años primeros de la predicación escribiesen todos los sermones, y después ya podrían volar más fácilmente. Con esto se acostumbra el novel orador á precisar las ideas, á desarrollar los planes, á no extralimitarse de su asunto, á no vagar en generalidades, y adquiere al mismo tiempo un grande caudal de conocimientos.

491. 2.^o Antes de subir al púlpito debe pensar seriamente en el asunto. La práctica de improvisar le manifestará que es más fácil un sermón moral que un panegírico.

492. 3.^o Y sobre todo cada uno debe medir sus facultades; pues según la instrucción y cualidades de cada uno, y según la materia de los asuntos que se han de tratar, hay más ó menos facilidad. Cuando son asuntos que se saben perfectamente, cuestiones ya muy trilladas para aquel que ha sido muy aplicado al estudio ó al ministerio de la predicación, es indudable que entonces es más fácil la improvisación. Cada uno antes de aventurarse mida sus fuerzas.

493. 4.^o Abrazar de un solo golpe de vista, como por intuición, todo el asunto con todas sus principales relaciones y consecuencias.

494. 5.^o Es de San Agustín, quien exige del orador que vaya observando con atención al auditorio, y que, según las necesidades de éste y la impresión que el discurso vaya produciendo, cambie el giro y abrevie ó retarde la conclusión, lo cual no pueden hacer los que predicán de memoria. «Al dar este consejo, dice el Sr. Martínez y Sanz, de donde hemos tomado esta regla, se ha retratado á sí mismo; porque es fácil observar en sus sermones la insistencia con que, variando de forma, repite las ideas, y cómo su discurso va animándose á medida que su auditorio le comprende.»

495. A pesar de cuanto hemos dicho, la improvisación no es tan fácil para todos; y como hay más ó menos facilidad para ejercer el ministerio de la predicación, así hay

también *diversas maneras de preparar los sermones*, de las cuales puede escoger cada uno aquella que más le convenga.

DIVERSAS MANERAS DE PREPARAR LOS SERMONES.

496. Para la preparación de los sermones se emplean diferentes medios, que los autores resumen en *seis* métodos. Consiste el 1.º en **escribir por completo** el discurso, recitándolo palabra por palabra. Este método conviene á los principiantes en los primeros años de la predicación, hasta tanto que hayan tratado la mayor parte de las verdades y dogmas de nuestra Santa Religión, y hayan adquirido la firmeza necesaria para adoptar con facilidad cualquier otro método que juzguen más oportuno á su genio y condiciones individuales. Y aunque escribir íntegros los discursos sagrados tenga sus inconvenientes, mas para la juventud es necesario, á fin de que formen caudal de conocimientos que después han de servirles; y también para que se acostumbren desde sus principios al buen orden, pureza de estilo y elocución fácil y clara, y solidez de pensamientos. Lo contrario sería para ellos motivo de graves faltas en la predicación, y pérdida de tesoros intelectuales que pueden recoger de sus escritos, los cuales les servirán para más adelante y aun para toda la vida. «Hay muy pocas personas, dice Pratmans, que tengan bastante talento para tratar como se debe la palabra de Dios sin haber escrito.»

497. 2.º **Método.** *Consiste en escribir íntegros los sermones, mas sin sujetarse á la letra en su pronunciación.* Recitar un discurso palabra por palabra tal cual está escrito, requiere mucho tiempo para aprenderlo y muchos esfuerzos de memoria para pronunciarlo, y por lo regular con notable perjuicio del calor, sentimiento y vida que deben animarlo. Los que por la timidez ó por no manejar bien el idioma no tienen bastante presencia de ánimo, deben sujetarse á lo que han escrito, si no quieren exponerse á un chasco á la mejor ocasión; pero conviene que de poco en poco se vayan librando de esta esclavitud enojosa ensayán-

dose en dar expansión á los impulsos del momento, á las impresiones que les dominan.

498. Haber de recitar palabra por palabra un discurso, presenta no pocas y serias dificultades é inconvenientes. «El primero, dice el Sr. Bravo y Tudela, es que exige mucho tiempo, mucha fatiga y gran valor para sobrellevar el aburrimiento y el hastío inseparables de sujetarse á aprender todo un discurso de memoria. El predicador que no sepa predicar sino palabra por palabra, carecerá muchas veces de tiempo, de paciencia y del valor necesario para tomarse un trabajo tan penoso, y fácilmente llegará á descuidar el deber de la predicación.» Además del peligro de perderse en el sermón, no pueden seguir los impulsos que durante él inspira el Espíritu Santo; aunque las circunstancias exijan otra cosa en los enfermos, no pueden cambiar en lo más mínimo la receta escrita, y, según la hermosa expresión de San Ligorio, parece que llevan la lección presa con alfileres.

499. Una *Regla general* para ello: 1.º Apréndase ante todo el manuscrito con reflexión, sin fijarse en las palabras, sino en las ideas, el fondo y las divisiones, ejercitándose después á solas en el aposento en el gesto y las expresiones. 2.º Después de esto, procúrese aprender palabra por palabra, sobre todo el principio y final y trozos más interesantes, como si se intentase recitarlo al pié de la letra.

500. 3.º **Método.** *Sumarios.* Consiste en escribir todo el fondo del discurso sumariamente, anotando las ideas que deben entrar en él, el orden de la exposición, las divisiones, los párrafos, las transiciones, los movimientos ó afectos propios para cada sitio del discurso, las principales expresiones y las más notables figuras, pero sin fijarse en las palabras que deben expresar cada idea. Este método viene después del anterior, y presta grandes encantos y soltura al discurso; tiene más espontaneidad, más fuerza y calor, y las imágenes y comparaciones nacidas en aquel instante son de más feliz éxito; sale con más vehemencia la palabra, y desde el momento en que alguna cosa no ha sido comprendida, puede hacerse cualquier aclaración bajo las formas más oportunas, hasta que el auditorio esté en completa posesión de la verdad que se le inculca.

501. Estas ventajas compensan suficientemente la falta de conexión y claridad que tendría la dicción en un principio, si el sermón se hubiese escrito íntegramente; pues además que el orador podrá mejor olvidarse de sí mismo para atender al provecho de los demás, tendrá más tiempo de entregarse á la predicación; la cual fácilmente tenía abandonada por considerarla incompatible con las continuas ocupaciones de su ministerio; pues le era imposible atender á éstas y escribir al mismo tiempo largamente íntegros sermones, aprendiéndolos de memoria palabra por palabra. Y más de un escritor de Elocuencia Sagrada ha dicho: «Y en realidad ¿hay cosa más triste que ver un pastor de almas que no sabe hablar de Dios á su pueblo, si con anterioridad no ha arreglado sus palabras, limado sus frases y aprendido de memoria la lección como un estudiante? De ninguna manera sucede esto á los que siguen el método de que hablamos; necesitan menos tiempo para preparar y para aprender; y pueden dedicarse al desempeño de todas sus obligaciones sin omitir ninguna.» Confesemos que esto es una gran ventaja.

502. La doctrina de hombres experimentados y prácticos en la materia presente, se opone al método de predicar los sermones al pie de la letra. Ya la inspiración, la naturalidad ganan en ello, como también el tiempo que se ahorra; y en fin, tantas circunstancias fáciles de adivinar, recomiendan como práctica común los *sumarios*. Refiriendo el P. de Orleans, que los predicadores contemporáneos del célebre jesuíta P. Cottón, no aprendían sus sermones palabra por palabra, dice: «Quizá *hablamos* mejor que ellos; mas es verosímil que ellos *predicaban* mejor que nosotros.» Y por tanto, este no atarse servilmente á la letra y valerse de *sumarios* es un método que, como observa Pratmans, «aconseja Fenelón, el que siguieron el P. Brydaine, el P. Eudes, el cardenal Belarmino y la mayor parte de los hombres apostólicos.»

503. Sin embargo, hay que atender á estas dos observaciones: 1.^a Que á veces hay ciertos asuntos muy importantes, ó grandes solemnidades, en las cuales convendrá escribir íntegramente los discursos. 2.^o Otras veces serán pun-

tos tan intrincados, espinosos y delicados que deberán escribirse y no fiarlos á la memoria, ni al calor de la improvisación, sino las fáciles explanaciones que se ocurran.

504. 4.^o Método. *Bosquejos*. Consiste en limitarse á formar un bosquejo, borrador ó esqueleto del sermón, que contiene solamente la indicación de sus divisiones, subdivisiones y principales pruebas. Pratmans dice: «Hay muy pocos predicadores que puedan prometerse que con una preparación tan corta sabrán hablar sólidamente y con claridad, y dar á sus discursos el orden, el interés y la fuerza que exigen la dignidad de la palabra de Dios y la salvación de las almas.» Podemos afirmar que sólo podrán lograr esto los predicadores de ciencia y experiencia, y que han adquirido ya una gran superioridad.

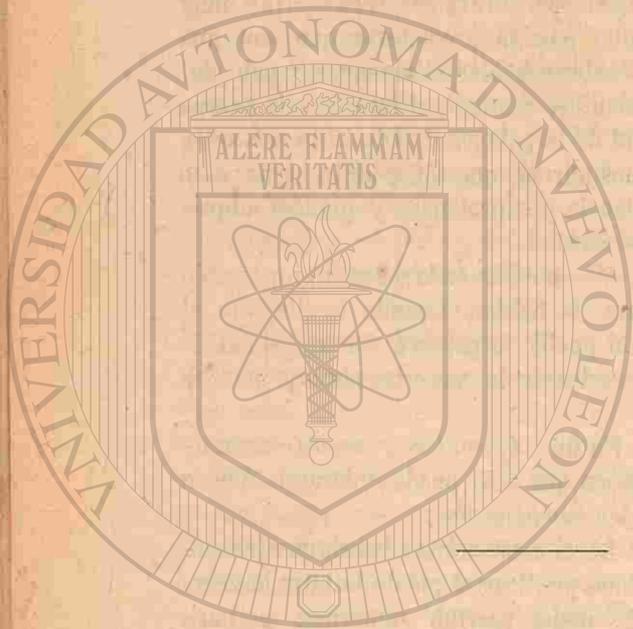
505. 5.^o Método. *No escribir nada* y REFLEXIONAR sólo algunos instantes antes de hablar. Cuando ha llegado el caso de poder dirigir al pueblo la palabra sin necesidad de escribir, debe antes precisarse la materia, plan y marcha del sermón.

506. 6.^o Método. En fin: *Aprender y recitar sermones ajenos*. Hay casos en que esto puede tolerarse. Véase la Lección IX, sobre los *Sermonarios*.

507. De toda esta Lección sacaremos los siguientes colorarios: 1.^o No conviene predicar al pie de la letra los sermones íntegros: 2.^o Es mejor escribir sumarios; ya para ganar más tiempo, ya para que la recitación sea más calorosa. 3.^o Para la improvisación se requiere: Talento capaz de abrazar en una extensa y completa síntesis todas las partes del discurso, para coordinarlas.

508. Concluimos esta importante Lección con este tan acertado y saludable consejo del Sr. Martínez y Sanz: «Los jóvenes, dice, en los primeros años del ministerio deben escribir con esmero sus sermones, y pronunciarlos de memoria; más adelante deben escribirlos, meditarlos y pronunciarlos sin atenerse literalmente al manuscrito; y cuando, merced á este trabajo, hayan adquirido sana y copiosa doctrina, madurado su juicio, depurado su gusto y formado un buen estilo, entonces entréguese con fiadamente á la improvisación, y miren como enojosa y poco digna ocupación,

para los que prestan servicios importantes á la Iglesia, el consumir un tiempo precioso en redondear cláusulas, en limar frases, en buscar en todo el número, peso y medida: *Ne quid nimis.* Este consejo es de oro y abraza todas las maneras de predicación expresadas, y la ordenada gradación en el uso de ellas.



LIBRO IV.

PRONUNCIACIÓN.

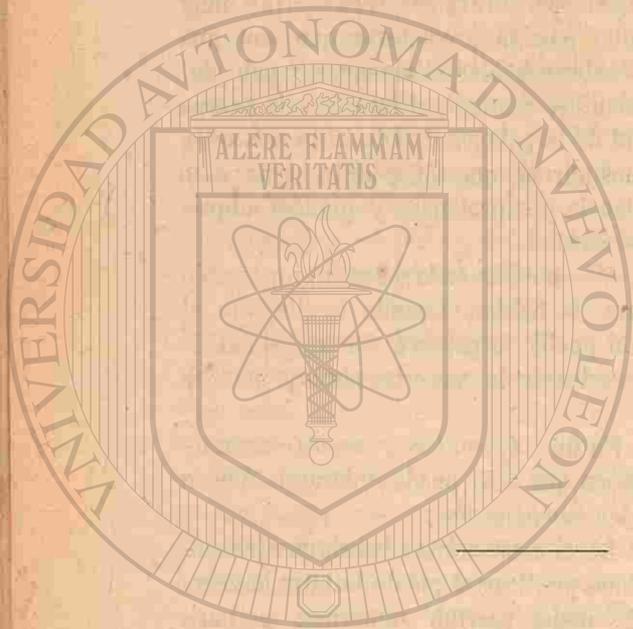
LECCIÓN XXXVII.

Pronunciación ú acción oratoria.

509. Bajo este nombre se comprende la prolación de la palabra y acción, ó sea el *Lenguaje oral*, y el *Lenguaje de acción*, que son los medios con que el orador transmite sus pensamientos al auditorio. Es muy necesaria la *pronunciación*, porque da vida y alma á los discursos. Por más sabio que sea el hombre, el vulgo dice que no tiene *gracia* de predicar, cuando le falta la virtud de la acción y pronunciación, como ya lo explica el P. Granada.

510. La vida que resulta del acertado empleo de la voz y de los movimientos es lo que constituye en este terreno el talento, la gracia de conmover, persuadir y arrebatarse los corazones. Esto es lo que da al discurso una fuerza sorprendente é invencible. La energía de la voz, el semblante y todo el exterior del orador inflamado, no pueden menos que conmover é inflamar á los demás, agitar y enardecer poderosamente las pasiones del alma. El pueblo así lo comprende. ¿Y no lo comprenderán los ministros de Dios? ¿Podrá recitarse con apatía y como lección de escolar estudiada un discurso que tanto interesa á nuestras almas inmortales? ¿No podríamos decir que la falta de vigor, sentimiento, viva expresión y convicción interior en la divina palabra aleja al pueblo de oírla con interés y entusiasmo?

para los que prestan servicios importantes á la Iglesia, el consumir un tiempo precioso en redondear cláusulas, en limar frases, en buscar en todo el número, peso y medida: *Ne quid nimis.* Este consejo es de oro y abraza todas las maneras de predicación expresadas, y la ordenada gradación en el uso de ellas.



LIBRO IV.

PRONUNCIACIÓN.

LECCIÓN XXXVII.

Pronunciación ú acción oratoria.

509. Bajo este nombre se comprende la prolocución de la palabra y acción, ó sea el *Lenguaje oral*, y el *Lenguaje de acción*, que son los medios con que el orador transmite sus pensamientos al auditorio. Es muy necesaria la *pronunciación*, porque da vida y alma á los discursos. Por más sabio que sea el hombre, el vulgo dice que no tiene *gracia* de predicar, cuando le falta la virtud de la acción y pronunciación, como ya lo explica el P. Granada.

510. La vida que resulta del acertado empleo de la voz y de los movimientos es lo que constituye en este terreno el talento, la gracia de conmover, persuadir y arrebatarse los corazones. Esto es lo que da al discurso una fuerza sorprendente é invencible. La energía de la voz, el semblante y todo el exterior del orador inflamado, no pueden menos que conmover é inflamar á los demás, agitar y enardecer poderosamente las pasiones del alma. El pueblo así lo comprende. ¿Y no lo comprenderán los ministros de Dios? ¿Podrá recitarse con apatía y como lección de escolar estudiada un discurso que tanto interesa á nuestras almas inmortales? ¿No podríamos decir que la falta de vigor, sentimiento, viva expresión y convicción interior en la divina palabra aleja al pueblo de oírla con interés y entusiasmo?

511. Así lo comprende el pueblo, hemos dicho. ¿Veis esos fogosos tribunos que le arengan y le arrastran? ¿No os habeis fijado sobre el coloso O'Connell, que, por espacio de cuarenta años, domina las masas populares de Irlanda, manejuéndolas como un dócil niño con la poderosa elocuencia expresada con su voz, con su gesto, con su semblante, con su ardiente mirada, hablándoles en todos los tonos y en todos los estilos? Rien, lloran, aplauden, amenazan, perdonan, se enfurecen, se apaciguan. El famoso orador popular se ha apoderado de todas las cuerdas del corazón humano, y las pulsa como quiere al golpe de su poderosa elocuencia. Y en efecto: «¿Qué es necesario para mover y sostener á la multitud, dice Buffón? ¿Qué se necesita para commover á la mayor parte de los hombres y persuadirlos? Un tono vehemente y patético, gestos expresivos y frecuentes, palabras rápidas y sonoras.» El pueblo despierta de su letargo ante la expresión animada del orador, su entendimiento se eleva, su fantasía se inflama, su corazón palpita, los sentimientos estallan, y el pueblo, nos atrevemos á decir, que por ninguna cosa queda más impresionado que por este sello de vida que lleva la palabra por una buena y sostenida *pronunciación*, que por esto La Bruyere ha dicho: «El pueblo llama elocuencia á la facilidad que algunos tienen de hablar solos y por largo tiempo, unida á la importancia del gesto, á la vibración de la voz y á la fuerza de los pulmones.»

512. Ha habido predicadores de gran fama cuya grande reputación en su mayor parte la debieron á su brillante acción oratoria. Muchos de los que les oían era imposible que les comprendieran por la diversidad de idiomas; mas el gesto, el semblante, su expresiva mirada, aquella palabra ardiente que, elaborada al fuego del corazón, salía por los labios, lo daba á comprender todo. ¿Qué entendían aquellas distintas razas del Norte, cuando á la voz de Pedro el Ermitaño predicando las Cruzadas, respondían: «Vamos; Dios lo quiere?» ¿Qué podían comprender de un San Bernardo, que predicaba en latín al pueblo, que ordinariamente no usaba tal idioma? Y con todo los pueblos se compungían, lloraban, pedían misericordia, se perdonaban los enemigos, mudaban de vida los pecadores, y la Religión se enseño-

reaba de los corazones. Cuando predicó la segunda Cruzada en Alemania, se hacía acompañar de un intérprete, y resultaron los mismos efectos. Aquella voz expresiva, aquel aire penitente, aquel exterior de profeta, aquel celo ardiente que le abrasaba, aquella suavísima unión que bañaba sus discursos, todo comunicaba á su palabra aquella fuerza y eficacia que, sin entenderla, muchos comprendieran la cosa por ella significada. A San Francisco de Borja, predicando en castellano, le oían los vizcaínos, y sobre no entenderle lloraban. Y preguntados, por qué lloraban, pues no entendían al predicador, respondieron: «Por ver á un Duque santo.»

513. La vista y el oído tienen la más grande importancia sobre los demás sentidos, puesto que son los medios por los cuales el alma percibe los pensamientos, cuyo vehículo son la *voz* y el *gesto*, como enseña San Agustín. En la palabra y en la acción, como en un espejo se refleja la inteligencia y el sentimiento con sus delicadas inflexiones, haciéndolas visibles y palpables en cierto modo. No puede haber palabra, según el Santo Doctor, si la voz, al propio tiempo que lleva el sonido á los oídos, no lleva también el pensamiento al alma: *Nisi aliqui significet, nisi aliud ad aures ferat, aliud menti inferat, verbum non dicitur.*

514. Es la *pronunciación* una de las partes más esenciales de la elocuencia, y también más difícil, y sin embargo, de las más descuidadas; pues los mejores sermones son letra muerta, signos débiles que poco significan sin esta preciosa cualidad de la *acción oratoria*; pues el modo de decir y expresar las cosas importa tanto como las cosas mismas: *Non tam refert qualia sint que dicas, quam quomodo dicantur*, dice Cicerón. Y por esto los antiguos oradores de Grecia y Roma así lo practicaron, viendo coronados sus esfuerzos con éxito sorprendente. La lectura de un discurso de Demóstenes contra Eschines, hizo que en medio de los aplausos que ella arrancaba, éste exclamase suspirando: ¿Qué hubiera sido si hubiéseis oído pronunciarle! *Suspirans, ait, quid si... audissetis... sua verba resonantem.* Así lo refiere San Jerónimo. Y el orador romano, bien práctico sobre el particular, pudo decir: «La acción es

el lenguaje y la vida del cuerpo... Es la reina del arte de bien decir... Sin ella el mayor orador es nulo, y con ella un orador mediano se eleva sobre los más hábiles.»

515. Cuando hay acción, vida y movimiento en la palabra el orador transmite su alma toda entera al auditorio; es una brasa encendida que, echada entre fríos carbones, los abrasa, los consume. La acción da fuerza, interés y energía á la palabra; ella da movimiento y vida á las inertes imágenes; ella da colorido y reviste de belleza las ideas y los conceptos, y, permitidme esta expresión, hace palpar la vida latente en la palabra por la ternura, el sentimiento, y afectos de toda pasión.

516. Los Padres de la Iglesia las mismas reglas dieron, y solícitos fueron en practicarlas, como que anunciaban las eternas verdades de las cuales estaban tan poseídos. Recomiendan en gran manera la acción oratoria San Agustín, San Ambrosio y San Bernardo. Y San Francisco de Sales escribía al Arzobispo de Bourges: «Decir maravillas y no saberlas decir, no es nada: decir poco y bien, esto es mucho.» Por esto ya siglos antes San Agustín decía que aquel que predica sabiamente y con elocuencia es preferible y aprovecha más á sus oyentes que aquel que no habla sino con sabiduría: *Qui non solum sapienter, verum etiam eloquenter potest dicere, procul dubio plus proderit.*

517. Es imponderable el influjo que ejerce sobre las almas una acción brillante, enérgica y natural. El famoso Roscío desafiaba públicamente á Cicerón á que expresase sus pensamientos mejor y más deprisa que él con solo el auxilio del gesto. ¿Y pues, qué? ¿no fué Hortensio el que, á pesar de la inferioridad de sus escritos, pudo ser el rival del orador romano por la perfección de su pronunciación y la gracia en el modo de decir? San Bernardo ha formulado esta verdad en una muy breve sentencia: *Efficacior lingua quam littera.* (Ep. LXVI).

518. «¿De dónde viene, dice Pratmans, que entre tantos discursos admirados en el púlpito haya tan pocos que merezcan imprimirse? La razón de esto es siempre la misma; la acción comunica á todo lo que se dice, un mérito que no se siente cuando se lee; ella es el alma del discurso,

nos seduce, nos arrastra, y oculta aún las faltas de la composición, hasta hacer hallar admirable un discurso que no sostendría siquiera el examen de una lectura detenida.» El venerable P. Granada, lo mismo que otros autores de Elocuencia, hacen consistir en la perfección en el modo de decir el interés y la exaltación de pasiones que los actores de teatro producen en los asistentes. La acción es la que da vida á la palabra; sin ella todo es pálido, todo está muerto.

519. En vano, por ejemplo, buscamos en los sermones del Vble. P. Diego de Cádiz, capuchino, aquella elocuencia de fuego, aquella palabra vibrante y sonora que tiene suspensos millares de oyentes; no nos pueden dar idea de aquella extraordinaria moción y arrebatador entusiasmo: son letra debil, muerta. Oyóle Quintana, y quedó asombrado, y todavía en su vejez gustaba de recordar aquel asombro. Millares de pecadores temblaban á su potente voz cual leve flor de arbusto, decía un volteriano empedernido. Desde entonces acá, palabra más elocuente y encendida no ha resonado en los ámbitos de España, dice Menéndez Pelayo; quien despues de describir el edificante porte exterior de aquel hombre extraordinario, exclama: «¿Qué le importaban á tal hombre las retóricas del mundo, si nunca pensó en predicarse á sí mismo?» Todo lo cual confirma maravillosamente cuanto se ha dicho sobre el poder de la acción, del gesto y de la voz sobre los auditorios. Esta es la verdadera elocuencia.

520. Esta acción, este gesto y esta voz hieren los sentidos de cuantos ven y oyen al predicador; y como los sentidos son el camino por donde se introduce la verdad, resulta que tanto más profunda es la impresión que ésta hace en el alma, cuanto más impresionados han quedado los sentidos que son los internuncios ó vehículos de ella. Y esto sucede á todos sin distinción, pero de un modo más notable en gente sencilla, ó bien incapaz de profundas concepciones y elevación de pensamientos, como es por lo regular la generalidad de la gente que no han cultivado las letras.

521. Ahora, pues, se comprende fácilmente que cuanto más perfecta es la acción oratoria más impresionados quedan los sentidos, y á su vez más vivamente impresionan el

alma, en donde más profundamente quedan grabadas las verdades que se inculcan. Algunos se han burlado de algunas exterioridades que antiguos predicadores hacían para impresionar más los sentidos y hacer comprender mejor las eternas verdades á los ignorantes y á la gente rústica; mas nosotros, dejando á parte los abusos, preguntamos: ¿Y en los teatros se impresionarían tanto los asistentes si no fuesen aquellas exterioridades y aquellas pantominas que se mezclan á la viveza de expresión? Allí se excitan las pasiones violentas, apetitos desordenados, venganzas, furoros, homicidios, y todo esto en alto grado, y pocas veces se estimula el amor á la virtud: se sale del teatro trastornadas las potencias del alma y los sentidos del cuerpo, efecto todo de aquella *acción oratoria* que tan al vivo presenta las cosas.

522. Los predicadores no podemos valernos de estas exterioridades, porque además de la crítica moderna, que excede más de lo justo, nuestras poderosas armas para abatir el error y el vicio son la verdad, basada en la solidez de los argumentos: la fuerza de ellos debe hacerla brillar con esplendor é infundir los más nobles sentimientos en el corazón de los oyentes; pero sí que debemos procurar expresar las verdades de nuestra augusta Religión con convicción, con energía, con acento y verdadera *acción oratoria*, y haremos prodigios con la gracia de Dios. Nada de comedias, es cierto; la misión que lleva el sacerdote es muy augusta; pero no es menos cierto que si nuestra palabra no va animada de aquellas cualidades externas en donde ella se refleja y se hace visible tomando calor, movimiento y vida, nada absolutamente haremos. El semblante, el gesto, la voz, todo sea en el predicador el reflejo de aquella idea que brilla en su mente, de aquel sentimiento que brota en su corazón, de aquella imagen que crea su fantasía; todo su exterior sea la fiel expresión de aquella palabra que, elaborada en las potencias de su alma, sale de sus labios. Esto solo es capaz de conmover al auditorio; cuando menos es un brillante exordio, si no es un completo sermón. El P. Daniel Bartoli refiere de un predicador que, sin más sermón que repetir por tres veces el tema del Evangelio de aquel día: *Mortuus est dives, et sepultus est in inferno* (Luc. vi), hizo maravilloso

fruto en su auditorio. Tanto era el asombro, espanto y amenaza que descubría en su rostro, demudado y atónito, considerando la terribilidad de aquella sentencia y penas tan espantosas. Y del Vble. P. Luís de Granada se lee que una vez, habiendo subido al púlpito á predicar el sermón de Pasión, estaba tan conmovido, su voz tan embargada, su semblante tan demudado, y todo tan poseído del dolor por el asunto que meditaba, que al pronunciar estas primeras palabras del tema: *Passio Domini Nostri Jesu Christi*, no pudo pasar más adelante, convirtiéndose todo el auditorio junto con él en un mar de lágrimas.

523. Comprendamos de una vez la necesidad de la buena *pronunciación*: el ministro de Dios no puede en manera alguna descuidar una cosa que tanto influye en el feliz éxito de la predicación; no es posible que salga de nuestros labios una palabra muerta y sin vida, que acuse en nosotros una miserable apatía y glacial indiferencia para las almas que Jesucristo ha redimido con su preciosísima sangre. La misma avaricia hace elocuente al avaro para chupar la sangre del pobre; la misma codicia hace elocuente al rico mal contento para aumentar sus intereses; la misma concupiscencia hace elocuente al voluptuoso para satisfacer sus infames pasiones, ¿y el sacerdote no encontrará estímulos poderosos en los intereses de Jesucristo y de las almas redimidas para saber impresionarse vivamente, y revestir la palabra de aquel brillo y energía mucho mejor de lo que pretenden hacerlo aquellos que en los teatros halagan las pasiones y ensalzan la vanidad, mucho mejor que aquellos que con tanta pasión defienden los intereses mundanos?

524. «La conciencia me dice, se exclama Hamón, que no puedo como sacerdote descuidar una cosa de la cual depende el éxito de la predicación, y que si, para perder mil veces las almas, los actores del teatro se esfuerzan con tanta solicitud en llegar á la perfección de la acción, para salvarlas debo trabajar con un celo por lo menos igual, ya que no sea mayor, y en proporción del alto objeto que me propongo.» Y si este objeto es en sí tan noble y elevado, ¿qué será cuando se convierte en admiración del entendimiento y encanto del corazón por medio de la *acción oratoria*, que

según Cicerón adorna de tanta belleza y dignidad el discurso? *Splendore vocis et dignitate motus fit speciosum et illustre quod dicitur*. Una fe viva, una persuasión íntima de la grandeza y sublimidad del ministerio evangélico, lleva consigo grandes ventajas para accionar bien; por el contrario, si el sacerdote no se persuade de las excelencias de su magisterio, en este caso su acción decaerá visiblemente, será indigna de la grandeza de Dios.

525. Para muchos es considerado poco menos que inútil fijarse tanto en la acción oratoria, por parecer cosa muy fácil, y sin embargo es cosa bien difícil, como lo es desprenderse de los malos hábitos y adquirirlos buenos, y que por más natural que parezca una cosa, aquí es en donde conviene recordar lo que dice Quintiliano: *Nihil licet esse perfectum nisi ubi natura cura jvatur*. Se ha observado que son poquísimos aquellos á quienes acompaña una buena acción oratoria. Todos los talentos necesitan más ó menos del arte; esto es indiscutible. Todos saben los grandes esfuerzos que hizo el orador griego para vencer su naturaleza ingrata; la domó con la aplicación y el ejercicio, y consiguió las disposiciones que aquélla le había negado, y esto en tan alto grado, que Filipo pudo decir que temía más la elocuencia de Demóstenes que las armas de todos los griegos.

526. Se han dado reglas hasta la minuciosidad sobre esta parte tan difícil y descuidada de la Retórica, lo cual hace ver su absoluta necesidad para ser un buen orador; aunque la regla principal es una atenta observación de los buenos predicadores, procurando descartar cualquier vicio que en ellos se observe, y cosas que, siendo peculiares de su genio, no cuadrarían bien con el nuestro; sin embargo, podemos resumir las reglas principales de los autores, para mayor utilidad, en dos puntos: 1.º *El lenguaje oral*; 2.º *El lenguaje de acción*; notando al mismo tiempo sus defectos.

LECCIÓN XXXVIII.

Voz ó lenguaje oral.

527. La *pronunciación* es en realidad la parte más importante de la acción: la voz del hombre, esa rica armonía y distintivo con que Dios ha querido dotarle, la cual no pueden imitar ni los instrumentos músicos más perfeccionados. Ved cómo ella se distingue entre los acordes armoniosos de bien templadas liras, lo mismo que entre los torrentes de melodía del órgano que en sus notas graves é imponentes llena nuestras catedrales; la voz inspirada y modulada del hombre supera todos los sonidos y notas que la creación entera eleva á su Criador. Nada hay en el hombre que con más energía exprese sus pasiones, ni que más conmueva como su voz. Ya decía Cicerón: *Ad actionis usum atque laudem, maximam sine dubio partem vox obtinet*. Flexible para todo, ella puede manifestar los sentimientos más delicados del corazón, como las concepciones más sutiles de la inteligencia con todos sus cambiantes é inflexiones, aun las más finas y espirituales, con tal que tenga palabras que correspondan á cada cosa para su forma de expresión. San Agustín quedaba admirado de esta gran flexibilidad de la palabra. «Es tan flexible la voz humana, dice el Santo Doctor, que tiene modulaciones para todos los afectos, los cuales se excitan por los sonidos bocales en virtud de no sé qué oculta familiaridad: *Quorum nescio qua occulta familiaritate*. Y ¡cosa admirable! Tan flexible es la voz, que cuando no alcanzan las palabras, ó no se encuentran correspondientes para expresar lo que sentimos, modula en una interjección, en una admiración, en un gemido todo cuanto siente el alma: gemido, voz, eco de una interior armonía capaz de electrizar á todo el auditorio; voz que representa todo un mundo de bellezas en nuestro espíritu, cuya sublimidad no

según Cicerón adorna de tanta belleza y dignidad el discurso? *Splendore vocis et dignitate motus fit speciosum et illustre quod dicitur*. Una fe viva, una persuasión íntima de la grandeza y sublimidad del ministerio evangélico, lleva consigo grandes ventajas para accionar bien; por el contrario, si el sacerdote no se persuade de las excelencias de su magisterio, en este caso su acción decaerá visiblemente, será indigna de la grandeza de Dios.

525. Para muchos es considerado poco menos que inútil fijarse tanto en la acción oratoria, por parecer cosa muy fácil, y sin embargo es cosa bien difícil, como lo es desprenderse de los malos hábitos y adquirirlos buenos, y que por más natural que parezca una cosa, aquí es en donde conviene recordar lo que dice Quintiliano: *Nihil licet esse perfectum nisi ubi natura cura jvatur*. Se ha observado que son poquísimos aquellos á quienes acompaña una buena acción oratoria. Todos los talentos necesitan más ó menos del arte; esto es indiscutible. Todos saben los grandes esfuerzos que hizo el orador griego para vencer su naturaleza ingrata; la domó con la aplicación y el ejercicio, y consiguió las disposiciones que aquélla le había negado, y esto en tan alto grado, que Filipo pudo decir que temía más la elocuencia de Demóstenes que las armas de todos los griegos.

526. Se han dado reglas hasta la minuciosidad sobre esta parte tan difícil y descuidada de la Retórica, lo cual hace ver su absoluta necesidad para ser un buen orador; aunque la regla principal es una atenta observación de los buenos predicadores, procurando descartar cualquier vicio que en ellos se observe, y cosas que, siendo peculiares de su genio, no cuadrarían bien con el nuestro; sin embargo, podemos resumir las reglas principales de los autores, para mayor utilidad, en dos puntos: 1.º *El lenguaje oral*; 2.º *El lenguaje de acción*; notando al mismo tiempo sus defectos.

LECCIÓN XXXVIII.

Voz ó lenguaje oral.

527. La *pronunciación* es en realidad la parte más importante de la acción: la voz del hombre, esa rica armonía y distintivo con que Dios ha querido dotarle, la cual no pueden imitar ni los instrumentos músicos más perfeccionados. Ved cómo ella se distingue entre los acordes armoniosos de bien templadas liras, lo mismo que entre los torrentes de melodía del órgano que en sus notas graves é imponentes llena nuestras catedrales; la voz inspirada y modulada del hombre supera todos los sonidos y notas que la creación entera eleva á su Criador. Nada hay en el hombre que con más energía exprese sus pasiones, ni que más conmueva como su voz. Ya decía Cicerón: *Ad actionis usum atque laudem, maximam sine dubio partem vox obtinet*. Flexible para todo, ella puede manifestar los sentimientos más delicados del corazón, como las concepciones más sutiles de la inteligencia con todos sus cambiantes é inflexiones, aun las más finas y espirituales, con tal que tenga palabras que correspondan á cada cosa para su forma de expresión. San Agustín quedaba admirado de esta gran flexibilidad de la palabra. «Es tan flexible la voz humana, dice el Santo Doctor, que tiene modulaciones para todos los afectos, los cuales se excitan por los sonidos bocales en virtud de no sé qué oculta familiaridad: *Quorum nescio qua occulta familiaritate*. Y ¡cosa admirable! Tan flexible es la voz, que cuando no alcanzan las palabras, ó no se encuentran correspondientes para expresar lo que sentimos, modula en una interjección, en una admiración, en un gemido todo cuanto siente el alma: gemido, voz, eco de una interior armonía capaz de electrizar á todo el auditorio; voz que representa todo un mundo de bellezas en nuestro espíritu, cuya sublimidad no

puede expresar impotente el vocabulario humano. ¡Oh, la voz! Ella modula con suavísimas inflexiones todo cuanto sentimos; todo cuanto pasa en el fondo de nuestra alma. Admirablemente se comprende la parte principalísima que ella tiene en la *acción oratoria*.

528. La buena *pronunciación* es siempre poderosa, porque en ella va envuelta la palabra, el *verbo* que ha de quedar depositado cual germen en la inteligencia y corazón del oyente. Cuando la acompaña el buen timbre de voz, aquellas formas enérgicas que la revisten de virilidad y lozanía, aquel ropaje majestuoso de los vistosos y sobrios atavíos de la elocuencia, su poder es irresistible; nada es comparable á su poderosa dominación. ¡Cuán grande es Demóstenes entre los antiguos griegos, conteniendo con su ardiente palabra el poder de las armas enemigas de su patria! los pueblos helénicos otra cosa no hacen que elevarse ó abatirse según el imperio de la *voz* del gran orador que por completo les domina! ¡Cuán grande es el Crisóstomo cuando con aquella elocuente y poderosa *voz* que sale por aquella *boca de oro*, tiene á Antioquía y Constantinopla suspensas de sus labios, sin corazón y sin alma, porque están en manos del gran orador cristiano, que con el mágico encanto de su elocuente *voz* se ha apoderado de todos ellos.

529. La *pronunciación* es el espíritu de vida que entra en la letra muerta y fría del discurso, el que le da interés y animación. El Señor dice al Profeta: «¿Piensas tú que vivirán estos huesos?» Diles: *Ossa arida audite verbum Domini*. (Ezeq. xxxvii). «Habla:» y habló el Profeta; los huesos se removieron, se animaron, andaban perfectamente revestidos de su carne; había entrado el espíritu de vida. Están reunidos los materiales de un discurso, ¿qué veis? huesos; se han ordenado, compaginado, tienen ya sus adornos, ¿qué veis? no tienen vida, *en ellos* está todavía la muerte. *Vaticinare, habla:* ved que el discurso se anima, se ponen de relieve las figuras, los pasajes sublimes; todo adquiere un nuevo encanto, y lágrimas brotan de los ojos, ¿y cuándo? allí donde la lectura tal vez no hizo impresión. Vemos que discursos los más insignificantes inspiran interés sólo por el tono de voz y acento de convicción con que son pronunciados: ¿qué

serán los de nuestra augusta Religión? *Vaticinare: hablad* con voz patética, vehemente, enérgica, y las cosas más sencillas se volverán interesantes, y las elevadas más grandiosas y sublimes. Es indudable que *las Misiones en gran parte, después de Dios, deben sus prodigios de conversión al acento poderoso de la voz* con que los misioneros anuncian las eternas verdades.

530. Ya San Gregorio Magno, convencido de esto mismo, decía á sus fieles: «Observo que oís con poco gusto la *lectura* de los sermones que preparo, y que la debilidad de mi estómago me impide pronunciar; haré, pues, un esfuerzo y os predicaré de viva voz: *Quia collocutionis vox corda torpentia plusquam sermo lectionis excitat*. Y efectivamente, nada puede suplir adecuadamente á la vida que da al discurso la *pronunciación*; así como si ésta es mala, es pésimo el efecto que ella produce; porque el sentido del oído, por donde penetra la *voz*, es en extremo sensible y delicado, que no sufre fácilmente las asperezas y vicios de una mala *pronunciación*, como enseña el gran orador romano: *Aurium est iudicium superbissimum*. La *voz* es, pues, el soplo de vida para los discursos; á su abrasado hábito todo se conmueve, se agita y vive; sin la influencia de la *voz* todo afecto se apaga, todo sentimiento disminuye, languidece y muere.

531. Son tantas las variedades de la *voz*, que no es fácil precisarlas. «Hay voces fuertes, sonoras y vibrantes que conmueven al auditorio hasta en el fondo de sus entrañas, dice el Sr. Sánchez Arce; las hay menos robustas y vigorosas, pero que, dulces é incisivas, penetran como un dardo en las almas y las tienen como suspensas á la palabra santa... Para la generalidad de los habitantes de nuestras aldeas, las primeras que hemos clasificado son más agradables que las dulces y melodiosas, que gozan de mayor ascendiente entre personas más ilustradas de las grandes poblaciones.» En medio de tanta variedad de voces agradables ó molestas sólo el oído tiene el privilegio de pronunciar un fallo favorable ó adverso.

532. Es en gran manera digno de sentirse que muchos no comprendan cuánto debe cultivarse este género de talen-

to. Se ha observado por varios escritores que este género está muy descuidado. Vereis en realidad que unos adoptan tonos insignificantes que acusan poca alma, poca convicción, ó tal vez pocos conocimientos; otros emplean unos tonos falsos, incapaces de satisfacer el gusto de nadie, careciendo ellos mismos del buen gusto requerido; otros salen cual á romper lanzas con tonos exagerados, fuera de propósito, efecto de una grande sensibilidad, que los exhibe cual forzados energúmenos, ó atacados de nervios, ó cuando menos manifiesta en ellos las demasías de una fogosa imaginación que los lleva al retortero. Esto es bien sensible, pues la palabra de Dios es majestuosa, y con majestad debe anunciarse; debe fluir cual caudaloso río según los varios modos y maneras propios de cada orador, sin necesidad de violencias reprehensibles. Vamos, pues, á compilar algunas reglas acerca el buen uso de la voz, de este don precioso por Dios legado al hombre.

533. Mas antes de todo, para más clara inteligencia, fijémonos en todos los elementos de los cuales se compone la voz: 1.º El *timbre*: es la misma disposición del órgano de la voz; por esto cuando la voz es sonora y argentina decimos: Tiene un buen *timbre*, un buen metal de voz. 2.º El *tono* es la nota musical, alta, mediana ó baja; cuando se eleva mucho la voz, decimos: Ha dado un *tono* muy alto. 3.º La *duración*: es el tiempo que se emplea en la pronunciación de la sílaba ó palabra: es la *cantidad prosódica*. En ella se comprenden las cantidades de sonido, pausas ó momentos de silencio. 4.º La *intensidad*: es el cuerpo ó fuerza de la voz, y produce los sonidos fuertes ó débiles, efecto de un marcado *acento*. «Señala un esfuerzo de voz, no una prolongación de sonido,» dice el Sr. Menéndez Pelayo. Por lo que cuando uno se expresa con fuerza, decimos: Pronunció tales palabras con marcado *acento*; y en general á una voz fuerte y robusta la llamamos *intensa*; v. gr.: Llenaba las anchas naves del templo con la *intensidad* de su voz.

I.—REGLAS PARA LA BUENA PRONUNCIACIÓN.

534. Regla 1.ª TIMBRE DE VOZ. Los que de naturaleza han recibido una voz ingrata, sólo con mucho trabajo podrán modificarla; mas si por razón de la organización del sujeto resultan tan defectuosas que son en extremo gangosas, agrias, broncas, casi apagadas, entonces ya es muy difícil el remedio para que puedan habilitarse para la predicación.

535. Regla 2.ª TONO DE VOZ. Siendo el *tono* la modulación del sonido de la voz, debe ser ora dulce, afable; ya patético, conmovedor; otras veces airado, terrible; ó ya trémulo y espantado, según los diversos sentimientos de que está poseído el orador, de los cuales es intérprete, pues para esto el *tono* está destinado. Cada emoción del alma tiene su lenguaje propio, cada pasión su propia inflexión y distintivo, cada asunto requiere su particular *tono* de voz. Una misma lectura hecha por uno ó por otro lector hay tanta diferencia como de la noche al día, según el grado de juicio y buen gusto que á los dos distingue; así como un cantar ó una sonata distinguen al buen ó mal músico en su ejecución.

536. Admiramos aquí otra vez la flexibilidad de la voz humana, que no sólo se doblega á manifestar los más puros sentimientos, sino aún su mayor delicadeza y variedad de formas apenas perceptibles. Es sensible que no se fije la atención en el estudio de los *tonos* propios, tan necesario al predicador para la verdadera expresión sentimental. «Por descuido en este estudio, dice el Sr. Sánchez Arce, llegan pocos á esta perfección: la mayor parte de los oradores dejan enteramente á la casualidad el formarse en la recitación, según que les parece más bonito algún estilo de voz, ó según encanta á su imaginación algún modelo artificial, adquiriendo por este medio en la pronunciación hábitos detestables.» Fijémonos bien en nuestros propios *tonos* naturales para expresar exactamente y con eficacia todo cuanto en nuestro interior sentimos.

537. Regla 3.ª DURACIÓN DE LA VOZ. Medir los tiempos, saber dar el valor á las sílabas y palabras, sobre todo

las que merecen de un modo particular nuestra atención; da al discurso una armonía tan llena de gracia y energía que no puede menos que cautivar los corazones de los oyentes. Sirven para ello el *énfasis*, que con sonido más fuerte acentúa una palabra ó frase, sobre la cual queremos llamar la atención para darle más importancia. Las *pausas enfáticas*, las cuales usamos cuando, después de haber dicho alguna cosa importante, nos paramos á fin de llamar la atención, ó bien nos paramos antes de decirla. Las *pausas para la distinción de sentido*, que indican las divisiones de éste, y dan lugar al orador para que respire y cobre aliento. Saber, pues, arreglar esas *pausas* según el sentido de la oración, saber recargar los *énfasis* en las sílabas, las frases y las sentencias que justamente lo requieren, es lo que da la belleza al discurso, y constituye su natural duración ó cantidad prosódica.

538. Regla 4.^a INTENSIDAD DE LA VOZ. Cuando nos hablan nos gusta oír lo que nos dicen; luego, pues, el predicador ha de poner su voz al alcance de todos los oyentes. ¿Cómo lo logrará? Según el tono y manejo de su voz. Ya hemos visto lo que es el *tono* de la voz; no lo confundamos con su *intensidad*. Esta es el cuerpo ó fuerza de la voz, el tono es la clave que la hace subir ó bajar. Los tonos son tres: alto, mediano y bajo. Empleamos el *alto* para llamar á una persona que está distante; *bajo* cuando le hablamos al oído; y *mediano* cuando conversamos con otros. Para hacernos entender bien no hay necesidad de tomar el tono más alto hasta desgañitarse. Nada de esto. Sin cambiar la llave, esto es, sin salir de la entonación dada, sin subir ni bajar la voz, no hay que hacer otra cosa sino llenar más la voz dándole más fuerza y plenitud de sonido; con esto se hace más *intensa* sin cambiar el *tono*. Este natural esfuerzo de voz es muy fácil, sobre todo á los de voz corpulenta.

539. Si no se tienen en cuenta estas distinciones, resultan grandes fatigas y dificultades en el ejercicio de la predicación. Un tono muy alto es difícil sostenerlo, llegan á faltar las fuerzas y á perderse la voz; las cláusulas salen entrecortadas, y no pueden redondearse ó completarse los períodos convenientemente por no poderles dar el desarrollo ne-

cesario, al mismo tiempo que causa desagradable sensación y molestia al auditorio. La voz para no cansar, y lograr que salga del todo natural, debe contenerse *dentro cuatro notas*, las más naturales á cada uno, sin traspasarlas ni por alto ni por bajo. El predicador en el púlpito, dirija su vista y ponga su voz al alcance de la persona más distante de su auditorio; mas si esto es muy difícil es inútil esforzarse, nos cansaríamos en vano.

540. Regla 5.^a ARTICULACIÓN PERFECTA. En articular y distinguir bien las sílabas y las palabras consiste la claridad de la pronunciación. Si no se articulan y pronuncian bien las letras y las sílabas, resulta una lamentable confusión. Hay quienes para dar más cuerpo y sonoridad á la voz, no se les oye sino aquel continuo *a, e, o, a*, sin poderles distinguir ninguna consonante, por lo que nada se les entiende, ó se les pierde la mayor parte del discurso, quedándose uno en ayunas, cosa que molesta mucho, como al que mientras está comiendo le ponen y quitan continuamente la comida, que no encuentra gusto ni satisfacción. No es con gritos desahorados, sino con la articulación clara y distinta, que un discurso se hace inteligible. Ha habido quienes con voz muy débil se hacían oír con gusto por su clara y limpia pronunciación, mientras que otros dotados de voz extraordinaria nada se les entendía porque confundían los sonidos, y sobre todo suprimían las consonantes, que son el hueso y nervio de la palabra, y en ellas se apoyan las vocales. Hay que triturar esa masa informe de aire que sale de la boca por medio de las consonantes, que son como el cincel que le dan la forma. Lo repetimos: hay que triturar el aire por medio de las consonantes, si no es imposible entenderse. Por desgracia no deja de observarse en varios oradores esta falta, los cuales se comen las sílabas, suprimen muchas consonantes, y por no distinguir y articular bien las letras, sílabas y palabras, ponen grande confusión al auditorio, que llega materialmente á aburrirse. Y lo que aburre no agrada, y lo que no agrada no puede producir fruto. Deben articularse distintamente todas las sílabas; deben, lo diremos, escupirse todas las palabras enteras sin esconder ni una letra, y entonces resulta una pronunciación clara, limpia, inteligible y en gran manera agradable.

541. **Regla 6.^a LENTITUD NECESARIA.** Singularmente los jóvenes deben atender mucho á este requisito. Todo impele al joven orador á que precipite su discurso: su lozana edad, el ímpetu de las pasiones, el fuego de la imaginación, la viveza de sentimientos, las ideas tan frescas que conserva de sus estudios, los ejercicios del aula, los deseos de practicar con fervor su sagrado ministerio, el afán de cortar los vicios, de estimular á todo el mundo á las virtudes, áun su misma inexperiencia. Mas todo quiere su modo; y los jóvenes si no van con cuidado desde un principio podrían adquirir malos hábitos, de los cuales no pocas veces tendrían que arrepentirse. «Ordinariamente, dice el Sr. Sánchez, se les oye hablar desde la cátedra del Espíritu Santo con una precipitación que asombra, hija de la fogosidad de su genio, y de la falta de la serenidad y calma que requiere ejercicio tan delicado, lo cual confunde la articulación y el sentido de lo que se habla. Por lo que es preciso emplear grande cuidado en moderar la ligereza en el hablar.» Cuando no hay precipitación se pronuncia mejor, tiene más dignidad el discurso, el orador no se fatiga, el auditorio recibe y retiene mejor la palabra de Dios, se van desarrollando mejor los asuntos; pero sobre todo es en la improvisación que se nota esta ventaja, pues saben escogerse mejor las ideas que convienen, para desechar las que no son tan oportunas. Mas esto requiere calma, dominio de sí mismo, á todo lo cual se opone la precipitación; la cual, según Maury, es un vicio de los más difíciles de remediar una vez contraído.

542. **Regla 7.^a PROPIEDAD DE LA PRONUNCIACIÓN.** A cada palabra conviene darle su propio sonido. Las reglas de acentuación deben saberse perfectamente, pues ella modifica en gran manera las voces de un idioma. El acento provincial que la naturaleza y costumbres dan á los naturales de distintas provincias de un reino no influyen menos sobre la pronunciación. Estos acentos son más ó menos viciosos, y hay que atender al modo de hablar de las personas cultas.

543. **Regla 8.^a NATURALIDAD.** Esta es la *Regla entre las reglas*. Es menester *hablar* al auditorio con la voz natural, aunque más esforzada, porque hablamos á muchos, y deben oírnos. Debe conservarse la voz propia, no inten-

tando hacerla aparecer más dulce y más delicada, ó más fuerte y más llena de lo que es en sí, sino que salga espontánea y natural. Es tan importante esto, que el Sr. Martínez Sanz ha dicho sobre el particular: «Esta es la única regla que se puede dar, y ella basta.»

544. **Regla 9.^a EJERCICIO.** Cuanto más se cultiva el instrumento de la voz tanto más se desarrolla y fortifica; pero desde el momento que se descuida, va debilitándose y llega á perderse. Por esto se observa que, en igualdad de circunstancias, á los predicadores, lectores, y cantores de ejercicio continuo en sus oficios se les aumenta notablemente la voz, con acentuación más pronunciada. Conviene, pues, ejercitarla con lecturas en alta voz, ó declamación de piezas oratorias. De estas condiciones del lenguaje oral se deducen como corolario algunos vicios opuestos, dignos de notarse.

II.—VICIOS OPUESTOS Á LA PRONUNCIACIÓN.

545. 1.^o Gritos desaforados de oradores violentos, á cuyos semejantes ridiculizaba Cicerón: *Latrant jam quidem, non loquuntur oratores*. «Los predicadores que tienen pocas cosas buenas que decir, por lo ordinario son los que se agitan más en la pronunciación, dice el Sr. Sánchez; ellos son estériles en razones y fecundos en gritos, como si con éstos lograsen el convencimiento y la persuasión. Además, estos excesos en la pronunciación alteran y arruinan el temperamento más vigoroso, y conducen rápidamente á la pérdida de la salud y á una muerte prematura.» Para evitar esos excesos vigilaba mucho San Vicente de Paul sobre sus misioneros. Sin embargo, no hay que confundir la energía, fuerza y vehemencia de la expresión razonable y mesurada, con la violencia y furor.

546. 2.^o La pronunciación acelerada de las finales, que hace que no se perciban.

3.^o Una lentitud pesada, que parece arrastra las palabras por la arena.

4.^o Ahuecar la voz é hincharla de una manera afectada y pedantesca.

5.º El acento provincial exagerado.

6.º Hablar frecuentemente con énfasis, porque entonces nadie para atención á lo que se dice.

547. 7.º Pronunciación siempre igual; voz semejante al martilleo del herrero; monotonía enfadosa, capaz de disgustar á todo el mundo. Siempre, siempre tocando la misma cuerda.

548. 8.º Cuando un predicador comienza y continúa en tono alto como si hablase á los Angeles, ó á gentes que estuviesen suspendidas de las bóvedas, como dice un escritor. Es ser incivil y muy poco atento hacer reunir tantas gentes y no decirles una palabra.

549. 9.º Desigualdad de voz; como aquellos que, dando un grito desaforado, bajan de repente á un tono tan imperceptible, que los que están algo distantes se quedan en ayunas y pierden el hilo del sermón, quedándose bien molestados.

550. 10. Abuso de voz con sermones muy largos, ó con entonación muy elevada y fuerte.

III. — REGLAS PARA CONSERVAR LA VOZ.

551. Todos los escritores de Sagrada Elocuencia convienen en que un timbre de voz simpático y armonioso es un don que se debe á Dios, que el arte no puede otorgar; mas también están concordes en que hay medios poderosos, tanto para corregir los defectos del órgano de la voz, como para conservar instrumento tan precioso y necesario para la predicación. Todo lo cual debe animar mucho al ministro de Dios, singularmente á los misioneros, viendo que con alguna diligencia de su parte pueden estar siempre aptos para la viña del Señor, observando en cuanto á conservar la voz las siguientes Reglas:

552. **Regla 1.ª** Uno de los grandes cuidados que ha de tener el predicador, es no abusar de la voz y no fatigarla, ya en el púlpito con gritos demasiado violentos y predicaciones muy largas, ya fuera del púlpito con inútiles y largas conversaciones, cantos no necesarios, disputas y contestaciones vehementes.

553. 2.ª Después de la predicación se debe reposar y evitar absorber el aire frio, sobre todo de la noche, y no salir de la iglesia hasta que el cuerpo se ha resfriado bien y se ha secado el sudor.

554. 3.ª Para conservar la voz los médicos aconsejan un *régimen alimenticio saludable* y fortificante, evitando los alimentos picantes y licores fuertes que podrian dañar la garganta; igualmente prescriben *acostarse temprano*, paseos moderados, y observar las *estrechas reglas de la moralidad*, que tanto vigorizan todo el ser del hombre.

555. 4.ª Es cosa probada y de grande efecto bañarse la cabeza y cuello con agua fria por las madrugadas, media hora después de haberse levantado de la cama, excepto si uno está ya con el resfriado. Se pone una voz muy limpia y sonora. Cosa tan necesaria, sobre todo en tiempo de Misiones.

556. 5.ª En el púlpito es menester colocarse bien debajo el tornavoz, y dirigir la voz á la columna ó pared de enfrente para que repercuta sobre el auditorio, evitando dirigir la voz al fondo de alguna capilla, porque queda absorbida y se pierde; en fin, hay que buscar el modo que salga bien hasta que se encuentre.

557. 6.ª Hay que evitar en el púlpito las corrientes del aire; y si se ha de predicar á campo raso hay que ponerse de espaldas contra el viento, y así se conserva la voz, que en alas del viento es llevada á las muchedumbres apiñadas. Como lo hacía aquel célebre misionero de la Orden de nuestro Padre San Francisco, que al púlpito en el cual predicaba en los campos le había puesto una veleta, y según el movimiento de ésta giraba también la multitud, que seguía la dirección del misionero; y así ni este perdía su voz, ni el inmenso auditorio sus palabras. ®

LECCIÓN XXXIX.

Gesto ó lenguaje de acción.

558. Para que la expresión del hombre sea digna, majestuosa, agradable y variada, y afecte más la humana naturaleza, el Criador le ha dotado de todos aquellos instrumentos y requisitos necesarios, con los cuales pueda sensibilizar y poner á la vista de todos, sus pensamientos y afecciones; acompañando los signos exteriores de la acción á los grados de calor y actividad que su espíritu y su corazón experimentan.

559. Si el órgano de la voz es este maravilloso y principal instrumento, como lo afirma el orador romano: *Ad actionis usum atque laudem, maximam sine dubio partem vox obtinet*, no es menos cierto que la acción es su verdadero complemento, y en cierto modo es el eco de la misma voz, que sabe reproducir con gestos lo que ésta ha pronunciado. Y hay quienes son tan hábiles en ello, ya por facilidad natural, ya por necesidad, como los mudos, que causan admiración al ver cómo se dan á entender con el solo auxilio de los gestos, sin que para nada necesiten la lengua en aquella animada acción tan propia y expresiva. Y es que los gestos siguen la voz, y cuando ésta falta quedan los gestos, que expresan cuanto sentimos, y se dan á comprender en todos los idiomas y países. Todo el mundo comprende los movimientos de ira, de furor, de amor, de compasión, de agrado ó de reprobación. Basta á veces un movimiento de manos, un simple saludo, una mirada para conmovernos, para comprender los sentimientos de otro; y por esto aunque no entendamos un idioma, fácilmente un signo, un gesto, una expresión, establece entre nosotros cierto lenguaje muy vivo. Vemos los mudos qué hábiles son para manifestar por señales sus ideas y sentimientos.

560. Muchas veces el gesto nos hiere, nos impresiona más que la misma palabra. Una acción de manos, una expresiva mirada, un silencio significativo, un rostro demudado, una expresión de dolor, un exterior compungido, una posición digna, un continente majestuoso, un aire desdeñoso, un movimiento compasivo, una sonrisa burlona, una señal de amenaza, un arranque de cólera, un gesto de horror, algunas lágrimas que desbordan por los ojos causan más sensación que la misma voz. San Agustín declara aquel angustioso trance en que luchaba su corazón para convertirse: «Mi frente, las mejillas, el color, los ojos, las inflexiones de la voz, expresaban con más energía que mis palabras la lucha interior que desgarraba mi alma: *Plusque loquebantur... quam verba que premebant*.

561. Tal ha de ser la acción oratoria en el predicador: que todos comprendan por su exterior significativo cuánto pasa en el interior de su alma, los afectos que embargan su corazón, y los fenómenos que sin cesar se reproducen en el fondo de su ser; mas siempre con santa moderación, siempre evitando todo movimiento teatral. Entre el teatro y la cátedra sagrada hay una bien marcada diferencia de acción y de género. «Nada, pues, hay de más mal gusto, dice Mauri, y más contrario al tono del púlpito que una manera teatral. Al instante llega uno á advertirlo cuando se posee el sentimiento y hábito del santo ministerio; y jamás esto resulta en ventaja del declamador que se rebaja á estas indecentes imitaciones.» El orador no representa un personaje ficticio, como un actor que se coloca en el lugar de otro.

562. Bien difícil es dar reglas sobre el lenguaje de acción, pues más pertenece á la práctica de un experimentado profesor que vigile y corrija los defectos de sus discípulos; y además tenemos bien presente lo que dice el abate Bautain sobre el particular: «Los mejores guías en tales cosas son la naturaleza y la inspiración del momento, y el ejemplo la más provechosa enseñanza. Quien tenga disposición para la elocuencia, aprenderá á hablar con sólo oír hablar bien. Los oradores son sobre todo los que forman á los oradores.» Sin embargo, es muy conveniente establecer algunas reglas que, sin quitar en nada la espontaneidad de la

naturaleza, y sin ajustar á estrecho molde los movimientos del espíritu, tiendan únicamente á hacer más natural y brillante la acción, librándola de tantos excesos y abusos que siempre son reprochables en la cátedra sagrada.

I.—REGLAS PARA LA BUENA ACCIÓN.

563. Regla 1.^a *La acción ha de ser natural.* La naturaleza tiene tales encantos y un sello tan notable de originalidad propia, que no es fácil le alcance jamás el arte más aventajado. Éste jamás puede dar á la acción ó movimientos del orador aquel valor ó espontaneidad que le da una pasión real que le domina por completo. Absorto de una idea, arrobado de un éxtasis maravilloso que le empuja y le arrastra á lo sublime, mueve las manos, brillan sus ojos, se anima su semblante, todo su exterior acciona vivamente con gracia, sin pensarlo, sin darse cuenta de ello; y por esto mismo que hace todo esto sin reflexionarlo, le es tan natural y á los demás tan agradable, porque nada tiene de estudiado, nada de pretensioso ni fingido. Repetimos que el arte, por más perfeccionado que se le suponga, jamás podrá llegar á esta verdad de expresión que tanto nos agrada.

564. En los auditorios domina una buena dosis de sentido natural, buen gusto y discernimiento: la verdad, sin sabernos dar demasiada razón de ello, tiene, por cierta afinidad oculta, tal simpatía en nuestros corazones, que la ficción jamás nos agrada por más que vaya revestida de bellas formas, y basta sólo el presentirla, que ya un instinto repulsivo la rechaza, causándonos gran displicencia. Vean los predicadores con qué cuidado hemos de ir en no simular afectos que no sentimos, en no emplear tonos altaneros ó ridículamente sentimentales, ó en pretender en el púlpito parecer lo que no somos, pues todo esto es en perjuicio del fruto de la predicación y de la elevada dignidad de nuestro santo ministerio. «Nada hay tan hermoso como la naturaleza,» ha dicho un escritor contemporáneo.

565. Sin embargo, en ninguna manera se excluye el arte, como fácilmente deja comprenderse, pues enmienda y

corrige los defectos de la naturaleza; y todos los preceptistas convienen en que con arte y diligencia el orador puede perfeccionar su viciosa pronunciación, extirpar los defectos y malos hábitos, y adquirirla buena, de tal manera que llegue día en que pueda accionar debidamente en el púlpito. Toda esta regla se reduce á que mientras procuramos con el arte corregir los defectos, tengamos presente la máxima de San Ambrosio: *Motum natura informet.*

566. Regla 2.^a *La acción ha de ser edificante.* Siempre se ha considerado que el ejemplo, el porte exterior tiene una fuerza incomparable. Si ven que el predicador apoya la verdad que predica en un exterior santo, modesto y grave, indicio de su santidad interior, los pueblos no pueden menos de conmoverse, prepararse para las impresiones de la gracia, y respetar con veneración al enviado de Dios. Nuestro Padre San Francisco convertía con sólo dejarse ver á los pueblos; tal era la fama de su santidad. Muchos santos predicadores con sólo dejarse ver en el púlpito ya conmovían y convertían las almas, pues la modestia de sus ojos, aquel aire recogido, aquel exterior mortificado, aquel fervor evangélico, aquella caridad con el prójimo, aquella santidad de vida, todo predisponía en su favor, cautivaba los corazones. Cuando Massillón aparecía en el púlpito, su aire recogido y penetrado, harto daba á entender la grandeza é importancia de las verdades que á anunciar iba al auditorio. De él ha dicho el P. Jannart: «No había aún abierto sus labios, y ya el oyente estaba sorprendido; comenzaba al fin, y parecía no poder contener dentro de sí las verdades de que estaba lleno. Hubiérase dicho que un fuego interior le devoraba, y que era una necesidad para su alma manifestarlo exteriormente. Todo en él hablaba entonces, todo persuadía, todo llevaba al auditorio la convicción y el sentimiento. Decía las cosas con fuerza y energía, porque las sentía del mismo modo, haciendo consistir todo el mérito de la acción en aparecer plenamente persuadido de las verdades de que quería convencer á los demás.»

567. Regla 3.^a *Debe evitarse todo aspecto amanerado.* Los autores notan sobre el particular varios defectos. Pretender llevar el sobrepelliz con estudiado esmero; tomar el

pañuelo con ciertas pretensiones ridículas, como los mundanos; pasear la mirada orgullosa sobre el auditorio; toser afectadamente; tomar un tono autoritario; exhibir modales elegantes y pedantescos, y tantas otras ridiculeces que en nada son conformes á la santidad del ministerio. La modestia, la humildad y la caridad atraen siempre las almas al pie de la cátedra sagrada.

568. Regla 4.^a Los gestos han de ser ordenados. «Deben evitarse, dice el Sr. Bravo y Tudela, los desordenados gestos de ciertos predicadores que gritan, se alteran, se atormentan y aparentan siempre un aire inoportuno de indignación. El espíritu de Dios es majestuoso y tranquilo; se revela por la dulzura de la recitación, acompañada de una noble sencillez, y esta dulzura edifica tanto como agrada, va al fondo de los corazones, y triunfa de los obstáculos que encuentra. Por el contrario, la acción immoderada perjudica según su exceso, y rompe esa majestuosa calma que sienta tan bien delante de los altares.»

569. Regla 5.^a *La acción debe acomodarse al predicador.* Con mucho gusto transcribimos esta importante regla del citado Sr. Bravo: «Una misma acción, dice, no conviene á todos los predicadores. Los jóvenes deben adoptar una acción más humilde y más modesta que los ancianos, una acción casi tímida; los inferiores no deben imitar ni á los prelados, ni á los ancianos venerables, ni á los predicadores célebres, á quienes es permitido derramar sobre su exterior un poco de ese aire de autoridad que conviene á su rango, á su edad y á su reputación. Edificarían mal los jóvenes adoptando un acento de imperio que dice mal con su inexperiencia y falta de representación.»

570. Regla 6.^a *La acción debe acomodarse al asunto.* Requiriendo cada género de discurso su género de estilo, es muy natural que pida una acción oratoria que le cuadre perfectamente, según las materias y los estilos con que se tratan. Y por tanto hay que atender, si se trata de *sermones morales, panegíricos, pláticas ú oraciones fúnebres*; ó bien en cuanto á la materia del discurso, si son las *postimerias*, ó sobre los *vicios*, ó corrupción de costumbres lo que predica, tomará el aire y la voz de un profeta; ó bien

se llenará de dolor, de tristeza y compasión si se trata de la *Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo*. Entonces todos los asuntos que se tratan son en gran manera realzados por la acción propia que les acompaña.

571. Regla 7.^a *La acción debe acomodarse á los oyentes.* «Delante de los grandes, dice Hamón, citado por el señor Bravo, es menester hablar con dignidad; delante del pueblo con autoridad: en el campo se puede permitir al predicador, aunque hasta ciertos límites, el aparecer vehementemente y terrible en su acción, gritar y alterarse, porque el pueblo se persuade más con una voz poderosa y con ademanes impetuosos que con la fuerza del razonamiento ó con la belleza de la dicción: en las ciudades es menester mayor reserva, moderación y modestia; es preciso hablar y no gritar, es necesaria una acción noble y culta, una voz dulce y grata, un gesto grave, impulsos moderados y un exterior siempre respetuoso, en términos que el aire de autoridad del ministro esté templado con el aire modesto del hombre.» Los predicadores muy ejercitados en el púlpito saben perfectamente cuán práctica es esta regla y la necesidad que hay de observarla. Una vez un buen hombre del campo decía á un misionero: «Padre, gritará fuerte en el sermón, para que le salga bien.» Mientras que en las ciudades los predicadores que no usan de circunspección en los modos de expresarse no son tan bien recibidos. Hagámonos todo para todos, como el Apóstol, para ganarlos á Jesucristo: *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.* (I. Cor. IX).

572. Estas son las principales cualidades que ha de tener la acción oratoria. Observándolas exactamente, la predicación tiene sus encantos, y los oyentes, pendientes del labio del orador, pasan el tiempo sin advertirlo. Hoy si un sermón pasa de media hora ya se hace fastidioso; se escribe en tratados de oratoria que no conviene pasar de este tiempo, y muchos determinan un tiempo excesivamente corto para explanar las ideas sobre el dogma y la moral que tanto interesan á la humanidad, hoy envuelta en ese torbellino vertiginoso de ideas anticristianas; y con razón indican la necesidad de ser breve la predicación, pues todo va á marcha precipitada, al vapor, y por lo demás, tan estra-

gado está el gusto de muchos cristianos; pero ¿no podría darse la razón de ello en la mayor parte de los casos, atribuyéndolo á la mala pronunciación del discurso y á la acción pésima que le acompaña? Pues ¿no se ha visto muchas veces pasar la hora el predicador en el púlpito, y el auditorio sin pestañear, sin escupir, sin hacer el menor ruido, fijos sus ojos en él, pendiente de sus labios, siguiendo hasta sus menores movimientos, pasar también el tiempo sin advertirlo, empapándose de aquel maná celestial de doctrina divina, que descendía sobre sus almas? Predicadores de la divina palabra: en nosotros consiste en gran parte que los pueblos la oigan con gusto: esmerémonos en nuestro elevado oficio; apliquémonos á observar exactamente las reglas de una buena acción oratoria, y, lo aseguramos, no pasará mucho tiempo sin que recojamos el copioso fruto: *Ad majorem Dei gloriam.*

II.— SOBRE LOS MOVIMIENTOS DEL CUERPO.

573. Respecto á los movimientos del cuerpo, que forman el gesto para la expresión, basta decir que la *cabeza, brazos y manos* son sus principales instrumentos.

574. El CUERPO debe estar derecho; descansando á plomo sobre sus piés: *Status, erectus et celsus*, dice Cicerón; evitando toda posición orgullosa.

575. La CABEZA debe estar recta, ó moderadamente inclinada, según los diversos sentimientos que agitan al orador. Téngase presente que en la cabeza es en donde se ostenta la majestad del hombre, reflejo de la majestad del Omnipotente que le crió. Por tanto es de suma importancia tenerla de un modo digno y conveniente, según las circunstancias.

576. El movimiento de los *ojos* es incomparablemente expresivo. Una sola mirada ¡qué poder ejerce! ¡qué influencia sobre cuantos se dirige! Aterra, inflama, enternece, domina. Ella confirma todo cuanto decimos, según San Bernardo: *Oculi quippe loquentis fidem faciunt dictis.*

577. El SEMBLANTE es el espejo del alma. En él se reflejan las pasiones que la agitan: el amor, la dulzura, el te-

mor, la tristeza, la alegría y el gozo. Poco hay de deliberado en los movimientos de ojos y semblante. «Aquí influye más bien la naturaleza que la voluntad, dice el Sr. Martínez Sanz; aquí se verifica muy particularmente, que quien piensa y siente bien, acciona bien.»

578. LOS BRAZOS Y MANOS para el movimiento tienen el gesto más principal; por lo mismo piden toda nuestra atención. Santo Tomás enseña que el hombre por medio de la inteligencia y las manos, todo lo alcanza, porque éstas son el instrumento de aquélla. Para la acción oratoria siguen siendo su instrumento principal: piden, llaman, amenazan, suplican, niegan, en fin, tienen un lenguaje propio que entienden todos los hombres. El orador debe valerse oportunamente de este poderoso medio de expresión. «Cuando un sentimiento grave y profundo absorbe nuestro espíritu, dice el citado Sr. Martínez, el cuerpo participa de la inmovilidad del alma, y entonces toda la expresión está en la fisonomía del orador.»

579. Toda acción ha de partir ó arrancar del PECHO, que es el que le da energía; de lo contrario el movimiento, sobre todo de brazos, no tiene vigor, y las manos se mueven lánguidamente: *Pectus est quod dissertus facit.*

580. El PIÉ DERECHO ha de estar más adelantado que el izquierdo; esta postura facilita mucho la naturalidad de los movimientos del orador.

581. Se requiere SIMULTANEIDAD entre la acción y la prolación de la palabra, pues si llega á anteponerse la una á la otra, sería cosa muy chocante. De ninguna manera conviene ejercitarse en accionar bien en el momento inmediato á la predicación, pues esto estorbaría. Debe hacerse con anticipación, y con esto se adquiere un hábito; como cuando se habla ó escribe, que no hay necesidad de pensar en cada letra que hemos de poner.

582. Aquí los autores de elocuencia descenden á tantas y tantas minuciosidades sobre el gesto, movimientos de manos, etc., que todo lo cual hace ver de cuánta importancia lo consideran; pero á nosotros nos ha parecido que bastaba recordar aquí la gran regla de la *naturalidad en el gesto*, corrigiendo únicamente sus defectos, y notando los princi-

pales que suelen desfigurar la acción, y que suelen cometerse por los oradores.

III.—DEFECTOS EN LA ACCIÓN.

583. 1.º Inclinarse en el púlpito, balancearse ó encorvarse de tal manera como quien se pone á nadar sobre el auditorio.

2.º Estar la cabeza con afectación, ó erguida, ó torcida hipócritamente ó con negligencia.

3.º Dejar correr con vaguedad ó con altanería las miradas sobre el auditorio.

4.º Golpear furiosamente de piés y manos en el púlpito.

584. 5.º Dejar caer á cada palabra ó dición las manos sobre el púlpito con ruido, como quien está amasando pan, lo que produce un efecto muy desagradable.

6.º Dar al movimiento de brazos tanta celeridad como quien esgrime una espada, ó juega al molinete.

7.º Cerrar los puños, presentarlos al auditorio, y otras acciones indecorosas.

8.º Accionar siempre con un solo brazo, y no acompañar de vez en cuando con el izquierdo para la grandeza y vida de la acción.

9.º Representar en el púlpito todo cuanto dice, como los juglares y comediantes, aún en las cosas más viles y bajas. Como si para representar un tañedor de vihuela, hiciera ademán con sus manos de herir sus cuerdas. Faltaría á la dignidad augusta de su misión.

585. 10. Hay que evitar toda ridiculez, y sobre todo notar bien los defectos propios, por medio de un censor imparcial, y observar las reglas admitidas en la buena sociedad.

586. Hay ciertos rasgos extraordinarios, espontáneos, que son de un maravilloso efecto, cuyo uso determinará la prudencia del misionero experimentado, según las circunstancias, la necesidad, la inspiración; pero evitando siempre lo ridículo, que en parte menoscabaría el fruto de sus sudores y celo.

LECCIÓN XL.

Preparación para predicar.

587. Visto ya y considerado todo cuanto se requiere para componer y recitar bien los sermones, otra cosa ya no queda sino tratar el modo de prepararse para el acto de predicación, á fin de que Dios Nuestro Señor bendiga nuestros trabajos, y no nos increpe con estas duras palabras: *Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?* (Ps. XLIX).

588. La preparación es absolutamente necesaria para la predicación; sin ella sería una temeridad subir al púlpito á anunciar la palabra de Dios. El predicador sólo al considerar estas palabras del Apóstol: *Non nosmetipsos predicamus, sed Jesum Christum* (Cor. iv, 5), puede comprender cuánto debe esforzarse en anunciar dignamente á Nuestro Señor Jesucristo, Redentor de los hombres, en cuyo nombre habla como á legado suyo, y en prepararse debidamente, en cuanto está de su parte, para esta noble y divina misión, que causa envidia á los mismos Angeles del cielo. La preparación es *remota* y *próxima*: de ellas vamos á tratar.

PREPARACIÓN REMOTA.

589. La preparación remota consiste principalmente en una *vida santa y ejemplar*, pues no puede ponderarse debidamente cuánto influyen sobre los pueblos la virtud y santidad de vida del predicador, como ya lo dijo San Gregorio en sus *Morales*: «Aquél coge abundantes frutos de su predicación que la prepara con la simiente de buenas obras, porque la autoridad del que habla es inútil cuando la palabra no va acompañada de los hechos del que predica: *Nam loquen-*

pales que suelen desfigurar la acción, y que suelen cometerse por los oradores.

III.—DEFECTOS EN LA ACCIÓN.

583. 1.º Inclinarse en el púlpito, balancearse ó encorvarse de tal manera como quien se pone á nadar sobre el auditorio.

2.º Estar la cabeza con afectación, ó erguida, ó torcida hipócritamente ó con negligencia.

3.º Dejar correr con vaguedad ó con altanería las miradas sobre el auditorio.

4.º Golpear furiosamente de piés y manos en el púlpito.

584. 5.º Dejar caer á cada palabra ó dición las manos sobre el púlpito con ruido, como quien está amasando pan, lo que produce un efecto muy desagradable.

6.º Dar al movimiento de brazos tanta celeridad como quien esgrime una espada, ó juega al molinete.

7.º Cerrar los puños, presentarlos al auditorio, y otras acciones indecorosas.

8.º Accionar siempre con un solo brazo, y no acompañar de vez en cuando con el izquierdo para la grandeza y vida de la acción.

9.º Representar en el púlpito todo cuanto dice, como los juglares y comediantes, aún en las cosas más viles y bajas. Como si para representar un tañedor de vihuela, hiciera ademán con sus manos de herir sus cuerdas. Faltaría á la dignidad augusta de su misión.

585. 10. Hay que evitar toda ridiculez, y sobre todo notar bien los defectos propios, por medio de un censor imparcial, y observar las reglas admitidas en la buena sociedad.

586. Hay ciertos rasgos extraordinarios, espontáneos, que son de un maravilloso efecto, cuyo uso determinará la prudencia del misionero experimentado, según las circunstancias, la necesidad, la inspiración; pero evitando siempre lo ridículo, que en parte menoscabaría el fruto de sus sudores y celo.

LECCIÓN XL.

Preparación para predicar.

587. Visto ya y considerado todo cuanto se requiere para componer y recitar bien los sermones, otra cosa ya no queda sino tratar el modo de prepararse para el acto de predicación, á fin de que Dios Nuestro Señor bendiga nuestros trabajos, y no nos increpe con estas duras palabras: *Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?* (Ps. XLIX).

588. La preparación es absolutamente necesaria para la predicación; sin ella sería una temeridad subir al púlpito á anunciar la palabra de Dios. El predicador sólo al considerar estas palabras del Apóstol: *Non nosmetipsos predicamus, sed Jesum Christum* (Cor. iv, 5), puede comprender cuánto debe esforzarse en anunciar dignamente á Nuestro Señor Jesucristo, Redentor de los hombres, en cuyo nombre habla como á legado suyo, y en prepararse debidamente, en cuanto está de su parte, para esta noble y divina misión, que causa envidia á los mismos Angeles del cielo. La preparación es *remota* y *próxima*: de ellas vamos á tratar.

PREPARACIÓN REMOTA.

589. La preparación remota consiste principalmente en una *vida santa y ejemplar*, pues no puede ponderarse debidamente cuánto influyen sobre los pueblos la virtud y santidad de vida del predicador, como ya lo dijo San Gregorio en sus *Morales*: «Aquél coge abundantes frutos de su predicación que la prepara con la simiente de buenas obras, porque la autoridad del que habla es inútil cuando la palabra no va acompañada de los hechos del que predica: *Nam loquen-*

di auctoritas perditur quando vox opere non adjuvatur.
El predicador debe ir delante preparando los caminos del Señor con su palabra, pero más con su ejemplo; pues, como dice San Agustín, la buena y santa vida del predicador hacen mucha mayor fuerza é impresión que la más fina y persuasiva elocuencia.

590. El pueblo no considera en ellos más que á los enviados de Dios, en quienes supone la grande santidad que lleva consigo tal dignidad, y por esto los respetan y reverencian más por su santidad que por su ciencia, que también hay sabios en el mundo, y sin embargo no se les da tal veneración por no estar revestidos de este carácter sagrado. Cuando, pues, el pueblo, sobre todo gente sencilla é ignorante, ve que los predicadores no practican lo que predicán, ó, como dice San Gregorio, contradicen con las costumbres su predicación: *Quod verbis predicant moribus impugnant*, no puede persuadirse que esa clase de predicadores hable de buena fe, ni proceda con convicción en sus afirmaciones; lo que piensa es que se habla por costumbre, por cumplir con el oficio, y nada más. Con esto el ministerio sacerdotal queda desacreditado, y la predicación llega á ser despreciada. «Esto es monstruoso, dice San Bernardo, tener una lengua parladora, la mano floja, y una vida oscura y tenebrosa por falta de virtud: *Lingua magniloqua, manus otiosa, et vita tenebrosa est res monstruosa.*»

591. El predicador, como maestro de la sana doctrina, como guardian vigilante de las buenas costumbres, ha de estar sobre la multitud por sus intachables costumbres, por su santa vida, por su dignidad sacerdotal y por ser el legado de Jesucristo para anunciar á los hombres su divina voluntad. Mas «¿Cómo podrá ser respetado del pueblo quien en nada se diferencia del pueblo, se exclama San Ambrosio? ¿Qué podrá admirar en tí, si ve en tu persona sus mismos defectos? ¿si nada observa en tí que no lo encuentre en él? Si de alguna cosa tenía que avergonzarse, tropieza en lo mismo contigo, á quien juzgaba digno de reverencia.» Así se expresa el Santo Doctor.

592. Nada nos parece aquí más oportuno que dejar oír la voz autorizada de nuestra Santa Madre la Iglesia en

la sesión xxii del Concilio Tridentino: «No hay cosa, dice, que vaya disponiendo con más constancia á los otros á la piedad y culto divino, que la vida y ejemplo de los que se han dedicado á los sagrados ministerios; pues considerándoles los demás como situados en lugar superior á todas las cosas de este siglo, ponen los ojos en ellos como en un espejo, de donde toman ejemplos que imitar. Por este motivo conviene totalmente que los clérigos, llamados á ser parte de la suerte del Señor, ordenen de tal modo toda su vida y costumbres, que nada presenten en sus vestidos, porte, pasos, conversación y todo lo demás, que no manifieste á primera vista gravedad, modestia y Religión. Huyan también de las culpas leves, que en ellos serían gravísimas; para inspirar así veneración á todos con sus acciones. Y como á proporción de la mayor utilidad y ornamento que da esta conducta á la Iglesia de Dios, con tanta mayor diligencia se debe observar.» Así se expresa el Santo Concilio. Aquí encontramos cuál ha de ser la verdadera preparación en los predicadores, á fin de que los pueblos oigan con fruto la divina palabra, pues no podrá menos que fructificar al salir de los labios de un predicador santo que necesariamente tiene tan gran ascendiente sobre los auditorios sólo al presentarse en el púlpito. Su vista mueve á piedad, y su porte edificante y su santa vida, antes de expresar una frase ya tiene casi ganados los corazones.

593. Todo esto quedó comprobado perfectamente por el ejemplo de tantos santos predicadores, en quienes era tal su modestia y santidad ejemplar, que con sólo presentarse al púlpito ya ganaban los voluntades de todos. Todas las Ordenes religiosas de la Iglesia han tenido ilustres varones de esta clase, lo mismo que el clero secular; ni en ningún siglo de la Iglesia han faltado estos modelos. San Francisco, nuestro Padre, movía sólo con su aspecto tan modesto á devoción y lágrimas á los más grandes pecadores. Aquel gran predicador de las Indias, San Francisco Javier, convirtió aquellos pueblos gentiles principalmente con la santidad y el ejemplo. Y á San Francisco de Borja le fué ordenado por el rey que subiera al púlpito sin tener tiempo de prepararse, diciendo aquel monarca que aunque no dijese

ni una palabra, bastaba que predicase con su ejemplo. Tal efecto causaba su santa presencia. Por esto, cuando predicó en su primera Misa, el auditorio, anegado en lágrimas, estaba en gran manera impresionado. «¡Ah! decían, hemos visto el amor divino brillando en su semblante y en todos sus movimientos, y nos hemos convertido.» ¿Quién ignora los efectos producidos sólo con su presencia en el púlpito por aquellos apóstoles de Italia un P. Séñeri, un San Ligorio? Aquel aire conmovido, aquella expresión patética, aquellos rostros transfigurados por el amor divino ¿a quién no han causado honda impresión? Los grandes pecadores se golpeaban el pecho, sus duros corazones se conmovían. «Pero ¿quién no ha sido testigo alguna vez de una peroración de este género, se exclama un escritor moderno? ¿Quién no ha oído á uno de esos predicadores intachables cuyas palabras hieren en el alma y se graban profundamente en la memoria?...» La vida edificante no puede menos que animar las almas á la virtud, y disponerlas á recibir con fruto la palabra de Dios. Se cuentan conversiones de pecadores que menos influyó para su conversión el sermón cuanto la modestia y presencia edificante del sacerdote, el modo agradable y caritativo de tratar á sus amados oyentes.

594. «Por otra parte es un hecho comprobado, dice el Sr. Bravo y Tudela, que la *santidad* contribuye admirablemente á la elocuencia: forma parte esencial del genio apostólico; es la que inspira las grandes ideas, los sentimientos elevados, los nobles y generosos arranques y todos esos sublimes rasgos que hacen latir los corazones, llenan de admiración y arrastran las muchedumbres. La *santidad* enseña á hablar de la Religión, de los misterios y de las virtudes con fe, con alma, con inteligencia y con unción.» Este es realmente uno de los grandes secretos para predicar bien y con fruto, pues la santidad aumenta al brillo de la fe, el ánimo y firmeza de la esperanza y el fuego sagrado de la caridad, y todo esto produce una firme é inquebrantable convicción, y cuando hay convicción se sabe sentir y se habla verdaderamente con elocuencia: *Si repletæ fuerint nubes, imbrem super terram effudent*, ha dicho el Espíritu Santo. (*Eccles.* XI, 3).

595. Mas desde el momento en que una loable y santa vida no acompañan á la predicación, son incalculables los males que resultan. Mejor es callar, dice San Crisóstomo. *Melius est tacere.* ¿Y por qué? Ya da la razón el Santo Doctor: «Porque entonces me vuelves la obra imposible. Pienso, pues, que si tú hablando con tanta facundia no cumples lo que predicas, mucho más yo soy digno de excusa.» Sólo en aquellos varones apostólicos que practican lo que predicán, pueden descender de lleno las bendiciones del cielo; de los demás dicen: Predica lo que no crees; si creyese en lo que predica, por cierto lo practicaría; y entonces, perdido el crédito y ascendiente que el sacerdote ha de tener sobre los pueblos, ¿qué almas podrá convertir, si nuestra palabra, según San Gregorio, entonces sólo recibe fuerza y eficacia cuando la acompaña y estimula la obra? *Dabis vocem virtutis, si, quo suades, tibi prius persuasisse cognosceris; validior operis, quam oris vox est. Fac ut loqueris.*

596. Y si muchas veces hay predicadores que sin tener nada de santos parece que obran prodigios, en general podemos decir que mucho ruido y pocas nueces; muchos elogios y pocas conversiones sólidas; y si realmente resultan por un milagro muchas de éstas, hemos de pensar que Dios Nuestro Señor, sin atender á la indignidad del predicador, derrama su misericordia sobre las pobres almas para que no se vean privadas de aquel medio poderoso de salvación, y al mismo tiempo mirando cómo sostener la dignidad sacerdotal delante del pueblo; pero tales predicadores darán estrechísima cuenta á Dios, ya por el mayor fruto que pudieron hacer, ya también porque se exponen á caer en ridículo y quedar llenos de confusión el día que el pueblo llegue á descubrir que simulaban una virtud y santidad que estaban bien lejos de poseerla.

597. Estamos, pues, obligados los predicadores á la *santidad*, la cual es la *preparación remota* para la predicación, porque entonces, como dice San Gregorio Nacianceno, el pueblo cree muy fácil y practicable cuanto les predicamos, pues que ya lo ve y observa practicado antes por nosotros mismos: *Non difficile estimatur, quod jam factum cons-*

picitur. ; Cuánto bien se hace á las almas, cuanto se animan á obedecernos para apartarse de los vicios y practicar la virtud, cuando ven que nosotros primeramente cumplimos todo cuanto les predicamos. De todo lo dicho se infiere, que para una buena *preparación remota* debe el predicador observar las siguientes reglas:

REGLAS DE PREPARACIÓN REMOTA.

598. 1.^a El predicador debe vigilar en gran manera sobre su conducta, su porte y su conversación. para que en todo quede el pueblo edificado. Formará grande aprecio del tiempo, y se ejercitará en adquirir la santidad propia de su augusto ministerio, para que sea de ejemplo y estímulo á los demás, pudiendo decirles con el Apóstol: *Imitatores mei estote*. Pues no hay duda que atraviesa los corazones de los oyentes de buena voluntad aquella voz que va recomendada por la vida del que habla, dice San Ambrosio; porque lo que hablando manda, mostrándolo ayuda para que se haga: *Quia quod loquendo imperat, ostendendo adjuvat ut fiat*.

599. 2.^a De ninguna manera debe concurrir á las diversiones, festines, partidas de placer, juegos y pasatiempos que los del mundo se permiten, y de cualquier otra cosa que puede ser en desdoro de su alta dignidad. Un ministro de Dios no debería verse sino en el altar, el púlpito y el confesonario, ó en el desempeño de su ministerio. Tratando sin moderación con la gente, llega á perdersele el respeto, pues llegan á conocerse sus faltas y defectos, de los cuales no está exenta la flaqueza humana. Y además; de un santo que come, bebe y tal vez juega con ellos, no se hace mucho caso. Llega á perdersele la confianza; aquella confianza tan necesaria para depositar los secretos del alma en el corazón del sacerdote, y para recibir de sus labios aquellos consejos de eterna vida. Sin querer hace tal vez un gran mal con sus libres modales á muchas almas que de otra suerte hubiera salvado.

600. 3.^a En cuanto le sea posible ha de abstenerse del trato y conversación con las mujeres, sobre todo á solas, á

oscuras ó en lugares sospechosos, y cuando por razón de necesidad ó de nuestro ministerio hay que tratar con ellas, debe entonces usarse de mucha circunspección; pues dejando aparte los peligros que podría haber, la malignidad de la gente todo lo echa á mala parte, y resulta en gran detrimento de la buena opinión de santidad que necesita el predicador del Evangelio, quien siempre ha de tener presente esta máxima del gran Doctor de la Iglesia San Jerónimo: *Solus cum sola non sedeas in secreto absque arbitro et teste*.

601. 4. Para que la palabra del predicador tenga eficacia, debe éste ejercitarse en la práctica de aquella *especial virtud* que quiere predicar á los otros: esto es lo que monseñor de la Motte, obispo de Amiens, llamaba *hacer su sermón*. La experiencia que se tiene de las cosas hace que podamos hablar mejor sobre ellas; y por tanto, si el predicador es hombre de oración, de paciencia, de mortificación, de virtud, si está poseído del amor de Dios, no hay duda que podrá hablar de todo esto con una maravillosa persuasión y efecto; las almas no podrán menos de escuchar y ser bien guiadas por un maestro tan experimentado; necesariamente tendrán que encontrar el bálsamo consolador de sus males en manos de un médico que experimentalmente conoce en sí mismo las grandes y ocultas vías del corazón humano. *Fate, fate, e non parlate*, decía á los predicadores uno de aquellos primitivos discípulos de nuestro glorioso Patriarca San Francisco de Asis.

602. Si, pues, no se observan los frutos que serían de esperar de tanta predicación y de tantos sermones que hoy se escuchan en muchos lugares, ¿no debería esto hacernos entrar en sospecha á los predicadores, de que tal vez muchos se van en consideraciones especulativas y no necesarias, y que á muchos nos falta esta *preparación remota* de que acabamos de hablar? El pueblo, por ignorante y grosero que se le suponga, observa siempre la vida de los predicadores, ve las contradicciones entre ésta y su doctrina, y sólo los apostólicos operarios se ven colmados de copiosos frutos. Mas todavía no basta la *preparación remota*, se requiere inmediatamente antes de predicar la *preparación próxima*.

II.—PREPARACIÓN PRÓXIMA.

603. Esta supone la preparación remota, y precede inmediatamente á la subida del púlpito. Si por perentorias y demasiadas ocupaciones el predicador no ha podido tener esta debida preparación, Dios no le negará sus auxilios, ni los hombres que le escuchen su indulgencia; pero fuera de estos casos apurados, no se puede subir al púlpito sin esta *preparación próxima*. Oportunamente el abate Bautain la llama: *preparación intelectual, moral y física*.

604. 1.^a **Intelectual.** «En el postrer momento, dice este escritor, es decir, una hora, media hora, un cuarto de hora antes de tomar la palabra, debe en el silencio repasar su plan, recorrer cada una de las partes con su encadenamiento, fijar definitivamente sus ideas principales y el orden de las mismas, y en una palabra, grabar, ahincar profundamente en su imaginación lo que escribió en su papel, de suerte que pueda leer en sí propio, dentro de su entendimiento, con seguridad y sin esfuerzo las indicaciones de lo que ha de decir.»

605. En aquellos críticos momentos de preparación no conviene en manera alguna repasar y declamar en voz alta los sermones como hacen algunos, sin advertir el daño que se hacen; pues al subir al púlpito no consideran que van á predicar un segundo sermón, al cual no se ha de prestar fácilmente la voz, cansada ya del primero. La voz ya no fluye debidamente para la repetición.

606. 2.^a **Moral.** Consiste en que el predicador, hasta el preciso momento de subir al púlpito, se refugie dentro de su corazón, ante la presencia de Dios, impresionado de su augusto carácter, de las verdades que va á anunciar, y de la cuenta que se le ha de pedir de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo. Para ello, pues, procurará tener:

607. 1.^o *Recta intención.* Sin ésta es imposible desempeñar bien el ministerio evangélico. El móvil de la divina palabra es arrancar gritos de compunción á los oyentes y mover á dolor de los pecados: rechazar valerosamente los

primeros asomos de la vanidad que pueden levantar los aplausos humanos; en esto se ha de ejercitar el fervoroso predicador. Esto le intima Dios, esto le ordena la Iglesia, esto le enseñan los Santos Padres: huir la vanidad, y buscar en todo á Jesucristo y la salvación de las almas. ¡Ay del predicador si no tiene esto presente! Siendo el doctor, maestro y guía de un pueblo que acude á oírle para buscar la salvación de su alma y evitar los horrores del infierno, á nada de esto atiende, no se compadece su corazón, y atento tan sólo á satisfacer su vanidad, llega hasta el extremo de quedar satisfecho si le dicen que ha predicado bien, aunque ni una sola alma haya sacado de las garras del demonio. Miserable é infeliz traidor, se exclama San Crisóstomo: *Miser et infelix proditor*, pues te predicás á tí mismo; más miserable que el mismo Judas, pues para satisfacer tu orgullo y elevar tu gloria personal vendes no solamente á Jesucristo, sino á las almas redimidas con su preciosísima sangre.

608. Insistimos tanto en esto porque los Santos Padres nos pintan esta sutil tentación con los más negros colores, y muchísimos predicadores fácilmente se dejan vencer de ella. «Pero muchos predicadores, y especialmente los jóvenes, dice el venerable P. Granada, se guardan tan poco de evitar este peligro, qui ni aún siquiera le conocen. (*Ret.* 1, cap. 5)». Mas oigamos lo que con un tono el más expresivo dice Cornelio á Lápide: *Prædicator qui plausum querit, et non conversionem populi, damnabitur.*

609. Sólo la verdad ha de ocupar al orador; éste ha de ser su norte, su fin, y entonces poseído de la verdad que va á anunciar, fácilmente se olvidará de sí mismo. «Entonces estará grande, poderoso, deslumbrante como la misma verdad, ha dicho Bautain. El ya no existirá, existirá la verdad, la verdad que por medio del orador obra; su palabra estará realmente inspirada.» Y entonces los oyentes, perdido de vista al hombre, sólo verán al órgano de Dios; y es entonces que la elocuencia eleva, abate, hiere, parte, destroza, convierte á Dios los corazones; en una palabra, hace milagros. Ved cómo una de las grandes prerogativas de la verdadera elocuencia consiste en estar poseído de la verdad

que se defiende, y en olvidarse de sí mismo; y los predicadores, nuncios de la buena nueva á todos los países del universo, vean cómo serán más grandilocuentes cuanto más se olviden de sí mismos y todo lo atribuyan á Dios, cuanto más con humildad y recta intención en su palabra inflamada canten la gloria del Altísimo.

610. 2.º *Espíritu de oración.* Consiste en aquella íntima comunicación con Dios. La oración es el recurso de los Santos. Aquella gran sabiduría, aquella suave unción en las palabras y en los escritos de los Santos Doctores de la Iglesia y de tantos apostólicos varones, aquellos frutos de conversión admirables, en vano buscaríamos en otro lugar su origen que en la oración. Esta era la fuente á donde acudían. *Nada de provecho hará un predicador si no tiene este espíritu de oración.* Son una nube de testigos que afirman esto; sería una temeridad, intentar un imposible, querer citar los Santos Padres y escritores que forman coro en proclamar muy alto la verdad de la proposición sentada. Tengámosla presente los predicadores.

611. Es muy notable lo que hacían los Apóstoles: *Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus.* (Act. vi, 4). Observemos que la oración precedía como preparación á la predicación evangélica. Si algunos no consideran necesaria la oración porque sus sermones son meramente científicos, tanto peor para ellos; nosotros hablamos á los que realmente predicán, esto es, anuncian el Evangelio de Dios á los hombres. Jamás los Profetas hablaron al pueblo sin haber consultado con Dios, sin recibir las órdenes de su voluntad soberana. Ved sus frecuentes fórmulas, tan expresivas para intimar á los pueblos sus divinos mandatos: *Hæc dicit Dominus; Dominus locutus est; Audite verbum Domini.* Mas sin la oración ¿á qué cosas no se expone el predicador? ¿No será su sermón algún alambicado discurso? O cuando menos ¿no será considerado por muchos como palabra humana privada de aquella unción y fuerza sobrehumana con que Dios sabe revestirla, cuando á El se acude? No conviene subir al púlpito, enseña San Agustín, sin que antes se llene el predicador en la oración de aquellos santos afectos, cuyo desahogo ha de formar propiamente su sermón,

y añade: *Quis novit, quid ad præsens tempus dicere expediat, nisi qui corda omnium videt? et quis facit ut quod oportet et quemadmodum oportet dicatur à nobis, nisi in cujus manus sunt et nos et sermones nostri.* (Lib. iv, *Doctr. crist.*). Concluyamos diciendo con Santo Tomás que toda buena predicación se deriva de la plenitud de la oración y contemplación: *Ex plenitudine contemplationis derivatur predicatio.*

612. Es digno de grabarse en la memoria el consejo que daba el P. Le Jeune sobre el particular á los predicadores: «El primer aviso, decía, que tengo que daros para predicar bien, es orar bien; el segundo, orar bien; el tercero, el cuarto, el quinto, el décimo, es orar bien.» Cuán cierto es que al predicador le ha de ser muy familiar la oración, más aún que la misma Biblia Sagrada. Por esto los Santos predicadores pasaban noches enteras en la oración. Bien podemos decir que media hora de oración antes de la predicación aprovecha más que horas enteras de estudio; á los pies del Crucifijo encuentra el predicador aquella piedad y sabiduría que ha de comunicar á los hombres. El seráfico Doctor San Buenaventura, en la contemplación del Crucificado encontraba aquellos piadosos sentimientos y aquella ternura que después comunicaba á los demás en la cátedra y en el púlpito. Santo Domingo jamás se atrevía á subir á él sino después de haberse postrado á los pies de la Santísima Virgen para recomendarle la predicación, y decirle: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata, da mihi virtutem contra hostes tuos.* San Vicente Ferrer siempre se preparaba con dos horas de oración para la predicación; y cierto día que, habiendo descuidado algún tanto este ejercicio para preparar mejor su sermón, habló de un modo seco y sin unción, exclamóse suspirando: «¡Ay de mí! Vicente ha hablado hoy, mientras que los otros días era Dios quien hablaba por su boca.» Oración antes y oración después de la predicación, añadiendo ásperas mortificaciones, éste fué el modo como los Santos predicadores hicieron tanto fruto; como Isaías oían en la oración aquella voz de Dios: *Clama, ne ceses,* en el cap. XLVIII, y después de anunciar los premios y los castigos podían concluir como él: *Os enim Domini locutum*

est. Porque los predicadores son también como la boca de Dios por la cual habla á su pueblo; son las sonoras trompetas de Israel que han de estar siempre á la disposición de Dios por medio de la oración, para repercutir por toda la tierra como la de los Apóstoles, siempre que sea su divino beneplácito: *In omnem terram exivit sonus eorum; et in fines orbis terra verba eorum.* (Ps. XVIII).

613. La unción y la piedad dimanán del sentimiento interior de las cosas de Dios, de aquel sabor espiritual con que el alma gusta de las cosas divinas, que parece se pega á todo cuanto trata y pasa por sus manos, comunicándoles aquel sabor espiritual, aquel calor, aquella suavidad, aquella compunción; sin esta unción, las cosas de sí más elevadas permanecen áridas y sin grande atractivo, mas esta unción persuasiva y suave sólo en la oración la comunica el Espíritu Santo á sus predicadores; en la oración está aquel magnífico arsenal para proveernos de toda clase de armas espirituales contra las potestades infernales, á las cuales queremos arrebatár las pobres almas que gimen cautivas. Predicadores de la divina palabra, acordémonos de estas memorables palabras de Judit: *Memores estote Moisis servi Dei, qui Amalec non ferro pugnando, sed precibus Sanctis orando, dejecit.* (Judit, iv, 13).

614. La oración, pues, es una magnífica preparación próxima, y por esto los santos predicadores la han ejercitado de varias maneras, como también la han recomendado. Unas veces ofreciendo el Santo Sacrificio de la Misa. «Subid después de su celebración al púlpito, decía uno, porque los demonios temen aquellos labios que relucen mojados con la sangre del Cordero.» Otros haciendo visitas al Santísimo Sacramento, que era el gran recurso del apóstol de las Indias, San Francisco Javier, quien decía: «Más conversiones se consiguen orando al pie del altar, que pronunciando en el púlpito los más hermosos trozos de elocuencia.» Ya acudiendo á la poderosa intercesión de la Virgen Santísima, del Patriarca San José, patrón de la Iglesia, y de los Angeles y Santos, y después de haber hecho de nuestra parte todas las diligencias necesarias, entonces, sí, desplegar nuestros labios con toda confianza en Aquel que nos ha di-

cho: *Non enim vos estis qui loquimini, sed spiritus Patris vestri qui loquitur in vobis.* (Matth. x).

615. 3.^a Preparación física. En cuanto á ésta sólo diremos, que para el ejercicio de la predicación se requiere la salud corporal y buena constitución que pueda soportar las fatigas que consigo lleva este santo ministerio, como cada uno fácilmente puede comprender. Sobre lo cual dice el señor Bravo y Tudela: «El ejercicio del ministerio apostólico exige que el predicador posea una voz perceptible, igual y sostenida; que la edad y constitución física correspondan á las tareas que se imponga, pues no sería grato á los ojos de Dios esforzarse en contrariar la falta de robustez y ciertas cualidades personales que el estudio ni la educación oratoria pueden vencer.»

II. — DURANTE EL SERMÓN.

616. Principalmente cuando está en el púlpito, entonces deberán revelarse en todas sus palabras, y en la fisonomía del predicador:

1.^o La bondad y dulzura, las cuales son indicios de la verdadera santidad. «No debe permitirse jamás, dice un escritor moderno, cargos amargos, invectivas ó reprensiones impetuosas, apóstrofes insultantes á los pecadores, á los incrédulos, á los herejes, y retos altivos de responder á las pruebas dadas: los pueblos creen que el sacerdote se enfada, aunque sea contra el vicio, que muestra orgullo y mal humor, aunque sea en favor de la virtud, es un hombre como otro, que se deja dominar por la vivacidad y el orgullo. Ellos no reconocen más en él los rasgos de la santidad que, siempre buena, amante, compasiva para con los pecadores extraviados, tempera la amargura de los cargos necesarios por la dulzura y caridad.» Del mismo modo ha de estar preparado á cualquier accidente que durante el sermón pueda acontecer, como es golpear las puertas, llorar las criaturas, toser muy fuerte la gente, tener ésta alguna distracción, tocar las campanas, estar mal arreglada la gente, nada debe hacer perder la calma y moderación del pre-

dicador, sino que en estas críticas circunstancias es cuando debe mostrar que es dueño de sí mismo. A veces durante las misiones han resultado incendios y otros graves incidentes, y á la serenidad de los misioneros se ha debido que no haya habido desgracias, sobre todo en las puertas de la iglesia. Edifica mucho en todas estas circunstancias saber conservar la dignidad y la mansedumbre. San Francisco de Sales en su carta al Arzobispo de Bourges, se acusa como de una grave falta por haber manifestado cierto disgusto un día que tocaron las campanas antes que hubiese concluido el sermón. Lo mismo cuando hay pocos oyentes, se les exhorta con caridad y celo que inviten á los ausentes que vengan á los sermones, y con esto todos quedan prendados de la afabilidad y dulzura del predicador.

617. 2.º Celo. ¿Cómo conoceréis la santidad? Con el celo. El celo devora el pecho de los que aman á Dios, constituye una cualidad esencial de la predicación apostólica. Leed, ungidos del Señor, esta hermosa página de un escritor moderno: «El celo inspira al predicador el verdadero modo de hacerse comprender, de mover y persuadir; el celo sugiere esas expresiones que hieren las fibras más delicadas del alma, esas figuras vehementes y esas exclamaciones energicas, esas súplicas y esas reconvenciones, esos atrevidos apóstrofes que sólo se ven en los Profetas y en los inspirados del Señor. La elegancia vivificada por el celo llega á su último límite, arroja certeros dardos, mueve y arrastra. La elocuencia del discurso puede padecer algo, pero ¿qué importa? El predicador digno de este nombre aspira á un objeto más alto: coloca bajo sus pies toda mira de amor propio, y olvidándose de sí mismo, le basta hacer sentir al oyente á quien es menester salvar. No corre en pos del arte, pero éste le acompaña, pues no hay nada comparable á las expresiones que salen de un corazón convencido, lacerado de dolor y como fuera de sí en presencia de los extravíos del hombre, el desprecio que hace de la Religión y el peligro en que se halla de caer en el infierno. El que tiene verdadero celo, intenta todos los caminos para insinuarse en el corazón y convertir; es fuerte, vehemente y activo; su voz, sus gestos, sus miradas y el vigor de sus palabras,

todo sorprende y penetra; se concibe que hay algo de admiración, que es Dios quien habla por su boca, y su voz viene á ser voz del Señor que rompe los cedros, que arroja fuego y llamas: *Vox Domini confringentis cedros, vox Domini intercedentis flammis ignis.* (Ps. XXVIII, 7).

618. Guardémonos de confundir el verdadero celo con el amor propio y el deseo de quedar bien en nuestro empeño. Este es un movimiento natural, mientras que el primero tiene un motivo sobrenatural. Hay gran diferencia entre los dos. Así como el verdadero celo tiene por principio la *caridad*, y por regla la *prudencia*, y por tanto ama entrañablemente y se vale de todos los medios prudentes para atraerlos y convertirlos, hasta lograr la paz del alma y el cumplimiento de sus deberes; por el contrario el otro, como á cosa natural y animado tan sólo de la pasión, no respeta personas ni tiempos, ni sabe aguardar ocasiones favorables, ni modos convenientes; se incomoda contra las voluntades rebeldes, grita y choca con cuantos no ceden al instante, sin saber siquiera preveer cuan caras cuestan la imprudencias.

619. 3.º Recitar bien. Momento solemne aquel en que el predicador se deja ver en el púlpito. Las miradas de todo el auditorio están fijas sobre él; sus primeras palabras son esperadas con avidez, con ansia indescriptible; todos desean saber cuanto antes de qué materia tratará y de qué manera. El orador debe satisfacer esta ansiedad. Es necesario que esté penetrado del asunto que ha de manifestar. Un profundo sentimiento debe embargarle, y todo su exterior conmovido debe hacer comprender que en el seno de su alma germinan grandes verdades, y que ardorosos sentimientos abrasan su pecho y consumen su corazón. Y en esto no puede haber ficción: pues las verdades eternas y los grandes intereses de las almas á quienes predica no son para menos. Su voz expresiva, sus gestos naturales, los movimientos tan propios, sus facciones animadas, sus ojos iluminados, su noble continente y la energía de toda su expresión; todo debe manifestar que allí hay sentimiento, hay vida, animación, interés y entusiasmo, y entonces este entusiasmo... corre como la electricidad, se apodera de los oyentes, que quedan dominados bajo la elocuente palabra del orador, abrasado su corazón por

la actividad del fuego sagrado. Brille la fe, haya convicción, partan las palabras de los labios del predicador como rayos poderosos que todo lo alcanzan, crucen veloces el espacio esas saetas poderosas de la palabra divina que derriten los corazones cual blanda cera, y en estos momentos aproveche el hombre de Dios aquel fuego interior que le devora, aquellos vehementes ardores que ha concebido en la oración; porque, según San Francisco de Sales, el predicador que siente vivamente las cosas divinas porque las ha meditado, tiene cierta retórica del alma que supera en mucho á las más acertadas combinaciones del arte oratorio.

620. Aproveche los últimos momentos del sermón con aquellos poderosos recursos que ofrecen las verdades y misterios de nuestra sacrosanta Religión. Llevado en alas del fervor, sobresalió en ello el Vble. P. Diego de Cádiz, misionero capuchino. En una relación de las Misiones de Valencia en Marzo de 1787, decía de él un testigo ocular: «Donde echa el resto de su eficacia, elocuencia y ternura es en el Acto de contrición. Es imposible haya corazón tan duro que no se ablande con los suavísimos afectos que dice á Jesús crucificado, con quien se estrecha tan vivamente, que parece lo quiere entrar en su corazón. El de los oyentes, ya se comprime de dolor, ya se deshace enviando raudales de arrepentimiento á los ojos: es en fin, un nuevo modo de convertir no visto, ni oído por nosotros hasta ahora. Confieso que, si no se hubiese compungido mi alma en este lance, me contaría entre los réprobos, ó lo tendría por señal de precito... Su rostro se enciende en amor de Dios, sus ojos se deshacen en lágrimas, y no hay espectáculo más digno y tierno que ver al P. Cádiz con el Crucifijo en la mano: con esta divina arma no hay para él resistencia humana: caen los muros de la soberbia, el babel de las pasiones se aniquila, y se deshace el edificio de la incontinencia; todo es blanda cera á la voz y expresiones del P. Cádiz.»

621. Nos permitiremos todavía trasladar aquí lo que otro dice en su relación de las Misiones que dió en la ciudad de Murcia en el mes siguiente, Abril de 1787. Después de describir la maravillosa predicación del P. Cádiz, continúa: «En el Acto de contrición y con el Crucifijo en las manos, es

irresistible. Las acciones expresivas de su cuerpo y rostro; los abrazos con el Señor; aquel levantarlo y mirarlo tiernamente; aquellos coloquios tan dulces con que desahoga el amor que interiormente le abrasa, no hay con qué compararlos. Ni Antonio enfurecía tanto al pueblo romano contra el que dió muerte al César, cuando le manifestó su toga deshecha á puñaladas, y manchada con su misma sangre, como el P. Cádiz hace aborrecer el pecado que fué la causa de la muerte de nuestro Redentor, cuando lo presenta escarpiado en la cruz que le formaron nuestras culpas. Aquel *dulce de mi esperanza* con que lo estrecha en su pecho, es capaz de ablandar los corazones más empedernidos. Aquellas lágrimas que corren por sus mejillas, y las arroja su celo y caridad, liquidan la insensibilidad de los espíritus más obstinados. No movería tanto á compasión un hijo que se halla repentinamente á su padre muerto, traspasado su corazón con mil heridas, y que se abraza con su cadáver, como el Padre Cádiz excita los afectos más tiernos y el dolor más activo cuando nos presenta á Jesús en el estado en que lo pusieron nuestros pecados...»

622. «Al trueno de la predicación del P. Cádiz se han visto pobladas las iglesias de verdaderos penitentes, que con sus lágrimas y arrepentimiento le forman la más lustrosa corona. Son innumerables las confesiones generales que se hacen, y apenas pueden consolar los confesores á tanto concurso como busca su remedio en el sagrado Tribunal. Los templos se ven más asistidos á todas horas; los Sacramentos de Penitencia y Comunión tan frecuentados, que en sólo alguno de los conventos regulares iban á los ocho días ministradas más de seis mil Formas... El suceso ha correspondido á los pronósticos y á los deseos. Se ha observado generalmente una reforma grande en las costumbres.» En estas relaciones de testigos oculares podemos comprender con qué fervor y espíritu trataba el Vble. Diego de Cádiz las cosas de Dios en el púlpito, y cómo la buena y apostólica predicación la bendice y colma Dios de los más copiosos frutos.

III.—DESPUÉS DEL SERMÓN.

623. Concluído ya de predicar el sermón, si el predicador no quiere perder su fruto, sino que al contrario sacar mucho provecho, deberá observar las siguientes reglas:

624. **Regla 1.^a** Inmediatamente después del sermón rogar á Dios por sus oyentes, á fin de que les aproveche la divina palabra, que no sea estéril, sino que fecunde en sus corazones y queden extirpados de raíz los vicios; y también para sí mismo, á fin de que pueda practicar lo que á los otros ha predicado.

625. **Regla 2.^a** Pedir á Dios perdón de las faltas cometidas durante la predicación, y de no haberlo hecho mejor correspondiendo á su gracia, y que El se sirva remediar el mal que podría resultar de cualquier palabra no conforme que hubiese podido salir de nuestros labios, quedando alguno tal vez ofendido de nuestros avisos é increpaciones contra los vicios.

626. **Regla 3.^a** Durante la predicación resulta que nos han venido magníficas ideas, figuras atrevidas de grande efecto, giros los más felices, notables modificaciones; hemos observado también el efecto que ciertas frases, ciertos períodos producen sobre el auditorio, nos han hecho otros también observaciones sobre la ejecución de nuestros discursos; todo esto, pues, conviene anotarlos después del sermón; son preciosas observaciones que nos servirán de mucho durante toda la carrera de nuestra predicación. Estas nos hacen más provecho que la lectura de los mejores tratados sobre la predicación. No hay más trabajo que ir apuntando después del sermón nuestras impresiones, y las observaciones que los otros nos hacen y son dignas de ello. «Predicando cinco ó seis veces un discurso, y corrigiéndolo inmediatamente después, dice el cardenal Maury, es cómo se juzga perfectamente, así el efecto como el conjunto, y cómo se pueden fortalecer los impulsos, suprimir lo que sea largo, y multiplicar y perfeccionar las bellezas.»

627. **Regla 4.^a** Conviene aplicarse á la oración, á la lectura ó alguna otra ocupación para distraerse de toda vana complacencia cuando cree que ha tenido un feliz éxito, ó para no dejarse preocupar de la tristeza cuando juzga que le ha salido mal, ó no se ha expresado según sus deseos.

628. **Regla 5.^a** No hablar del sermón ni alabando, ni vituperando; ni dejarse vencer de la sutil ambición de alabanzas, manifestando faltas y pretextando excusas para dar ocasión á algunos golpes de incensario; lo mejor es, después del sermón, retirarse y evitar todo trato y conversación. Si se dan los parabienes, que es imposible evitar, no vemos razón para negar con pertinacia el dón de Dios, como hacen algunos, pudiendo con esto dar motivo á que no se piense tan bien de ellos y que quieren atribuirse algo. Aquello es de Dios, no es nuestro, y por tanto nos parece mejor la regla y práctica de aquellos que huyen de alabanzas, y, no pudiendo en parte evitarlas, sencillamente exclaman con humildad: *Ad majorem Dei gloriam. Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam:* alaban á Dios, no se atribuyen nada, y procuran huir el cuerpo disimuladamente de tan halagüeño peligro, sin hacer ningún boato de excusas.

629. **Regla 6.^a** Con toda tranquilidad humíllese el predicador en la presencia de Dios, y ni quiera informarse, ni se inquiete de lo que dicen y piensan los hombres, ni para nada mendigne sus elogios. Ha complacido á Dios, si ha cumplido su deber, y esto le basta. Considere lo que pensará en la hora de su muerte, y la cuenta estrecha que hemos de dar á Dios. «Comparad, decía San Francisco Javier en los consejos que daba al P. Barzée, comparad el fruto de vuestras predicaciones con el fruto más abundante que de ellas resultaría si no pusiéseis obstáculos con vuestros pecados diarios á los designios de la Bondad divina, y convencido de estas ideas, cuanto más os eleven, más debeis humillaros...»

630. «Acordaos, continúa el Santo, de tantos predicadores como, después de haber evangelizado á los pueblos, se han hecho réprobos sólo porque carecían de humildad. Predicaron con elocuencia y aplauso, obtuvieron conversio-

nes; pero después de haber servido de instrumentos á las misericordias del Señor, fueron precipitados en el fuego eterno, porque se atribuyeron una gloria que sólo pertenece á Dios, y alzando soberbios la cabeza, se encontraron con los rayos que Dios lanza contra los que se elevan... A fin de evitar semejante desgracia, calculad lo que en vuestras predicaciones pertenece á Dios y lo que os pertenece á vos mismo; entonces no hallaréis de qué glorificaros, sino de seguro mucho de qué temblar y humillaros."

631. ¡Ah! estos tales no dijeron: *Soli Deo honor et gloria*; ellos no clamaron al empezar su trabajo: *Domine, in nomine tuo laxabo rete*, y... por esto se condenaron; mas nosotros, si consideramos por una parte nuestra indignidad para un cargo tan elevado de apóstoles de la divina palabra, y por otra parte el mucho mayor fruto que haríamos con mayor correspondencia á los dones de Dios, y el poco ó nada que hacemos con nuestras ignorancias, descuidos y falta de buen ejemplo, sirviendo de obstáculo con este mundo de pasiones á la conversión de las almas, nosotros, digo, con estas santas consideraciones fácilmente salvaremos nuestras almas, al mismo tiempo que trabajamos por la salvación de las del prójimo.

632. Considere por otra parte el celoso y humilde predicador el premio y galardón de sus fátigas y sudores, las almas salvadas con ayuda de sus predicaciones y desvelos que le saldrán á recibir en la hora de la muerte, y la corona de gloria que le dará el Señor al siervo humilde que jamás buseó la suya propia: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stelle in perpetuas eternitates*. (Dan. xii, 3).

633. Esto debe estimularnos mucho á entregarnos debidamente al ministerio de la divina palabra estudiando todas las reglas, y practicando todos los avisos y consejos que los Santos Padres y maestros de la elocuencia cristiana, y los santos predicadores nos han enseñado y practicado, para anunciar con fruto la divina palabra, y merecer después el premio celestial destinado á los verdaderos operarios evangélicos.

CONCLUSIÓN.

634. Mis queridos discípulos y siempre recordados hermanos míos: ya tocamos al fin de este pequeño trabajo que nos habíamos propuesto. Aquí teneis en este *Compendio* todas aquellas Reglas necesarias para una buena predicación, que ya vosotros durante vuestro Curso de Elocuencia Sagrada aprendisteis, y que ahora fácilmente podréis repasar al tomar este *Compendio* en vuestras manos. No hemos querido tocar la dedicatoria ni fecha que el año pasado, estando con vosotros en la América, le pusimos, á pesar de que aquí en España en estos últimos meses del año 1889 perfeccionamos estas lecciones, añadiendo, quitando ó reformando lo que nos pareció más conveniente, por la mayor proporción que tuvimos de consultar nuevos autores y libros, y disponer de más tiempo libre para ello.

635. Hemos recorrido como en prado florido el campo ameno de la Elocuencia Sagrada, y nos hemos recreado en sus innumerables bellezas. Sin duda habremos podido comprender cuántas hermosas y peregrinas flores pasan desapercibidas é ignoradas á los que sus ojos no han puesto en este bello jardín de la elocuencia; y cuánta gloria podemos dar á Dios si cultivamos aquel sentimiento, aquellas nobles facultades con que el Señor ha adornado á sus racionales criaturas. Obligación hay para el heraldo de la divina palabra de cultivar el talento que Dios le ha dado para la predicación, no importa en cualquier grado que sea, pues se trata de la gloria de Dios, de la salvación de las almas, y de la suya propia: *Labia enim sacerdotis custodient scientiam, et legem requirerent ex ore ejus* (Malach. ii, 7); ni podemos permitir que el talento de la predicación quede cubierto por el orín del descuido y la culpable ignorancia. Dios nos castigaría.

636. Acordémonos de nuestros mayores, de aquellos venerandos Padres que tantos ejemplos nos dejaron de su

nes; pero después de haber servido de instrumentos á las misericordias del Señor, fueron precipitados en el fuego eterno, porque se atribuyeron una gloria que sólo pertenece á Dios, y alzando soberbios la cabeza, se encontraron con los rayos que Dios lanza contra los que se elevan... A fin de evitar semejante desgracia, calculad lo que en vuestras predicaciones pertenece á Dios y lo que os pertenece á vos mismo; entonces no hallaréis de qué glorificaros, sino de seguro mucho de qué temblar y humillaros."

631. ¡Ah! estos tales no dijeron: *Soli Deo honor et gloria*; ellos no clamaron al empezar su trabajo: *Domine, in nomine tuo laxabo rete*, y... por esto se condenaron; mas nosotros, si consideramos por una parte nuestra indignidad para un cargo tan elevado de apóstoles de la divina palabra, y por otra parte el mucho mayor fruto que haríamos con mayor correspondencia á los dones de Dios, y el poco ó nada que hacemos con nuestras ignorancias, descuidos y falta de buen ejemplo, sirviendo de obstáculo con este mundo de pasiones á la conversión de las almas, nosotros, digo, con estas santas consideraciones fácilmente salvaremos nuestras almas, al mismo tiempo que trabajamos por la salvación de las del prójimo.

632. Considere por otra parte el celoso y humilde predicador el premio y galardón de sus fátigas y sudores, las almas salvadas con ayuda de sus predicaciones y desvelos que le saldrán á recibir en la hora de la muerte, y la corona de gloria que le dará el Señor al siervo humilde que jamás buseó la suya propia: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stelle in perpetuas eternitates*. (Dan. xii, 3).

633. Esto debe estimularnos mucho á entregarnos debidamente al ministerio de la divina palabra estudiando todas las reglas, y practicando todos los avisos y consejos que los Santos Padres y maestros de la elocuencia cristiana, y los santos predicadores nos han enseñado y practicado, para anunciar con fruto la divina palabra, y merecer después el premio celestial destinado á los verdaderos operarios evangélicos.

CONCLUSIÓN.

634. Mis queridos discípulos y siempre recordados hermanos míos: ya tocamos al fin de este pequeño trabajo que nos habíamos propuesto. Aquí teneis en este *Compendio* todas aquellas Reglas necesarias para una buena predicación, que ya vosotros durante vuestro Curso de Elocuencia Sagrada aprendisteis, y que ahora fácilmente podréis repasar al tomar este *Compendio* en vuestras manos. No hemos querido tocar la dedicatoria ni fecha que el año pasado, estando con vosotros en la América, le pusimos, á pesar de que aquí en España en estos últimos meses del año 1889 perfeccionamos estas lecciones, añadiendo, quitando ó reformando lo que nos pareció más conveniente, por la mayor proporción que tuvimos de consultar nuevos autores y libros, y disponer de más tiempo libre para ello.

635. Hemos recorrido como en prado florido el campo ameno de la Elocuencia Sagrada, y nos hemos recreado en sus innumerables bellezas. Sin duda habremos podido comprender cuántas hermosas y peregrinas flores pasan desapercibidas é ignoradas á los que sus ojos no han puesto en este bello jardín de la elocuencia; y cuánta gloria podemos dar á Dios si cultivamos aquel sentimiento, aquellas nobles facultades con que el Señor ha adornado á sus racionales criaturas. Obligación hay para el heraldo de la divina palabra de cultivar el talento que Dios le ha dado para la predicación, no importa en cualquier grado que sea, pues se trata de la gloria de Dios, de la salvación de las almas, y de la suya propia: *Labia enim sacerdotis custodient scientiam, et legem requirerent ex ore ejus* (Malach. ii, 7); ni podemos permitir que el talento de la predicación quede cubierto por el orín del descuido y la culpable ignorancia. Dios nos castigaría.

636. Acordémonos de nuestros mayores, de aquellos venerandos Padres que tantos ejemplos nos dejaron de su

virtud é inflamada elocuencia. Pues qué; no fué el Capuchino Fr. Jerónimo de Narni de quien admirado dijo el cardenal Belarmino, que si San Pablo bajando del cielo predicase la Cuaresma en el mismo tiempo que Fr. Jerónimo, iría á oír una vez á cada uno, á saber, un día al Apóstol y otro al Capuchino? *Ego utrumque alternis vicibus audirem, videlicet una die Apostolum, et altera Capuccinum.* Ellos fueron los que con su santa y elocuente predicación dieron gloria á Dios, dejaron bien sentado su nombre y nos legaron á nosotros sus maravillosos ejemplos. La Orden los cuenta entre sus más excelsos hijos. No se marchitarán sus laureles. Ellos por medio de la predicación arrancaron tantas y tantas almas del poder del demonio, y las ganaron para JESUCRISTO. Sufrieron el hambre, la sed, largos caminos, trabajos y persecuciones, en fin, todas las fatigas de la vida laboriosa de los misioneros apostólicos; mas también con su ardiente celo, con su palabra de fuego partían las duras peñas, hacían brotar raudales de lágrimas, y el clamor de los pecadores se elevaba á Dios pidiendo misericordia. Sirvanos de estímulo estos poderosos ejemplos. Son los Lorenzos de Brindis, los Fideles de Sigmaringa, los Josés de Leonisa y los Diegos de Cádiz, que nos animan á la fervorosa predicación, y más hoy que el mundo está tan necesitado.

637. Ni nadie debe desmayar para ejercer este tan noble y elevado ministerio, porque Aquel que es rico en misericordia, lo es singularmente para aquellos que le ayudan á salvar las almas, y predicar sus bondades y poder. Hemos de persuadirnos que así como en el cielo hay muchas mansiones y estancias, así también en la Iglesia de Dios ha de haber, y es necesario, muchas clases de predicadores que se distinguan por sus cualidades, aunque todos prediquen una misma doctrina, un mismo Evangelio; así como las estrellas, aunque todas alumbran, difiere la una de la otra por su claridad, dice el Apóstol. Así lo ha ordenado la Divina Providencia.

638. Unos capaces por el temple de su talento de elevarse á las más elevadas esferas del entendimiento humano, mientras que otros se adaptan perfectamente y están destinados para los sencillos, los ignorantes y la gente sin letras;

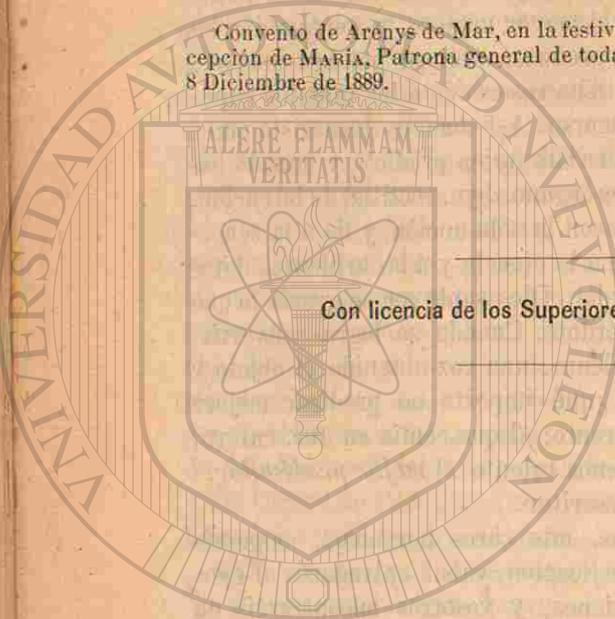
mientras que unos hinchan de gente los templos de las grandes ciudades, y en su elocuencia y sabiduría satisfacen el corazón y la inteligencia de la gente ilustrada y de saber, otros en los pueblos y aldeas con un estilo sencillo y de fácil comprensión instruyen á los pueblos, y hasta les explican y enseñan los rudimentos de la Doctrina cristiana. «Éstos forman en todos tiempos, dice muy acertadamente el Sr. Bravo y Tudela, éstos forman el mayor número, y son también los que por regla general producen con su palabra mayores frutos, porque Dios no tiene reservado á los talentos superiores el éxito de un discurso. Así como es Jesucristo quien bautiza, también es Jesucristo quien predica; y cuando halla en el ministro, que es órgano suyo, rectitud de intención, piedad y celo, convierte con la sola unción, y da á la sencillez la misma fuerza que á la ciencia y á las brillantes dotes de un talento deslumbrador. Dios suple con su gracia lo que falta al discurso del sacerdote. Cuando se logra convertir, hay siempre bastante talento: una vez obtenido el objeto y el fin de la predicación, ¿qué importa no predicar mejor? La vanidad se lastima pronto; el que confía en JESUCRISTO, aquel, aquel será con menos talento el *mejor predicador.*» Hasta aquí el ilustrado escritor.

639. Ahora vosotros, mis caros hermanos, empezais vuestra carrera de la predicación, vais á entregaros al ejercicio de las santas Misiones, y vosotros encontraréis en vuestro santo ministerio muchas dificultades, muchos contratiempos y penalidades, pero también muchas bendiciones del cielo. Vuestro amor á la salvación de las almas que tanto costaron á Jesucristo, os animará y os dará valor, no solamente para dar Misiones en las regiones tropicales de la América en donde os encontrais al presente, sino en cualquier parte del mundo á donde la santa obediencia se sirviese destinaros.

640. Prácticamente encontraréis, durante el decurso de vuestra vida, cuanto en este *Compendio* se advierte. Repasad frecuentemente sus Reglas, y no os olvidéis delante de Dios de aquel que tampoco os olvida, y que os desea que seais buenos misioneros para poder salvar muchas almas y conducir las al cielo.

641. Creemos, mis caros hermanos y compañeros en el ministerio apostólico, creemos, sin temor de equivocarnos que *Si practicamos las Reglas expuestas en este COMPENDIO DE ELOCUENCIA SAGRADA, hemos encontrado el verdadero camino para llegar á ser EXCELENTES PREDICADORES. Dios nos dé su gracia para ello. Amen.*

Convento de Arenys de Mar, en la festividad de la Inmaculada Concepción de MARIA, Patrona general de toda nuestra Orden Capuchina, 8 Diciembre de 1889.



Con licencia de los Superiores de la Orden.

AD MAJOREM DEI GLORIAM,
DEIPARÆ VIRGINIS MARIE,
PATRISQUE NOSTRI FRANCISCI.

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE.

	PÁG.
PRÓLOGO	5
LECCIÓN I.—Necesidad y utilidad de la elocuencia.....	9
LECCIÓN II.—Sus medios: arte, imitación, ejercicio.....	14
LECCIÓN III.—Sus fines: instruir, deleitar, conmover.....	19

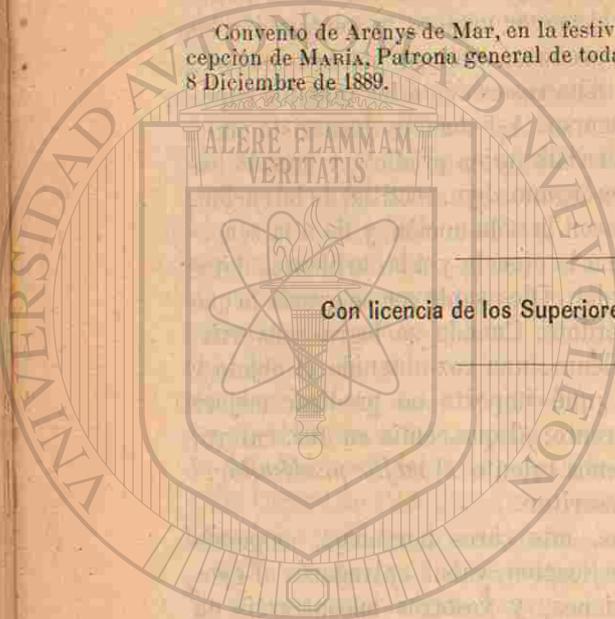
LIBRO I.

INVENCIÓN.

LECCIÓN IV.—Sus fuentes para instruir, deleitar y mover.....	31
1.º Sagrada Escritura.....	35
2.º Santos Padres.....	58
3.º Teología dogmática y moral.....	40
4.º Historia eclesiástica.....	41
5.º Filosofía cristiana, etc.....	42
LECCIÓN V.—Necesidad de la elección de materias.....	44
LECCIÓN VI.—De las materias propias de la predicación.....	58
I. Verdades fundamentales.....	59
II. Postrimerías.....	66
III. Ceremonias y prácticas de piedad muy útiles.....	70
LECCIÓN VII.—Amplificación.....	72
I. Reglas de amplificar.....	75

641. Creemos, mis caros hermanos y compañeros en el ministerio apostólico, creemos, sin temor de equivocarnos que *Si practicamos las Reglas expuestas en este COMPENDIO DE ELOCUENCIA SAGRADA, hemos encontrado el verdadero camino para llegar á ser EXCELENTES PREDICADORES. Dios nos dé su gracia para ello. Amen.*

Convento de Arenys de Mar, en la festividad de la Inmaculada Concepción de MARIA, Patrona general de toda nuestra Orden Capuchina, 8 Diciembre de 1889.



Con licencia de los Superiores de la Orden.

AD MAJOREM DEI GLORIAM,
DEIPARÆ VIRGINIS MARIE,
PATRISQUE NOSTRI FRANCISCI.

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE.

	PÁG.
PRÓLOGO	5
LECCIÓN I.—Necesidad y utilidad de la elocuencia.....	9
LECCIÓN II.—Sus medios: arte, imitación, ejercicio.....	14
LECCIÓN III.—Sus fines: instruir, deleitar, conmover.....	19

LIBRO I.

INVENCIÓN.

LECCIÓN IV.—Sus fuentes para instruir, deleitar y mover.....	31
1.º Sagrada Escritura.....	35
2.º Santos Padres.....	58
3.º Teología dogmática y moral.....	40
4.º Historia eclesiástica.....	41
5.º Filosofía cristiana, etc.....	42
LECCIÓN V.—Necesidad de la elección de materias.....	44
LECCIÓN VI.—De las materias propias de la predicación.....	58
I. Verdades fundamentales.....	59
II. Postrimerías.....	66
III. Ceremonias y prácticas de piedad muy útiles.....	70
LECCIÓN VII.—Amplificación.....	72
I. Reglas de amplificar.....	75

	PÁG.
II. Defectos principales.....	73
III. Modo de amplificar.....	74
Lección VIII.—Precauciones oratorias.....	77
Lección IX.—Sermonarios.....	80

LIBRO II.

DISPOSICIÓN.

Lección X.—Disposición ó plan del discurso.....	85
Lección XI.—Exordio.....	86
I. Fines del exordio.....	87
II. Sus especies.....	88
III. Sus partes.....	89
IV. Sus defectos.....	90
V. Reglas á las cuales se reduce.....	90
Lección XII.—Proposición.....	91
Lección XIII.—División.....	93
I. Sus cualidades.....	95
II. Fuentes de división.....	94
Lección XIV.—Narración.....	95
Lección XV.—Confirmación.....	97
Lección XVI.—Refutación.....	99
I. Lugar de la refutación.....	99
II. Cualidades en el predicador.....	100
III. Naturaleza de la refutación.....	101
Lección XVII.—Peroración.....	105
I. Recapitulación.....	104
II. Fruto ó consecuencias prácticas.....	105
III. Exhortación patética ó vehemente.....	106
IV. Súplica.....	107
Lección XVIII.—GÉNERO DELIBERATIVO. Homilía.....	107
Lección XIX.—Sermón moral.....	110
Lección XX.—Sermón de misterios.....	112
Lección XXI.—Panegíricos.....	117

	PÁG.
Puede tener forma sencilla.....	121
Lección XXII.—Oración fúnebre.....	123
I. Materia.....	123
II. Método.....	124
Lección XXIII.—I. Misa nueva.....	128
II. Profesión religiosa.....	130
III. Toma de hábito.....	131
Lección XXIV.—GÉNERO DIDASCÁLICO. Pláticas doctrinales.....	132
Lección XXV.—Conferencias.....	135
Cualidades que se requieren.....	137

LIBRO III.

ELOCUCIÓN.

Lección XXVI.—Pensamientos.....	139
Lección XXVII.—Dicción oratoria.....	147
Lección XXVIII.—Estilo en general.....	150
Lección XXIX.—Géneros de estilo.....	158
I. Estilo sumiso.....	160
II. Estilo templado.....	161
III. Estilo sublime.....	162
Lección XXX.—Lenguaje natural, trópico y figurado.....	166
Lección XXXI.—Tropos de pensamiento y de dicción.....	172
I. Tropos de dicción.....	174
Reglas para el uso de la metáfora.....	176
II. Tropos de pensamiento.....	178
Reglas para el uso de la alegoría.....	178
Lección XXXII.—Figuras lógicas ó de enseñanza.....	182
Lección XXXIII.—Figuras patéticas ó de pasión.....	187
Lección XXXIV.—Figuras de puro adorno.....	192
Lección XXXV.—Ejercicios de composición.....	196
Lección XXXVI.—Improvisación.....	206
Diversas maneras de preparar los sermones.....	210

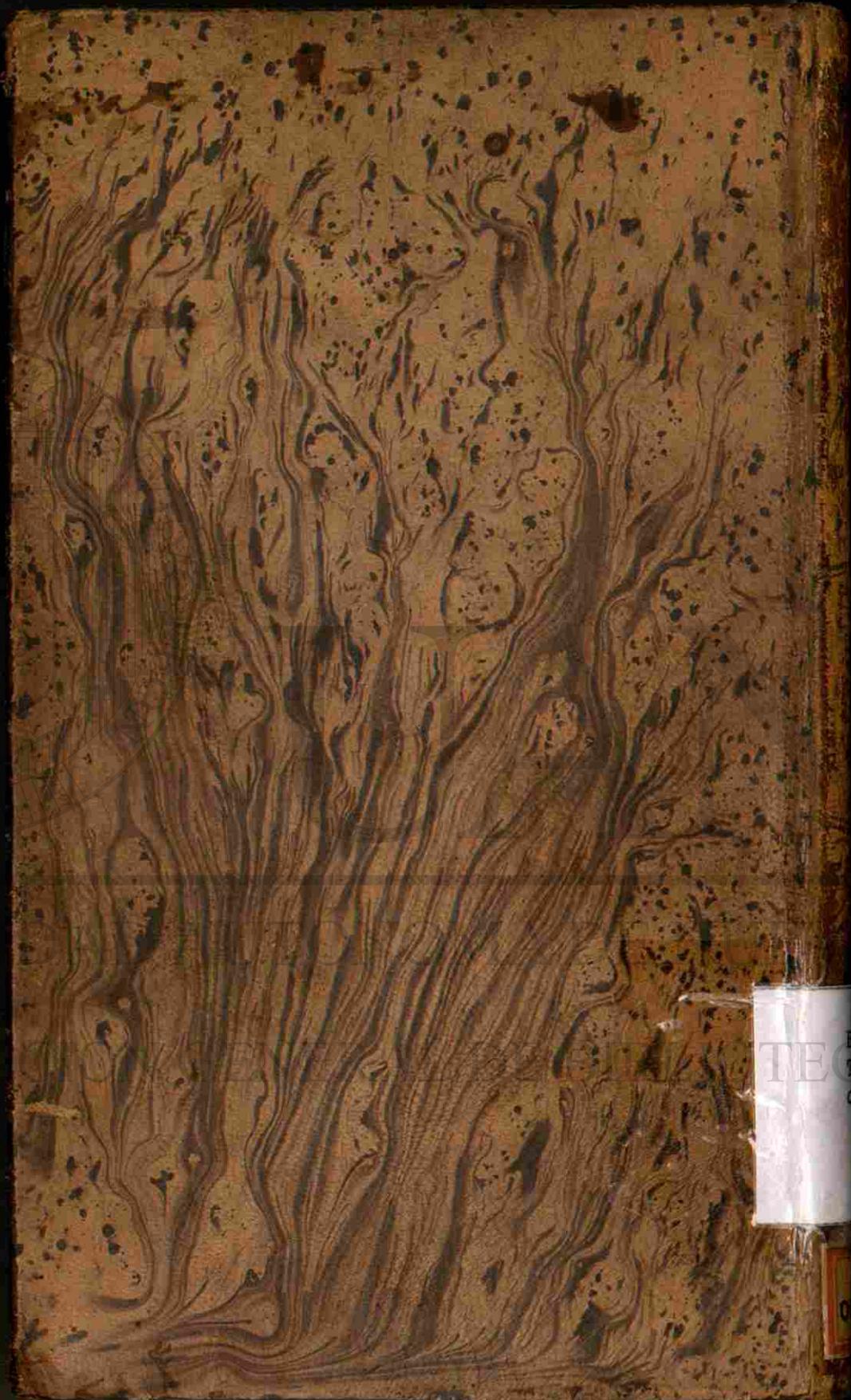
LIBRO IV.

PRONUNCIACIÓN.

	PÁG.
LECCIÓN XXXVII.—Pronunciación ó acción oratoria.....	215
LECCIÓN XXXVIII.—Voz ó lenguaje oral.....	225
I. Reglas para la buena pronunciación.....	227
II. Vicios opuestos á la pronunciación.....	251
III. Reglas para conservar la voz.....	252
LECCIÓN XXXIX.—Gesto ó lenguaje de acción.....	254
I. Reglas para la buena acción.....	256
II. Sobre los movimientos del cuerpo.....	240
III. Defectos en la acción.....	242
LECCIÓN XL.—Preparación para predicar.....	245
Preparación remota.....	245
Reglas de preparación remota.....	248
I. Preparación próxima.....	250
II. Durante el sermón.....	255
Después del sermón.....	260
CONCLUSIÓN.....	265

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



THE
B
C

0